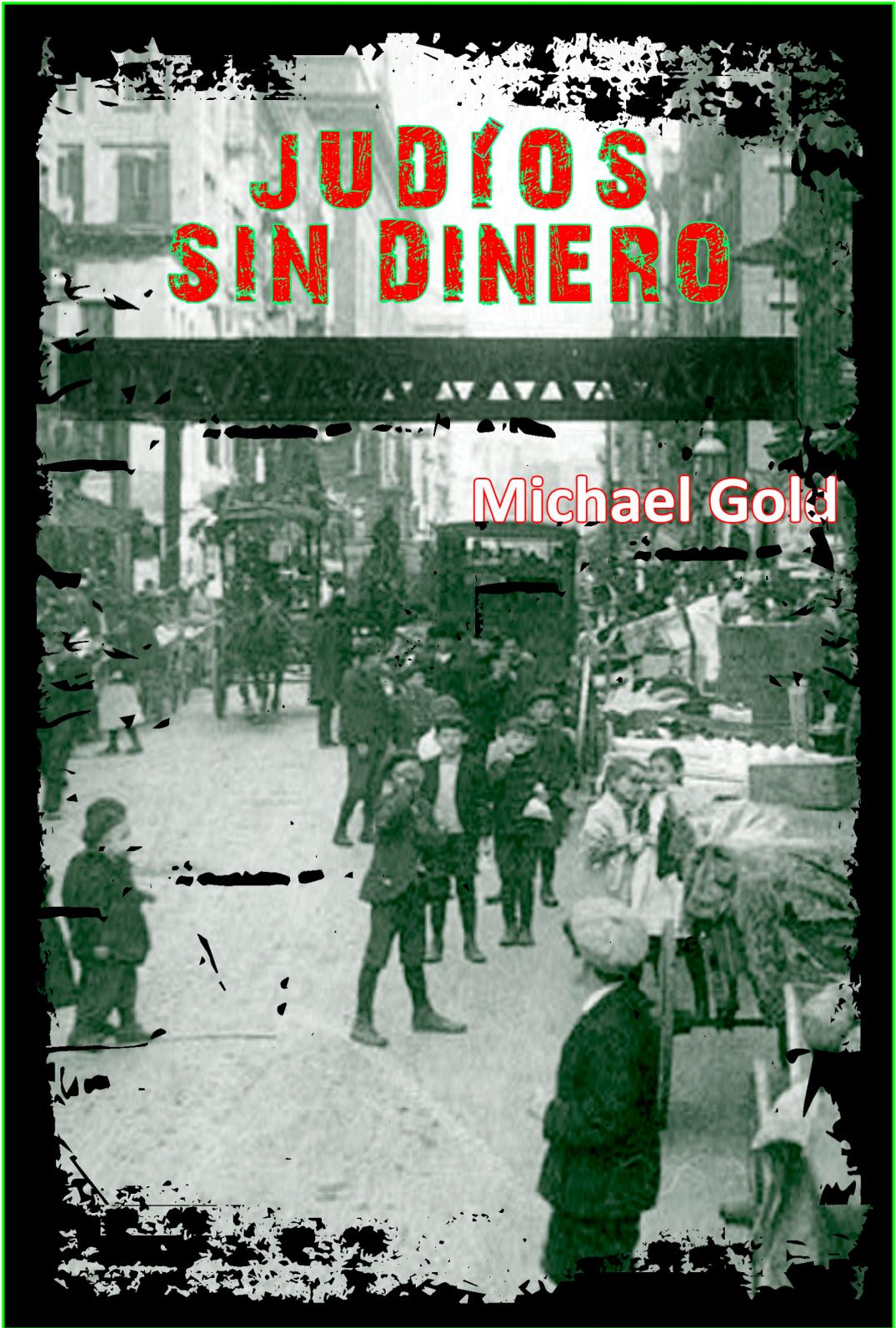


# JUDÍOS SIN DINERO

Michael Gold



Se trata de la novela autobiográfica de Michael Gold, pseudónimo del escritor Itzok Isaac Granich, nacido en el East Side de Nueva York, en una familia de inmigrantes rumanos judíos. Esta novela llegó a convertirse en un best-seller durante los años 30 y ha sido considerada por la crítica como una de las más preeminentes obras de la denominada “literatura proletaria”.

“Pícaros, tahúres y vagabundos, politicastos callejeros, pugilistas de jersey, falsos deportistas y cargadores del muelle, todo era gente del East Side, que entraba y salía sin cesar, en intermitente procesión, por las puertas de mimbre de la taberna de Jake Wolf. Las tetudas madres del East Side empujaban los cochecitos de sus niños y chismorreaban [...]. ¡Bullicio, suciedad, riñas, caos! El estruendo de mi calle se alzaba como la explosión de un carnaval o de una catástrofe. El ruido resonaba continuamente en mis oídos. Hasta dormido lo oía. Lo oigo ahora”.

Michael Gold

**JUDÍOS SIN DINERO**

Una historia del Lower East Side

Título original: JEWS WHITOUT MONEY

Traducción: Margara Villegas [revisada por: María Pin]

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

## ÍNDICE DE CONTENIDO

Nota a la edición  
Cincuenta centavos la noche  
Cómo se hacen los niños  
Una pandilla de granujas  
Hongos venenosos  
¿Hizo Dios las chinches?  
El avaro y el vagabundo  
La osa rubia  
La prometida  
Sam Kravitz, ese ladrón  
Las lágrimas de un pintor de brocha gorda  
La madre del bandido  
Las setas del Bronx Park  
Judíos y cristianos  
Buffalo Bill y el Mesías  
El santo de la paragüería  
Cómo se llega a millonario  
Dos doctores  
El alma de un casero  
Los Jóvenes Vengadores  
El precio de la sangre  
Plátanos  
Buscando trabajo

## NOTA A LA EDICIÓN

ESTA NOVELA FUE RESCATADA, literalmente, de uno de esos rincones oscuros en los que se pudren aquellos restos de edición que el librero de saldo hace ya tiempo ha renunciado a vender. Estaba sucia, medio descuajaringada y olía mal. El nombre del autor, Michael Gold, no nos decía nada. Si la compramos fue por lo irrisorio del precio y porque era un ejemplar de la mítica editorial Cénit. Unos metros más allá, en un claro de la nave industrial, dos operarios retractilaban palés de libros en plástico transparente. El mismo que usan los sicarios de las películas de serie B para deshacerse de los fiambres inoportunos.

Nos bastó echar una ojeada más tranquila para comprender que estábamos ante una obra superior. En su interior encontramos una vieja nota del periódico *El Sol* con fecha de 5 de diciembre de 1930, viernes, en la que un tal LFC reseñaba el libro de la siguiente manera:

No se puede decir que Michael Gold sea desconocido en España, si bien este conocimiento está muy limitado al sector de ideas extremistas de izquierda que ha seguido desde hace

tiempo su labor en la revista norteamericana “The Masses”, de la que es su más ferviente animador. El resto del mundo lo conoce desde su primer libro, “12 millones” y lo admira desde el segundo, “Judíos sin dinero”, que es con el que la editorial Cenit lo da a la popularidad en España. Porque no tiene duda de que el nombre de este escritor ha empezado a pronunciarse entre los lectores españoles como la más firme promesa de un novelista moderno de primera categoría.

Buscamos en internet, encontramos algo. Ahora sabemos que Michael “Mike” Gold (1894–1967) es el pseudónimo del escritor Itzok Isaac Granich, vecino del East Side de Nueva York. Su primera obra impresa, un poema titulado “Three whose hatred killed them” (“Murieron por su propio odio”) apareció en la revista The Masses en 1914, y estaba dedicado a los tres anarquistas que volaron por los aires en un apartamento de Lexington Avenue mientras ultimaban una bomba destinada al magnate Rockefeller. Según la instrucción del caso, el atentado había sido preparado en el Ferrer Center, a pocas manzanas de Chrystie Street, la calle del joven Gold, que hasta entonces usaba su nombre de pila, Itzok Isaac Granich. Explosionar artefactos contra magnates, jueces y gobernadores era, por ese tiempo, una práctica con gran aceptación popular. Buster Keaton protagoniza un corto, *Cops*, en el que accidentalmente recoge la granada que un terrorista acaba de lanzar contra un cortejo policial, se enciende un puro con la mecha y la arroja tranquilamente contra el desfile de uniformados que le precede. A las autoridades no les hizo gracia alguna. Los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial estuvieron marcados, para Gold, por las tristemente célebres redadas Palmer, razias brutales en los barrios de inmigrantes

que llevaron a la cárcel y a la deportación a miles de activistas políticos. Fue en ese periodo que tomó el seudónimo de Mike Gold, como homenaje a un luchador judío antiesclavista de la Guerra Civil americana. En *The Masses* entró en contacto con John Reed, y se afilió al recién creado Partido Comunista de Estados Unidos. Cuando las autoridades clausuraron su publicación, Gold retoma el testigo como editor de *The Liberator* (1918–1924), y *The New Masses* (1926–1948), a la que nos referiremos a continuación. *Jews Without Money* (Judíos sin dinero) llegó a convertirse en un best-seller durante los años 30, siendo traducida a 14 idiomas. La crítica la consideró como una de las más destacadas obras de la denominada “literatura proletaria”. Sin embargo, Gold, la “más firme promesa” –como lo calificaban la nota de prensa del diario *El Sol*–, no volvió a publicar ninguna otra novela en el resto de su vida. Este comunista, admirador declarado de Walt Whitman, de Thoreau, y de Thomas Jefferson, se sumió, como tantos otros, en las sombras del Way of Life.

¿Resistiría *Judíos sin Dinero* una nueva lectura o por el contrario deberíamos aceptar que la costra de mugre y óxido que cubría su portada lo condenaba, definitivamente, a quedar como mero material bibliográfico? Hicimos una prueba: ayudados por un grupo de alumnos de Primero de Bachillerato reeditamos una primera tirada, que conminamos a leer al resto de sus compañeros, unos 90 chicos. No es cualquier cosa la opinión literaria de un adolescente cuando además ésta se da bajo dos condiciones determinantes: su aversión natural a todo lo que le recomiende el profesor y su desconexión metodológica con el papel impreso. *Judíos sin Dinero* gustó, los chicos, hecho inédito en la enseñanza secundaria andaluza, pidieron al

profesor más libros del mismo estilo para leer durante las vacaciones de verano. La pregunta se nos impuso de forma necesaria: ¿Por qué una obra que había constituido un rotundo éxito en los años 30 y que mantiene, a día de hoy, una incuestionable frescura, ha sido tan injustamente olvidada?

No estamos en condiciones de contestar a esa pregunta, pero sí que podemos establecer, al menos, ciertas vinculaciones que consideramos clarificadoras. Merece la pena reparar en la nota que acompaña la edición de Cénit de 1930. Ahí se nos informa sobre Michael Gold en los siguientes términos:

*New Masses* es la sola revista radical de arte y literatura que se publican en Norteamérica. Las otras tienen un carácter francamente burgués, incluso las que presumen de más avanzadas. Todas ellas están cortadas por el mismo patrón, todas ellas viven de anunciar ensaladas, relojes de pulsera y piernas de actrices; todas ellas publican este mes el número del mes que viene, con noticias del mes pasado. Son las revistas que compra Babbit.

Entre tanta publicación frívola, *New Masses* figura en todo y por todo como única excepción. Es el portavoz de la juventud rebelde que lucha contra el capitalismo triunfante. *New Masses* no paga los artículos ni los dibujos que publica, no disfruta de ninguna subvención y vive exclusivamente de suscripciones y donativos. Entre sus colaboradores cuenta, no solo a intelectuales conocidos por su radicalismo, como Upton Sinclair y John Dos Passos, sino a los mismos obreros, que contribuyen con sus trabajos de excepcional interés a la formación de una literatura social nacida de la esclavitud de las fábricas.

El alma de *New Masses* es Michael Gold, judío de origen rumano, que ha puesto al servicio de esta revista todo su entusiasmo y todo su talento, contra los cuales nada ha podido la persecución oficial sistemática.

Veinte años más tarde el intento de crear un espacio de publicación común a literatos profesionales y obreros anónimos se había convertido en uno de esos recuerdos incómodos que los autores con renombre intentaban camuflar en sus autobiografías como extravíos juveniles. Hubo motivos políticos, policiales y económicos para ello. El caso es que cada vez más escritores provenientes de la contestación social empezaron a reconvertir la denuncia social en descripciones miserabilistas. Se trataba de ejercicios a veces muy sutiles, que se justificaban estilísticamente, y que tenían que ver con la sustitución de algunos adjetivos por otros, con la reconducción de ciertas líneas argumentales, con la insistencia en ciertos rasgos caracterológicos que antes eran desechados por evidencialistas. El decorado permanecía invariable, las mismas calles, las mismas habitaciones de paredes descascarilladas, los mismos colchones mugrientos; pero donde antes sólo había algunas moscas, ahora aparecían, por así decirlo, moscas metafísicas, víctimas recurrentes de la atávica crueldad humana. Suele delatarse ese desplazamiento en una mayor pesadez de la escritura, atascada en sus propias aporías. Si comparamos, por ejemplo, algún pasaje de *Judíos sin Dinero* con otro de *Manhattan Transfers*, que acontecen en tiempos y lugares similares, podemos entender mejor a lo que nos referimos. Mike Gold describe así un momento en la calle:

La cara de mi hermana resplandece de júbilo. En su éxtasis no me ve. Sus trenzas flotan al bailar una danza morisca. Hay otras niñas morenas y flacas. Sus cuerpecillos arden con el ritmo. Han seguido al organillo de calle en calle, pero después de danzar horas y horas todavía no están satisfechas. Sólo el organillero italiano da muestras de malhumor y aburrimiento. Toca un alegre pasodoble como si estuviera en una fábrica y luego pasa la gorra.

Eso es lo único que le importa; pero las pequeñas bailarinas alegran a todos los demás. Algunas prostitutas han dejado el “negocio” momentáneamente y miran sonriendo con dulzura.

John Dos Passos, por su parte lo narra de la siguiente forma:

Los dependientes limpian los mostradores de mármol de los puestos de refrescos, un organillo toca Danubio Azul. Las brillantes y rápidas espirales del vals giran en la calle, donde un puesto de pepinillos derrama un olor ácido. En Tompkins Square los chiquillos corretean dando gritos por el asfalto mojado. A sus pies un montón de chiquillos con las camisas rotas y sucias, las bocas babosas, se retuercen, se pegan, se muerden, se arañan, despidiendo un olor agrio a pan mojado. De repente, Ellen siente flaquear sus rodillas. Da media vuelta y se va por donde ha venido.

Dos Passos hace gala de un distanciamiento que se justifica en lo testimonial, pero los epítetos moralistas con los que salpica la narración ponen de manifiesto su incapacidad para sumergirse en las realidades que enfrenta. Cuando transita ciertos barrios parece comportarse como un paseante ávido por conseguir la

foto más significativa, compone cuadros y salta de unos a otros a ritmo de carga. Nada que ver con la escritura parca, precisa, sintética de Gold, que rechaza de plano el papel de cronista social, y opta por pautar los tiempos desde la interioridad de la vida familiar y vecinal, como corresponde a las vivencias de un niño cuyo mundo se reduce a cuatro calles ¿Se puede aplicar a la comparación *Manhattan Transfers* y *Judíos sin Dinero* la que estableció Allan Poe entre el juego de damas y el de ajedrez cuando afirmaba, en el inicio de *Los crímenes de la Rue Morgue* que las facultades más importantes de la inteligencia reflexiva trabajan con mayor decisión y provecho en el sencillo juego de damas que en toda esa frivolidad primorosa del ajedrez? En cualquier caso, los campeonatos con renombre son los de ajedrez, no los de damas.

Quizá el símbolo más claro de esa alianza imposible entre radicales y comunistas la encontremos, precisamente, en la traducción española de *Judíos sin Dinero*. Como hemos señalado más arriba, la editorial Cénit la publicó pocos meses después de su aparición en Estados Unidos. La Cénit había sido ideada por presos políticos en los estertores de la Dictadura de Primo de Rivera y rápidamente se convirtió en referente de publicaciones vanguardistas. La traductora de *Judíos sin Dinero* no era otra que Mágina Villegas, proletarización de Margarita Fernández de Villegas, esposa de José Robles, el traductor de *Manhattan Transfers* y amigo íntimo de John dos Passos. La historia es conocida. En el verano de 1936, José Robles, que ejercía como profesor en la Johns Hopkins de Baltimore, se encontraba de vacaciones en España, junto a Mágina y a sus hijos. Al estallar la guerra se puso al servicio de la República como intérprete, y el Estado Mayor lo destinó como ayudante del general soviético

Vladimir Gorev. En el mes de diciembre de 1936, y sin que mediara cargo ni proceso alguno, la NKVD lo secuestró en Valencia y ya nunca más se supo de él. El gobierno de la República fue incapaz de hacer nada frente a los rusos, que con Robles pusieron en práctica algo así como un ensayo general de lo que unos meses más tarde le ocurrió a Andreu Nin. A Robles se lo tragó la tierra, literalmente. Dos Passos viajó desde Estados Unidos a España a buscar a su amigo y socorrió como pudo a Mágina Villegas. Volvió con las manos vacías. Este hecho fue determinante, según parece, para su posterior evolución hacia el antiestalinismo más enconado.

A gente como a Mike Gold le viene al dedo aquella reflexión de Albert Camus sobre la Guerra Civil: “Fue en España donde mi generación aprendió que uno puede tener razón y ser derrotado, que la fuerza puede destruir el alma, y que a veces el coraje no obtiene recompensa”.

Mientras que John Dos Passos diluía su ingenio en obras cada vez más insustanciales y se transformaba en un adocenado conservador, la última apuesta de Mike Gold por la literatura proletaria, el *Daily Worker*, se perdía en los laberintos de la Caza de Brujas, hasta el punto de que, en un momento dado, muchos de los suscriptores fueron agentes encubiertos de la CIA. El final de la literatura proletaria se escribió en un género nuevo, el de la novela negra, su cruel y a veces digna sucesora.

Pocos barrios han sido tan filmados como el Lower East Side<sup>1</sup> de Nueva York. En él se ha condesado un retazo importante del

---

<sup>1</sup> El Lower East Side, a veces abreviado como LES y otras veces conocido como Loisaida, es un vecindario en la parte sureste del distrito de Manhattan de Nueva York (Estados

imaginario urbano del siglo XX. Sus icónicas escaleras de incendios han servido para encuadrar todo tipo de secuencias ¿Puede sernos útil la novela de Mike Gold como herramienta para releer, al modo benjaminiano, el subtexto social y político de un tiempo determinado? Nos viene a la cabeza una inquietante película del denominado cine independiente, *Mulberry Street*, estrenada en 2006. El argumento, no por delirante es menos incisivo: la gentrificación galopante del Lower East Side coincide con el estallido de un raro contagio que convierte a sus habitantes en criaturas similares a ratas sedientas de sangre. Unos se lanzan a devorar a sus vecinos de escalera que intentan defenderse a la desesperada, otros se suicidan. Hoy, que asistimos, en un barrio de historia tan similar como es el del Raval de Barcelona, al boom de los pisos turísticos, y comprobamos como centenares de pequeños propietarios, e incluso de inquilinos avezados, se están transformando en insaciables ratas inmobiliarias, es cuando capítulos como aquel de *Judíos sin Dinero* que narra el contundente intento por parte de Sara, la madre, para organizar una huelga de alquileres contra los desmanes del casero, adquieren de nuevo toda su fuerza. *Judíos sin Dinero* constituye, desde esta perspectiva, algo más que un libro sobre un tiempo histórico. Su misma estructura apunta a la profundidad de las resistencias posibles.

Los alumnos de Primero de Bachillerato del IES Fray Luis de Granada, curso 2014–2015, escanearon y revisaron el libro original con gran entusiasmo, las seiscientas erratas que no detectaron dan fe de las urgencias de la juventud creadora. Juan

---

Unidos), aproximadamente entre Bowery y el Río Este desde las calles Canal hasta Houston. Tradicionalmente un vecindario de inmigrantes y clase obrera. [N. e. d.]

Hernández las cazó y además diseñó la portada y maquetó el libro. María Pin lo sometió a una aguda corrección de estilo. Ana María Chagra gestionó la autorización de derechos con INTERNATIONAL PUBLISHERS (New York), cuya solidaridad agradecemos. Los compañeros de la librería Bakakai facilitaron la logística para su publicación.

Falconetti Peña se encargó de la nota a la edición.

LOS EDITORES

Septiembre de 2015

A mi sobrino Mike, diablillo de cuatro años, que me ayudó a escribir este libro.

## I. CINCUENTA CENTAVOS LA NOCHE

### 1

NUNCA PODRÉ OLVIDAR la calle del East Side, donde viví de pequeño.

Estaba a un paso del famoso Bowery, cañón formado por casas de vecindad y lleno de escaleras de salvamento, de ropas de cama, de caras.

Siempre aquellas caras en las ventanas. Nunca faltaban. La calle estaba en continua agitación. Nunca dormía. Bramaba como el mar. Crepitaba, como los fuegos artificiales.

La gente se empujaba y reía en la calle. Ejércitos de vendedores ambulantes voceaban empujando sus carretillas. Chillaban las mujeres, ladraban y copulaban los perros. Los niños de pecho lloraban.

Un loro blasfemaba. Bajo los carretones jugueteaban chiquillos andrajosos. Comadres gordas se insultaban de puerta a puerta.

Delante de la cochera de alquiler los cocheros holgazaneaban repantigados en un banco, bebiendo enormes vasos de cerveza y atragantándose de risa.

Pícaros, tahúres y vagabundos, politicastros callejeros, pugilistas de jersey, falsos deportistas y cargadores del muelle, toda era gente del East Side, que entraba y salía sin cesar, en interminable procesión por las puertas de mimbre de la taberna de Jake Wolf.

El chivo del tabernero, tendido en la acera, consumía un número de la Police Gazette.

Las tetudas madres del East Side empujaban los cochecitos de sus niños y chismorreaban. Carros y carros pasaban traqueteando. Un calderero remendón martilleaba el cobre. Las campanillas de los traperos repiqueteaban.

Torbellinos de polvo y de periódicos. Las prostitutas reían a carcajadas. Pasaba un profeta, un trapero judío de barba blanca. Los granujas bailaban alrededor del organillo. Dos vagos se golpeaban.

¡Bullicio, suciedad, riñas, caos! El estruendo de mi calle se alzaba como la explosión de un carnaval o de una catástrofe. El ruido resonaba continuamente en mis oídos. Hasta dormido lo oía. Lo oigo ahora.

## 2

En aquel entonces, el East Side de Nueva York era el distrito de los prostíbulos y del 606, un inmenso parque de recreos administrado por Tammany Hall.

Los judíos, huyendo de los pogroms europeos, habían venido, con sus rezos y sus ceremonias, desde un nuevo Egipto hasta una nueva Tierra Prometida.

Se encontraron con que los esperaban las fábricas explotadoras, las casas públicas y Tammany Hall.

Había cientos de prostitutas en mi calle. Ocupaban las tiendas desalquiladas, llenaban varios pisos en todas las casas de vecindad. Los piadosos judíos odiaban aquel tráfico. Pero aquí eran pobres extranjeros: no podían hacer nada. Se encogían de hombros y murmuraban: “Esto es América”. Trataban de vivir. Trataban de cerrar los ojos. En cambio, nosotros, los chicos, no cerrábamos los ojos: veíamos y sabíamos.

También aparecieron muchas carretillas. Pálidos y barbudos vendedores ambulantes salieron arrastrándose de sus invernaderos y volvieron a pregonar por las calles. Las naranjas relampagueaban en los carros; se vendían percales, relojes, batatas, arenques, tiestos de geranios. La primavera trajo una feria enorme y destartalada.

Nosotros jugábamos al trompo en las aceras. Corríamos tras los tranvías y los camiones y hacíamos, de balde, peligrosos

viajes. Nigger, nuestro cabecilla, nos enseñó a robar manzanas de las carretillas. Tiramos un gato muerto en la lavandería de un chino, que salió hecho una fiera con una plancha caliente en la mano. Echamos a correr.

Entonces Nigger propuso un nuevo juego: hacer rabiar a las prostitutas.

Empezamos con Rosie, una mujercita feúcha que tenía puesto un chal rojo. Estaba siempre en el zaguán de una casa de vecindad. ¡Rápido, vamos allá! Cuando aparecimos ante ella, nuestros corazones palpitaban de miedo y alegría.

En los días de sol, las rameras se sentaban en sillas a lo largo de la acera. Se estiraban con indolencia y los transeúntes tropezaban en sus piernas carnudas.

Las chicas charlaban y gorjeaban como una bandada de loros. Algunas hacían chales de punto y medias. Otras tarareaban. Otras mascaban semillas de girasol y escupían monótonamente las vainas.

Las mujeres guiñaban los ojos, bromeaban, hacían gestos lascivos a los machos que pasaban por la calle. Les tiraban de la chaqueta y les engatusaban con falsas y melosas palabras. Pregonaban sus mercancías como los vendedores ambulantes. A los cinco años ya sabía yo lo que vendían.

No llevaban nada bajo sus kimonos de flores. De cuando en cuando, se vislumbraba un pecho desnudo, un pedazo de vientre. Los zapatos colgaban de sus pies; estaban siempre listas para el “negocio”.

Ni árboles, ni hierba, ni flores podían crecer en mi calle; pero la rosa de la sífilis florecía día y noche.

### 3

Era una mañana de primavera. Yo me había incorporado, como otras mañanas, a la pandilla de pequeños judíos que se reunía en la acera. Éramos seis o siete.

La primavera nos excitaba. El cielo azul resplandecía sobre nuestro ghetto. Las aceras centelleaban, el aire era fresco. Todo respiraba alegría. En invierno las calles estaban vacías; ahora la gente brotaba como por arte de magia.

En esos primeros días templados y suaves habían aparecido judíos que paseaban, que charlaban, que maldecían, que regateaban, que fumaban pipas, que olfateaban, como holgazanes osos, la primavera.

-¡Cincuenta centavos la noche! ¡Eso cobras, cincuenta centavos la noche! ¡Ji, ji, ji!

Rosie se despabiló. Nos miró con sus ojos soñolientos, pero no contestó. Se ajustó el chal. Nosotros habíamos creído que se enfadaría, que nos insultaría, y nos quedamos un tanto chasqueados.

-¡Cincuenta centavos la noche! ¡Cincuenta centavos la noche!

Rosie se mordió un labio. En su pálida cara aparecieron unas manchas; pero no dijo nada. El juego no daba resultado.

Probamos otra vez. Entonces ella dio media vuelta y se internó en el lóbrego zaguán. Nosotros fuimos a buscar otra víctima.

#### 4

Dos puertas más arriba encontramos una prostituta gorda y arrogante sentada en una silla. Vestía un kimono rojo decorado con cerezos japoneses, montañas, cascadas y viejos filósofos. Su negra cabellera estaba sujeta por un broche de diamantes. En sus dedos gruesos brillaba un millón de dólares de diamantes falsos.

Estaba comiendo una manzana. La mascaba lentamente, con una dignidad propia del banquete anual de la Cámara de Comercio. Su regazo se extendía ante ella como una mesa.

Empezamos a saltar a su alrededor como locos. Le gritamos aquellas palabras, cuyo terrible significado no alcanzábamos completamente:

–¡Cincuenta centavos la noche!

¡Ajajá! Esta vez los planes de nuestro cabecilla dieron resultado. El juego era divertido. La gorda se puso roja de rabia.

Sus ojos destilaban odio. Gotas de sudor brotaban de sus mejillas pintarrajeadas. Nos tiró la manzana y gritó:

–¡Ladrones! ¡Sinvergüenzas! ¡Gandules! ¡Si os alcanzo os hago pedazos!

Echaba espuma por la boca como un gato envenenado. Era muy gracioso verla. Toda la calle se divertía.

–¡Cincuenta centavos la noche! ¡Ji, ji, ji!

Entonces oí la voz de mi madre que me llamaba desde la ventana de nuestra casa. Yo sentía dejar el juego cuando estaba en lo mejor. Pero mi madre seguía llamándome, y tuve que subir.

Entré en la oscuridad pestañeando. Me quedé sorprendido al encontrar a Rosie en nuestra cocina. Estaba llorando. Mi madre se abalanzó a mí y me dio una bofetada.

–¡Asesino! –dijo–. ¿Por qué hiciste llorar a Rosie?

–¿Yo la hice llorar? –pregunté estúpidamente.

Mi madre me agarró y me tendió sobre sus rodillas. Me sacudió el polvo con el látigo. Yo aullaba y me retorecía, pero no me sirvió de nada; me llevé una buena tunda. Rosie suplicaba por mí. A la pobre muchacha le dolía que me castigasen por causa de ella. Mi madre estaba furiosa.

–¡Así aprenderás a no jugar con ese Nigger! ¡Así aprenderás a no hacer cosas malas en la calle!

Paliza inútil. La calle del East Side no podía desaparecer a correazos. Era mi mundo; era el mundo de mi madre también. Teníamos que vivir en él y aprender lo que quisiera enseñarnos.

## 5

Siempre recordaré aquella paliza, no porque me humillase ni porque me enseñase nada, sino porque al día siguiente cumplí yo cinco años.

Mi padre era joven entonces. Le gustaba divertirse. Dejó el trabajo aquel día y se empeñó en que se celebrara solemnemente mi cumpleaños. Me compró un traje de terciopelo con cuello y puños de encaje y zapatos de charol. Por la mañana insistió en que todos fuéramos a fotografiarnos. Mi madre tuvo que ponerse el vestido negro de felpa, y mi hermana el traje escocés. El se empaquetó con su terno negro, con el cual parecía un abogado.

Mi madre fue gruñendo por la calle. Odiaba los zapatos nuevos, los vestidos nuevos, los adornos, las plumas. Yo sufría también. Los de la pandilla me vieron y se burlaron de mi traje de terciopelo.

Pero mi padre era feliz, y mi hermana Esther también. Parloteaban como dos chiquillos.

En casa del fotógrafo todo se hizo con mucha solemnidad. Mi padre se sentó muy tieso en un trono negro de madera tallada. Mi madre se colocó de pie a su lado, con una mano en su hombro, para que se viera el anillo de boda. Mi hermana se apoyó en las rodillas de mi padre. A mí me pusieron al otro lado del trono, sosteniendo una cesta de flores artificiales.

El fotógrafo, un hombrecillo calvo y vivaracho, desapareció tras una cortina. Chasqueó los dedos y dijo: “Mirad el pajarito”. Yo miré. El soporte que habían colocado detrás de mí me hacía daño en el cuello. ¡Tic! El retrato estaba hecho. Nos volvimos a casa; exhaustos, pero triunfantes.

Por la noche se celebró la fiesta. Muchos vecinos vinieron con sus chicos. Se bebió aguardiente, se comieron bizcochos y arenques, se cantaron canciones. Todos me pellizcaban la mejilla y me colmaron de alabanzas. Profetizaron que yo sería un “gran hombre”.

Después hubo tertulia. Reb Samuel, el paragüero, era un judío piadoso e ilustrado. Siempre que estaba él presente la conversación recaía sobre las cosas santas.

–He leído en el periódico –dijo mi padre–, que un Dybbuk ha entrado en una muchacha de Hester Street. Pero no lo creo. ¿Hay Dybbuks en América también?

–Naturalmente –dijo Reb Samuel.

Mendel Bum se echó a reír, con una risa aguardentosa. Había comido de todo: bizcochos, arenques, pasta de membrillo, manzanas, kraut knishes, pescado frito y blintzes de queso.

Había bebido de todas las botellas: ardiente slivovitz polaco, wishniak, aguardiente de ciruelas, vino rumano. Y ahora salía al descubierto su verdadero carácter.

–¡Yo no creo en tales Dybbuks! –exclamó riendo–. ¡Son cuentos de viejas!

Mi padre dio un puñetazo en la mesa y se puso de pie de un salto.

–¡Silencio, ateo! –bramó–. ¡No necesitamos tu opinión! Mendel se encogió de hombros.

–Una vez –dijo pausadamente Reb Samuel–, llevaron una chica a la sinagoga de Korbin. Sus labios estaban inmóviles. De su vientre salían gritos y gruñidos. Un Dybbuk se le había metido en el cuerpo cuando fue al bosque. La pobrecilla estaba en las últimas. El rabino estudió el caso. Después mandó a dos hombres que la llevaran al bosque en un carro. Les dijo que le cortaran el pelo, después de clavárselo a un árbol, y que escaparan con ella. Así se hizo. Partieron al galope arreando a los caballos. La muchacha daba unos chillidos espantosos. Pero cuando llegó a casa estaba curada. El Dybbuk se había ido. Todo esto, amigos míos, lo vi yo mismo.

–Y yo misma –dijo mi madre tímidamente–, he visto un perro poseído por un Dybbuk. Fue en Hungría. El perro se tendió bajo la mesa y habló con voz humana. Luego dio un largo aullido y murió. Así que debe ser verdad que hay Dybbuks.

## 6

Alguien rompió a cantar. Los otros marcaban el compás con los pies y con las sillas o golpeaban los vasos en la mesa. Cuando llegó el estribillo se armó un ruido ensordecedor. Todo el mundo cantaba, desde el venerable Reb Samuel hasta la más pequeña criatura.

Mi padre contó, con la amenidad de siempre, la historia de un pícaro rumano, que se casó con la hija de un sepulturero con la esperanza de suceder a su suegro y enterrar a todas las personas que le habían despreciado.

Mottke, el chalequero, atacó a los judíos que cambiaban de nombres al entrar en este país.

–Si su nombre es Ajo, piensan que aquí viste más llamarse míster, Cebolla –dijo Mottke.

Las madres hablaban de sus niños. Un hombrecillo tímido, que vendía plátanos por las calles, describió un pogrom en Rusia.

–Empezó en la feria, en vísperas de Pascua –dijo–. Alguien dio vodka a los campesinos y les dijo que nosotros, los judíos, habíamos matado unos niños cristianos para sacarles la sangre. ¡Uy, amigos, lo que vio uno entonces: gritos, asesinatos, llamas! Un campesino le cortó la cabeza a mi tío, y yo lo vi con mis propios ojos.

Al otro extremo de la mesa, Fyfka el Avaro se zampaba todo el pollo asado que podía, sin cesar de empinar el codo. Como la comida era gratis, aprovechaba la ocasión para atiborrarse.

No sé quién contó que en Rusia una mujer preñada había parido un chico con cabeza de cerdo a causa de un susto que le dio un cosaco.

Leichner, el pintor de brocha gorda, que había bebido un poco de más, dijo que a un judío de su pueblo solían molestarle unos demonios pintados de rojo, verde y azul. Todas las noches llamaban a las ventanas, y el hombre no podía dormir. Fue a ver a un rabino y le compró seis palabras mágicas, y, a fuerza de repetir las, los demonios se marcharon.

El murmullo de la conversación, el tintineo de los vasos, el bullicio de la reunión en aquel cuarto atestado, me dio sueño. Subí al regazo de mi madre y empecé a dormirme.

–Qué, ¿estás cansado el día de tu cumpleaños? –dijo mi madre cariñosamente.

Volví a oír la voz lenta y bondadosa de Reb Samuel.

¡Pam, pam! En el patio sonaron dos pistoletazos. Yo me puse de pie de un salto, como los demás. Corrimos a las ventanas. A la luz de la luna vimos dos hombres de pie, el uno frente al otro, empuñando sendas pistolas. ¡Pam, pam! Dispararon otra vez. Uno de ellos cayó.

El otro escapó corriendo. Se oían gritos de mujer en el burdel. La estaca del tendero crujió. Un gato se acercó, arrastrándose, a olfatear el cadáver.

–Dos jugadores que habrán reñido –dijo mi padre

–Esta es América –suspiró Reb Samuel.

Todos nos retiramos de las ventanas y volvimos a los cuentos y a las canciones. El tiroteo era cosa corriente. La Policía americana se ocuparía de la cuestión. Se habló un poco del suceso y después se olvidó en la alegría de la fiesta.

Pero yo nunca lo he olvidado, porque dejó grabado a fuego en mi cerebro el recuerdo de mi quinto cumpleaños.

## II. CÓMO SE HACEN LOS NIÑOS

### 1

RECUERDO OTRA MAÑANA de primavera. Yo siempre había querido saber lo que pasaba dentro del cuarto de una puta cuando se encerraba con un “parroquiano”. Aquella mañana lo supe.

Una de las chicas, Susie, había hecho señas a un gigante pelirrojo que iba guiando un carro. Él tiró de las riendas, saltó del pescante y habló con ella. Luego entraron en su cuarto.

Nigger y yo les seguimos. El cuarto estaba en el piso bajo de mi casa. Cautelosos como detectives miramos por el ojo de la cerradura. Lo que vi aceleró los latidos de mi corazón, y me puse rojo.

Nigger se echó a reír. Veía mi emoción y se divertía. La pareja se levantó. Nosotros nos escabullimos por el corredor, y salimos otra vez al sol.

–¿Te asustaste? –dijo Nigger.

-No -dije yo.

-¡Qué carajo! -dijo Nigger-, todo el mundo lo hace. Así es como se hacen los niños.

-No -dije yo con imponderable amargura-. ¡No es así!

-¿Apuestas algo? -dijo Nigger.

-¡Pero eso es como decir que mi madre es una de éstas! Eres un embustero, Nigger.

Nigger acercó su cara a la mía.

-Atrévete a decir eso otra vez -rugió echando llamas por los ojos.

-¡Mentiroso! ¡Mi madre no es así!

Nigger me dio un puñetazo, y yo se lo devolví. En menos de un minuto éramos un revoltijo de puños y pies. Nuestra pandilla nos hizo corro. Los granujas del East Side se admiraban de mi valor. Nigger era el gallito de la pandilla. Pero aquello no era valor: era el suicidio premeditado del que ha perdido la fe.

La batalla fue rápida y desigual. Yo salí maltrecho, arañado, pateado y lleno de chichones. Sangraba por las narices. Tenía un ojo hinchado. Por fin logré escapar. Huí del círculo de caras burlonas. Me refugié en el patio, y allá, sobre un montón de ladrillos viejos, pasé horas y horas. Cuando se hizo de noche subí a casa.

Mi madre me regañó y me preguntó qué había ocurrido. No podía decírselo. No podía ni mirarla a la cara. Tenía la sensación de que me había traicionado de algún modo. Tardé años en aprender que el sexo puede ser algo más de lo que por cincuenta centavos compraban en mi calle los carreteros.

## 2

La peor cosa de nuestra calle eran las pandillas de vagos. Todas las calles de East Side tenían una pandilla semejante en cada esquina. En aquella escuela de crimen y pobreza eran éstos los discípulos más aprovechados. Nunca trabajaban. Se pasaban el día jugando al billar o bebiendo en las tabernas. Unos eran rufianes, otros ladronzuelos o malhechores. Peleaban con todo el mundo y reñían unos con otros. Siempre había alguna pendencia sangrienta.

Seducían a las niñas. Todo el mundo estaba enterado de esto. Tenían un piso alquilado en una de las casas de vecindad. No había muebles, excepto una cama vieja y sucia. Este sitio era conocido como el “Campamento”. Aquí traían a las incautas muchachas.

Era una especie de deporte. Yo les oía jactarse de ello y bromear. El cabecilla de esta diversión era Kid Lewis, un lechuguino delgado que había sido pugilista. Tenía la nariz aplastada y una oreja como una coliflor. Muchas de las muchachas del East Side le consideraban guapo. Él se daba pisto.

Estaba un tanto loco. Le habían dado tales golpes en el ring que andaba como atontado y ya no podía pelear. Su mayor placer consistía ahora en pescar muchachitas jóvenes.

Las encontraba en la calle o en un salón de baile y las engatusaba. Las subía al “Campamento” y daba la señal a los otros.

–Barlow, tú di solamente Barlow a Shorty, Truck, Fat, y a los demás –me mandó a mí una vez.

Yo no sabía lo que esto significaba. Cuando dije “Barlow” a la pandilla, sus expresivos comentarios me lo aclararon. Me avergoncé de mí mismo. Rehusé el nickel que uno de ellos me ofrecía y escapé.

Kid Lewis desnudaba a la víctima y la encerraba en el “Campamento”. Luego, los otros entraban uno tras otro. A veces entraban todos juntos. Esto se llamaba “hacer cola”. Es un deporte popular dondequiera que los hombres viven en brutal pobreza.

Un día ocurrió una tragedia en el “Campamento”. Kid Lewis subió a una chica, y catorce hombres la violaron. Hubo que llamar a una ambulancia. La Policía buscó a Kid Lewis una semana o dos. Después, todo se olvidó. El “Campamento” siguió floreciente durante varios años.

Harry el Rufián no era uno de estos brutos. Tenía veinte muchachas trabajando para él. Presumía mucho de no haber seducido a ninguna de ellas. Se consideraba a sí mismo como

una especie de negociante filantrópico. Lo más extraño era que algunos otros también lo consideraban así.

Sí, las chicas venían a él por ser tan prudente, tan bueno y tan poderoso, e imploraban su protección.

–Vienen a mí del arroyo –explicaba a un admirador de la taberna–. Están llenas de piojos, y yo las baño. Están hambrientas, yo les doy de comer y de vestir. Les enseño modales, a ser sobrias y a ahorrar dinero. Las hago personas. Muchas de mis chicas han ahorrado bastante para traer a sus padres de su país. Muchas se han casado con hombres ricos. Le digo a usted que me están muy agradecidas. Cuando le digo a alguna que no quiero nada con ella, llora y piensa en el suicidio. Yo nunca pego a mis mujeres. No lo necesito: conocen demasiado bien lo que valgo para ellas. Una palabra mía es suficiente.

Harry era tenido por guapo. Regordete y lustroso, con su bigotillo rizado, tenía un aspecto agradable. Gastaba buenos trajes, ropa blanca limpia y fumaba cigarros caros. Era meloso, conservador y paternal. Después de Jake Wolf, el tabernero, era nuestro modelo de triunfador en América. La gente le envidiaba. Tenía una gran influencia en Tammany Hall. Era dueño de una casa de juego y hablaba un inglés perfecto.

Su consejo favorito a los jóvenes y a los fracasados era que aprendiesen inglés.

–América es un país maravilloso –decía Harry–; un país realmente maravilloso. Uno puede hacer aquí mucho dinero,

pero primero hay que aprender el inglés. Esto es lo que yo estoy siempre predicando a nuestros judíos: aprended inglés, haceos americanos. ¿Qué tiene de extraño que tengáis que dejaros explotar por las fábricas? Mírenme a mí: si no hubiera aprendido el inglés, yo mismo estaría enterrado en una fábrica. Pero luché... peleé... aprendí inglés.

Fue Harry el Rufián quien me dio el primer libro que leí.

–Toma, para que estudies inglés –dijo.

Era un libro de cuentos de hadas, y mi hermana Esther, naturalmente, me lo robó, y yo tuve que pelearme con ella para recuperarlo.

Harry tenía mujer y dos chicos, de quienes estaba muy orgulloso. Enseñaba a las prostitutas retratos de sus chicos para que los admirasen. Harry pasaba parte del día en nuestra calle, pero todas las noches se dirigía solemnemente a su casa para cenar. Su familia esperaba todas las noches a que papá volviera de sus negocios: seguramente estaban orgullosos de él.

#### 4

Mis padres odiaban semejantes porquerías. Pero ésta era América y así había que aceptarla. Viviendo en una casa de vecindad es imposible librarse de las tragedias y de las cucarachas de los vecinos. No existe la independencia. De modo

que siempre había una chica u otra en nuestra cocina contando a mi madre sus desdichas, bebiendo té y buscando calor en su gran corazón. Así es como yo llegué a conocer algunas de las historias de estas muchachas.

La mayoría de ellas eran muy sencillas. Parecían campesinos reclutados para el ejército. Y, como los soldados, desconocían la causa por la que sus vidas transcurrían en el cieno y el horror de las trincheras, y trataban de pasar el tiempo de la mejor manera posible.

Enloquecían por los niños: nos mimaban y nos regalaban monedas. Algunas amaban a sus hombres con devoción de perro. Consideraban un privilegio visitar a mi madre y tomar té en una casa decente, y por eso, acaso, le hacían regalos, lo cual la desconcertaba. Ella no aprobaba su manera de vivir y así se lo decía con su habitual franqueza. Pero tenía demasiado buen corazón para echarlas.

Susie adoraba a mi madre. Era la chica más guapa de la calle, vivaracha y esbelta, y tenía la fanática belleza de la hija de un profeta. Era muy alegre y tan cariñosa como poco egoísta. Debía haber sido popular, pero era la mujer más odiada de la calle.

Siempre estaba borracha. Hacía escenas: se peleaba con todos sus hombres, los engañaba y los maldecía. Su rufián le zurraba a menudo. No tenía amigos.

Después de una de sus escenas entraba histéricamente en nuestra cocina. Se arrojaba en el hombro de mi madre y le besaba las manos apasionadamente.

–¡Mami, mami, sea buena conmigo, por favor! –sollozaba–.  
¡Dígame qué puedo hacer, dígame cómo puedo salvarme!

–Deja esa mala vida –decía mi madre pacientemente–. Ponte a trabajar en una fábrica, y sé buena.

–Sí, sí, sí –gemía la muchacha–. Mañana por la mañana lo haré, mami.

Pero nunca lo hacía. Mi madre se cansó de estas escenas de histerismo. Trató de quitársela de encima, estuvo fría con ella.

Una noche, cuando nos sentamos a cenar, oímos quejidos afuera. Mi padre abrió la puerta, y allí tendida estaba Susie, retorciéndose como un gusano cortado. Había tomado ácido fénico.

–Mire, mami –dijo boqueando–. Por fin voy a dejar la mala vida.

La ambulancia vino por ella y, al día siguiente, murió en el hospital.

Ida era una excepción. Era una de las patronas, Y regía un establecimiento. Alquiló una tienda vacía, y puso cortinas en las ventanas. Luego construyó diez cuartos con cartón piedra. En cada uno de ellos colocó una cama y la tienda quedó preparada para el negocio.

Ida era una mujer de armas tomar. Grande, gorda, agresiva, llevaba una sortija con un enorme diamante, y sabía hacer dinero. Bebía cerveza a cubos. Medio borracha iba por las casas de su propiedad; vanagloriándose de sus proezas de ramera. Se jactaba de haberse cargado sesenta hombres en un día.

Despreciaba a las jovencitas débiles, que se angustiaban y tenían escrúpulos románticos, o se acordaban de sus padres.

Masha era una de sus pupilas. Masha era una judía rusa que estaba ciega. Había perdido la vista y la familia en un pogrom ruso. Cómo había sido arrastrada a “la vida”, nadie lo supo nunca. Tenía una expresión humilde y siempre estaba quieta. Cantaba canciones de Kiev, acompañándose con una guitarra de siete cuerdas. Las otras chicas la querían. Pero la atormentaban recordándole cierto incidente, que le valió el apodo de “La novia del cólera amarillo”. Se lo pusieron una vez que un lavandero chino se acostó con ella. El hombre había entrado borracho, pidiendo una mujer. Todas las chicas le rechazaron a causa de su raza. El insistió. Por broma las chicas le enviaron al cuarto de Masha. Como era ciega, lo mismo daba.

Después hicieron gran chacota de lo ocurrido. La llamaron “La novia del cólera amarillo”.

Muchas noches yo me quedaba dormido oyendo las melodías de Kiev, que ella cantaba al son de su guitarra de siete cuerdas. Se la oía desde nuestra casa. Cantaba entre cliente y cliente.

## 6

Los rufianes se dedicaban a la caza. Marcaban por suya a toda chica bonita que crecía en el East Side. La miraban llenarse, crecer, hacerse mujer. Cuando cumplía quince años, urdían un plan para atraparla. Quince años tenía la hermana de Nigger cuando la deshonró Luis el Tuerto.

Los clubs infestaban los salones de baile. Allí era donde pescaban a las románticas muchachas que iban a bailar después de trabajar todo el día en una fábrica. Tenían mucha labia. Las seducían de la misma manera que se hace dormir a los niños, con cuentos de mágica felicidad.

No era extraño que los padres del East Side no dejaran ir a sus hijas a los salones de baile. Pero las chicas necesitaban bailar.

Yo nunca he oído que la hija de un millonario se venda por cincuenta centavos o que la hayan “perdido” los salones de baile.

Muchas de las rameras habían entrado en la profesión por hambre. Una vez en ella no sabían cómo salir. Tenían miedo de volver a la miseria si la dejaban.

Rosie trabajó durante años en las fábricas, ahorrando dinero para traer a sus padres de Europa. Después cayó enferma. Sus ahorros se evaporaron. Tuvo que ir al hospital. Salió y no pudo encontrar trabajo. Estaba hambrienta, débil y sola. A nadie le importaba que viviese o no.

Estaba dispuesta a tirarse al río. Un rufián la encontró. La llevó a un restaurante y le pagó una buena comida. Le hizo una oferta práctica. Rosie, aceptó. Nunca se arrepintió de su decisión: era más fácil que trabajar en una fábrica. Ahorró dinero para enviar a sus padres, y nunca volvió a padecer asma.

De este modo Tammany Hall se enriquecía. Nuestro casero, míster Zunzer, se enriquecía. Mi madre se le quejó, en una ocasión, de unas zorras que se emborrachaban y armaban escándalo hasta altas horas de la noche.

Míster Zunzer era un pilar de la sinagoga. Llevaba una larga levita llena de manchas de grasa, y una camisa almidonada, pero ni cuello ni corbata.

–Sí –dijo acariciándose la barba hirsuta–, esas chicas son unas zorras. Pero pagan tres veces más de alquiler que usted, y puntualmente. Conque si quiere usted mudarse, no hay inconveniente. ¡Es muy triste, pero un casero tiene que vivir!

Todas estas cosas sucedían. Eran parte de nuestra vida diaria, no fantásticos artículos de los periódicos.

### III. UNA PANDILLA DE GRANUJAS

#### 1

LA PRIMERA VEZ que admiré a Nigger fue en la escuela, cuando yo era un novato. Le dio un puñetazo a la maestra en la nariz. La escuela es una cárcel para los chicos. El crimen de uno es la juventud, y por esto le castigan los carceleros. Al principio yo odiaba la escuela; echaba de menos la calle. Me ponía nervioso estar sentado en una habitación, muy tieso, mientras el otoño resplandecía en Nueva York.

Siempre estaba en ascuas. La maestra, una solterona gorda (250 libras de peso), con anteojos y andares de herniada, era mi enemiga.

Se escandalizó de una palabrota que yo, bellaco de seis años, usé cierto día. Me lavó la boca con jabón de lejía. Me sometí. Me tuvo de pie en un rincón el día entero para que sirviera de escarmiento a una clase de cincuenta chicos asustados.

Comer jabón es desagradable; pero mis padres sólo protestaron porque el jabón está hecho de sebo cristiano, no es kosher. También me había forzado a comer cerdo, un crimen contra la ley mosaica. Se quejaron a la directora.

¡Oh, irritable solterona; oh, almidonada maestra; oh, déspota, rígida y estúpida; oh, vaca sin leche, ni becerro, ni toro! ¡Era una tortura para ti enseñar en un vecindario judío!

Yo no sabía inglés cuando me pusieron en tus manos. Era un pequeño salvaje amigo de corretear por las calles. No usaba cepillo de dientes. Dormía en calzoncillos, y, probablemente, tenía piojos. Estar sentado en un banco me ponía nervioso, mi cuerpo odiaba los ataúdes. Pero, ¡oh, maestra de pequeños esclavos; oh, herniada virgen americana de cincuenta y cinco años, tú no debiste haberme llamado “kike”!

Nigger te pegó un puñetazo en la nariz por eso. Yo debí haber sido tan valiente como él. Era lo justo.

## 2

Los moralizadores del Ku Klux dicen que el sistema de bandidaje no es americano. Dicen que fue traído aquí por los emigrantes europeos de “clase baja”. ¡Qué tontería! Nunca hubo bandidos judíos en Europa. Los judíos eran allí un grupo tímido y estudioso. Los judíos no han matado a nadie desde la caída de Jerusalén. Por eso los cristianos, que aman el asesinato,

nos han llamado el “pueblo raro”. Pero es América la que ha enseñado a los hijos de los sastres judíos tuberculosos a matar.

Nigger era un muchacho varonil, el mejor pitcher, el mejor boxeador y el mejor jugador de dados de nuestra pandilla. Era Jorge Washington cuando nuestro ejército aniquilaba a los soldados ingleses. Montaba los potros salvajes y era el que mataba más búfalos entre las casas de vecindad. Arrancaba el cuero cabelludo a los indios, y era nuestro general en la guerra.

Algunos de la pandilla se han hecho célebres. Al Levy, que entre nosotros era conocido simplemente por el “Apestoso”, gana ahora mucho dinero escribiendo operetas.

Abe Sugarman es director de películas. Se ha convertido, además, en un noble español. El nombre que usa en Hollywood es Arturo de Sagaar, nada menos.

Lew Moses no juega ya a los dados, pero sí a la bolsa. Especula con rascacielos.

Otros de los muchachos son más modestos actores. Jake Gotlieb tiene un taxi, y da de comer a sus tres chicos todos los días. Harry Weintraub es cortador en una sastrería. Otros han muerto.

Los chicos siempre encontraban algo para ver en el enorme circo gratis del East Side. Siempre un entierro, un tumulto, una pelea entre dos comadres gordas, o un accidente o una boda. Todos los días explorábamos las calles, vagábamos por aquel fantástico sueño de un millón de judíos.

Nuestra pandilla jugaba a todos los juegos universales: al marro, al vigilante y el ladrón, al paso. Como los niños de África y del Perú, nosotros seguíamos religiosamente las temporadas de barriletes, trompos y bolas.

Uno de los juegos más divertidos fue inventado por Nigger. Era el juego de robar. Nigger, por correr más que ninguno de nosotros, era quien se acercaba a las carretillas y robaba descaradamente una fruta. El vendedor ultrajado, claro está, le perseguía, lo cual era para nosotros la señal de agarrar más fruta y echar a correr en dirección opuesta.

Con un penique uno podía comprarse muchas cosas: una salchicha, una taza de chocolate o una de las treinta variedades de caramelos envenenados. Tajadas de sandía, manzanas y exquisitos manjares europeos, como halvah turco y lakoom, iverknishes, semillas de girasol ruso, pasteles rumanos, tomates en vinagre. Por un nickel daban cinco de estas golosinas callejeras que producen sorprendentes pesadillas judías.

En verano abríamos la boca de riego y chapoteábamos en el agua con ropas, zapatos y todo. O nos tirábamos a nadar desde los muelles. El East River, donde nos bañábamos, era una alcantarilla abierta, llena de petróleo y de basura. Debía de ser subterránea. Hedía a muerte. Muchas veces, mientras nadaba, tuve que apartar de mi cara perros muertos hinchados y hortalizas podridas. En nuestro grupo era considerada como una gracia el tirar inmundicias a otro chico cuando estaba nadando.

¡Qué manera más puerca de limpiarse! Pero el sol brillaba; los remolcadores pasaban resoplando como bulldogs, así como los

barcos de carga, con sus pálidos fogoneros colgados de las batayolas; el río fluía y brillaba; el cielo estaba azul, y esto era vivir.

Nigger nos enseñó a nadar. Su método era tirar a un chico desde lo alto del muelle. Si el chico flotaba, enhorabuena. Si se hundía y pedía auxilio, Nigger se echaba a reír y lo sacaba.

Jack Korbin murió así; yo también estuve a punto de ahogarme.

Pero esto era vivir. Estábamos desnudos, libres y chiflados de juventud. Cualquier cosa hecha al sol es buena. El sol, el viejo y alegre sol que es el papá de todos, miraba tan afectuosamente a sus pequeños canallas judíos como a sus sifilíticos millonarios de Palm Beach: estoy seguro.

### 3

Y ahora otro rasgo de nosotros, los chicos: nuestra hambre de campo.

Nueva York es un sueño del diablo, la ciudad más urbanizada del mundo. Todo es geometría, ángulos y piedra. Es una ciudad mítica, una ciudad enterrada por un volcán. No se encuentra en ella ni hierba, ni árboles grandes, ni flores, ni pájaros, salvo los pardos y lascivos gorriones; ni barro, ni marga, ni tierra: tierra

fresca para oler, tierra para andar, para revolcarse y para amarla como a una mujer.

Sólo piedra. Son las ruinas de Pompeya, sólo que siete millones de animales ebrios de amor a la tierra tienen que vivir en estas calles de lava.

Cada semana en la escuela pública se dedicaba una hora a estudiar la Naturaleza. La maestra solterona sacaba de un armario oscuro una colección de objetos banales: nidos, mazorcas de maíz, minerales, hojas secas y otros pobres cadáveres. Sobre ellos disertaba tediosamente, y nos invitaba a admirar la Naturaleza.

¡Qué insulto! Nosotros nos retorcíamos en los bancos rabiando por salir al aire libre. Aquello era como si a un mangante hambriento le prestaran instantáneas de alimentos y esperaran verle agradecido. Era como hablar a una jaula de monos de las delicias de la selva.

En verano, si una de esas señoras caritativas que se dedican a visitar los barrios bajos pasaba por nuestra calle con flores en la mano, la asediábamos pidiéndole que nos diese una. Nos alborotábamos, gritábamos, le tirábamos de la falda y la mareábamos hasta asustarla.

–¡Señorita, deme una flor! ¡Deme una flor! ¡A mí, a mí, a mí!

Una vez, Jake Gottlieb y yo descubrimos unas briznas de hierba entre las grietas de la acera, cerca de la cochera. Nos quedamos asombrados del milagro. Custodiamos aquel tesoro, no permitiendo a nadie que lo pisara. Los de la pandilla venían

cada hora a estudiar “nuestra hierba” para ver si crecía. Murió, como era de esperar, a los pocos días; solamente los chicos éramos lo bastante resistentes para crecer en el East Side.

Los italianos cultivaban geranios rojos y rosados en latas de tomate. Los judíos podían haberlo hecho también; pero les faltaba el humor. Cuando empezaban con las excavaciones para construir una nueva casa de vecindad, se veía por allí a los italianos llenando sus tiestos de tierra fresca. Algunos de ellos cultivaban judías y dondiegos.

América es tan rica y tan opulenta porque se ha comido la tragedia de millones de emigrantes.

Para comprender esto sería necesario haber visto al anochecer, después de trabajar todo el día, a uno de nuestros emigrantes, italianos de pico y pala, regando su lata de amadas flores. Cetrino labrador, hijo de treinta generaciones de labradores, con su camiseta sudada, en la ventana de una casa de vecindad, sintiendo la poesía perdida. ¡Arrancado de su terruño! ¡Perdido! ¡Traicionado!

Cierto día, una mariposa blanca apareció por milagro en nuestra calle. Nosotros la perseguimos, y Joey Cohen la cazó con su gorra.

Pero, cuando levantó la gorra, la mariposa estaba muerta. Joey, a causa de esto, estuvo triste varios días.

## 4

Volvamos a Nigger.

Era fornido, sólido, cuadrado. Tenía la potencia de un remolcador. Sus ojos, ya en aquel entonces, tenían el desdeñoso mirar del criminal y del genio. Había nacido con la nariz aplastada, y esto, unido a su pelo negro y a su tez oscura, hizo inevitable su apodo: “Nigger”, el Negrito.

Era audaz, indómito como un gitanillo. Siempre estaba en movimiento, planeando travesuras. Era desconfiado como un gato, pronto a esquivar cualquier puntapié imprevisto de su enemigo: el mundo. El East Side engendra esta cautela. Los boxeadores del East Side han sido siempre del tipo relámpago, aprenden a moverse rápido esquivando los guardias y los tranvías.

El East Side, para los chicos, era un mundo sumergido en continua guerra. Entrar en la calle de al lado era suicidarse. Cada manzana de casas constituía una nación aparte, y, cuando aparecía un chico extranjero, los patriotas se amotinaban.

–¿De qué calle? –se le preguntaba furiosamente.

–De Chrystie Street –respondía el otro temblando.

¡Pam, pam! Esta era la señal para caer en masa sobre el desgraciado extranjero con palos, piedras, puños y pies. La paliza era cruel y sangrienta, como entre personas mayores, y no se tenía piedad. A mí me han descalabrado tres veces y he salido muchas con un ojo negro y los labios hinchados de las

guerras callejeras. Nosotros a ellos y ellos a nosotros siempre andábamos zurrándonos. Todo por patriotismo, aunque ahora es difícil comprender qué diferencia había entre una calle del East Side y otra. Cada una de ellas era la misma fantasía de casas de vecindad, enormes viviendas, demonios, sombreros viejos, judíos, vendedores ambulantes, ángeles, olor a orines, sombras, colchones y plátanos. Las mismas calles de lava gris.

Uno debía unirse a una banda en defensa propia y había que ser leal y valiente. Hasta yo, chiquillo raro y meditabundo, era valiente.

Joey Cohen, un muchacho soñador, que usaba lentes, era valiente. Stinker se las daba de valiente; y Jake Gottlieb era valiente, y Abie, Izzy, Fat, Maxie, Pishtepel, Harry, eran todos indudablemente valientes. Con frecuencia alardeábamos de nuestra extraordinaria valentía. Pero Nigger era el valiente de los valientes, el caudillo de nuestra valiente tribu salvaje.

Nigger se atrevía con chicos que le doblaban la edad, se atrevía con hombres y con guardias. Bajaba la cabeza y arrancaba con los brazos tendidos, la cara feroz, los ojos hinchados, los labios contraídos, como una máquina de hierro, como un animal criado durante siglos para la lucha, por más que su padre fuese un pobre sastrecillo enfermo.

Nigger empezó a odiar a los guardias desde su más tierna infancia. Los guardias de nuestra calle no eran mejores ni peores que la mayor parte de los guardias. Rondaban las puertas traseras de las tabernas bebiendo cerveza gratis. Eran íntimos de las prostitutas, de todos los ladrones, de los vendedores de

drogas prohibidas, de los clubs y de los tahúres de la vecindad. Sacaban dinero de todo el mundo, hasta del más humilde cordonero ambulante.

Todo el mundo sabía cómo eran los guardias. ¿Por qué, pues, adoptaban aquella actitud de austera virtud con los chicos pequeños? Era como si nosotros fuésemos los mayores criminales de la comarca. Interrumpían nuestros juegos de baseball, confiscaban nuestros mazos. Nos pegaban por chapotear bajo la manga de riego. Nos insultaban y nos perseguían por cualquier motivo. Les sacaba de quicio que nos divirtiéramos.

Cierto día estábamos absortos jugando a los dados. De pronto gritó Fat: “¡Largarse, el guardia!”. Todos nos desperdigamos como conejos, dejando unos quince peniques en la acera. Los guardias, por lo general, se embolsaban las monedas. Esta era una de las cosas que nos indignaban. A menudo sospechábamos de su moralidad por este mezquino robo.

Nigger no corrió. Se agachó tranquilamente y recogió los peniques. Estaba desafiando al guardia. El guardia, rojo de rabia, se hinchó como un pavo y le dio un garrotazo a Nigger en la espalda. Nigger cayó en la acera. El guardia le obligó a soltar el dinero.

–¡Hijo de puta! –dijo el guardia–. ¡A ver si te mando al reformatorio!

Nigger se levantó sin replicar y se marchó. Llevaba en la cara una expresión torva. Cinco minutos después, cayó del cielo un ladrillo y no le partió el cráneo al guardia por milagro.

Era la respuesta de Nigger. El guardia subió al tejado y le persiguió. Pero Nigger era demasiado temerario para dejarse pescar. Saltaba de casa a casa como una cabra montesa. Estaba dispuesto a morir por la justicia. El guardia no era tan valiente.

Durante varios meses, Nigger se dedicó a tirar ladrillos, basura y cartuchos de papel llenos de agua sobre la cabeza de este guardia. El hombre se volvía loco. Nunca podía dar alcance al pequeño fantasma; pero propaló que Nigger era una mala pieza, que debía estar en el reformatorio. Este guardia se llamaba Murph. Él fue quien más tarde inclinó la balanza que precipitó a Nigger en su carrera de bandido.

## 5

Estaban derribando la calle de Delancey para convertirla en una avenida, y a causa de esto había allí muchos solares vacíos.

En nuestro East Side, ahogado por miles de casas de vecindad, un espacio abierto era un regalo de hadas para los chicos.

Aire, espacio, maleza, sitio para moverse; uno suspiraba por espacio en el East Side, por cualquier pantano o terreno inculto que atestiguara que el mundo era todavía joven, salvaje y libre.

Mi pandilla se apoderó de uno de esos solares y lo convirtió, con poder de la imaginación, en una vasta llanura occidental.

Allí enterrábamos tesoros como los piratas, y construíamos fuertes de nieve. Jugábamos al fútbol y al baseball en los largos días de sol. Hacíamos cuevas, y con Peary exploramos el Polo Norte. Allí acampábamos de noche bajo las estrellas, asando batatas, que sabían más dulces porque eran robadas.

El estruendo del tren elevado no se oía allí. El vocerío de los vendedores, que gritaban como un asilo de idiotas; el peligro, el ruido y el dolor del East Side quedaban aislados por una valla mágica, lejos en este nirvana infantil.

Terreno viejo y andrajoso, destripado como un campo de batalla por los picos y las palas de los trabajadores, pequeño vertedero de basura olvidado en medio de las altas casas; ¡oh, refugio de trastos viejos, cochecillos herrumbrosos, maderos, botellas, cajas, pantalones rotos y gatos muertos; todo el mundo pasaba por ti escupiendo y tapándose las narices. Pero en mi mente todavía resplandeces en un halo de poesía infantil. ¡Ningún otro sitio volverá a parecerme tan maravilloso!

Nosotros teníamos que defender nuestro campo por la fuerza de las armas, y esto lo hacía aún más romántico.

Cierto día de abril, Abie, Jake, Stinker y yo estábamos jugando al marro bajo el cielo azul. Hacía calor. Perros amarillentos andaban como en sueños por la basura. El sol cubría de oro las casas de vecindad. Charcos de nieve derretida brillaban en el lodo. Un viejo nos contemplaba fumando su pipa.

Los chicos sienten los momentos de belleza, pero no los pueden expresar, excepto a través de una exuberancia loca. Nosotros éramos felices. De pronto, una bomba destruyó la paz.

Los chicos de Forsythe Street, nuestros enemigos, bajaron dando alaridos como una bandada de indios. Los dirigía Butch, aquel muchacho moreno e intrépido, cuya reputación era tan formidable como la de Nigger.

Procedieron inmediatamente a machacarnos. Eran unos quince. Abie y Jake fueron enterrados bajo una pirámide de brazos y piernas. Stinker, que se zafaba de todos los líos, suplicando, gimiendo, lloriqueando y rebajándose hasta la adulación, pedía a gritos socorro. Butch me tomó por su cuenta. Fue un duelo entre una cucaracha y un tren.

Al fin nos permitieron levantarnos.

–Ojo, mocosos –dijo Butch limpiándose las manos en el trasero–, este solar nos pertenece a nosotros, los de Forsythe Street, ¿habéis oído? ¡Conque, a la mierda!

Echamos a correr, contentos de escapar con vida. Teníamos las camisas hechas jirones, las medias destrozadas; estábamos llenos de barro, maltrechos, desacreditados. Encontramos a Nigger. Iba cargado con un enorme montón de chaquetas que traía de la fábrica para su familia. Su familia trabajaba en casa, y ésta era su tarea diaria.

Se puso pálido de rabia cuando le contamos el desastre. Toda aquella tarde la pasamos tomando medidas de estrategia. Espiamos a los de la calle Forsythe, visitamos a los de la calle Eldridge y formamos una alianza contra el enemigo común.

Al día siguiente se dio la histórica batalla. Algunos de los nuestros robaron en sus casas tapas de calderas y las usaron

como escudos. Otros tenían espadas de hojalata, palos, cachiporras. Los dos ejércitos se encontraron en la calle. Volaron botellas, las cabezas sangraban. Nigger fue el valiente de los valientes.

Reconquistamos nuestro campo. Y después apostamos centinelas y nos divertimos con el santo y seña, con los ejercicios y con otros ritos militares. Las maestras solteronas se hubieran horrorizado de vernos poner en práctica su principal enseñanza: guerra, guerra.

## 6

Pero el Bulevar Schiff era un enemigo que nosotros no podíamos derrotar. Nos robó, al fin, nuestro campo de recreo.

Extendieron una larga tira de asfalto, con árboles anémicos y líneas de bancos, donde los obreros sin trabajo se sentaban en verano.

Volvimos a nuestra atestada calle. No mucho después de esto, Joey Cohen fue aplastado por un tranvía de mulas.

Iba montado al estribo, y al apearse cayó bajo las ruedas. Fue como un relámpago. Los circunstantes vieron caer su cuerpo y luego oyeron un último grito de dolor.

El tranvía siguió andando. La gente se precipitó a los rieles y recogió el cuerpo destrozado de mi compañero de juegos.

¡Qué mala jugada! La cabeza se había perdido. Llegó la Policía; los padres de Joey gritaban y gemían, todo el mundo buscaba, pero la cabeza no aparecía.

Más tarde fue descubierta debajo del tranvía, colgando del eje ensangrentado.

Este accidente causó una gran impresión en nuestra pandilla. Jake Gottlieb dijo que nunca volvería a montarse en el estribo de un tranvía. Pero Nigger, para demostrar lo bravo que era, hizo un viaje gratis aquella misma tarde.

Joey era el muchacho soñador que usaba gafas y que sintió tanto la muerte de la mariposa. Siempre estaba leyendo libros, y tenía muchas ideas raras. Él fue quien me metió en la cabeza la idea de hacerme médico. Yo siempre me había imaginado que quería ser bombero.

## IV. HONGOS VENENOSOS

### 1

¡JOEY COHEN! TÚ que fuiste sacrificado bajo las ruedas de un tranvía, te veo otra vez, Joey. Veo tu cara pálida, tan sensitiva a pesar de la mugre y de los arañazos. Eres precoz a la manera judía, lleno de una extraña bondad y comprensión. Tienes tantas ojeras como yo, ¡dormimos tan poco en verano! Pero llega la mañana, y tu padre, Joey, te ha dado nada menos que un nickel. Salimos juntos para gastarlo.

Vamos descalzos. El pavimento nos levanta ampollas; pero a nosotros nos gusta el brutal contacto, y nos desafiamos a pisar los sitios más calientes. Vamos sin gorra y llevamos las cabezas afeitadas para ayudar a nuestras mamás a combatir los piojos de verano.

Joey va con una camiseta de algodón y lleva los pantalones sujetos por un tirante y un imperdible. Yo, poco más o menos, lo mismo.

Primero compramos dos pirulís, uno rojo y otro verde, en el puesto de la esquina. Chupamos prodigiosamente, y de vez en cuando cambiamos chupadas mientras miramos, haraganeando, a las niñas que bailan al son del organillo.

Mi hermana Esther está bailando con Lily, la hermana de Nigger. El sol quema. La calle brama. La cara de mi hermana resplandece de júbilo. En su éxtasis no me ve. Sus trenzas flotan al bailar una danza morisca. Hay otras niñas morenas y flacas. Sus cuerpecillos arden con el ritmo. Han seguido al organillo de calle en calle, pero después de danzar horas y horas todavía

no están satisfechas. Sólo el organillero italiano da muestras de malhumor y aburrimiento. Toca un alegre pasodoble como si estuviera en una fábrica y luego pasa la gorra.

Eso es lo único que le importa; pero las pequeñas bailarinas alegran a todos los demás. Algunas prostitutas han dejado el “negocio” momentáneamente y miran sonriendo con dulzura. El guardia, apoyado contra un farol, sonrío. Un viejo torvo, de barba gris, que lleva bajo el brazo una gallina viva, sonrío a las niñas. Un camión ha acortado la marcha y el conductor las contempla soñadoramente al pasar por su lado traqueteando. Las madres miran desde las ventanas. Con toda la importancia de su gordura, un pequeño negociante judío que con el calor está reventando como una ciruela, se enjuga el rostro y admira a las niñas.

Una bruja corcovada, con un pañuelo rojo, pasa cojeando y empujando un cochecillo de niño tapado con un paño. Dentro

no va ningún niño, sino una gran cacerola llena de habichuelas calientes.

–¡Bubkes! –grita en una especie de falsete chino–. ¡Recientes, calentitas!

Nos olvidamos del baile y recordamos los peniques que lleva Joey en el bolsillo. Compramos bubkes. La bruja verrugosa levanta la tela y nos da un penique de habichuelas en un cartucho de papel.

Mientras comemos, Joey medita. Ahora nos quedan sólo dos peniques, y tenemos que gastarlos cuerdamente.

–¡Vamos a Cheap Haber’s! –dice.

Esta es una confitería de la calle de Rivington, famosa en dos leguas a la redonda entre los chicos del East Side por sus espléndidas gangas. Conque allá nos vamos en busca de aventuras.

Me encanta el verano. ¡Pasan tantas cosas entonces! El invierno es también divertido, con sus batallas en la nieve; pero el verano es un gran circo. Sí, entonces suceden cosas extraordinarias.

En invierno, la mayor parte del tiempo se la pasa uno encerrado en casa. En verano se vive en la calle.

Jake Wolf está a la puerta de su taberna, escarbándose sus magníficos dientes de oro, que todo el mundo admira tanto, y retorciéndose el bigote. Su chaleco blanco centellea al sol. Jake

es un gran hombre. Pertenece a Tammany Hall y se encarga de las elecciones todos los años.

-¡Hola, Jake!

-¡Hola, chicos!

-¿Podemos tomar unas rosquillas, Jake?

-Vamos a Cheap Haber's, Jake.

-Muy bien. Cuidado con los indios.

-Vamos, si no hay indios en Nueva York, Jake. ¿Nos da una rosquilla? Cuéntenos de cuando mató usted aquel indio en el Oeste.

-Otro día. Idos ya.

Le dejamos de mala gana: el hombre es cariñoso con los chicos, regala rosquillas y sabe historias preciosas. Pasó un año en el Oeste, en Chicago, y vio a los indios. Dijo que parecían judíos, pero que no eran tan listos ni tan valientes. Un judío solo podía matar cien indios.

Un curda es lanzado bruscamente de la taberna. Da un salto muy gracioso y cae de bruces, resbalando sobre la acera. Con la cara llena de sangre, gruñe y blasfema. Jake Wolf mira aquel

montón de harapos sangrientos, se escarba los dientes, escupe, bosteza y se vuelve de espaldas.

–¡Largo de aquí, mocosos! –dice guiñándonos el ojo–. Estoy ocupado.

### 3

En la lechería había muchos vagabundos. Se congregaban allí todas las mañanas para beber leche a cinco centavos el litro. La leche fría les suavizaba el estómago después de una larga borrachera. Mary Sugar Bum me lo dijo en uno de sus momentos lúcidos.

En el banco que había delante de la cochera, los cocheros se divertían en grande. Le estaban dando a beber cerveza de una lata a Terry McGovern, el chivo.

La mayoría de las tabernas tenían una mascota. Terry McGovern llevaba ese nombre en recuerdo del boxeador. Le habían pintado de oro los cuernos y llevaba un collar de perro, decorado con tachuelas de latón. En el collar estaba grabado su nombre y las señas de la taberna de Jake. Terry comía bocadillos, basura, periódicos, latas: cualquier cosa vieja. Sus rarezas gastronómicas eran continuo motivo de charla en la vecindad. Y, además, le gustaba la cerveza. Se la sorbía como un curda sediento que acabase de sacar unas monedas mendigando en un día caluroso. Después meneaba el rabo y embestía cualquier cosa que se le pusiera por delante. Era una gran diversión. Los cocheros se gastaban muchos centavos comprando cerveza para Terry.

Yo vi una vez un marinero borracho tenderse en la acera y darse topetazos con Terry. ¡Qué idiota! El chivo le abrió en dos la cabeza, y hubo que llamar a una ambulancia.

¡Verano! Una bomba de incendios pasó bramando por la calle contigua. Cortó el tráfico como una bala de cañón que atravesase un regimiento de soldados. Después, ¡qué emoción!, un minuto más tarde, la ambulancia. Carretones, carretillas, hombres, mujeres y niños se desparramaron como ratas. Joey Cohen y yo discutíamos: ¿cuál era la carrera más heroica: bombero o doctor?

Vimos un afilador de tijeras. Era un viejo alemán, con lentes y patillas blancas y sedosas. Parecía un doctor tan pulcro y grave.

Tocó una campanilla y siguió empujando su enorme rueda de afilar. Entró en una carnicería y salió con un montón de cuchillos y hachas. Nosotros mirábamos volar las chispas de oro.

Después bajó un gran ómnibus lleno de forasteros. Le seguía una pandilla de chicos arrojando piedras, inmundicias, gatos muertos y verduras podridas a los aterrados viajeros. “¡Gringos, gringos –gritaban los chicos–, fuera de aquí!”. Joey y yo nos unimos al grupo de vocingleros. ¿Qué derecho tenían aquellos presuntuosos extranjeros para venir a mirarnos? ¿Qué derecho tenía aquel tío del portavoz de contarles esas mentiras de nosotros? Los chicos apedreábamos siempre estos autobuses. La diversión es todavía popular en East Side.

Cuántas tentaciones nos rodeaban, cuántas veces Joey y yo nos parábamos a discutir si gastábamos el dinero entonces o si seguíamos hasta Cheap Haber's. Pero éramos fuertes y continuábamos.

Tentaciones. Estaba el hombre misterioso de la limonada, un bandido atezado, con feroces bigotes puntiagudos, que aparecía cada verano. Llevaba un fez turco, bombachas blancas y una faja roja. A su espalda colgaba una marmita de latón con una cuchara de largo mango. Por un penique se inclinaba hasta el suelo como para orar. Con la cuchara, por encima del hombro, echaba la limonada turca en el vaso que tenía en la mano. Era una escena espléndida, que bien valía un penique.

A veces encontrábamos un tiovivo, un tiovivo pequeño de seis caballos de madera montado en un carro del que tiraba un penco viejo. El hombre hacía girar la rueda y los chicos daban vueltas hasta que se mareaban. Era un hombre bajo, moreno y rechoncho como un barril de cerveza. Era judío pero parecía italiano. Odiaba a los chicos. A los que ya habían montado y se quedaban curioseando les ahuyentaba con el látigo.

Había también un adivino con un organillo y un loro. El loro y el hombre eran muy narigudos. Por un penique, el loro sacaba de una caja, con el pico, una hojita impresa y se la daba a cada uno. Allí estaba la fortuna.

## 6

Esto era en verano. Un viejo judío melancólico pasaba cojeando, cubierto con seis sombreros hongos encajados uno sobre otro, y un saco de arpillera al hombro,

–¡Dinero por ropas! –gritaba con voz lastimera, y levantando sus cansados ojos a las ventanas de las casas de vecindad–. ¡Dinero por ropas! –y esto le encogía a uno el corazón extrañamente, como las plegarias de la sinagoga en Yom

Kippur. En mis oídos resuenan todavía las lamentaciones de los viejos y solitarios judíos sin dinero.

–¡Dinero por ropas, dinero por ropas! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

## 7

Verano. Basura por todas partes. ¡Plaf!, otro envoltorio asqueroso que caía deshaciéndose de una de las ventanas. Muchas de las mujeres de East Side tenían esta horrible costumbre. Para ahorrarse las escaleras, envolvían la basura en periódicos y la tiraban a la calle. En verano, el cielo del East Side llovía cáscaras de papas, borra de café, cabezas de arenques y

peligrosos huesos de sopa. ¡Plaf!, allá va, y la gente de la calle se agachaba como si sonase una ametralladora.

Calor de verano. El asfalto hervía bajo los pies. Los caballos desprendían los cascos del hirviente alquitrán de las calles con un ruido de succión. Nuestros pies desnudos se hundían en el asfalto y dejaban una profunda huella.

Joey y yo vimos a una señora vieja, sentada en un escalón, rodeada de gente. Le habían quitado el corsé y la estaban abanicando. Le daban de beber agua con soda fría. Tenía una insolación.

Moscas, chinches, gatos enfermos, caballos atacados de insolación, hombres y mujeres, tabernas bulliciosas, la calle convertida en un circo... Verano.

En el torbellino de camiones, hombres, carretillas, tranvías, perros y basura, las madres empujaban tranquilamente los cochecitos de sus nenes. Se paraban a la sombra de los trenes elevados para amamantar a las criaturas con sus grandes pechos sudorosos.

¡Mañana de verano! Joey Cohen y yo camino de Cheap Haber's.

## 8

No llegamos por fin. Una pesadilla de verano, se interpuso. En Rivington Street, esquina Chrystie, frente al Hotel Mills, un hombre nos llamó desde un portal. A mí me dio mala espina desde el primer momento. Era un tipo vagabundo, con un traje viejo todo arrugado y saturado de grasa como un trapo de cocina. Se le veían las rodillas a través de los pantalones, y estaba todo manchado de aserrín de alguna taberna. Su rostro amarillento estaba cubierto de úlceras. Era repugnante: un cadáver en la primera semana de descomposición.

Tenía las manos metidas en los bolsillos y se notaba que las retorció nerviosamente, sus ojos brillaban como los de una rata y parpadeaban sin cesar.

–¡Venid aquí! –graznó este espantapájaros– ¿queréis ganaros un nickell

Yo estaba aterrado. La boca agrietada de aquel tío baboseaba, sus ojos como puntas de alfileres me daban miedo. Pero un nickel tentaba a Joey. Era más valiente que yo. Se adelantó para hablar con el hombre.

Este le metió en el zaguán de la casa.

De pronto oí un grito. Joey salió corriendo de la casa perseguido por el repugnante cadáver.

–¡Mami, mami! –gritaba Joey–. ¡Me ha querido bajar los pantalones!

El viejo vendedor ambulante se levantó. Los lentes le temblaban en la nariz de pura indignación. Joey se echó en sus brazos. El esperpento, rechinando los dientes y lanzando gruñidos extraños, tiró de un empujón al pobre viejo. Agarró a Joey. ¡Qué ojos! Se le salían, rojos e hinchados, de las órbitas. Pestañeaba frenéticamente.

Joey forcejeaba dando gritos. El tío le sujetaba. De pronto apareció un judío pequeñito, chato y gordo, con una camisa de franela y gorra. Estaba fumando una pipa. Se la quitó de la boca y dirigió dos golpes perfectos a la mandíbula del cadáver.

–¡Suelta al chico, maricón! –dijo el fornido hombrecillo.

El otro estaba tambaleándose a consecuencia de los puñetazos. Soltó a Joey y lanzó a su alrededor una mirada salvaje. Se agolpó la gente. Relampagueó un cuchillo. El invertido le había cortado la cara al intrépido hombrecillo. Todo esto fue rápido como el rayo.

Dos trabajadores italianos, que estaban cavando una zanja cerca de allí, se pusieron frenéticos de rabia, blandieron sus palas en alto y las descargaron en el cráneo del degenerado. Este se desplomó en la acera con un gemido. Y luego una epidemia de locura atacó a la multitud repentina. El caos: insultos, sangre, un huracán de caras feroces. Todos, incluso las mujeres, pateaban, aporreaban y golpeaban con palas el cuerpo flácido y repugnante tendido en la acera. Se decían unos a otros lo que aquel hombre había hecho. Esto volvía loca a la gente. Si no

hubiera llegado un guardia, el desdichado hubiera sido hecho trizas.

Joey y yo, olvidados, nos escabullimos de aquel lugar. Joey sollozaba amargamente, y yo no sabía qué hacer para consolarlo. Ni él ni yo teníamos ya el más ligero deseo de ir a Cheap Haber's ni de buscar aventuras aquella mañana. Queríamos volver a nuestra casa. Echamos a correr, Joey atragantándose con los sollozos.

Y, al fin, llegamos salvos a nuestra propia calle. Y allí las niñas seguían bailando al son del organillo con la misma alegría. Las personas mayores las contemplaban todavía con acariciadoras sonrisas. Su mundo seguía siendo el mismo, aunque el nuestro había cambiado para siempre, nunca volveríamos Joey y yo a confiar en un desconocido. Nunca podríamos volver a andar sin miedo por el East Side. Ahora sabíamos que aquello era una selva donde las fieras abundan, donde crecían hongos venenosos: invertidos, morfinómanos, secuestradores, incendiarios, bandidos.

## V. ¿HIZO DIOS LAS CHINCHES?

### 1

LLOVÍA. NOSOTROS estábamos sentados como ranas en las escalerillas de la parte trasera de la casa. ¡Qué aburrimiento en el patio! Los chicos no sabíamos qué hacer. ¡Qué aburrimiento en el patio! ¡La vida parecía apagarse en los días de lluvia!

La lluvia, caliente y pegajosa, salpicaba en los tejados de lata como la sangre de un bandido. Llenaba nuestro patio con un olor apestoso, como si alguien hubiera descargado allí una tonelada de manzanas podridas.

¡Lluvia, lluvia! El cielo era una faja de hojalata gris sobre los tendedores de las terrazas, donde floreadas camisas y prendas interiores flotaban en la lluvia. Yo las miraba.

Oía el repiqueteo de las máquinas de coser, resaca en una isla desolada. Un niño sollozaba débilmente. La ronca voz de su madre respondía. El hinchado busto de una mujer gorda se

asomó a la ventana, los codos como jamones, se quedó mirando la lluvia con los ojos tristes.

En el patio había una garita de madera. Era el retrete. Un hombre de barba, en mangas de camisa, entró.

Se oía cantar a Masha en la casa de al lado, las canciones rusas aliviaban su pena; la ciega sentía nostalgia de su país. A menudo otras muchachas cantaban con ella; muchas noches yo me dormía arrullado por sus canciones. Ahora cantaba ella sola.

No había nada que hacer. Lluvia, lluvia. Nos habíamos cansado de jugar a las bolas, a los dados y a las tiendas.

El patio era un lugar muy curioso. En tiempos había sido cementerio. Varias lapidas viejas, americanas, habían sido utilizadas para pavimentar nuestro patio judío. Las inscripciones estaban fechadas hacía cien años. Pero las habíamos leído todas: estábamos cansados de urdir fantasías acerca de estas ruinas de América.

Una vez arrancamos una losa blanca. ¡Qué aventura! Escarbamos la tierra con las manos, como ladrones de tumbas hasta encontrar huesos humanos, sucios y mohosos ¡Qué emoción tenía aquello! Yo recogí pedazos de rótulas, cubitos amarillos y pedazos de una calavera carcomida. Los tenía escondidos en un rincón secreto de mi casa, envueltos en arpillera con otros tesoros infantiles.

Pero hubiera sido aburrido buscar huesos ese día. Y ya estábamos hartos de echar barcos de papel en el charco

permanente que había frente al tubo de desagüe. Estaba lleno de basura, demasiado cenagoso para hacer regatas.

De pronto, apareció una gata en el patio lóbrego y lluvioso. Inmediatamente nos pusimos alerta como moscas.

Era una gata vagabunda, de cabeza descarnada y huesos puntiagudos que le sobresalían como piezas de una extraña máquina. Estaba preñada. El vientre le arrastraba por el suelo. Se detuvo ante una lata de basura, olfateando los restos de basura.

Nosotros gritamos. La gata, llena de angustia, echó una mirada alrededor, como buscando un amigo. Sospechaba de nuestros gritos de alegría. Saltó a la lata de basura y esperó. No enarcó el lomo, estaba demasiado fatigada para demostrar rabia o miedo; esperó. Nosotros la perseguimos como demonios, tirándole inmundicias. La gata trepó como una histérica por la valla.

La oímos caer pesadamente en el patio de al lado. Allí otros chicos aburridos estaban sentados bajo la lluvia.

2

No hay nada de este incidente que deba recordarse. En el East Side había miles de gatos; una de las alegrías más comunes de la infancia era torturarlos, perseguirlos, tirarlos desde los altos tejados para ver si tenían siete vidas.

Era un mundo de violencia y de piedra; había demasiados gatos, demasiados chicos.

Todos los portales de las casas hedían a gato, los que, luchando por la vida, se peleaban alrededor de las latas de basura. No eran estos los michitos relamidos y ronroneantes de las casas ricas, sino gatos parias, vagabundos, feroces y criminales. Tenían un aspecto horrible: llenos de cicatrices y heridas, la piel sucia, cubierta de inconcebibles úlceras, los ojos relampagueantes. Estaban tan desesperados que a veces atacaban al hombre. Por la noche alarmaban a los vecinos con sus espeluznantes gritos, como no se oirían en un congreso de brujas locas. La obscena angustia de sus amoríos nos rompía el sueño, nos hacía llorar y agitarnos con pesadillas gatunas. Nosotros los torturábamos, ellos nos torturaban a nosotros. Era la pobreza.

Cuando uno abría la puerta de su casa, siempre había algún gato tratando de meterse dentro. Eran capaces de estarse días enteros tendidos junto a la puerta, olfateando el tufillo de la comida hasta volverse locos.

Los gatitos recién nacidos se morían tranquilamente en todas las esquinas, débiles y viejos antes de haber aprendido a jugar. A veces mamá le dejaba a uno apiadarse de un gatito y darle un platillo de leche, que él lamía furiosamente con su diminuta lengua.

Pero después había que entregarlo otra vez a la crueldad de la calle. Había demasiados gatitos. La desgracia de los gatitos era demasiado gigantesca para la compasión de un niño.

Yo perseguía a los gatos con los otros chicos; nunca fui muy compasivo pero en esta tarde de lluvia tuve compasión por la pobre gata madre, y me puse a pensar: ¿Hizo Dios los gatos?

### 3

Yo pensaba mucho en Dios porque mis padres me habían metido en una Chaidar, una escuela religiosa judía, adonde iba todas las tardes después que terminaba la escuela pública americana.

No hay infierno de llamas en la religión judía ortodoxa. No se enseña a los niños a atormentarse a sí mismos, buscando el pecado, ni a temer al más allá. Pero tienen que aprender de memoria una larga jerigonza de oraciones hebreas.

Reb Moisha era mi profesor. Este hombre era un símbolo flatulento y vacilante de la decadencia del judaísmo ortodoxo. ¿Qué podría enseñar semejante tipo a nadie? Era más ignorante que una rata. Era un mendigo flaco y apestoso, que nunca había leído nada, ni había visto nada ni sabía absolutamente nada, excepto esta inútil retahíla de hebreo muerto que metía a zurriagazos en las cabezas y trasero de los chicos.

Vestía siempre el mismo batín de alpaca, un batín asqueroso lleno de manchas de grasa, de mocos y de algo peor, porque este religioso profesor no sentía más que desprecio por la moderna invención del pañuelo. Se sonaba las narices en el suelo, y

después se limpiaba con la manga. Arenques y cebolla era su comida corriente. Una peste a mil cebollas salía de sus barbas al inclinarse uno sobre el Aleph–Beth.

Era cruel como un carcelero. Experimentaba un placer sádico en pellizcar a los chicos con sus dedos largos como pinzas; siempre estaba azotando con el látigo a algún delincuente especial; sin embargo, no mantenía disciplina en este infernal agujero de santidad judía.

Yo me quedé aterrado cuando mis padres me llevaron allí y, después de pagar a Reb Moisha sus cincuenta centavos de honorarios por la primera semana, me dejaron con él.

En aquel viejo desván, iluminado por un mechero de gas que arrojaba un fulgor de osario sobre la extraña escena, vi treinta chicos saltando y alborozando como otros tantos tigres encerrados en una jaula.

Unos estaban jugando al trompo; otros jugaban al paso; otros se peleaban; unos cuantos, arrodillados en un rincón miraban al suelo y gritaban apasionadamente, como si hubiera allí un cadáver. Estaban jugando a los dados.

Uno de estos chicos me vio. Se acercó a mí y, sin decir palabra, me arrancó de la solapa el retrato de W. J. Bryan. Los chicos jugaban botones. El mío le pareció valioso, y se lo apropió sin más trámites.

En una larga mesa, rayada por muchos cortaplumas, Reb Moisha estaba sentado con diez chicos revoltosos, la clase de los principiantes. No tardé yo en unirme a ellos. Una y otra vez

repetíamos las antiguas plegarias hebreas por el trueno y por el rayo, por el pan y por la muerte: sonidos sin sentido para nosotros. Y de cuando en cuando Reb Moisha pellizcaba y gritaba dominando aquel caos: “¡Más alto, ladronzuelos, más alto!” Nos obligaba a aullar.

El retrete del pasillo olía a perro muerto. Una cortina de arpillera, colgada a un extremo del pasillo, separaba la casa del hogar del maestro, pues Reb Moisha era el desgraciado padre de cinco hijos. Nosotros oíamos a la arpía de su mujer regañándoles; sentíamos el olor de las cebollas que se freían; siempre cebollas para el maestro.

Su cara, blanca y aguda como la de un cadáver, estaba encuadrada en una barba negra como la tinta. Llevaba la cabeza cubierta por un casquete. Le brillaban los ojos y los movía sin cesar como un ogro sediento de sangre de niños.

Yo odiaba aquel sitio. Una vez trató de pegarme y en lugar de la usual sumisión, me escapé a casa, mi madre se enfadó.

–Tienes que volver –dijo–. ¿Quieres ser un ignorante toda tu vida?

–¿Pero por qué yo tengo que aprender todas esas palabras hebreas? ¡No significan nada, mamá!

–Quieren decir mucho –replicó ella severamente– ¡Son palabras de Dios, con las que Él quiere que le recemos!

–¿Quién es Dios? –pregunté yo–. ¿Por qué tenemos que rezarle?

–Es el que ha hecho el mundo– dijo mi madre solemnemente–. Nosotros tenemos que obedecerle.

–¿Ha hecho todas las cosas?

–Sí, todas. Dios ha hecho todas las cosas de este mundo.

Esto me impresionó. Volví a la escuela religiosa, a la Chaider. En medio del griterío y de la baraúnda, yo me ponía a pensar en el Dios de mi madre, aquel extraño personaje a quien había

que dirigirse en hebreo, aquel hombre que estaba en el cielo y que había creado todas las cosas de la tierra.

#### 4

Mi madre era muy piadosa. Su cara se ensombrecía solemne y misteriosamente cuando hablaba de su Dios. Todo el mundo hablaba de Dios: Mendel Bum y Fyfka el Avaro, mi tía Lena y Jake Wolf el tabernero, y la gorda portera, y la señora de Ashkenazi, la de la paragüería, y Mottke el ciego, y Harry el Rufián, todos estaban muy preocupados por Dios. Era una cuestión importante. En cuanto me di cuenta, lo fue también para mí.

No podía quitarme de la cabeza la idea: Dios ha hecho todas las cosas. Un niño lleva con él tales pensamientos con la mayor inconsciencia, lo mismo que lleva su cuerpo. Crecen dentro de

él. Está callado; nadie sabe por qué, ni él mismo lo sabe. Es que está pensando. Luego, cualquier día, hablará.

## 5

En la cochera de nuestra calle había un caballo viejo, al que yo quería mucho. Todas las noches volvía rendido de tirar del carro, pero no lo desenganchaban en seguida. Vassa le hacía esperar horas y horas en la calle.

El caballo estaba hambriento. Por eso robaba manzanas y plátanos de las carretillas cuando el vendedor estaba dormitando. Los palos y las patadas que le daban no valían para quitarle su mala costumbre. Debían darle el pienso más pronto, después de un día de trabajo rudo. Pero nadie se ocupaba de él. Estaba sucio, comido por las moscas, lleno de mataduras. Le apodaban Ganuf, el ladrón de nuestra calle.

Yo robaba azúcar en casa para dársela. Le acariciaba los morros húmedos, los flancos grises, la crin enmarañada. Él sacudía la cabeza y me miraba con sus grandes ojos mansos. Para los otros chicos nunca sacudía la cabeza; mi poder sobre Ganuf les maravillaba.

Era un caballo bueno, cariñoso y hasta sabio en cierto sentido. Por ejemplo: Jim Bush abusaba de él. Jim Bush era un irlandés pequeñito, medio tullido e irritable, que vivía de hacer recados y chapuzas a las ramerías. Era un hombre fuerte y robusto solo

desde la cintura para arriba. Su camisa azul de bombero cubría unos hombros y unos brazos macizos. Su cara era roja y correosa como la de un policía de edad madura. Pero sus piernas estaban encogidas como las de un bebé.

Decía chistes obscenos a las chicas; cuando estaba sereno era muy afable. Cuando estaba borracho quería pegarse con todo el mundo. Soltando las muletas, se tiraba al cuello de éste o de otro y allí se quedaba colgado como un bulldog, con ganas de estrangularlo entre sus poderosas manos, hasta que los golpes le hacían perder el conocimiento. Siempre empezaba sus belicosos escándalos para maltratar a Ganuf.

Parecía odiar a Ganuf. ¿Por qué?, no lo sé. Quizá para mostrar sus fuerzas. Jim tenía la altura de un niño de siete años. Con los ojos inyectados en sangre, la boca espumeante, gritaba insultos al caballo. Ganuf se adelantaba; entonces le pegaba en los morros con una muleta y agarraba la brida. “¡Atrás!”, chillaba, y tiraba del bocado hasta serrarle la lengua al pobre caballo.

El desdichado animal aguantaba con paciencia. Miraba desde su altura al pequeño tullido y parecía comprender. Le hubiera dado una coz a cualquier otro, pero yo creo que sabía que Jim Bush era un tullido.

Ganuf se cayó durante el trabajo un día de verano. Le desataron los arreos y vertieron baldadas de agua sobre su cuerpo. Consiguió levantarse, aunque estaba débil, y arrastró el carro hasta la cochera. Esperando allí, como de costumbre, que le desengancharan, se desplomó dando boqueadas. Murió en nuestra calle. Su cuerpo se hincho como un globo. Lo dejaron allí

todo un día, hasta que vino un furgón para transportarlo al osario.

Cuando un caballo caía, muerto, como aquél, en medio de la calle, se convertía en otro juguete que venía a aumentar la estrambótica colección de los chicos del East Side.

Estos, aquel día, hicieron corro a Ganuf. Brincaban sobre su cuerpo hinchado, le metían palos en las orejas. Le levantaban los párpados y meditaban sobre aquellos ojos grandes, tristes, vidriosos. Le arrancaban pelos para tejer amuletos.

Las moscas gordas, azules, amarillas, revoloteaban también en torno al cuerpo de mi viejo y bondadoso amigo. Zumbaban y cantaban con furiosa alegría, atacando aquel tremendo banquete que les enviaba el dios de las moscas. Yo me quedé allí de pie, sin saber qué hacer. Quería llorar por mi pobre Ganuf. ¿Había hecho Dios a Ganuf? ¿Por qué lo había dejado morir entonces? Y a las moscas, ¿las había hecho Dios?

¿Los millones de moscas del East Side, que nos volvían locos en verano y nos chupaban los párpados y se ahogaban en nuestro vaso de leche?

¿Por qué?

¿Hizo Dios las chinches? Cierta noche de calor asfixiante, las chinches no me dejaban dormir. Las chinches despiden un olor peculiar nauseabundo; es el olor de la pobreza. Se arrastran lenta y pomposamente, abotagadas de sangre, y el tacto y el olor de estos parásitos repugnantes ponen de punta todos los nervios.

(Las chinches son lo que la gente piensa cuando dice: Pobreza. Hay muchos escritores, discretos y superficiales que mienten mucho en América. Yo voy a escribir un libro sincero sobre la Pobreza; mencionaré a las chinches).

No era que nuestra casa careciese de limpieza. Mi madre era tan limpia como cualquier ama de casa alemana; trabajaba hasta matarse para tenernos sanos y limpios. Las chinches eran un tormento para ella. Empapaba las camas con kerosene, cambiaba las sábanas, rociaba los colchones en una interminable y frenética guerra contra las chinches. Todo inútil, no había remedio; era la pobreza, era la casa de vecindad.

Las chinches vivían y se multiplicaban en las paredes podridas, con las ratas, las pulgas y las cucarachas; hubiera sido necesario demoler por completo el edificio; con una lata de kerosene no se hacía nada.

Habíamos tenido aquel verano una semana terrible de calor. Yo estaba enfermo y febril, rebullía y daba vueltas mientras los gatos maullaban en el patio. Las chinches acabaron por despertarme. Andaban por todas partes. No puedo describir mi desesperación, mi asco y mi rabia en la oscuridad del cuarto al sentirlas por mi cuerpo y picarme.

Lloraba débilmente. Mi madre se despertó y encendió el gas. Reanudó su inútil batalla con las chinches. El olor del kerosene

me sofocaba. Mi madre trataba de calmarme, de hacerme coger de nuevo el sueño. Pero mi cerebro repiqueteaba como una máquina de coser.

-Madre -pregunté yo-, ¿por qué ha hecho Dios las chinches? Ella se rió de la extraña pregunta de su niño. Más tarde bromearon a causa de esto, pero ¿quién ha contestado a esta pregunta? ¿Ha creado las chinches el Dios de Amor? ¿Ha puesto Él también dolor y pobreza en el mundo? ¡Cómo! Un caballo como mi pobre Ganuf no hubiera hecho nunca semejante cosa.

## VI. EL AVARO Y EL VAGABUNDO

### 1

YO NUNCA ME sorprendía demasiado si al despertarme por la mañana encontraba en mi cama una nueva familia de emigrantes, con sus extrañas ropas interiores.

Estaban pálidos y agotados. Olían al desinfectante de Ellis Island, un hedor que me daba náuseas como el aceite de ricino.

Sus efectos estaban desparramados por el cuarto: sacos de percal rayado, monumentales fardos de colchones, cacerolas, sartenes, primorosa ropa blanca de campesinos, toallas bordadas y estrafalarias chaquetas gruesas como mantas.

Todas las casas de aquel barrio eran como la nuestra: una roca de Plymouth. La hospitalidad se daba por supuesta hasta que la nueva familia alquilaba un piso. Los emigrantes solían sentarse alrededor de la mesa del comedor y hacían interminables preguntas acerca de América. Daban las malas noticias de su país (las noticias eran siempre malas). Se preocupaban la

primera mañana de encontrar trabajo. Se les advertía que no soplaran el gas (la mayor parte de ellos no lo habían visto nunca antes). Andaban nuestra calle de arriba abajo, mirando los guardias, husmeando las tabernas, en pleno asombro de América. Descubrían cosas, charlaban por los codos y hacían una porción de tonterías.

Después de unos días nos dejaban, dándonos las gracias. Pero algunos se quedaban indefinidamente, comiendo a nuestra mesa. No se crean que a mi madre le agradaba esto. Éramos demasiado pobres para ser generosos. De un tipo como Fyfka el Avaro, mi madre echaba pestes; refunfuñaba, gruñía, maldecía y escupía, pero nunca le dijo realmente que se largara. No sabía cómo.

## 2

No es fácil imaginarse la clase de hombre que era este Fyfka el Avaro. Nosotros ni siquiera le conocíamos cuando vino de Ellis Island. Dijo que era amigo de un primo de un amigo de infancia de mi padre. Tenía nuestras señas y el nombre de aquel distante, mítico y totalmente desconocido amigo del primo de un amigo que habitaba en Rumania. Nada más, y nos disgustó desde el primer momento; pero durante siete meses comió y durmió en nuestra casa, de balde.

Era rechoncho, con cara de mal humor y narices de camello. Un mechón de pelo negro enmarañado le caía por la frente,

sobre unos ojillos demasiado brillantes, demasiado mórbidos, como los de un mandril. Tenía un brazo retorcido, y nunca sonreía, nunca decía una palabra agradable; siempre estaba rascándose, nunca se limpiaba las narices.

Fyfka consiguió trabajo en una fábrica de pantalones una semana después de su llegada; buen salario para un emigrante: ocho dólares semanales. Trabajaba desde las seis de la mañana hasta las siete de la tarde. Todas las mañanas se compraba dos bollos de un penique. Un bollo y un vaso de agua eran su desayuno. De almuerzo se comía el otro bollo y un trozo de arenque que valía tres centavos.

Todas las noches, en el preciso momento en que nosotros estábamos acabando de cenar, llegaba a casa. Se sentaba, muy lúgubre, siempre en la misma silla, en un rincón del cuarto, y nos miraba comer. No decía palabra, se contentaba con mirar.

Esto le ponía a uno nervioso, se le atragantaba la comida sintiendo la presencia de aquella cara de animal, muda y sombría. Cuando la tensión se hacía demasiado grande y la conversación había sido completamente aguada por el silencioso extranjero, mi padre se levantaba de la mesa.

–Vamos, Fyfka –decía amargamente, como si hubiera sido derrotado en un combate–, acérquese y coma algo, por amor de Dios. Todavía queda un poco de carne.

Entonces Fyfka, acercaba su silla y se ponía a tragar, mirándonos disimuladamente con el rabillo del ojo, como un perro.

Todo esto ocurría cada noche de la misma manera, como una farsa bien ensayada. Es asombroso que ni Fyfka ni mis padres se hartasen de la farsa. Mi madre una vez le insinuó amablemente que se marchara, y él empezó a lamentarse y a llorar, diciendo que no tenía dinero. Mi padre (en privado) amenazaba con tomar a Fyfka por el cuello el día menos pensado y ponerlo en la calle; pero nunca lo hizo.

Fyfka no nos pagaba alquiler: nunca se mudaba de camisa; llevaba la misma ropa que se había puesto para la travesía; no iba a jiras, ni a parques ni a teatros. No fumaba, no bebía, no comía dulces; no necesitaba nada.

De este modo, con sus ocho dólares semanales, ahorró doscientos en los ocho meses que nos explotó. Había oído hablar de Rothschild. Quería meterse en negocios. La pobreza vuelve locos a muchos.

### 3

Aquel Fyfka el Avaro, aquel sonámbulo amarillo, aquella pesadilla engendrada por la pobreza, aquel mono grotesco, con su brazo retorcido y sus ojos brillantes, penetrantes y melancólicos; aquella horrenda lata de basura, aquel Rothschild con camisa sucia, aquel loco con un hongo viejo, aquella perfección, tenía su lado flaco: era un monstruo que necesitaba mujeres.

Aquel Calibán, tras su frente arrugada y estrecha, sentía la tortura de un horrible conflicto entre el cuerpo y el alma.

Nuestro East Side era entonces administrado por Tammany Hall como un distrito de prostitución. La calle de mi infancia, como ya he dicho, era un mercado de mujerzuelas pintadas, vestidas con kimonos, que se dedicaban al negocio más antiguo del mundo. Tiendas, pisos, cuartos amueblados y hasta callejones ofrecían paz a este cuerpo de Calibán.

Pero costaba dinero. El avaro miraba a las mujeres alegres noche tras noche, hasta que no podía resistir más. Llegó a conocer a algunas de ellas: las abrazaba, las manoseaba al pasar, imploraba sus favores. Llegó a ser la irrisión del vecindario, el loco que quería una mujer, pero era demasiado tacaño para pagar el precio corriente de cincuenta centavos.

–¡Ja, ja! –decía Mendel Bum, burlándose de él mientras comíamos–. Esta noche Fyfka pretendió tocar a Sara la gorda en el corredor, y ella le dio una torta y empezó a chillar. ¡Los rufianes le van a dar unas puñaladas el mejor día, Fyfka!

–¡Mentira, yo nunca la he tocado! –gritaba el monstruo–. No me gustan las mujeres. No quieren más que sacarle a uno los cuartos.

–No hablen de esas cosas delante de los chicos –dijo mi madre.

–¡Pues dales dinero! –dijo Mendel riendo según hacía un guiño a mi padre–. Para eso es el dinero, Fyfka: no para esconderlo en un rincón y que se lo coman las ratas. El dinero se

ha hecho para divertirse; mírame a mí, qué gordo y qué saludable estoy porque gasto mi dinero.

Fyfka lo miró furioso. Su odio por el jovial Mendel le abultó los tendones del cuello. El avaro temblaba de odio.

–Mentira. Yo no tengo dinero, yo no ahorro dinero. ¿Por qué andas diciendo de mí semejantes embustes? ¡Eres un mentiroso! ¡Y un gandul, un gandul!

–Ya lo creo –dijo Mendel alegremente–. Por eso todo el mundo me quiere, Fyfka. Pero tú eres un avaro, y todo el mundo te odia. ¡Sí!

–¡Fuera de aquí, métete donde te importe!

Fyfka gruñía como un mono; todos nos reíamos de su grotesca rabia; él se levantó de la mesa.

–No hablen de esas cosas delante de los chicos –decía mi madre.

Pero delante de nosotros se hablaba de todo, lo oíamos todo, sabíamos lo que era el mundo.

#### 4

Mendel había sido marinero, tenía un ancla tatuada en el brazo izquierdo. El tatuaje está prohibido entre los judíos: el

cuerpo debe ser devuelto a Dios como Él lo ha creado. Men- del también comía sin reservas cerdo y jamón y hacía otras cosas prohibidas a los judíos. Un invierno coronó todas estas blasfemias con el supremo pecado. Fue a todas las misiones de Bo- wery y se dejó bautizar en cada una de ellas por turno. Por esto recibió dinero, sacos de patatas, trajes, varios trabajillos y la ocasión de aprender a tocar el cornetín.

Mi madre se quedó horrorizada al saber cómo Mendel había ganado los comestibles que le había traído.

–¡Llévese inmediatamente de mi casa esas patatas cristianas! –dijo.

–¿No son buenas todas las patatas cuando tiene uno hambre? –preguntó Mendel socarronamente.

–No. Vender su alma judía por un saco de patatas..., dejarse bautizar..., es un pecado. Mendel, su madre se moriría si lo supiera.

–¿Cómo lo va a saber, viviendo en Hungría? ¿Se lo voy a decir yo? –protestó Mendel–. ¿Y quién dice que yo estoy bautizado? No señora, está equivocada; yo no dejaré de ser judío por nada. Esto es, simplemente, una manera de ganarse la vida; estoy sin trabajo, ¿me voy a morir de hambre? Esos cristianos, mal rayo los parta, se vuelven locos por bautizar judíos, y hasta pagan. Así que lo que yo hago es... engañarlos. Les dejo que me rocíen la cabeza... y, mientras tanto, entre dientes, les echo mil maldiciones. ¡A la porra vuestro ídolo! ¡A la porra vuestra agua bendita! Cuando terminan alzo mis patatas y me largo...; pero

yo sigo siendo el mismo Mendel de siempre: un judío entre judíos.

Mi madre, como todo el mundo, se dejaba arrastrar por el torrente de la charlatana lógica de Mendel.

–Y el bautismo, ¿no significa nada? ¿Es usted todavía judío, Mendel?

–Claro que soy judío, un judío convencido, un judío bueno, y, ahora son mis patatas..., son patatas judías. Pero no me bautizaré otra vez, lo prometo –añadió.

Mendel vivía con nosotros un par de veces al año, cuando su suerte de vagabundo le fallaba por completo. Hacía de todo.

Había vendido agujas por las calles, había actuado en una compañía de vodevil, se había alistado en la guerra de Cuba, sólo para desertar antes que empezara la lucha. Había estado entre cowboys e indios en el Oeste, había sido minero, peluquero en Río de Janeiro, prisionero en Chattanooga, Tennessee; vendedor de limonada en un circo, turco en Coney Island, propietario de una casa de juego y mil cosas más.

Todo el mundo le quería, incluso mi madre. Era fuerte y alegre, tenía el pelo rojo, los ojos azules y una cara jovial. Traía bocanadas de vida aventurera a las rancias habitaciones del East Side. A los judíos les divertía que Mendel pudiera engañar a los americanos con sus tretas. Y era lisonjero para ellos saber que a menudo se hacía pasar por verdadero americano, aunque hablaba yiddish y era leal a su raza.

## VII. LA OSA RUBIA

### 1

Mi PADRE, PINTOR de brocha gorda, era un hombre alto y gallardo, de pómulos eslavos y bigote rojizo. Sus grandes ojos verdes miraban el mundo con asombro, como los de un niño. Era de temperamento vehemente, y mi madre tenía que dirigirlo constantemente.

Con realismo de hembra, trató de quitarle de la cabeza sus disparatados sueños de macho. Pero nunca logró convertir a mi padre en persona seria. Era, ¡ay!, un hombre de azogue.

Los judíos están tan individualizados como los chinos o los anglosajones. No hay tipos raciales. Mi padre, por ejemplo, parecía más irlandés que el judío estilizado de las tablas.

Había nacido cerca de Yassi, en Rumania. Había vagabundeado por las orillas del Danubio y a través de los Balcanes. Había vivido en los barrios bajos de Constantinopla y había formado parte de

una banda de contrabandistas judíos que pasaban tabaco de Turquía a Rumania.

Con frecuencia nos contaba historias de su juventud, y a nosotros, los chicos, nos encantaba oírlas.

Mi padre era un narrador excepcional. De haber recibido educación, hubiera llegado a ser un buen escritor. Yo le envidiaba entonces, y le envidio todavía, su ingenua genialidad.

Durante años y años, nos durmió a mi hermanita y a mí contándonos cuentos fantásticos. Era inagotable. Cada noche, en la alcoba oscura, lejos del murmullo de la casa de vecindad, le oíamos uno nuevo.

Algunas de las historias me fascinaban. Colorearon mi juventud. Años después las leí con asombro en un libro. Eran ni más ni menos que Las mil y una noches.

Pero mi padre no las había aprendido de un libro. Las había oído de labios de recitadores profesionales en los mercados de Oriente y de campesinos turcos o rumanos.

## 2

Mi padre era apasionadamente sociable. Como a muchos judíos, le gustaba comer, dormir, reír y llorar en medio de una muchedumbre. Si alguna vez se encontraba solo, se ponía triste

y se imaginaba que estaba enfermo. Todas las noches se reunían en mi casa los amigos de mi padre: pintores de brocha gorda, vendedores ambulantes, oficiales de sastrería y otros judíos que luchaban por la vida en la tierra prometida.

Las partidas de póker a penique se reñían furiosamente. A veces bebían té y filosofaban. A veces iban a las tabernas y bebían vino.

Muy a menudo, mi padre contaba historias. Algunas de ellas duraban semanas, cinco o seis horas cada noche. A nadie le parecía extraordinario que mi padre supiese cientos de historias. El mismo lo consideraba tan natural como el respirar. Estos judíos procedían de familias campesinas de Europa, donde el arte se hereda con la granja del padre y es un hecho natural de la vida.

¡Extraño cuadro! Mi padre, tendido en el diván, fumando su pipa; la llama del gas disminuida para disminuir la cuenta, y en la penumbra una docena de pobres trabajadores oyendo a mi padre narrar las milenarias fábulas de Oriente.

Su voz se oía en la oscuridad. Cambiaba con las peripecias de la historia. Ahora, fiera, con el sordo retumbar del verdugo de Constantinopla. Luego, tierna, como la de la Doncella de Nieve o como la del joven Príncipe de la Montaña atormentado de amor. Después, era la voz chillona de una vieja bruja o la de un gigante turco borracho. Mi padre tenía dotes de actor.

Mi hermana y yo no nos cansábamos nunca de sus historias. Los planchadores de pantalones y los pintores de casas parecían igualmente fascinados. Hasta mi madre, tan realista, se sentaba

a escuchar. Algunos vecinos entraban al pasar: abuelos de barbas grises con cajas de rapé, madres con delantal, hombres y mujeres que se quedaban hipnotizados como niños.

Después de cada historia sostenían largos debates. Como chicos formales, discutían de traidores, de montañas mágicas, de lámparas maravillosas, como si esta mitología fuera tan real como las fábricas y las latas de basura.

### 3

Mi padre también debía de creer algunas de sus propias historias. Había una, La osa rubia, que contaba más a menudo y con más interés que las otras.

Veo todavía, en el cinematógrafo de mi memoria, la escena en nuestra azotea, la primera vez que oí este cuento.

Muchas noches de verano subíamos a la azotea. Mientras mi padre contaba historias, nosotros comíamos bocadillos de salchichón y bebíamos cerveza.

La luna brillaba en el cielo negro que cubría Nueva York. La cara de mi padre destellaba misteriosamente a la luz de las estrellas. Estaba fumando un cigarro. Tras él se alzaban chimeneas y rascacielos de cartón recortado.

Hablaba con la voz grave y magnética de un maestro. Conocía su poder y alcanzaba una extraña dignidad cuando contaba un cuento. En la azotea, ayudado por la luna y las estrellas, aparecía doblemente mágico.

–Hace ya mucho tiempo –comenzó tranquila y gravemente– vivía un cazador en Brescu. Es un pueblecillo de Rumania cercano al mío. Está a orillas del río Ved. Una mañana de mucho frío este cazador salió a matar un oso. El viento aullaba, el cazador se abría paso con la nieve por la cintura. La escarcha mordía harapos como los dientes de un perro. Este cazador detestaba el frío. Le recordaba su pobreza. Su padre era un campesino rumano, pero su madre había sido una muchacha turca. De pequeño, su madre le había dicho a menudo:

“–Hijo mío, cuando seas mayor debes irte a Turquía. Allá, en el Sur, hace buen tiempo. Las rosas florecen en diciembre y los pájaros cantan. Allí nadie es pobre, todo el mundo tiene lo bastante. Prométeme que te escaparás a aquellas tierras. Quiero verte feliz.

“El cazador lo prometió. Siempre había soñado con ir allá. Pero se casó, tuvo familia, y se encontró metido en una trampa. ¿Cómo llevar su familia a Turquía? No tenía dinero. Era tan pobre que ni siquiera poseía un pedazo de tierra.

“Por eso esta mañana de frío cortante estaba furioso cuando salió a cazar. Conforme andaba, tiritando y gruñendo, iba soñando con el Sur. De pronto, en un bosque cercano a su pueblo, vio las huellas de un oso grande. Las siguió por la nieve hasta llegar a una cueva. Y entró con la escopeta por delante.

“Lo que encontró fueron tres cachorritos jugando. Estaba ya a punto de matarlos y de ocultarse hasta que viniera la madre cuando ésta entró. Era la osa más grande y más hermosa que había visto en su vida. Su piel del color de una onza de oro.

“El cazador se asustó. Levantó la escopeta para matarla. De repente, la osa rubia le habló en rumano.

“Cruzando sus garras en actitud de oración, la osa le dijo con dolorosa voz maternal:

“–Buen cazador –dijo–, sé que eres pobre y necesitas matarnos para dar de comer a tu familia. Pero perdona a mis pequeñuelos. Te daré lo que quieras. Conozco secretos mágicos que sólo conocen los osos rubios, y te ayudaré.

“–¿Puedes ayudarme a llevar mi familia a Turquía y encontrar allá una tierra para cultivar? –preguntó el cazador.

“–Sí –dijo la osa rubia–, si perdonas a mis cachorros. Será un viaje peligroso, porque en el camino hay brujas, magos y bandidos. Pero prometo llevarte a Turquía. Y prometo que en toda tu vida nunca te faltará dinero.

“–Convenido –dijo el cazador.

## 4

Este cuento de La osa rubia duró tres semanas; el camino hasta Turquía estaba lleno de extraños sucesos. El cuento era la eterna fábula del hombre a quien las cosas buenas de la vida le suceden por arte de magia. Todos los pobres creen en los poderes mágicos y piensan que un día les ha de ocurrir algo maravilloso. Mi padre era uno de los muchos.

Por eso contaba él esta historia con tanto sentimiento, y yo recuerdo habérsela oído en la azotea de nuestra casa, bajo el cielo estrellado de Nueva York. Los rascacielos se destacaban contra la luna como enormes barcos suspendidos con sus lámparas rojas y blancas. Brisas tropicales soplaban del Océano. En la calle, el tráfico retumbaba como un gran tambor.

## 5

Los judíos han sido conocidos siempre como “gente de libros”. Desterrado durante veinte siglos de la vida de acción, el destrozado pueblo judío aprendió a reverenciar a sus escritores y a sus filósofos.

Mi padre y sus amigos, obreros manuales sin educación, sentían una reverente pasión por el teatro. Había algunos que

iban a ver diez o veinte veces una comedia. Cada uno tenía su actor predilecto. Cada uno se creía un agudo crítico dramático.

Mi padre, con su memoria excepcional, tenía una ventaja sobre los otros. Podía repetir escenas enteras de las funciones que había visto y representarlas.

Su drama favorito era *Los ladrones*, de Schiller. Alardeaba de haber visto esta obra treinta y cuatro veces, en yiddish, en alemán, en ruso y en rumano. Podía recitarla casi de cabo a rabo.

Otras de sus obras favoritas eran: *La posada*, de Gorki; *Los tejedores*, de Hauptmann; *La sonata a Kreutzer*, de Tolstoi; *La bruja*, de Goldfaden, drama musical tan ingenuo como encantador, y *Hamlet*.

Estas obras y otras semejantes eran populares en los carteles judíos hace años. Los oficiales de sastrería vivían con Shakespeare. Hoy el teatro yiddish está americanizado. Produce imitaciones de las operetas de Broadway.

Camino de América, mi padre concibió la curiosa idea de que *Los ladrones*, de Schiller, era un drama no conocido por los americanos, y se propuso ponerlo en escena.

Durante una tormenta que duró once días, mi padre escribió el drama en yiddish, con lápiz, en papel de cartas.

En cuanto se estableció en Nueva York empezó a asediar al célebre actor judío Mogelescu para que le concediese una entrevista. Cuando la obtuvo, mi padre trató de leer el drama al gran trágico.

Mogeleescu se echó a reír.

–Ese drama está ya en mi repertorio –dijo–. ¿Creía usted que tal drama podía permanecer desconocido aún en América?

Mi padre se retiró confuso. Durante el resto de su vida contaba esta anécdota, y añadía: “Siempre he llegado tarde”.

Yo creo que mi padre pensaba a veces que él mismo era el verdadero autor de Los ladrones y que Mogeleescu le había engañado.

## VIII. LA PROMETIDA

### 1

MI HERMANA ESTHER, en una cama; yo, en la otra. En la alcoba oscura brillaba una diminuta llama de gas.

Eran las doce de la noche. En el East Side los niños se acostaban a la misma hora que las personas mayores.

Los párpados se me cerraban de sueño. Mi hermana estaba también adormilada. Nuestro padre contaba su historia, y oírle era como soñar despierto. Mientras hablaba con sugestiva voz, la historia se apoderaba de nosotros y se convertía en algo que nos estaba sucediendo en sueños.

Mi padre, sentado en una silla entre las dos camas, fumaba su pipa. De vez en cuando nos hacía una caricia a Esther o a mí.

En nuestro cuarto penetraban ruidos del patio. El lorito de la señora Fingerman chillaba con voz de pirata. Las persianas de un tendero rechinaron. Una mujer estaba tendiendo ropa. Un niño lloraba. El tanque de la azotea se desbordaba constantemente.

El agua, soñolienta, se deslizaba por las paredes del patio. Chocar de platos, repiqueteo de una máquina de coser.

Bajo estos ruidos sentíamos el oleaje del tráfico callejero, como un océano a la luz de la luna, mientras nuestro padre nos contaba la historia de su vida.

## 2

–En Rumania, yo andaba siempre metido en líos –dijo mi padre–. Tenía dentro de mí un demonio que no me dejaba en paz.

“Siempre estaba bebiendo y armando camorra, y mi padre no sabía qué hacer conmigo. Yo era un arrebatado, y entonces hice cosas de las cuales ahora me avergüenzo.

“No diré nada de cuando mi padre me mandó a viajar de pueblo en pueblo, a comprar cacharros y grano para su negocio.

“Me dio doscientos dólares. Me los gasté en tonterías en una semana. Tal vergüenza me dio que tardé un año en volver a casa.

“Llegué en harapos. Fui perdonado. Un año después me escapé a Constantinopla. En la frontera estuve preso por meter tabaco de contrabando. Escribí una carta a mi padre, y en cuanto la recibió vino y sobornó al alcalde del pueblo, y me sacó de allí.

“Pero no voy a contaros nada de esto. ¡Yo era entonces un majadero!

### 3

“La peor cosa que hice fue rehusar casarme con la prometida destinada a mí desde antes de nacer. Se llamaba Míriam Glotzer.

“En mi país es una desgracia tener solamente hijas. Todo judío ortodoxo reza para tener descendientes varones, que digan el Kaddish cuando él muera y que perpetúen su nombre en este mundo.

“También es malo tener solamente hijos varones y ninguna hija. El Talmud dice que debe haber varones y hembras en una familia.

“Mi madre, que en paz descansa, había dado a luz cuatro niñas, y tenía miedo de pasar por la vida sin dejar un hijo varón. Decidió visitar a un famoso rabino y pedirle ayuda.

“La mujer de Moisha Glotzer, una vecina, fue con ella. Esta mujer quería pedirle al rabino que le ayudase a parir una niña. En su familia no había más que muchachos.

“El rabino vivía en un pueblo a cuarenta millas de distancia. Era un rabino muy famoso, y demostró merecer su reputación. Con mi madre y su vecina obró un milagro.

“A mi madre le dijo el rabino sin vacilación:

“–Dios te ayudará. Vuelve a casa, ten paciencia, de aquí a un año darás a luz un hijo varón, un ben zucher. Cuando nazca le dices a tu marido que me traiga un pez vivo, y yo le diré el nombre para el chico.

“A la mujer de Moisha Glotzer le dijo el rabino, acariciándose la barba pensativamente:

“–Que Dios te ayude a tener una hija. Pero Dios nada asegura.

“Mi madre se puso muy alegre. La otra mujer no estaba tan contenta, aunque abrigaba esperanza. En el viaje de vuelta le dijo a mi madre:

“–Es seguro que tendrás un hijo. Yo siento también la seguridad de tener una niña. Nuestros maridos tienen la misma posición social en el pueblo. Demostremos nuestra fe en Dios prometiendo en matrimonio a los hijos que todavía no nos han nacido.

“Mi madre consintió. En el primer pueblo donde paró la diligencia invitaron a unos cuantos judíos como testigos del juramento, y comieron tortas de miel y bebieron aguardiente. Es una antigua costumbre judía desposar a los hijos antes de nacer. Aquí en América, esta costumbre ha sido olvidada, ¡gracias a Dios!

“Pues bien; antes de un año, como el rabino había prometido, mi madre dio luz un hijo; yo mismo, y a la señora Glotzer le fue concedida una hija.

“Este milagro hizo al rabino todavía más famoso. Todo judío que se hallaba en algún apuro y toda mujer que quería un hijo iba a él desde los distantes lugares de Rumania y Galitzia, cuando este milagro se divulgó.

“Después de mi nacimiento mi padre fue a llevarle al rabino el pez vivo que le había pedido; a darle dinero y a pedirle un nombre para mí.

“El rabino aceptó el pez y el dinero, y me puso un nombre. Después dijo a mi padre:

“–Si quieres que el chico llegue a hombre y a rico, sigue estas instrucciones: Cuando vuelvas a tu casa, antes de entrar, saca un poco de tierra del umbral. Luego, al entrar, quitas del techo una telaraña que habrá a mano derecha. Después vas al mercado y al primer mendigo que veas, sea judío o cristiano, le pides un penique y una corteza de pan. Luego, tomas todas estas cosas, las atas en un pedazo de tela roja y se las cuelgas del cuello al chico. Esto le servirá de talismán durante su vida contra enfermedades, accidentes y hechicerías. Otra instrucción: Viste al chico de lienzo blanco siempre, hasta el día que él proteste.

“Todo se hizo así. Y esto me trajo algunos de los mayores disgustos de mi vida.

“Primero, a causa de la orden de vestir siempre de blanco. Mis compañeros de juego se burlaban de mí, me hacían rabiar; unas veces me llamaban el sacerdote, otras el amortajado.

“Un día, cuando tenía cuatro años, volví a casa llorando, porque me habían hecho rabiar de lo lindo.

“–Mami –le dije a mi madre–, cómprame un traje azul. No me quiero vestir más de blanco.

“El cambio se hizo inmediatamente. Mis padres se pusieron contentísimos. Todo sucedía como el rabino había profetizado: era, sin duda alguna, un taumaturgo. Desde entonces no me obligaron a vestir de blanco.

## 5

“Pero no acabaron tan fácilmente los disgustos causados por la cuestión de mi prometida. Si mis amigos se habían burlado de mí cuando vestía de blanco, más me hicieron rabiar cuando supieron la historia de mis desposorios. Durante varios años, hasta que fui grande mi único apodo entre ellos fue Chusen, el novio.

“¡Qué diversión traían con el nombrecito! ¡Cuántas peleas me costó aquella desgracia! Llegué a odiar a Míriam, mi prometida.

“Míriam era una niña seriecita, de ojos y cabellos negros y de carácter bondadoso. Pero yo le tiraba del pelo y le daba bofetadas siempre que nos encontrábamos.

“–Márchate –le decía yo–, te odio.

“Y ella se iba con lágrimas en los ojos.

“Una vez se quejó a mi madre.

“–Tía –le dijo–, ¿por qué me pega Herman? Yo le quiero mucho y él me pega.

“Yo repliqué:

“–Le pego porque tiene la culpa de que todos me llamen el novio. Y no me voy a casar con ella.

“El padre de Míriam era carnicero. Vendía whisky de contrabando y prestaba dinero. Engañando a los campesinos había hecho un capitalito. Venía con frecuencia a casa y solía darme algún cachete amistoso.

“–¡Hola! ¿Qué hay, qué dice el pequeño mashkin, el prometido? –preguntaba.

“Se portaba conmigo como si yo fuera su propiedad, su hijo. Esto me ponía furioso. Se cernía sobre mí como una nube.

“El carnicero tenía la costumbre de inspeccionarme, palpándome sospechosamente las piernas, los hombros y el cuello, lo mismo que cuando compraba ganado en las ferias.

“Y me hacía preguntas del Talmud para ver si era buen estudiante. Así continuaron las cosas durante años. Yo sentía repugnancia por todo esto, pero tenía demasiado miedo para hablar claro.

“Tenía yo dieciséis años cuando un día de primavera llegó este hombre vestido con su mejor traje de sábado.

“–Ha llegado la hora –dijo a mi padre–. Vamos a hacer el contrato de matrimonio de nuestros hijos.

“A mi padre le pareció bien. Se fijó la fecha para la semana siguiente. Mi desesperación llegó al colmo. Yo tenía un amigo, un muchacho llamado Simón, que era muy listo.

“–Simón –le dije–, yo no quiero comprometerme. No quiero casarme con esa muchacha. ¿Qué puedo hacer?

“–Nada –contestó–. No puedes hacer nada. Debiste haber hablado antes; ahora es tarde.

“Mi padre me llevó al sastre y me encargó una preciosa yamalka de terciopelo y un sombrero de lo mismo. Luego me llevó a la zapatería y me compró unas elegantes botas de cordones.

“Se cambiaron regalos entre las dos familias. El padre de Míriam me envió un abrigo de pieles, un precioso Talmud en pergamino y un reloj de oro. Mi padre envió a Miriam un traje de boda de seda blanca, una sortija y una valiosa cadena de oro y perlas que había pertenecido a mi bisabuela.

“A la semana siguiente, en un carruaje tirado por el mejor tronco del pueblo, salimos para la casa de mi prometida.

“Mi corazón ardía como una hoguera. Durante el camino todo el mundo fue riendo y bebiendo aguardiente, pero yo tenía ganas de llorar. Demasiado tarde, demasiado tarde; hacía años que debía haberme rebelado contra este matrimonio.

## 7

“La casa de Míriam estaba atestada de amigos y parientes, que comían, bebían y bailaban. Vino, aguardiente, gansos rellenos, tortas y conservas de varias clases, nueces, frutas, de todo había allí en abundancia.

“Dos viejos violinistas judíos y un clarinete alegraban la fiesta. Me dieron vino a beber, y lo bebí. Pero no sirvió para alegrarme. Seguía pensando qué hacer.

“Míriam se acercó a mí y me habló con su habitual dulzura. Era una muchacha encantadora, una muchacha buena, una muchacha pudorosa. Yo sentía un no sé qué al mirarla. Quizá me hubiera enamorado de no haber estado obligado a casarme con ella.

“–Herman, ¿por qué no hablas nunca conmigo? –me preguntó dulcemente–. En diez años no me has hablado una vez.

“–No hay nada que hablar –dije yo–. Todo está arreglado.

“–Pero tú eres un buen estudiante del Talmud –dijo ella–. Vamos a hablar del Talmud.

“–No –dije–, yo sé muy poco del Talmud.

“–Tú vas al teatro y conoces muchas obras –dijo ella–. Vamos a hablar de dramas y de poesía, Herman.

–No –dije yo cruelmente–. Yo no hablo de cosas semejantes con mujeres. Hasta los pájaros del aire desprecian al hombre que es débil con la mujer.

“Yo le hablaba así sólo por herirla, pero a mí me dolía también.

“En el cuarto contiguo, mi padre, el padre de Míriam, varios parientes y un rabino estaban fijando las condiciones de nuestro matrimonio.

“Por fin, me llamaron. Me puse pálido al recibir el aviso y apuré de un trago un vaso de aguardiente de ciruelas. Súbitamente decidí no casarme.

“Me temblaban las rodillas cuando entré en aquel cuarto, donde estaban sentados con el contrato extendido sobre una mesa.

“Se me encogió el corazón. No sabía cómo empezar.

“Y dijo mi padre:

“–Herman, todo está arreglado. Firma el contrato.

“Yo dije, mirándole de hito en hito:

“–No, padre, no puedo.

“Mi padre palideció de sorpresa.

“–¡Cómo! ¿Quieres deshonrarme, pillastre cristiano?

“–Padre –continué yo–, Míriam es una muchacha buena, una muchacha guapa; pero yo me niego a casarme con ella.

“–¿Por qué? –tronó mi padre.

“–No sé –dije yo.

“Mi padre me pegó una bofetada. Yo era entonces muy fuerte y podía haberlo tomado y estrellado; pero era mi padre.

“Me erguí y lo miré con orgullo.

“–Padre, ya no soy ningún niño. Después de lo sucedido tengo que dejarle. Me voy a América a hacer fortuna.

“–Allí te morirás de hambre –dijo mi padre–. Comerás con los cerdos. Vete, has manchado mi nombre entre los judíos de Rumania. Has roto la palabra que tu madre dio a la madre de Míriam antes de que nacieras. Vete, infiel, y come el pan del dolor y de la vergüenza en América. Yo no soy ya tu padre.

“Me marché de la fiesta de mis esponsales. Mi acción produjo un escándalo terrible en nuestro pueblo, y Míriam se puso enferma. Mi padre cayó enfermo también y murió un año después.

Y todo el mundo pensó que fue a causa de mi soberbia y de mi locura.

“Cuando salí para América, todos repitieron las palabras de mi padre: comerá el pan del dolor y de la vergüenza en América. Nunca hará fortuna.

## IX. SAM KRAVITZ, ESE LADRÓN

### 1

–¿POR QUÉ se me ocurrió venir a América? –se preguntó mi padre a sí mismo gravemente, retorciéndose el bigote en la oscuridad–. Os diré por qué: Por envidia de ese cochino ladrón de mi primo, de ese Sam Kravitz, al que ojalá las viruelas le coman la nariz.

“Mientras yo hacía desgraciada a mi familia, Sam se había ido a América y estaba ganando una fortuna. Llegaban cartas de él y se leían por todo el pueblo. Sam, en dos años escasos, era ya propietario de una fábrica de tirantes. Nos envió su retrato. Fue admirado por todo el mundo. Nuestro Sam no gastaba ya gorra de piel ni gabán largo ni botas de campesino. No. Vestía un elegante traje de caballero, cuello blanco como un doctor, zapatos caros y un bonito sombrero redondo, muy gracioso, llamado hongo.

“¡Qué gordo y rozagante se había puesto en poco tiempo, ese miserable hijo de un zapatero remendón! Os digo que el hígado

se me abrasaba de envidia cuando oía a mis padres hacer elogios de mi primo Sam. Sabía que yo valía más que él en todos sentidos, y esto me dolía. Dame dinero –le dije a mi padre–. Deja que me vaya a América para redimirme. Haré más dinero que Sam, soy más listo que él. ¡Ya verás!

“Mi madre no quería que me marchase. Pero mi padre estaba cansado de mis muchas calaveradas y me dio dinero para el viaje. Conque me vine a América. Fue la mayor equivocación de mi vida.

“Nunca debe hacerse nada por envidia. Hay una historia en el Talmud que lo demuestra: Una vez había un hombre que tenía un perrito precioso y un burro grande y feo. Todas las noches, mientras cenaba, el hombre sentaba al perro en sus rodillas y le daba de comer y le acariciaba cariñosamente. El perro le besaba y le lamía la cara. El burro que veía esto, sentía envidia, hasta que una noche, a la hora de cenar, entró en la casa y se sentó también en las rodillas del hombre. Le lamió la cara con su áspera lengua y le abrazó tiernamente con sus patas.

“Pero el hombre no le hizo caricias en pago ni le dio nada de comer. Al contrario: se puso furioso, tomó un palo, golpeó al sorprendido burro y le echó de la casa. Moraleja: no se debe envidiar la suerte de los demás.

## 2

“No estoy desanimado, hijos míos. Yo he de hacer dinero algún día. Ahora soy un hombre serio y no un palurdo. Pero entonces era todavía un tonto, y aunque salí de Rumania con grandes planes en la cabeza, dentro del corazón me decía una voz: América es el gran país para divertirse.

“¡Qué ilusionado estaba yo con las historias fantásticas que contaban en mi pueblo acerca de América! En América, creíamos nosotros, que con cavar un poco se encontraba oro hasta en las calles. En América el trapero más pobre vivía mejor que un millonario rumano. En América la gente trabajaba poco y se divertía todo el día.

“Yo había visto dos fotografías de América. Estuvieron expuestas en el escaparate de una tienda de nuestro pueblo que vendía máquinas de coser marca Singer. Una de las fotos representaba el edificio más alto que yo había visto en mi vida. Se llamaba un rascacielos. En la parte inferior paseaban los orgullosos americanos. Los hombres llevaban sombreros hongos, cadenas de oro en el reloj y soberbios bigotes. Las mujeres, orgullosas como reinas, vestían de seda y de raso. Ni un solo pobre se veía allí; todo el mundo era rico.

“La otra fotografía era de las cataratas del Niágara. Vosotros habéis visto tarjetas postales de las cataratas, con indios y cow-boys a caballo que contemplaban el arco iris reflejándose en el agua.

“Como os digo, yo quería llegar a América lo más pronto posible, para poder mirar los rascacielos y el arco iris de las cataratas del Niágara, y para ponerme un sombrero hongo.

“En mi familia había unos setenta y cinco parientes. Todos vinieron a despedirme cuando salí de Rumania. Hubo muchas lágrimas. Pero yo era feliz porque pensaba que iba a divertirme mucho.

“La última cosa que hizo mi madre fue darme las señas de mi primo en Nueva York y decirme: Vete a ver a Sam. Él te ayudará en esa tierra extraña.

“Pero yo estaba decidido a morir antes que pedir ayuda a Sam.

### 3

“Bueno; durante ocho días, nuestro barco se meció sobre el océano. Yo me puse malo, pero escribí una obra de Schiller, llamada Los ladrones y soñé con América.

“En el barco nos daban de comer patatas y arenques secos. La comida sabía a estiércol, y el barco apestaba como un enorme retrete. Pero yo me sentía feliz.

“Pasé bromeando toda la travesía. Una noche los emigrantes jóvenes nos reunimos a cantar. Uno de ellos, que era rumano,

tenía un acordeón. Nos hicimos buenos amigos, porque los dos éramos los más alegres de todo el pasaje.

“Él iba a reunirse con un tío rico, un fabricante de cigarros que tenía un gran negocio, según dijo. Cuando se enteró de que yo no tenía parientes en América, me rogó que fuese a vivir con él a casa de su tío. Yo acepté, porque me gustaba aquel muchacho.

“¿Cómo deciros lo contentos que nos pusimos cuando, después de once días en el desierto oceano, vimos los edificios de Nueva York?

“¡Qué bonita y qué alegre esta ciudad, con sus casas puestas de canto como las fichas de un dominó! Parecía un juguete que me estaba esperando. ¡Lo que me iba a divertir allí!

“Y en Ellis Island, donde nos tuvieron toda la noche, dormí en un elástico, sin colchón ni almohada ni mantas. Me pareció tan maravilloso que me puse a saltar sobre él para divertirme.

“Uno que estaba allí me enseñó las primeras palabras americanas que supe. Mi amigo Yossel y yo nos pasamos la noche dando saltos en los muelles de la cama y repitiéndonos las graciosas palabras que acabábamos de aprender.

“Potato!, me gritaba él. Tomato!, contestaba yo. Y nos reíamos. Match!, decía él. All right!, respondía yo. Match!, all right!, go to hell!, potato!; hasta que todo el mundo se puso furioso, porque nosotros con nuestras risas y nuestros gritos no los dejábamos dormir.

“Por la mañana el tío de Yossel vino por nosotros y nos llevó a su casa en un carro.

“Os aseguro que durante el trayecto no paré de mirar a derecha e izquierda. ¿Dónde estaría lo divertido de América?

#### 4

“Bueno; no queráis saber la mala impresión que me hizo la casa del fabricante de cigarros. Era simplemente una gran habitación sucia y oscura en la parte de atrás de la tienducha, donde hacía y vendía cigarros. Él, su mujer y sus cuatro chicos, vivían juntos en esta única habitación.

“No le hizo mucha gracia que me quedase allí, pero extendió periódicos en el suelo y Yossel y yo dormimos encima.

“Qué importa, pensaba yo; esto no es América. Mañana temprano saldré a la calle y veré la verdadera América.

#### 5

“A la mañana siguiente, Yossel y yo dimos un largo paseo. Para no perdernos, nos fijamos bien en el enorme diente de oro que colgaba a la puerta de un dentista, cerca del negocio de tabaco.

“Anduvimos mucho. No os diré lo que vimos, porque lo veis todos los días. Vimos el East Side. Para mí era un espectáculo extraño. No podía menos que preguntarme: ¿adónde va toda esa gente corriendo? ¿Qué ocurre? ¿Y por qué están todos tan serios? ¿Cuándo empieza la diversión?”

“Llegamos a Allen Street, bajo el tren elevado. Era tan palurdo, que me enamoré del tren elevado. Nunca había visto nada semejante en Rumania.

“Cándido, creí que recorría toda América, hasta las cataratas del Niágara y otros lugares. Montamos en él y estuvimos todo el día arriba y abajo. Yo pagué todas las veces.

“Me había quedado algún dinero. Compré también dos elegantes sombreros hongos en un puesto ambulante: uno para Yossel y otro para mí. Nos quedaban un poco grandes, pero ¡qué orgullosos nos sentíamos con aquellos sombreros americanos tan graciosos!

“Nadie usa semejantes sombreros en Rumania. Ambos nos retratamos con los hongos americanos y mandamos las fotografías a nuestros padres.

“Seguimos haciendo el ganso durante dos semanas, al cabo de las cuales todo mi dinero había desaparecido. Entonces el cigarrero me dijo que buscara trabajo y me marchara de su casa. No tardé en encontrar un empleo en una tienda de comestibles, donde me daban siete dólares al mes. No salía de la tienda: me levantaba a las cinco de la mañana y me acostaba a las doce de la noche. Los pies se me pusieron hinchados y rojos de no sentarme en todo el santo día. El tendero, así le hayan comido los gusanos, no me daba de comer más que pan duro, queso rancio, pepinillos y otros comestibles pasados. Al poco tiempo caí enfermo y dejé aquella colocación.

“Pasé una semana vagando por el Hester Park sin probar bocado. Consideraba mi situación, pero no me sentía desgraciado, porque era tan ingenuo, que aún creía que la diversión comenzaría de un momento a otro.

“Una mañana, después de haber pasado la noche en un banco, sentía tal hambre que decidí ver a mi primo Sam Kravitz. Me violentaba hacer eso: pero me caía de debilidad. De modo que me fui a su taller. Para disimular mi vergüenza entré riendo a carcajadas.

“—¡Mira, Sam, aquí me tienes! Acabo de desembarcar dispuesto a hacer una fortuna.

“Entonces mi primo Sam me colocó en su fábrica. Me pagaba veinticinco centavos diarios.

“Mi primo tenía otros tres hombres trabajando para él; que también trabajaba. Parecía enfermo, amargado y pobre. ¡Qué distinto del retrato con sombrero hongo que nos había mandado a Rumania!

## 7

“En fin, vuestro padre tuvo que trabajar. Me convencí de que en América no era todo diversión. Aprendí a trabajar como todo el mundo. Me puse flaco como mi primo.

“Sí, esto no era un país para divertirse. Era la Tierra de la Prisa. Aquí no había oro en las calles. Los hongos no eran sombreros para días de fiesta. Eran sombreros para días de trabajo. Yo tuve que trabajar. ¡Con mis manos, con mis hombros, con mis entrañas! ¡Y trabajé!

## 8

“Mi primo Sam había elegido una buena industria. Con sus máquinas manufacturaba remates para tirantes. Estos remates están hechos de algodón, y son muy importantes. En estos remates se abrochan los botones, y así se sostiene el pantalón. Lo cual, como sabéis, es también muy importante.

“Sí, era una buena industria, una industria necesaria. Se podía hacer mucho dinero, yo lo comprendí enseguida.

“Pero mi primo Sam no era hombre a propósito para el negocio. Los números no le entraban en la cabeza, y a todo ponía cara de vinagre. Ninguno de sus parroquianos simpatizaba con él.

“Poco a poco fue dejándome salir a buscar negocios. Eso yo lo hacía muy bien. La mayor parte de los propietarios de las fábricas grandes de tirantes eran rumanos que habían conocido a mi padre. Me recibían como a un pariente. Contábamos chistes y bebíamos vino juntos. Luego ellos me hacían pedidos de remates para sus tirantes.

“Conque un día, viendo el empuje que yo había dado al negocio, Sam me dijo:

“–Debes ser mi socio. Estamos haciendo un montón de dinero. Deja la máquina, Herman. Yo me ocuparé del taller. Tú sales los días, bromeas con nuestros parroquianos y les sacas los pedidos.

“Y así me asocié con mi primo Sam. Y estaba muy contento. Llegué a ganar treinta dólares semanales. Por fin, triunfaba.

“Hasta que un fabricante de fósforos vino y dijo que yo debía casarme. Me llevó a conocer a vuestra madre, y yo comprendí que era una mujer buena y hacendosa. Conque decidí casarme y tener hijos.

“Y así se hizo.

## 9

“Fue entonces cuando cometí el gran error de mi vida.

“Siempre había tenido ganas de ver esa cascada con el arco iris y los indios que se llama las cataratas del Niágara.

“De modo que ni bien nos casamos llevé allí a vuestra mamá. Me gasté en el viaje el salario de un mes. Enseñé América a vuestra madre. Nos divertimos mucho.

“Al cabo de una semana regresamos. A la mañana siguiente fui al taller a reanudar mi trabajo. No pude encontrar la tienda: había desaparecido. No pude encontrar a Sam: había robado el taller.

“Lo busqué sin descanso. Mi corazón estaba henchido de odio como una esponja. Me sentía dispuesto a matar a mi primo.

“Por fin un día lo encontré.

“–Ladrón –le grité–. ¿Qué has hecho?

“Se echó a reír y me enseñó el papel de un abogado, donde se probaba que el taller era suyo. Todo mi trabajo no me había servido de nada. Solamente había hecho rico a Sam.

“¿Qué podía hacer? Con la rabia que tenía le pegué un puñetazo y le hice echar sangre por las narices. Él salió a la calle llamando a gritos a un policía. Yo le perseguí con un palo y le di

unos cuantos golpes. ¿Pero de qué servía? El taller era realmente suyo, y yo me quedé en la indigencia.

## 10

“Ahora soy pintor de brocha gorda, pinto casas. Trabajo para otro; ya no soy mi propio amo. Caí en una trampa, pero no estoy vencido. Soy hombre de gran voluntad. Todavía puedo abrir otro taller. No necesito más que trescientos dólares, y de alguna manera los sacaré.

“¡Sí, Sí! ¡Ya verá la gente si puedo dirigir un taller de remates de tirantes!

“Pero nada de socios. Trabajaré solo. ¡Ya verá vuestra madre cómo se hace un hombre fortuna en América! ¡Ahí tenéis a Nathan Straus! ¡Ahí tenéis a Otto Kahn! Los dos vendían cordones para zapatos cuando llegaron aquí. ¡Yo he tenido mejor comienzo, e iré más lejos que ellos!

“¡Estoy seguro de llegar a rico! ¡Haré de ti una maestra de escuela, Esther! Tendrás vestidos elegantes y serás profesora. ¿No te gustará, Esther?

–Sí, papi.

–¡Y tú, Mike, serás médico! Que es lo que yo hubiera sido de haber besado la mano de cierto sacerdote. Ser doctor es una

gran cosa. Es mejor tener sabiduría que tener dinero. ¡Yo ganaré dinero, Mike, y te haré doctor! ¿Qué te parece? ¿Querrás serlo?

–Sí, papi –dije yo soñoliento.

## X. LAS LÁGRIMAS DE UN PINTOR DE BROCHA GORDA

### 1

ERA VERANO. Mi padre trabajaba en un andamio al sol. Un día se puso malo, como muchos pintores, a causa de la intoxicación que produce el albayalde.

La pintura se hace con albayalde. Cuando el pintor lo mezcla con aceite o trementina despiden un gas venenoso, que forzosamente ha de respirar. También penetra a través de la piel. Destruye el estómago y los nervios del pintor y envenena sus huesos.

Mi padre sufrió uno de estos envenenamientos, frecuentes entre los de su oficio. Una noche de verano llegó a casa más tarde de lo que acostumbraba. Su cara pálida, bajo el tatuaje verde y rojo de la pintura, estaba grotescamente contraída, como la máscara de un bailarín chino. Se quitó los zuecos en la cocina y se desplomó en una silla.

–¡Pronto, dame el balde, Katie! –dijo a mi madre con voz angustiada.

Cuando ella se lo trajo, vomitó. Mi madre le sujetaba la cabeza y le daba palmaditas en los hombros.

–Estuve mal toda la tarde –gimió.

–Vamos, vamos –dijo mi madre dulcemente–; pronto se te pasará, Herman.

Las arcadas le producían violentos espasmos, que le hacían llorar. Mi madre nunca lloraba, pero a mi padre se le saltaban las lágrimas con facilidad.

–¿Por qué tendré yo que trabajar en este maldito oficio? –decía mi padre entre hipidos–. Para caerme el mejor día de un andamio y romperme las piernas, y después ir todos los días a la hora del almuerzo a mendigar unos cuartos de los otros pintores. Todos los días viene alguno de esos pintores enfermos.

–Vamos, vamos, Herman –decía mi madre para consolarle–; a ti no te pasará nada semejante.

–Sí me pasará –sollozaba mi padre–. Soy siempre el más desgraciado. Y si esto no ocurre estoy seguro de que me moriré de esta enfermedad que trae la pintura. ¡Y yo que fui propietario de una fábrica de tirantes! ¡Entonces trabajaba para mí, y me divertía y vivía! ¡Pero ahora me voy a morir! ¡No hay remedio! ¡Maldito sea Colón! ¡Maldita sea América ladrona! ¡Es un país donde los piojos hacen fortuna y los hombres de bien se mueren de hambre!

–Vamos, vamos, Herman –dijo mi madre dulcemente, liando una toalla alrededor de su cabeza.

Después de cenar se sintió mejor. Varios de sus amigos vinieron a verle, y hubo tertulia. Su voluble espíritu se desvió de sus propias calamidades. Ante un auditorio se volvía charlatán y chistoso. La conversación ha sido siempre la alegría de la raza judía, la conversación torrencial, exaltada y sin límites. El conversar no agota a los judíos como a otros pueblos, no les produce fatiga, sino todo lo contrario: les refresca el cerebro. La conversación es el baseball, el golf, el póker, el amor y la guerra de la raza judía.

A la hora de la cena, conversaba todo el vecindario. Por las ventanas del patio entraba rota la conversación. El bajo profundo del tráfico resonaba bajo este charla que te charla.

Retintín de platos, lloriqueo de zorros, maullidos de gatos; contrapunto de hombres, mujeres y niños que charlaban como si sus corazones fuesen a reventar. Charla. Charla judía.

Hasta el loro de la señora Fingerman charlaba más que otros loros. Su marido había estado inválido durante años, y se había entretenido en sus últimos tiempos en enseñar al loro a decir palabrotas en yiddish.

Cuando nos sentábamos a cenar le oíamos en el patio insultar a algún enemigo imaginario.

–¡Ladrón! ¡Bandido! ¡Cosaco! ¡Te escupo! ¡Mal rayo te parta!  
¡Muérete! ¡Gra! ¡Gra! ¡Gra!

Mi padre se reía con toda su alma.

–¡Qué buen judío es ese loro! –exclamaba–. ¡Dice palabrotas y odia a los cristianos! Estoy seguro; el próximo sábado lo encontraremos en la sinagoga, dirigiendo los rezos.

Mi padre bebió otro vaso de cerveza y dio un puñetazo en la mesa, como inspirado por una idea repentina.

–¡Vamos a la taberna esta noche, muchachos! –dijo–. He pasado un mal día y necesito divertirme un poco.

Sus amigos aceptaron la proposición. Yo me puse contentísimo cuando mi padre dijo que me llevaría. Mi hermana protestó. Quería venir también.

Pero mi padre le dio cinco centavos, la besó y le dijo:

–Las niñas se quedan con sus mamás. Tienen que ser buenas.

## 2

Los judíos no son borrachines: creen que es vergonzoso y cristiano el beber mucho. Pero el vino ha sido indispensable en la vida de los judíos durante miles de años. Hay días de fiesta en el año judío en los cuales se lleva vino a la sinagoga, y piadosos viejos brincan y bailan y beben mucho para mostrar su alegría a Dios.

Mi padre rara vez bebía en las tabernas como los americanos. Le gustaban las reuniones en casa, cuando venían los amigos con sus mujeres y chicos, y todos, desde el abuelo hasta el niño de un año, bebían vino, charlaban y cantaban canciones.

El beber vino era cuestión religiosa o social. Había docenas de tabernas rusas o rumanas en el East Side. Estaban atestadas de familias, que se reunían allí al salir del trabajo. La gente hablaba, reía, bebía vino, oía música. Y nada más. Nadie rompía sillas, como hacen los cristianos; ni blasfemaba, ni se peleaba, no ponía verde al prójimo.

Moscowitz tiene ahora un famoso restaurante en la Segunda Avenida. Por aquel entonces tenía una taberna en Rivington Street. Era un establecimiento popular entre los inmigrantes rumanos, entre quienes se contaban mi padre y sus amigos. Moscowitz era, y es, un notable cimbalista.

Recuerdo su establecimiento. Era un local largo y estrecho, alumbrado por lámparas de gas que colgaban como globos blancos. Entre las lámparas se veían racimos de uvas artificiales y hojas secas. Había también muchos espejos, y en ellos un artista olvidado había pintado escenas de la vida rumana: pastores y ovejas, una campesina, una feria de caballos, labriegos hacinando trigo, una boda.

En un extremo del local, bajo una gran bandera americana, había un cromo que representaba a Roosevelt atacando la colina de San Juan. En el otro extremo se veía la bandera sionista: franjas blancas y azules y la estrella de David. Encuadraba un retrato al lápiz del doctor Theodore Herzl, el jefe sionista, con su

cara pálida, su gesto altivo, su barba negra y sus ojos ardientes. En un lado había un hornillo de carbón de leña, donde asaban a la parrilla costillas de cordero y bifés. Junto al hornillo, sobre una pequeña tarima, se sentaba Moscowitz con su címbalo. Tras él, colgadas en la pared, formando guirnaldas, se secaban ristras de pimientos rojos. Moscowitz tenía al alcance de su mano un jarro de vino, y a cada canción que terminaba se servía un vaso.

Un címbalo es una especie de arpa-cítara, y se toca con unos martillitos de ébano. Es, sin duda alguna, un instrumento gitano, porque la música que produce es conmovedora y salvaje. Cuando Moscowitz tocaba, iba inclinando poco a poco la cabeza sobre el címbalo. En el crescendo era imposible verle la cara, pero su calva relucía como un espejo de mano. Después levantaba bruscamente los brazos, y la música cesaba. Entonces volvía a verse su rostro tímido y demacrado y su bigote gris. El público le vitoreaba y le aplaudía. Moscowitz se bebía su vaso de vino y, sonriendo tímidamente, tocaba otra pieza (Moscowitz es un verdadero artista: hace veinte años que toca música de restaurante, poniendo en ella toda su alma, y nunca ha ahorrado dinero).

Un centenar de judíos en un local enturbiado por el humo azul del tabaco. Los hombres llevaban sombreros hongos. Había viejos barbudos, jóvenes bulliciosos, algunos morenos como nueces. Las mujeres eran gordas, sudaban con satisfacción y besaban ruidosamente a sus chicos. Moscowitz tocaba, los camareros zumbaban como abejas locas. Un jarro de buen vino tinto rumano decoraba el hule de cada mesa. La caja registradora repiqueteaba: la señora de Moscowitz cambiaba

dinero. Las uvas artificiales se bamboleaban colgadas del techo.  
Teddy

Roosevelt enseñaba los dientes, y ponía en fuga a los españoles. Moscowitz tocaba una linda y melancólica balada campesina. Un hombrecillo de barba roja, con la cara toda hinchada de llorar, golpeaba la mesa con el vaso, gimoteaba y cantaba. Otros le imitaban. Todo el mundo cantaba. Cantaba todo el mundo.

Después, charla y más charla. Charla judía. Sudor, vino. Día de asueto para los esclavos de las fábricas. Esclavos de Egipto a la sombra de las pirámides. También entonces bebían vino. Hace miles de años. Y hablaban como ahora. La Biblia lo dice. Y la conversación aliviaba sus corazones. Y Moscowitz tocaba el arpa babilónica. Nosotros, sentados en torno a nuestro jarro de vino, picábamos de un plato nueces, rosquillas, papas y pepinillos. Yo bebí un poco, y mis palabras fueron muy juiciosas.

–Papá, me gusta este sitio –dije. Mi padre sonrió con orgullo.

–¿No es listo el chico? –preguntó a sus amigos, doblándose para besarme–. ¿Sí o no?

Los amigos sacudieron la cabeza solemnemente, como si yo fuera un genio.

–Llegaré, por lo menos, a millonario –dijo Mottke el Ciego con una risa de oreja a oreja, una risa franca, dulce, bobalicona.

Era un chalequero a quien llamaba el Ciego sólo porque era muy bizco.

–No –dijo mi padre–, mi Mechel tiene que hacerse doctor. Yo ganaré dinero para él. El saber vale más que la riqueza; así consta en el Talmud, Mottke.

–Conformes –dijo Mottke apresuradamente, sonriendo otra vez con su cara de gárgola–. Desde luego, Herman; pero ¿por qué no puede ser millonario al mismo tiempo?

Yo no podía apartar la vista de la reluciente calva de Moscowitz, el músico.

–Papá, ¿qué está tocando ahora? –pregunté.

–¿No lo sabes? –exclamó mi padre con verdadera sorpresa.

–No.

–¡Uy, uy, uy! –Suspiró mi padre sentimentalmente–. Veo, Mechel, que te has vuelto un verdadero americano. Esa es, Mechel, la canción que los pastores tocan con sus flautas en Rumania, mientras apacientan a sus ovejas. Es una doina. ¡Cuántos días de verano la habré oído yo en los campos!

–Vale más que vuestro jazz americano –dijo Mottke severamente–. Es música..., no ese chin–chin–chin del ragtime.

–Música del alma –dijo mi padre sentimentalmente.

–Cierto –corroboró Mottke.

Mottke procuraba estar siempre de acuerdo con mi padre. Le tenía por hombre de gran ilustración. Y es verdad que cuando

bebía vino con sus amigos mi padre se ponía excepcionalmente profundo, grave y docto. Era también muy ingenioso. Su charla oscilaba entre chistes obscenos y anécdotas y epigramas del Talmud.

A mi padre le gustaba dárse las de versado en el Talmud. Yo estoy ahora seguro de que nunca había estudiado este extraño libro de la sabiduría medieval judía. La verdad es que Reb Samuel, el paragüero que vivía en nuestra misma casa, solía hablarle de estas cosas. Mi padre las recordaba y repetía las sentencias del Talmud siempre que podía. El efecto complacía a su alma dramática.

–El Talmud es el libro más grande del mundo –declaró solemnemente mi padre, apurando otro vaso de vino–. ¿Y por qué no había de serlo? ¿No ha sido escrito por los rabinos más grandes de la Historia? Tardaron muchísimo, no una semana, ni un mes, sino cientos de años. No se daban prisa, como los escritores de hoy día.

–Claro que no –dijo Mottke.

–En el Talmud uno puede aprender de todo –dijo mi padre–. Por ejemplo, el Ángel Gabriel necesita seis aletazos para llegar a la tierra. El Ángel Simón necesita cuatro; pero el Ángel de la Muerte no necesita más que un aletazo, Mottke. Así está escrito en el Talmud.

–¡Maravilloso! –dijo Mottke–. Es maravilloso tener tanta ilustración.

Mendel Bum se echó a reír.

–¡Ja, ja! –dijo desdeñosamente con su voz ronca y jocosa–. ¡Vosotros podéis creer en el Talmud, pero yo no! ¡Son cuentos de abuela!

–Tú –contestó mi padre con una mirada de profunda aversión–, tú, Mendel, no eres más que un vagabundo. Duermes en los parques, mendigas bocadillos de queso, vendes tu alma por patatas a los misioneros cristianos. ¿Qué puede un vagabundo como tú saber del Talmud? Este libro fue escrito para judíos y para hombres, no para vagabundos.

–Sí, Herman; pero oye... –empezó Mendel, rebelándose contra este feroz ataque.

–¡Silencio, epicúreo! –gritó mi padre, dando un puñetazo en la mesa.

Mendel se echó a reír y se encogió de hombros. No quería ofender a mi padre. Mendel estaba viviendo gratis en nuestra casa. Y era demasiado sensato para perder su comida segura por una cosa de nada como el Talmud.

Bebimos vino, partimos nueces con las muelas, comimos pepinillos y charlamos y continuamos charlando. Moscowitz tocaba el Dulcémele gitano, y un centenar de judíos con sombrero hongo llenaban el local de humo y de risas.

Mi padre me hizo subir a la mesa para que recitase la poesía que había aprendido en la escuela:

*I love the name of Washington,  
I love my country too,  
I love the flag, the dear old flag,  
The red, white and blue.*

Manos callosas aplaudieron. Una mujer gorda, de cara roja y entusiasta, me dio una rosquilla. Moscowitz me dirigió una sonrisa y, en señal de aprobación, rasgó las cuerdas de su címbalo con los palitroques. Varios individuos que estaban en otra mesa golpearon los vasos sobre el tablero. Mi padre me ayudó a bajar y besó mis mejillas encendidas por la emoción.

–Mirad –dijo mi padre lleno de orgullo–, ¿habéis oído nunca mejor inglés? ¡Ya habla inglés, y yo, que llevo diez años en el país, no puedo hablar palabra!

–¡Este llegará a sabio! –dijo Mottke, dándome unos golpecitos cariñosos en la cabeza–. Podía llegar a millonario, pero más vale que sea doctor y hombre de letras.

Después, el calor, el humo, la excitación y el vino pesaban en mis párpados como plomo, y no podía tenerlos abiertos. Me quedé dormido en las rodillas de mi padre, con la cabeza apoyada en la mesa.

De pronto me encontré en pie, deslumbrado por la luz de gas. Mottke, teniéndome de la mano, me invitaba a andar. ¿Dónde estaba mi padre? Perplejo, miré a mi alrededor a través de la niebla.

–¿Dónde está papá? –pregunté a Mottke.

Su cara boba y bonachona estaba contraída por la inquietud. Me señaló una mesa cerca de la puerta. Allí estaba mi padre, agitando los brazos y chillando a un hombrecillo con la cara llena de pústulas, que vestía un traje gris y sombrero hongo. El hombrecillo estaba aterrado. Se le salían los ojos de las órbitas, sus ojos de pez, llenos de lágrimas de impotencia. Trató de levantarse, pero mi padre le tiró en la silla de un empujón.

–¡Judíos y amigos! –gritó mi padre a los circunstantes, agarrando al hombrecillo por la solapa–. ¡Honrados judíos, mirad a este miserable! ¡Es un estafador, un asesino, un chupador de sangre! ¡Ha querido aniquilarme, comerme las entrañas! ¡Miradle! ¡Tiembla de miedo, sabe que tomaré venganza!

Mendel, Aarón Katz y varios camareros trataron de persuadir a mi padre de que dejase de gritar. Toda la taberna nos miraba. Yo temblaba de excitación, quería abalanzarme para correr en ayuda de mi padre.

Pero Mottke, sin soltarme de la mano, me sacó a la calle. Mi padre y los demás no tardaron en reunirse con nosotros. Los amigos seguían tratando de calmar a mi padre, que gritaba. Nos separamos en la esquina, y nos dirigimos a casa solos. Estaba fuera de sí. Se paró para enjugarse la cara.

–¡Ese ladrón, ese Sam Kravitz! –murmuró–. ¿Por qué no lo mato? ¡Ahí se queda tan fresco y tan campante con el dinero que me ha robado!

Era una noche calurosa. La calle estaba atestada de gente, que paseaba lentamente arriba y abajo. Los escaparates de las tiendas resplandecían; algunos vendedores ambulantes voceaban todavía sus mercancías. La luna se destacaba en el cielo azul oscuro sobre las negras casas de vecindad. Yo me sentía aturdido, mareado, como si hubiera pasado el día en Coney Island y me hubiera atiborrado de salchichas.

Mi padre se detuvo frente a una taberna y me miró al brillante resplandor de la luz eléctrica. Sus ojos, encendidos como dos carbones, me daban miedo.

–Hijito –dijo mi padre con una voz extraña–, soy un hombre caído en la trampa. Todo está perdido, a menos que pueda pedir prestados trescientos dólares a alguien.

–Sí, papá.

–Prométeme una cosa, hijo de mi alma.

–Sí, papá.

–Prométeme que te harás doctor.

–Sí, papá.

–Tu madre y yo trabajaremos hasta matarnos para hacer de ti algo. No serás un pobre obrero como tu desgraciado padre. ¡Todavía tenemos que demostrar a ese ladrón, a ese Sam Kra-vitz, que no nos ha aniquilado!

–Sí, papá.

–Yo ganaré dinero para ti, no tengas miedo, hijo mío. ¡Pero tienes que estudiar! ¡Es menester que no hagas novillos y que no andes con ese Nigger! Es un mal punto, y terminará mal. ¡Pero tú tienes que ilustrarte!

–Sí, papá.

Tres horas después, la casa de vecindad duerme, las calles rezongan en sueños. La Noche, vieja madre, no se ha olvidado de mi East Side. En su seno descansamos en paz. Los chulos duermen. Los guindillas duermen. Los viejos soñadores del Talmud duermen. Las Montañas Rocosas, el Océano Atlántico, Chrystie Street y el Bronx Park yacen en las sombras.

Yo duermo y tengo pesadillas. Vuelo por los espacios y me precipito en los inmensos abismos de la nada. Después hay una explosión. Cinco estrellas rojas estallan a mi alrededor...

Me despierto con un grito. Entonces mi madre sale precipitadamente de la alcoba, pálida como un fantasma. Han encendido el gas. Todas las cosas familiares de mi casa son raras y estrambóticas, como si yo no hubiera despertado de mi pesadilla.

Oigo quejarse a mi padre, con voz extraña:

–¡Pronto, pronto, un médico! ¡Me muero!

Mi hermana se despierta y empieza a llorar; Mendel y mi tía Lena se despiertan y se visten. Mi tía y yo salimos corriendo en busca de un médico. Primero llamamos a la puerta del doctor Axelrod. Tardan en contestar. Esperamos en la oscuridad

desierta con el corazón palpitante. Después de un rato, el médico asoma por la ventana la cabeza, cubierta con un gorro de dormir.

–El doctor no está –gruñe malhumorado–. No toquen más el timbre.

Yo sé que es él, pero como cierra de golpe la ventana, no alcanzo a decírselo. Entonces mi tía y yo llamamos al otro médico de nuestra calle, el joven doctor Solow. Viene enseguida, con su maletín negro en la mano.

Reconoce a mi padre y asegura que no se morirá. No es más que una indigestión y nervios. Le receta unas píldoras.

Después del encuentro con su primo Sam Kravitz en la taberna, mi padre estuvo enfermo tres días.

## XI. LA MADRE DEL BANDIDO

### 1

MUCHOS BANDIDOS se dedican a criar palomas en las azoteas del East Side. Les gusta reunirse en las tiendas de pájaros, blanqueadas como tumbas por los excrementos, para discutir el mercado del crimen y el de las palomas. El culto de las palomas existe entre los bandidos de Nueva York desde hace cincuenta años.

Uno odia a los bandidos, como tiene que odiar a todos los mercenarios. Sin embargo, muchos de ellos son unos desgraciados, malos bichos engendrados por el mal bicho del mundo.

Gyp el Matón, que murió en la silla eléctrica por asesinar al jugador Rosenthal, fue condiscípulo mío en la escuela pública. Era el tipo corriente del granujilla del East Side. Cualquiera de nosotros podía haber terminado en la silla eléctrica como él. Yo no puedo envanecerme de haber escapado: ha sido solamente suerte.

A los dieciséis años yo trataba a varios bandidos. Cuando chico conocí a Luis el Tuerto, que criaba palomas en la azotea contigua a la nuestra.

## 2

Luis el Tuerto se apoderó de la azotea y la hizo suya como un déspota. La azotea era muy importante para el vecindario, y por eso todos lo odiaban. En verano, cuando el sol se volvía también bandido y maltrataba en la calle a los obreros y a sus hijos, la azotea nos servía de refugio.

Como ratas que trepan a la cubierta desde la bodega de un barco incendiado, así nosotros subíamos a la azotea por las noches. ¡Qué mezcolanza a la luz de las estrellas! Madres, viejos, chicas vivarachas, padres extenuados por el trabajo de las fábricas, tísicos que tosían y escupían, todos juntos roncábamos y gruñíamos tendidos sobre periódicos o colchones. Dormíamos en pantalones y camiseta, amontonados como cadáveres. La ciudad se alzaba a nuestro alrededor.

Cada familia era lo bastante cortés para dejar un espacio entre ella y la familia de al lado. Este era nuestro único aislamiento en la azotea. Yo me desperté una noche de calor sofocante y vi todo aquello como una pesadilla. Vi montones de carne pálida enarcándose y revolviéndose contra una ciudad irreal. Tenía miedo y no sabía dónde estaba. Me eché a llorar pensando qué

sucedería si me tirase de la azotea. Mi madre me tranquilizó y volví a coger el sueño.

Algunas veces el viento soplaba del Atlántico. Otras veces la luna ardiente y fantástica nos miraba, recordándonos el desierto de Arabia.

Las noches de lluvia el cielo se hendía de pronto y el trueno rodaba hacia el puente de Brooklyn. Los relámpagos descubrían fantasmagóricas perspectivas de una increíble ciudad de torres: Nueva York.

Saltábamos todos en el mayor desbarajuste, chillando, maldiciendo la lluvia, dando gritos a los demás. Cargábamos nuestros colchones y bajábamos atropelladamente al horno de nuestras alcobas. Pero siempre había algunos que se quedaban, prefiriendo mojarse antes que volver a aquel infierno.

Se dice que la aurora es bella, ¿pero dónde? En la azotea a nadie le gustaba esta hora en que el rojo resplandor aparecía en el cielo pálido como en la mejilla de un tísico. Era entonces cuando llegaban las nubes de moscas y no se podía dormir. Ya estaba allí el día húmedo, y la realidad, y la pobreza.

Las mujeres colgaban la ropa en la azotea. Los enamorados subían buscando ese tesoro que nunca se encontrará en el East Side: la soledad.

Nosotros, los chicos, jugábamos en la azotea. Había más tranquilidad que en la calle, aunque el mismo peligro. Volábamos barriletes o explorábamos el mundo de las alturas,

saltando de tejado en tejado, con gran terror de nuestras madres.

Sí, la azotea era muy importante. Todas las azoteas servían de salones y de alcobas, y, sin embargo, Luis el Tuerto se había apoderado de la azotea de su casa y era el amo de una isla de planchas de hojalata, de humeantes chimeneas y de palomas tornasoladas.

Y por esto le odiaban.

### 3

Luis era joven. Su cuerpo delgado y elástico era grácil como una culebra. Tenía pelo de indio y facciones de judío. Hubiera sido guapo si no fuera por la falta del ojo y por el gesto de desprecio fijado en su boca. Estos dos defectos le desfiguraban la cara como heridas. Y eran, en realidad, heridas que le había hecho la sociedad.

Corría la leyenda de que Luis había tenido un padre muy violento. A los catorce, Luis le sorprendió tratando de pegar a su madre. Luis lo tiró por la ventana y por poco lo mata. A causa de esto, el chico fue enviado a un reformatorio.

Allí el Estado lo “reformó”, enseñándole cuidadosamente a ser criminal y quitándole un ojo.

¿Hay algún bandido tan cruel como el Estado actual y con menos corazón?

No. Uno de los guardianes flageló una vez a Luis con un cinturón de cuero durante una hora. El muchacho había faltado a cierta “regla”. La hebilla le reventó un ojo. Luis daba alaridos de dolor. Pero el criminal legal, hecho una furia, continuó el “castigo”.

El chico se pasó toda la noche llorando y sangrando en su celda. Tenía catorce años. Por la mañana estaba tranquilo. Un “doctor” cruel y legal le sacó la inútil pulpa del ojo. Desde entonces a Luis se le conocía por el Tuerto.

El ojo que le quedaba se le puso más grande y más feroz. Era negro, y de él salía odio, lujuria, desprecio y desconfianza, como de una linterna mortal, para envenenar el mundo.

Todos temían a Luis. Llevaba siempre consigo una pistola. Había matado a varios hombres y era susceptible como un gato. El Estado había convertido a un muchacho taciturno y desgraciado en esta perversa culebra que daba un golpe de muerte a la menor provocación.

Había construido una gran jaula para sus palomas y las soltaba dos veces al día. Nosotros le mirábamos escondidos detrás de una chimenea. Se ponía de pie en una cornisa, siniestro contra el cielo. Sobre las otras azoteas, otras bandadas de palomas giraban y evolucionaban con una alegría desenfrenada. Al verlas tan libres y tan bonitas, nosotros sentíamos envidia.

Pero luego Luis el Tuerto blandía su larga caña de bambú y lanzaba el misterioso silbido, conocido de los que crían palomas. Desde el azul resplandeciente descendían las palomas como celeste cuadrilla de presos y volvían mansamente a su prisión. No eran libres. Nosotros, los chicos, nos quedábamos asombrados, pero, ahora conozco el secreto: las palomas, como los hombres, se domestican fácilmente dándoles de comer.

#### 4

Por aquel tiempo yo estaba enamorado de mi tía Lena. ¡Cómo sufría cuando, yendo por la calle con ella, los hombres miraban a mi tía Lena familiarmente, y le hacían guiños y trataban de pellizcarle las piernas, o le decían indecencias! Y yo no podía dar la cara por ella. Una vez un rufián la agarró por un brazo y trató de besarla. Mi tía le pegó una bofetada e hizo reír a un guardia.

Siempre tenía hombres a su alrededor. Una muchacha fresca llama la atención en cualquier parte, despierta una especie de fiebre, es como un imán. La vida es oscura, sin esperanzas, pero entonces llega ella, como un falso mesías, hasta los brutos sueñan.

Klemm el Buey, joven panadero alemán que trabajaba en nuestra calle, le traía todas las mañanas el homenaje panaderil de unos bollos recientes, que robaba de la tahona. Aarón Katz, el sastre, la llevaba a los teatros de vodevil. Luis el Tuerto me pescó un atardecer mirando volar sus palomas. Con gran

sorpresa de mi parte, no me zurró; pero fue peor: me hizo preguntas acerca de mi tía Lena.

## 5

Había llegado de Hungría en un momento negro, en un invierno malo. Mi padre estaba sin trabajo; mi madre, abatida por las preocupaciones. Había nevado durante semanas enteras.

Las calles estaban llenas de fango, y todos nosotros acatarrados. En cada calle había un desahucio; mi padre gruñía: “el próximo será el nuestro”.

Pero a mi tía Lena nada de esto le hacía mella. Tenía dieciséis años, y esta inmigración era su primera aventura. Cuando llegó se sentía completamente feliz.

¿Cómo resistirse a amar a aquella “palurdita”? Tenía sonrosadas mejillas de campesina, una mata de pelo negro brillante que era su orgullo y que tardaba horas en trenzar. Estaba formada como una mujer, pero tenía ojos de niña: tan claros eran, tan cándidos, tan alegres.

Siempre andaba por la casa charlando y palmoteando con un entusiasmo infantil. ¡Qué loca estaba con América, con las cosas vulgares que nosotros conocíamos tan bien! El lenguaje, las casas altas, la gente, todo la fascinaba. Cuando llegó, apenas

podía dormir de excitación. Saltaba de la cama y se ponía a cantar mientras hacía el desayuno, despertándonos a todos. Quería salir lo más pronto posible. Terminado el desayuno, se ponía un mantón rojo y salía a descubrir por segunda vez América.

A veces me llevaba con ella. Recorríamos toda la ciudad, desde Battery Place hasta el Parque Central. Montábamos en los magníficos tranvías. La gente que pasaba por la Quinta Avenida nos dejaba asombrados con su elegancia. Nos entreteníamos mirando los remolcadores que iban y venían por el East River, y en Orchard Street tomábamos parte en las peleas de los vendedores ambulantes.

Todo era maravilloso para mi tía Lena. Pero mi madre temblaba por ella. Podía perderse o dejarse secuestrar por los rufianes que perseguían a las recién llegadas bonitas. Pero mi tía

Lena no tenía miedo de nada, todo lo tomaba a risa, y nosotros reíamos con ella. Era tan feliz, al principio, que nos hacía felices a los demás.

Luego todo acabó.

## 6

Una noche, mientras cenábamos, dijo mi madre:

–Escucha, Lena.

–Di, Katie.

–Lena, ¿qué vamos a hacer? No podemos pagar el alquiler de la casa.

–¿No? –dijo mi tía Lena alarmada.

–Somos pobres, querida. Si yo no tuviera que guisar y coser y cuidar de los chicos, buscaría trabajo. ¿No crees tú que podrías empezar ya a trabajar?

–¿Yo, Katie? –preguntó ella haciendo pucheros como un niño–. ¿Tengo yo que trabajar? En mi país no trabajaba.

–No –dijo mi madre–, pero aquí somos pobres, hermana. Aquí no tenemos vacas ni gallinas como en Hungría. Aquí todo el mundo trabaja, hasta los niños.

–Pero yo quiero divertirme, Katie, ver cosas.

Mi tía Lena parecía que iba a romper a llorar. Yo me puse muy triste también y apenas podía tomar la sopa. Pero de pronto se echó a reír.

–Katie, soy una tonta –dijo mi tía–. Claro que trabajaré. Trabajaré por el día, y luego, a la noche, podré divertirme. Iré al río a ver los barcos, ¿verdad, Katie?

–Sí, hermanita, por la noche verás los barcos –dijo mi madre dulcemente.

Así, pues, mi tía Lena empezó a trabajar en un almacén de ropa, donde la juventud, el encanto y el éxtasis del East Side eran entonces enterrados. La rutina hizo de ella otra mujer. Por la noche estaba cansada, tenía que lavar y planchar sus blusas para el día siguiente y hacer otra porción de cosas. Desde entonces rara era la vez que íbamos a ver los remolcadores del río o las carretillas de Orchard Street y demás espectáculos de América.

## 7

Pero siempre había hombres que venían a nuestra casa. Esto me tenía en continua ansiedad.

–Tía Lena –le dije–, ¿tú te casarás conmigo cuando sea mayor, verdad?

–Sí, rico, sólo contigo me casaré.

–¿Lo juras?

–Sí, mira, Mike, lo juro –dijo besando su dedo meñique–. Cuando crezcas y seas un doctor famoso, me casaré contigo. ¡Sólo contigo, Mike!

Me dio un beso, y mi corazón palpitó con violencia. Despertaba un nuevo cuerpo, que iba a vivir su hora en la tierra, misterio de emoción y de dolor.

## 8

Una vez mi tía Lena se puso enferma y tuvo que guardar cama. Durante una temporada de prisas en el taller había tenido que trabajar demasiado. El trabajo de taller se hacía entonces a destajo, sistema de esclavitud egipcia, con el cual el más fuerte caía como atacado de peste bubónica.

Mi tía estaba pálida y en sus ojos se reflejaba la tristeza del dolor. Me sonrió y me dio un beso cuando llegué de la escuela

–Mike –dijo–, en cuanto tomes tu café con pan y mantequilla, necesito que me hagas un favor.

–Sí, tía Lena.

–Ten diez centavos. Quiero que vayas a la tienda de música y me compres la letra de estas canciones. Yo las cantaré y nos olvidaremos del taller.

Había escrito los títulos en un sobre viejo; mi tía había aprendido rápidamente el inglés. Después de merendar fui a la tienda de música y le compré las canciones.

A mí siempre me encantaba oírla cantar. Sentado junto a ella, que me acariciaba el pelo, me sentía embargado por un doloroso placer. Mi madre salió también de la cocina para oírla. Mi tía Lena le explicó las canciones.

Una se llamaba Como pájaro en jaula de oro. Era la historia, dijo mi tía, de una pobre muchacha que se había casado con un hombre rico para ayudar a su familia. Pero no pudo soportar la hipocresía y la esclavitud que suponía este matrimonio, y se puso tan triste, tan triste, que al poco tiempo murió.

Mi madre movió la cabeza con lástima y dijo en yiddish:

–¡Pobrecilla! ¡Es conmovedor!

La otra canción recuerdo que se llamaba La hija del rabino. Era la historia de un viejo rabino, intransigente y severo, cuya hija se enamoró de un joven cristiano y se casó con él. El rabino, transido de dolor, cumplió el espantoso rito hebreo propio de semejantes casos: celebró los funerales de su hija.

El viejo trató de olvidar, pero no pudo, y se puso tan triste que murió de pena. Entonces su hija se puso también muy triste y también murió de pena.

Mi madre volvió a mover la cabeza, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

–¡Ay, qué triste es todo eso, qué triste y qué hermoso!  
–exclamó–. ¡Lo mismo que la vida!

Evocando aquel momento, me digo ahora que tales canciones las escribía un cínico o un clown de Broadway para hacer dinero y riéndose por dentro. Hoy suele uno tomar a broma tales canciones. Pero yo recuerdo a mi tía Lena, enferma por el exceso de trabajo, cantándolas con su voz cálida, y recuerdo las lágrimas de mi madre.

## 9

Por aquellos días, un tendero de comestibles fue asesinado, no lejos de casa, por unos ladronzuelos. El suceso salió en todos los periódicos. Yo oí murmurar a los vecinos indignados que la pandilla de Luis el Tuerto era responsable de la hazaña.

Después violaron a una niña en un sótano, una pobre chiquilla que dio unos alaridos espantosos.

Luego alguien puso una bomba en la casa de un italiano. Oímos la explosión una noche. Presas del pánico escapamos todos en paños menores, a las tres de la mañana. La casa había temblado; la calle estaba atestada de gente, a medio vestir, que miraban como locos; parecía el Día del Juicio.

Había sido otro golpe de la Mano Negra, pero los vecinos echaban la culpa a Luis el Tuerto.

De todo lo que ocurría culpaban a Luis. A él no le importaba. Se paseaba con aire fanfarrón, echando a la gente fuera de las

aceras, como si fuera un rey. Nunca tenía una palabra amistosa para nadie. Algunos de sus robos eran tan descarados como los de un político. Obligaba a los tenderos a comprar billetes para excursiones y bailes imaginarios. Sacaba fruta de las carretillas y se marchaba tan tranquilo sin pagarlas, ni más ni menos que si fuera un guardia.

Los vecinos le odiaban, querían que el portero le obligase a mudarse con sus palomas y todo.

El gordo del portero hablaba muy sensatamente acerca del asunto. “No es posible echarle a Luis –decía con mucha razón–. Luis está protegido por Tammany Hall”.

Naturalmente, nunca trabajaba; estuvo en la cárcel varias veces; era un mal punto. Ni aun sintiéndose uno más fuerte, podía aventurarse a pelear con él, porque llevaba una pistola. Y aun en el caso de poder arrebatarse la pistola y darle una paliza, su pandilla se las entendería con uno después. Era el amo en la casa y los vecinos le odiaban y le echaban la culpa de todo.

Su madre, vieja, tullida, siempre arrebujada en un chal viejo como una enana, era la única que quería a Luis. Iba por las calles y por las tiendas arrastrando su cojera y solía parar a los transeúntes para preguntarles, mirándoles a la cara con sus ojos apagados: “¿Por qué dicen que mi Luis es malo? Mi Luis es un buen chico. ¿Por qué no le dejan en paz? Mi Luis es un buen chico.”

También Luis debía de querer a su madre: la ayudaba a subir las escaleras; hacía la compra por las mañanas para evitar a sus

piernas reumáticas el dolor de andar; le daba dinero todas las semanas, y le compraba vestidos.

Una vez hubo una fiesta italiana en el barrio. Entre las casas se levantaron arcos adornados con bombillas eléctricas; tocaba una banda; se vendían castañas y caramelos; los italianos prendían con alfileres billetes de a dólar en el altar de su santo.

De repente se armó una pelotera, y yo vi a Luis, sin ayuda de nadie, sacudir el polvo a tres matones italianos que le habían tirado de la barba a un viejo judío aterrado que, como nosotros, se había aventurado en aquel feudo cristiano.

## 10

Una noche de calor, después del trabajo, mi tía Lena y yo subimos a la azotea en busca de aire. Mi tía subió en kimono. Su hermoso pelo negro, que acababa de lavarse, le colgaba por la espalda. En la azotea no había nadie, excepto Luis, que vigilaba el vuelo de sus palomas en el crepúsculo estival.

Cuando le vi, me quedé aterrado. Quise volverme. Mi tía Lena me tranquilizó. Extendimos unos periódicos lo más lejos posible de él y nos sentamos.

Luis nos miró con su único ojo. Mi corazón aceleró sus latidos cuando se acercó a nosotros. Creo que trató de sonreír, pero su gesto de desprecio no se borraba tan fácilmente.

–Tú, chica –gritó a mi tía–, ven a mirar mis palomas.

Mi tía se incorporó. Ahora era ella la que tenía miedo. Luis se acercó más.

–Oye –dijo torciendo la boca–, tengo unas palomas preciosas. Tengo una de cola de abanico que vale diez dólares, seis torcaces que le robé a un fulano de Forsythe Street. Quiso matarme.

Luis se inclinó acarició el pelo de mi tía con sus manazas. Ella se quedó paralizada.

–Lárgate, Mike, quiero hablar con tu tía.

Yo le miré de hito en hito. No podía moverme. Sentí el impulso de tirarme a sus piernas, de mordérselas, de hacer cualquier cosa para salvar a mi tía. Luis echó mano al kimono y trató de rasgárselo. Ella se levantó de un salto gritando y le clavó las uñas en la cara. El la agarró. Yo corrí a la puerta de la azotea y pedí auxilio a gritos.

De repente, no sé cómo ni por qué, la azotea se llenó de vecinos. No comprendo cómo llegaron tan pronto. Las multitudes son siempre en el East Side como explosiones de dinamita. Los vecinos se encararon con Luis. Este, sorprendido, retrocedió hacia su palomar.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó Morris, un mocetón fornido que trabajaba de sastre.

Mi tía se lo dijo. Todos miraron a Luis con aire amenazador. Pero ya se había recobrado. Antes de que mi tía terminara de explicarse, comenzó a empujar a la gente.

–¡Fuera de mi azotea! –gruñó con su odiosa cara de gorila.

La chusma retrocedió lentamente, murmurando. De pronto, alguien tiró a Luis desde lejos un cajón vacío. Le dio en la cara. Un clavo saliente le hizo una herida debajo de su único ojo y comenzó a sangrar.

Luis echaba espuma por la boca, bramando como una fiera, como un loco.

–¿Quién ha sido? –gritó sacando su pistola–. Voy a matar a ese hijo de puta ahora mismo.

Nosotros le mirábamos llenos de terror, como miraríamos a un loco escapado de un manicomio.

En este momento, no sé por dónde, apareció su anciana madre. Llegó cojeando hasta su hijo y le miró con sus ojos apagados.

–¿Estás herido, Luis? –dijo con voz débil–. ¿Por qué atormentáis a mi Luis? –preguntó a los vecinos–. Mi Luis es un buen muchacho, no hace daño a nadie.

Ni siquiera había visto la pistola. Luis se la metió disimuladamente en el bolsillo y tranquilizó a su madre, dándole cariñosas palmaditas en la espalda.

–No pasa nada, mamá –dijo–. Vuélvete a casa.

La anciana sacó un pañuelo y le restañó la sangre del ojo, murmurando quejas contra la maldad del mundo. Los vecinos se alejaron, un tanto avergonzados, como si la culpa fuera de ellos.

Y las palomas de Luis, que había descuidado durante todo este rato, bajaron batiendo ruidosamente las alas a su jaula, prisioneras, como nosotros, del East Side.

Todo el mundo continuó odiando a Luis el Tuerto, y yo también. Ahora odio más a aquellos que agarraron a un muchacho del East Side y lo convirtieron en un monstruo útil a los patronos en las huelgas y a los políticos en las elecciones.

## XII. LAS SETAS DEL BRONX PARK

### 1

VERANO. No se podía respirar. El sol nos achicharraba durante el día. Por las noches, las piedras del gheto despedían vapor. Nunca nos sentíamos aliviados del peso que oprimía nuestros cuellos y nuestros cráneos. La gente se enfermaba, los doctores no paraban un momento.

Los niños pequeños se morían. Las moscas se multiplicaban. Todo el mundo estaba nervioso. En los patios había siempre disputas. Yo me despertaba en el silencio de la noche y oía a los vecinos gruñir y retorcerse en sus alcobas. La gente salía en busca de un sitio donde dormir, como en busca de un tesoro. Fantasmas de ojos hundidos vagaban por las calles toda la noche. Muchas familias dormían en los muelles, en los parques, en las azoteas. El mundo era un horno.

## 2

Algunas noches mi madre sacaba los colchones a la acera de nuestra casa. Mientras ella y mi padre se abanicaban en los escalones de la puerta y chismorreaban con los otros vecinos, mi hermana y yo dormíamos en plena calle.

Los tranvías, los carros, las conversaciones, los gritos, los millones de zapatos que lijaban el pavimento como una rueda de esmeril, no perturbaban nuestro sueño. Pero una noche sucedió algo que dejó en mi mente señal imperecedera.

Era la víspera del Cuatro de Julio, lo que provocaba el acostumbrado desbordamiento de patriotismo. En cada calle los chicos disparaban cañones de juguete y hacían estallar petardos y a veces sus propios dedos. La noche estaba iluminada por el bombardeo. Pálidos italianos disparaban sus revólveres al cielo. Fulgurantes bengalas rojas, azules y amarillas. Las girándulas voltejeaban y chisporroteaban, crepitaban los torpedos, y los cohetes volaban como serpientes de oro aladas por encima de los tejados. Era muy divertido. Pero al fin me cansé y caí dormido en el colchón extendido por mi madre ante la puerta de casa.

Habría dormido una hora, cuando un imprudente lanzó un cohete desde una ventana. Explotó en la almohada, junto a mi cara. Yo me levanté de un salto con un grito de terror y corrí hacia mi madre. Al verme sangrando me eché a llorar. Tenía un desgarrón en el hombro izquierdo. Todavía llevo la cicatriz.

La herida sanó rápidamente, la sangre se olvidó pronto. Lo que no desapareció fue el susto. Después de este Cuatro de Julio estuve muchas semanas despertándome en un grito todas las noches. En sueños revivía la explosión. Mis padres no sabían qué hacer. El gordo y jovial doctor Axelrod me dio unas píldoras de color rosa. Pero no me sirvieron de nada. El flaco y lúgubre doctor Solow murmuró algo sobre mandarme al campo. Pero eso no era posible, dijeron mis padres. Entonces me recetó una medicina verdosa, que tampoco me sirvió para nada.

Yo perdía peso. Mi madre, siguiendo el consejo de una vecina, llamó a una curandera, la “Madre” Sima, la saludadora. Ella me curó.

Había muchas vejarronas de esta especie en el East Side. Eran muy consideradas. El East Side tenía en gran reverencia a los médicos, pero en casos nerviosos o de desgracia personal volvía a veces el medievalismo.

Los enamorados pedían a las viejas “Madres” filtros para obtener victoria sobre un rival. Las esposas abandonadas pagaban a estas mujeres para que modelaran en cera las efigies de sus descarriados maridos y las torturasen hasta que el falso volviese.

La “Madre” Sima vino a casa una noche de verano, cuando yo yacía pálido y extenuado por los fantasmas de mi mente. Era una vieja jorobada, con un pañuelo en la cabeza y delantal, ojos enrojecidos y mucha barriga. Su boca estaba desprovista de dientes, y tan hundida que la nariz y la barba casi se tocaban. Vestía pobremente, como cualquier mendiga de la sinagoga.

Llegó jadeando de subir las escaleras, y mi madre le dio té. Charló un poco, tomó un polvo de rapé y después entró en la alcoba para verme.

–Bien, bien –dijo animosamente, enjugándose la nariz y la cara con un trapo que sacó de su misterioso maletín–: si sólo fue un cohete, yo le curaré. El chico se ha asustado, pero yo le quitaré el susto. Con la ayuda de Dios, dentro de unas semanas estará sano.

Me puso boca abajo, y con un cuchillo sin filo trazó unos signos mágicos en mi espalda desnuda, canturreando repetidas veces:

*Tan ti beovati, Tanti sabatanu.*

*Tan ti keeliati,*

*Tanti lamachtanu.*

“¡A él, y a ella, y a ello, y a nosotros! ¡La serpiente y el fuego, el océano y el sol! ¡Dios es Jehová y Jehová es Dios! ¡Rushyat! ¡Cushyat! ¡Cum! ¡Tum! ¡Sum!”

Me frotó la espalda con un aceite picante y se enjugó las manos. El primer tratamiento había terminado. Mi madre le pagó un dólar y la invitó a tomar más té. La vieja sintió de pronto un hambre voraz: se bebió cuatro vasos de té con jalea hecha por mi madre, se zampó por lo menos una docena de pastas y luego se marchó a hacer otra visita.

Yo me quedé irritado y escéptico. Estas pamplinas, a mí, chico americano, no me convencían. Estaba avergonzado. Temía que los de mi pandilla se enteraran de lo ocurrido y se burlasen de mí. Mi madre me acariciaba la cabeza.

–Querido –dijo mi madre–, nadie te molestará. ¿No quieres curarte del susto que tienes? No es bueno tener miedo, con miedo no puede uno hacer nada en este mundo. No se es hombre. Esta vieja es una curandera famosa; tu padre la conoció en Rumania. Sabe más que muchos doctores. Es discípula de un famoso Zaddik. Y está segura de ponerte bueno.

A la visita siguiente la “Madre” Sima ejecutó el mismo ritual y se bebió otro galón de té con docenas de pastas. En la tercera visita dejó una receta. Mi madre tenía que ir al mercado de Orchard Street y comprar un vaso en el primer puestecillo de cacharros. Le estaba prohibido regatear; debía pagar el primer precio que le pidiese el vendedor. Aquella noche yo debía llevar el vaso al East River, y, si había luna, beber un vaso de agua del río; si no había luna, dos vasos. Después tenía que tirar el vaso al río y repetir las palabras: Cum, tum, sum.

Así lo hice. A la cuarta visita la hechicera prescribió una pasta de cagajones de caballo recogidos en la calle, mezclados con una telaraña, miel, granos, tomillo, mi propia orina y pimienta. Con esto me untaron la frente durante una semana.

En la quinta visita la hechicera trajo una porción de cosas en su bolsa. Las colocó en la cocina: un cubito de hojalata, un cazo y un poco de plomo. Derritió el plomo en el fogón, murmurando misteriosas rimas. Después, vertió en el cubo el plomo derretido en el cazo. Al caer silbando en el agua, el plomo levantó una nubecilla de vapor. Solidificado, tomó una forma extraña, de contorno dentado. La hechicera miró el plomo concentradamente.

Sus desdentadas mandíbulas se movían, los ojos le lloraban. Tomó varios polvos de rapé.

–¡Es un caballo! –anunció al fin triunfante.

Mi familia, que la miraba temerosamente a la luz del gas, se sobrecogió.

–Denme otro vaso de té, mi curación está hecha. ¡Es un caballo!

Todos miramos el pedazo de plomo. Sí, nos decíamos unos a otros, había tomado la forma de un caballo. La noche siguiente, exactamente a las doce, mi padre me condujo a la cochera de alquiler, y yo, acercándome a la oreja de uno de los caballos:

–¡Mi terror a tu cuerpo! –dije, dándole una manzana, que él mordió medio en sueños–, ¡Dios es Jehová! ¡Cum! ¡Tum! ¡Sum!

Así me curaron. La pesadilla no reapareció. Ya no me volví a despertar más por la noche dando gritos. Sin embargo, yo seguía escéptico y no podía creer en la magia. Le pregunté a Vassa, el mozo de cuadra, si no despertaba el caballo por la noche gritando. Me dijo que no. El caso es que yo estaba curado. Aquella vieja voraz, sucia y necia, conocía evidentemente algunos profundos secretos. Me había curado. Yo, por vergüenza, nunca se lo dije a mis amigos. Pero el asombro me duró todo el verano. Ni siquiera mis padres podían explicarse bien lo ocurrido. No habían oído hablar de la más grande de las hechiceras: la Sugestión.

## 4

Después de mi curación, nuestra vida de familia volvió a su rutina normal. Mi padre nos dejaba por la mañana para ir a buscar trabajo, mi madre guisaba y cocía pan, mi hermana Esther jugaba a la taba y saltaba a la cuerda con sus amiguitas. Yo andaba con mi pandilla. Me peleaba, robaba manzanas, leía las aventuras de Buffalo Bill, iba a nadar, observaba a las prostitutas... Por las noches mi padre contaba cuentos de hadas a sus amigos y admiradores y bebíamos cerveza. Después buscábamos en la azotea y en las aceras sitio para dormir. Hacía un calor sofocante.

Todos los domingos de verano mi padre sentía el deseo irresistible de ir a algún sitio. No quería desperdiciar su único día de asueto, pero mi madre detestaba los viajes. Cuando él iba a Coney Island para bañarse en el mar, mi madre nunca le acompañaba. Odiaba la excitación y los empujones de un millón de personas frenéticas.

–Es una casa de locos –refunfuñaba–. ¿Qué obligación tengo yo de andar a golpes con un hato de alborotadores porque sea domingo? Mejor me quedo descansando aquí, en los escalones de la puerta.

Mi padre se enfadaba. A él le gustaba nadar y alejarse mar adentro. Le gustaba también, tanto como a mí, el aturdimiento, la algarabía mecánica, la salvaje alegría de Coney Island.

–El billete es barato: cinco centavos nada más –dijo una vez, tratando de convencerla–. ¿A qué otro sitio se puede ir por ese precio?

–Me es igual –dijo mi madre–. Aquello es una casa de locos. Coney Island es el ideal para los monos.

–¡Bah! –dijo mi padre despectivamente–. Pareces una abuela. ¡Te pasarías la vida sentada junto al fogón!

–No –contestó mi madre tranquilamente–. En Hungría iba a muchos sitios. Allí solía andar por los campos y por los bosques. Pero Coney Island es diferente. No hay campo.

–Bueno –dijo mi padre irritado–, vamos al campo entonces. El domingo que viene os llevaré al Bronx Park.

–¿Hay bosque ahí? –preguntó mi madre.

–Sí, hay un bosque –dijo mi padre.

–Bueno, ya veremos –dijo mi madre sin darle importancia–. Quizá vaya.

No se entusiasmó gran cosa. Tenía la aversión del campesino a los viajes. En su pueblo húngaro nadie hacía un viaje largo, como no fuera para ir a América. Ahora el East Side era su aldea, y no veía razón para salir de ella, ni siquiera un domingo. Vive todavía en East Side, en la misma calle, en la misma casa de vecindad. Nunca ha salido de Nueva York. Hay millones de campesinos así en Nueva York.

Llegó el domingo. Evidentemente, mi madre había decidido hacer el viaje al Bronx Park. Se levantó a las seis para hacer los preparativos. Planchó un vestido para Esther y una blusa para mí, me zurció las medias y empaquetó la merienda, compuesta de bocadillos de salchichón, pepinillos, bollos, naranjas y huevos duros. Después barrió.

–¡Arriba! –gritó, quitándonos las sábanas de un tirón.

–¿Por qué tan temprano? –gruñó mi padre bostezando.

–Vamos a ir al Bronx Park –dijo mi madre–. ¿Te has olvidado?

Durante el desayuno, mi hermana y yo no pudimos estar nos quietos de excitación. Mi madre tuvo que darnos un sopapo. Estaba aturdida y gruñona: la idea del viaje la perturbaba.

En el tren elevado se puso roja con el calor y con el aturdimiento. No tenía nada de extraño: el tren era peor que un furgón de ganado. Iba tan atestado de gente que daba náuseas. Madres sobreexcitadas, padres abrumados por enormes cestos de merienda, chiquillos que gritaban, vomitaban y corrían por entre las piernas de todo el mundo; un viejo que discutía con el revisor, un grupo de chicos irlandeses, con traje de baseball, que persistían en colgarse de las correas –cuerpos sudorosos y nervios exasperados–; un tren que crujía y traqueteaba, paradas súbitas, que hacían entrechocarse a un centenar de cuerpos; un caos de brazos y piernas, estornudos, escupitajos, maldiciones, suspiros..., una casa de vecindad sobre ruedas.

¡Al Bronx! Y en cada estación nuevas familias frenéticas y sudorosas, cargadas con cestas y chiquillos, irrumpían por las

puertas. No había sitio para ellas, pero se lo procuraban echándose encima de nosotros.

Mi padre soltaba una palabrota cada vez que una matrona gorda y sudorosa se desplomaba en sus rodillas o le pisaba los callos.

Esto era Nueva York en domingo. Todos los trenes y tranvías iban así de atestados. Siete millones de personas corriendo en busca de un poco de aire fresco.

–¡Puá! –decía mi padre–. En Rumania, con cuatro zancadas está uno en el campo. Aquí, cuesta una lucha a brazo partido. ¡Qué país más absurdo!

Pero mi madre se iba animando a medida que el tren avanzaba. Se asomó a la ventanilla y sonrió. Las sólidas moles de las casas de vecindad habían desaparecido. Ahora se veían casitas aisladas emplazadas en parcelas verdes, y había árboles.

–¡Qué gusto da ver algo verde otra vez! –dijo–. ¡Mira, otro árbol! ¡Qué contenta estoy de haber venido, Herman! En cuanto lleguemos al Bronx Park me quitaré los zapatos y andaré descalza por la hierba. Va para quince años que no lo hago.

–Te detendrán –gruñó mi padre, echando una mirada feroz a la obesa judía que iba en pie a su lado y que persistía en agarrársele al cuello a cada vaivén del coche.

–¡Yo quiero recoger margaritas! –gritó mi hermana.

–Sí, sí, rica –dijo mi madre cariñosamente–: margaritas y setas también. Yo te enseñaré a buscar setas. Es más divertido que juntar margaritas.

¡Por fin, el Bronx Park! Mi padre nos compró palomitas de maíz y globos rojos. Después anduvimos a través de unos campos verdes. Mi madre suspiraba al respirar el aire fragante.

–¡Ay –decía mi madre tan contenta–, esto es como Hungría! ¡Hay mucho espacio, y el cielo es tan grande y tan azul! ¡Aquí se puede respirar!

Seguimos andando hasta la casa de fieras. Vimos unos monos haciendo cabriolas en una jaula. Les dimos cacahuetes para ver cómo les quitaban la cáscara. Después vimos un león, dos tigres, un oso blanco, varias culebras, pájaros y un elefante. A todos les dimos cacahuetes.

Después nos internamos en la soledad del campo. No se veía un alma. A un lado había un bosquecillo. Buscamos con la mirada carteles que dijeran: “No pisar la hierba”. Ni uno solo. De modo que nos metimos por medio del campo y nos encontramos un hermoso árbol, que inmediatamente hicimos nuestro.

Tendimos periódicos a su sombra, y mi madre sacó la merienda. Teníamos apetito después de tan larga excursión. Comimos bocadillos de salchichón y una porción de cosas buenas.

Mi padre bebió dos botellas de cerveza. Luego se tendió de espaldas y cantó pastorelas rumanas, mirando al cielo y dando

chupadas a su pipa. Después se quedó dormido y empezó a roncar.

Mi madre recogió los periódicos y, cerciorándose de que no andaba ningún guardia por allí cerca, se quitó los zapatos y las medias y se paseó descalza por la hierba.

Mi hermana y yo la dejamos sola y fuimos a recoger margaritas. Con ellas nos tejió mi madre dos coronas como las que llevan los niños en Hungría.

–Venid –dijo mi madre en voz baja tomándonos de la mano–. Mientras papá duerme, nosotros iremos al bosque a buscar setas. Mi padre oyó. Sus ronquidos se interrumpieron bruscamente.

–No os perdáis –murmuró sin abrir sus soñolientos ojos.

–¡Uy! –dijo mi madre–, perderme yo en un bosque.

–Está bien –dijo mi padre, dando una vuelta y reanudando sus ronquidos.

## 7

Entrar en el bosque, todo frescor y verdura, era lo mismo que entrar en una casa misteriosa. Los árboles eran las paredes, las hojas formaban un techo. Se oían voces dulces y claras. Eran los

pájaros que vivían en la casa. Pequeñas hormigas y escarabajos corrían a nuestros pies. Vivían en el piso de la casa.

Yo descubrí una gran moneda de oro en un rincón verde. Me acerqué a mirar y comprendí que me había engañado. Era una mancha de sol. El sol pintaba otras líneas y círculos de oro. Se oía correr el agua.

Mi madre iba delante de nosotros. Parecía rejuvenecida. Se paraba misteriosamente de trecho en trecho y olfateaba el aire.

–Estoy oliendo las setas –explicó–. Sé hacerlo muy bien. Lo aprendí en Hungría. Cada seta tiene su olor peculiar. Las mejores crecen bajo los robles.

–Yo quiero recoger setas –dijo Esther.

–No –dijo mi madre enérgicamente–, no hagas nunca eso. Tú eres una niña americana y no sabes nada de estas cosas. ¡Hay setas venenosas! ¡Podrían matarte! ¡No cortes nunca setas!

–¿Salen en ristras? –pregunté yo.

–Esas son las setas de las tiendas –explicó mi madre–. ¡Puaj, cochina América, donde los niños conocen solamente las setas secas y muertas de las tiendas de comestibles! ¡Esperad, os voy a enseñar! Su cara morena de gitana se puso roja de emoción. Nosotros estábamos admirados de nuestra madre. Ella, que era siempre tan lenta y tan cuidadosa en sus movimientos, saltaba ahora los charcos, se subía a las piedras y se reía como una muchacha.

–¡Alto! ¡Creo que hay setas debajo de esas hojas! –dijo–. Dejadme que escarbe un poco. ¡Sí, sí! ¿Veis? ¡Todavía no he perdido el olfato, después de tantos años! ¡Qué bonita es ésta, parece de plata! Es una seta de abedul. Sus padres son esos abedules que veis ahí. Cuando las setas crecen cerca de los pinos, son verdes y saben a pino.

Nos dio a morder unos trocitos de seta.

Pero las setas de los robles son las mejores de todas. Tienen un color tostado precioso.

–¡Están mejor con sal! –dijo–. ¡Pero qué ricas son!! Qué diferencia con la basura que crían aquí en los sótanos!. No, las setas americanas no valen nada. Tienen gusto a papel. Una seta de verdad debe tener el sabor de la tierra o del árbol en que crece. ¡Bien lo sabemos en Hungría!

Nosotros la seguíamos, mientras ella iba hurgoneando los árboles y arbustos en busca de sus amadas setas. Encontró muchas, y se levantó la falda para recogerlas. Cada seta que hallaba la hacía recordar a Hungría, y nos contaba cosas que nunca nos había contado. Hablaba en voz baja, con gran ternura. Se inclinaba sobre las setas, y sus ojos brillaban como los de un niño.

–¡Ay, cómo le gustan las setas a la gente en Hungría! Cuando llega la estación todo el mundo va al bosque con una cesta. Nosotros teníamos nuestros lugares favoritos, adonde íbamos todos los años. Nunca arrancábamos las setas, sino que las cortábamos a ras del suelo, de esta manera, Así podían crecer al

año siguiente. Otras dos muchachas judías y yo salíamos siempre juntas a recoger setas.

–Mamá, ¿pueden las setas hablar unas con otras?

–Hay quien lo asegura. Otros dicen que por la noche las setas, no solo hablan, sino bailan. Se convierten en joviales viejecillos barbudos. Por la mañana se vuelven otra vez setas. También dicen que los pájaros hablan. Yo conocía antes los nombres de todos los pájaros y sus cantos, Distinguía las culebras buenas de las malas y mataba las malas a palos. Sabía dónde encontrar ceras y gayubas. Podía andar veinte millas por un bosque sin perderme. Una vez, dos muchachas y yo estuvimos perdidas en un bosque varios días, y, al fin, encontramos el camino de vuelta. ¡Ay, como nos divertíamos en Hungría!

De repente mi madre nos estrechó en sus brazos, a Esther y a mí, nos dio un beso.

–¡Ay, Dios! –exclamó–. ¡Qué feliz soy en un bosque! ¡Vosotros, los chicos americanos, no sabéis lo que esto significa! ¡Qué feliz soy!

## XIII. JUDÍOS Y CRISTIANOS

### 1

A MI MADRE nunca le gustaron los zapatos. En Hungría, en su pueblo natal, los había llevado rara vez, y no veía razón para llevarlos aquí.

–¿Se pone una zapatos en las manos? –solía preguntar–. ¿Cómo se puede trabajar con zapatos? Los zapatos son para los que quieren lucirse.

Por eso andaba de acá para allá descalza siempre que podía. Lo cual molestaba a mi padre en la época en que todavía era ambicioso. Para él, no llevar zapatos era como hacer confesión de pobreza. Pero mi madre no sentía este falso orgullo y andaba descalza hasta por la calle.

Una vez mi padre le compró a plazos una sortija de diamantes. Fue en uno de sus períodos de grandeza. Había ganado mucho aquella semana, y el patrón le había insinuado que iba a nombrarle capataz.

Mi padre había estado bebiendo cerveza aquel sábado con sus compañeros. Volvió a casa excitadísimo. Con todo el aparato de un prestidigitador, extrajo del bolsillo del chaleco la sortija y se la puso a mi madre en un dedo.

–¡Al fin, Katie! –le dijo, besándola con gran ceremonia–. ¡Al fin tienes una sortija de diamantes! ¡Al fin puedes escribir a Hungría diciendo que tú también usas diamantes en América!

–¡Bah! –dijo mi madre, alejándose de él desdeñosamente quitándose la sortija, como si le quemara el dedo–. ¡Qué tontería!

–¡Tontería! –exclamó mi padre muy indignado–. ¿Tontería usar diamantes?

–Sí –dijo la testaruda de mi madre.

–Todo el mundo lleva diamantes –dijo mi padre–. Todo el mundo que tiene un tanto así de orgullo.

–¡El orgullo para los demás! Yo soy una burra de carga –dijo mi madre.

Mi padre lanzó un escupitajo de desdén y salió en busca de algún ser inteligente.

La sortija quedó en poder de la familia. Era nuestro único capital negociable. La teníamos guardada en una cómoda, entre sábanas y toallas. En tiempo de apuros, cuando no podíamos comer ni pagar el alquiler, iba a la casa de empeños. Muchas

familias del East Side aspiraban a tener joyas por esta razón. Este era el primitivo sistema de crédito de que disfrutábamos.

## 2

Mi madre era muy aficionada a llamarse a sí misma burra de carga. El hecho de poder trabajar duro la enorgullecía. No necesitaba sortijas de diamantes, ni vestidos de fantasías, ni perifollos. Tenía un gran sentido de la realidad, y pensaba que cuando uno es pobre sólo el trabajo puede sacarlo adelante. Pero mi padre era un romántico y soñaba con un porvenir fácil y brillante.

¡Oh, humilde madrecita del East Side! ¿Cómo podría yo olvidar a esta mujercita de ojos vivos, que danzaba todo el día de un lado para otro, con los pies desnudos, renegando en castizo yiddish, empleando palabras que las señoras no emplean, comiéndonos a besos, dándonos azotes, peleándose con los vecinos, ayudándolos, siempre bregando en la casa, de la noche a la mañana, en perpetua lucha por la vida?

Hubiera robado y matado por nosotros. Se hubiera dejado atropellar por un tren, si esto nos hubiera servido de algo. Nos quería a todos con el salvaje cariño de una loba, y nos increpaba continuamente como una urraca.

¡Madre! ¡Mami! Estoy todavía unido a ti por el cordón umbilical. No puedo olvidarte. ¡Tengo que permanecer fiel a los

pobres porque no puedo serte infiel a ti! Creo en los pobres porque te he conocido. ¡El mundo tiene que ser bondadoso con los pobres! ¡Tú me lo enseñaste, mami!

### 3

¡Qué vida dura había llevado! Desde los diez años no había hecho más que trabajar. Su padre murió entonces, y de la numerosa familia que dejó era ella la hija mayor. Entró a trabajar en una panadería, y luego estuvo haciendo la labor de un hombre en una granja.

Cuando cumplió los dieciocho años, sus parientes reunieron setenta y cinco guilden y la mandaron a América, como última esperanza de la familia. Iba a trabajar aquí para traerse más tarde a sus hermanos.

La travesía dejó una profunda huella en su espíritu. Pasó diecisiete días angustiosos, entre emigrantes sucios, comiendo nada más que arenques y patatas, porque no daban comida kosher.

La primera noche, a su llegada a América, durmió en el suelo de un sótano atestado de emigrantes, que se llamaba la Casa de los Negros.

Por la mañana la fue a buscar un pariente. Este la colocó en un restaurante del East Side, donde le pagaban cinco dólares al mes

y la comida. Dormía en un colchón, en la cocina grasienta y repugnante. Las horas de trabajo eran de cinco de la mañana a medianoche.

En un año ahorró dinero bastante para enviar un pasaje al mayor de sus hermanos.

–Sí, yo me he divertido mucho en América –nos decía con amarga sonrisa, hablándonos de aquellos tiempos–. Sí, aquel primer año lo pasé muy bien entre cacerolas y sartenes. Es un milagro que esté todavía viva. Este es un gran país, pero no para el pobre. Cuando el Mesías venga a América, hará mejor en venir en un elegante automóvil y con una docena de criados. Si viene aquí en un caballo blanco, la gente pensará que es otro pobre emigrante, y a lo mejor le ponen a lavar platos en un restaurante.

#### 4

Ella y mi padre se habían casado al antiguo estilo judío. Los puso en comunicación un agente de matrimonios, que les cobró una comisión por el servicio. Este es un método como otro cualquiera. Mis padres llegaron a quererse con una emoción más profunda que todos los romanticismos. Estoy seguro de que mi padre hubiera dado la vida por mi madre; pero a veces le mareaba, y él se lo decía sin reparo.

Mi madre era una entrometida. Trataba de “reformular” a todo el mundo, y se peleaba con la gente porque era “mala”. Decía francamente lo que pensaba, y señalaba a cada cual exactamente la senda del deber. Siempre estaba metida en alguna complicada discusión ética, y mi padre tenía que oírse todos los detalles.

Siempre encontraba personas que necesitaban su ayuda. Las socorría durante días, semanas y meses con dinero, comida, consejos y el trabajo de sus manos. Fue partera en muchos partos precipitados, enfermera en muchas enfermedades, pacificadora en muchas batallas familiares.

Sabía hacer emplastos para los diviesos con pan mascado y jabón de lejía; sabía curar catarros con petróleo, y los diferentes usos de las hierbas y otros remedios campesinos. Era una cocinera magnífica: hacía un pan excelente, y compartía todos estos secretos con los vecinos.

Cuando una mujer caía enferma, el marido, aturullado, acudía a mi madre, y ésta, durante semanas enteras, iba por la casa dos veces al día para guisar, fregar los suelos y lavar a los chicos; para bromear, chismorrear, regañar y repartir su amor, su fuerza y su bondad en el triste hogar.

Se hubiera ofendido si alguien hubiese tratado de pagarle estos servicios. Era, sencillamente, lo que había que hacer por los vecinos.

Una vez vivió en nuestra calle una mujer medio loca. Su marido, un cigarrero, la había dejado abandonada con dos chicos pequeños. La pobre mujer sufría ataques y se pasaba las

noches en vela. Suplicó a mi madre que durmiese con ella, porque tenía miedo de matar a sus hijos en uno de sus arrebatos.

Y mi madre durmió allí todas las noches durante más de un mes.

¡Cuántas veces la he visto socorrer a familias que iban a ser desalojadas por no poder pagar el alquiler! Se ponía el mantón e iba de casa en casa pidiendo peniques. Echando los bofes, subía y bajaba los empinados tramos de cien casas, contando la triste historia con nueva emoción cada vez y pidiendo dinero.

Por otra parte, ésa es una antigua costumbre del East Side: siempre que una familia va a ser desalojada, las madres de la vecindad se ponen el mantón y van pidiendo de puerta en puerta.

## 5

Mi pobre padre, preocupado con la carga de sus propios conflictos, tenía que escuchar los tremendos detalles de todas estas tragedias. ¡Mi madre podía descubrir tantos enfermos! ¡Y tantas malas personas a quienes había que corregir! No era extraño que mi padre abusase de la cerveza. No era extraño que se tomase la cabeza entre las manos y gruñese:

–¡Basta ya! ¡Me das dolor de cabeza! ¡No puedo oírte más!

-¡No es la cabeza, sino tu egoísmo! –replicaba mi madre.

-En América hay que ser egoísta –decía mi padre-. Aquí el hombre es un lobo para el hombre. Pero tú, tú descuidas a tu propia familia para ayudar al primer desconocido que pasa.

-¡Uf, qué mentira! –exclamaba mi madre- ¿Cuándo he descuidado yo a mis hijos?

-Pero, por amor de Dios –decía mi padre-, ¿no tenemos nosotros ya bastantes preocupaciones? Tú eres como un tísico que, no teniendo bastante con su tisis, se fuera a patinar para ver si, además, se rompía una pierna.

-¡Bah! Yo puedo aguantar con una pierna rota –decía mi madre-. ¿Qué es una pierna, cuando hay tanta miseria en el mundo?

## 6

Mi madre era enemiga de los italianos, irlandeses, alemanes y demás cristianos que nos rodeaban.

-¡Mal rayo los parta a unos y a otros! –decía echando llamas por los ojos-. Viven como cerdos, han echado a perder el mundo. Y odian y matan a los judíos. Podrán dárseles de amigos, pero a nuestras espaldas se ríen de nosotros. Yo los conozco bien. Los he visto en Hungría.

Una noche estaba mi padre sentado a la mesa, bebiendo cerveza y leyendo un periódico judío. En la sofocante cocina mi madre lavaba los platos, tarareando una canción popular húngara.

–¡Otro accidente ferroviario! –exclamó dando un puñetazo en la mesa–. ¡Katie, siempre he dicho que es peligroso viajar por estos condenados ferrocarriles americanos!

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó mi madre, saliendo de la cocina con la cara y las manos humeando.

–¿Qué ha ocurrido, preguntas? –repitió mi padre en tono pedante–. ¡Pues que han muerto diecisiete personas en un accidente, en New Jersey! ¿Y quién tiene la culpa?

Mi madre se quedó horrorizada. Se enjugó la cara con el delantal y murmuró:

–¡Dios nos ayude y nos ampare! ¿Había algún judío entre los muertos?

Mi padre recorrió rápidamente la lista de las víctimas.

–No –dijo–. Todos los muertos eran cristianos.

Mi madre suspiró tranquilizada y se volvió a la cocina. Ya no le interesaba. Para ella, los cristianos no eran personas: eran abstracciones. Eran el gran enemigo que había que odiar, temer y maldecir. Una vez, en Hungría, tres muchachas cristianas la habían insultado. Después fueron a bañarse y se ahogaron. Este fue el castigo de Dios por perseguir a un judío. Otra vez un

campesino le había arrancado la barba a un viejo judío, y Dios le mató con un rayo a la semana siguiente. Tenía un abundante repertorio de anécdotas semejantes.

El East Side nunca se olvidaba de Europa. Nosotros, los chiquillos, oíamos interminables relatos de los pogroms. Joey Cohen, que había nacido en Rusia, recordaba uno. Los cristianos habían matado a su tío clavándole un clavo en la cabeza. Cuando pasábamos por delante de una iglesia cristiana teníamos mucho cuidado de escupir tres veces; de no hacerlo nos ocurriría seguramente alguna desgracia. Estábamos obsesionados por los horrores que oíamos contar. Los cristianos secuestraban a los niños judíos y les grababan una cruz en cada mejilla con un hierro candente. También les cortaban las orejas para hacer sopa; Nigger había visto una vez orejas de judío en el escaparate de una carnicería cristiana.

–En otros tiempos –decía mi madre– los cristianos perseguían a los judíos como conejos. Se reunían miles de ellos en el mercado, los atracaban de cerdo a la fuerza, con espadas, y querían obligarlos a bautizarse. Los judíos, naturalmente, rehusaban. Entonces los quemaban en grandes hogueras, y los cristianos reían y bailaban alrededor viendo a los pobres judíos consumirse como velas. Así son los cristianos, ¡Así los quemen a ellos también algún día!

Estas historias se quedaban impresas en mi corazón, y en las calurosas noches de verano soñaba con feroces ogros cristianos, del tamaño de las casas de vecindad. Se sentaban encima de mi pecho y me apretaban la garganta cruelmente con sus dedos viscosos, gritando: “¡Judío, judío, judío!”.

Y luego, durante el día, me pasaba horas enteras meditando por qué los cristianos nos odiaban tanto, y hacía planes para salir al frente de un ejército, cuando fuese mayor, en defensa de los judíos.

## 7

Pero mi madre era incapaz de sentir un odio verdadero. Por absurdo que parezca, tenía íntimas amigas entre las italianas y las irlandesas de la vecindad. Se creía en el deber de dar explicaciones. “Estas no son como las otras cristianas”, decía, “estas son buenas personas”. ¿Cómo había de resistir mi madre a otro ser humano viéndolo sufrir? ¿Cómo iba a ser indiferente cuando otro lo pasaba mal? Era de tal naturaleza que se compadecía de todo el mundo, sin sombra de prejuicios. Su odio a los cristianos era realmente el clamor de un alma maternal contra la infinita crueldad de la vida.

Betsy era una italiana que vivía en la casa de al lado. Tenía una cara larga y demacrada, llena de lunares y marcada por el sufrimiento, como una talla amarillenta y vieja. Sus ojos, color café, parecían cubiertos por un velo, como si tratase de ocultar un terrible secreto. Evitaba a la gente; envuelta en su largo chal negro se escabullía, calle abajo, furtivamente, pensando que todo el mundo la miraba.

Su marido estaba en la cárcel por asesinato. Una noche de verano (nunca lo olvidaré) se lanzó a la calle, revólver en mano,

gritando como un loco. Nosotros estábamos sentados en los escalones de la puerta, tomando tranquilamente un helado. El espectáculo de este salvaje italiano, en camiseta, gritando y blandiendo una pistola, nos aterró como una alucinación. Pasó como un rayo por delante de nosotros y se metió en un sótano. Acudió la gente. Un policía le siguió. No tuvo valor para meterse en el sótano tras el italiano, pero se quedó vacilando en la acera, gritando: “Salga de ahí o le pegó un tiro”. Por fin, el italiano reapareció sollozando como un niño. Su rostro, duro y bronceado, estaba grotescamente contraído por el dolor. Se retorció las manos, se golpeaba el pecho y se arañaba las mejillas hasta hacerse sangre. Yo nunca había oído semejantes aullidos animales, la agonía feroz y peligrosa de un lobo moribundo. El hombre acababa de matar a su hermano después de una riña motivada por una partida de naipes.

Este asesino, cegado por la pasión, era el marido de Betsy. La pobre mujer quedó con tres chicos y sin amigos. No hablaba más que italiano. Mi madre fue a visitarla por pura compasión, y aprendió, en el curso de varias visitas, a chapurrear italiano. Era algo maravilloso oír a mi madre sostener conversaciones de una hora con aquella mujer, en una jerigonza políglota que era una mezcla de italiano, yiddish, húngaro e inglés. Pero el caso es que las dos se entendían.

Mi madre le encontró una tienda de ropas que le daba trabajo para casa. Ayudó a la cristiana de muchas maneras, y Betsy la adoraba. En medio de sus miserias encontró tiempo para hacer un chal de punto y darle a mi madre una sorpresa. Lo trajo a casa una noche, y lloró, y dijo no sé qué en italiano, y le besó las manos a mi madre. Mi madre lloró y la besó a ella también.

Nosotros no pescábamos palabra de lo que decían pero mi madre no cesaba de repetir en yiddish: “¡Qué buena es esta mujer, qué buena!” Mi madre apreciaba este mantón más que ninguna otra cosa. Le gustaba enseñárselo a todo el mundo y contar la historia de cómo lo había hecho Betsy.

Un chal como aquél valía más de diez dólares, y Betsy no ganaba tanto en ocho días. Debía de haberle costado muchas semanas de trabajo, muchas noches en vela después de dieciséis horas de costura. Esos regalos son dignos de aprecio: se hacen con amor.

## 8

En el último piso de nuestra casa vivía una familia irlandesa. Mr. O’Brien, un hombrón gigantesco y lúgubre, de cara roja y dura, como si fuera de cuero, se ganaba la vida conduciendo un camión. Volvía a su casa, de su trabajo, entre las nueve y las diez. Fuerte y peludo, con su traje azul de mecánico, subía las escaleras haciendo mucho ruido con los pies. Si los chicos estábamos jugando en los pasillos, pasaba como una tromba por entre nosotros, mirándonos ceñudamente.

–Salid del paso, carajo; sois más pegajosos que las chinches  
–gruñía.

Y nosotros nos alejábamos de los pies de aquel feroz gigante cristiano.

Su mujer era también grandota y carirroja, una montaña de carne blanducha que andaba constantemente de un lado para otro acarreando cestos de ropa. Todas las mujeres cristianas eran lavanderas; todas, excepto las italianas. La señora de O'Brien era más cariñosa con los niños que su marido, aunque a nosotros nos inspiraba casi el mismo terror.

Este matrimonio era uno de los escándalos de la casa de vecindad. Noche tras noche, cuando la casa dormía su intranquilo sueño, oíamos como en una pesadilla común los angustiosos gritos de la madre irlandesa. Su marido estaba borracho y le pegaba.

–¡No, Jack, no! –gritaba ella–. ¡Vas a asustar al chico!

Esta pareja tenía un chico misterioso que nadie había visto nunca, y la madre siempre lo mencionaba en estas brutales escenas nocturnas.

–¡Al carajo con el chico! –bramaba el hombre como un toro furioso–. ¡Al carajo con todo!

¡Chas!, la había derribado sobre una mesa. Las ventanas del patio se abrían de golpe; por todos lados asomaban cabezas curiosas; el vecindario se alborotaba. Oíamos los sollozos despavoridos de un niño, y luego, ¡paf!, otro porrazo contra un cuerpo blando de mujer.

–¡No, Jack, no! ¡Que nos van a oír los vecinos!

–¡Al carajo con ellos! ¡Voy a prender fuego a la casa y hacer correr como ratas a esos cochinos judíos!

¡Pim, pam! Gritos. El vecindario escuchaba horrorizado. Estos eran los cristianos. Ningún judío era tan brutal. Ningún judío pegaba a una mujer. Mi madre, siempre en actividad, dirigió una campaña contra el matrimonio irlandés, para forzar al casero a que los echase.

–Tener cristianos en la casa –decía mi madre– es peor que tener zorras; mucho peor.

## 9

Pero una tarde, ¿quién irrumpió en la cocina de mi madre, pálida y tartamudeando de miedo, sino la lavandera irlandesa?

–¡Rápido, mi chico se está ahogando! ¡Ayúdeme! ¡Llame a un médico, por amor de Dios!

Mi madre, sin una palabra superflua, salió corriendo escaleras arriba, como un bombero, para auxiliar al chico, que se había tragado una espina de pescado. Experta y valiente en tales

casos, le metió un dedo en la garganta y le sacó la espina. Después habló largo y tendido con la lavandera irlandesa.

Aquella noche, a la hora de cenar, mientras mi padre, fatigado del trabajo, pretendía comerse un bistec y leer el periódico, y beber cerveza, y buscar solución a sus conflictos, y fumar, y

charlar, todo esto al mismo tiempo, mi madre le puso fuera de sí con sus profundos suspiros.

–¡Ay, Herman –dijo–, esa pobre lavandera pasa tantas calamidades!

–¡Y qué! –exclamó mi padre con desprecio–. ¡También yo las paso!

–Es una buena mujer –dijo mi madre–, aunque sea cristiana. Su marido le pega, pero ella lo compadece. No es malo: tan sólo está triste.

–¡Gottenou!–gruñó mi padre, asqueado de la lógica femenina–. ¡Así te pegue a tí también!

–Era labrador en Irlanda –continuó mi madre soñadoramente–. Odia esta vida de ciudad, pero no tienen dinero para irse al campo. Y su chico lleva años enfermo. Todo lo que ganan se les va en médicos. Por eso bebe él y le pega; pero su mujer le tiene lástima.

–¡Basta! –gritó mi padre tirándose de los pelos–. ¡Basta o me vuelvo loco!

Mi madre vio que estaba realmente enfadado, y sin decir nada se llevó los platos vacíos a la cocina. Allí batió algo en una cazuela, abrió el horno para sanar un pudin de macarrones y lo trajo todo a la mesa.

–Y, además, Herman –dijo pensativamente, con el budín humeante en las manos–, esa mujer recogía setas en los bosques de Irlanda. Lo mismito que yo en Hungría.

Yo estaba jugando con los chicos. Se había apoderado de nosotros el furor de dibujar caballos en la acera con tiza. Se armó una trifulca porque Joey Cohen había escrito debajo de su caballo:

Nigger está enamorado de Leah. Esto lo escribió también en una camioneta, en los escalones de la puerta y en el anuncio de cervezas que había frente a la taberna. Nigger estaba a punto de dar un puñetazo a Joey en la nariz, cuando la señora de O’Brien se acercó a nosotros, bamboleando su corpachón, con su perpetua cesta de ropa al brazo.

–No hay que pelearse, chicos –nos dijo con voz clara y bondadosa de cristiana–. ¿Quiere alguno de vosotros hacerme un favor? Le daré un nickel a cualquiera de vosotros que quiera subir a jugar con mi niño, que está enfermo.

Nosotros nos quedamos mirándola con la boca abierta. Hasta Nigger estaba asustado.

La señora de O’Brien clavó los ojos en mí.

–¿Quieres venir tú?

Yo eché a correr como si hubiera visto al demonio. Los demás chicos se apartaron. La señora de O’Brien suspiró, recogió la pesada cesta y siguió su camino.

Por la noche le pregunté a mi madre qué significaba aquello. ¿Era que la lavandera cristiana trataba de tenderme una trampa para hacerme una cruz en la cara con hierro candente?

–No –dijo mi madre pensativamente–. Sube, que será una buena acción. El pobre chico está muy solo. Nada te ocurrirá.

Ella misma me llevó a la mañana siguiente. Y no encontré allí nada que temer. Era una mañana húmeda y gris. En la

lobreguez de una alcoba, estrecha como un ataúd, yacía en la cama un chico de mejillas hundidas. La frente, pálida como el mármol, estaba surcada de venas azules y era demasiado abombada y demasiado grande para su cabeza. La cabeza era, a su vez, demasiado grande para su cuerpo, y aunque estaba sostenida por un aparato de acero fijado al cuello, se bamboleaba lamentablemente.

Me miró con sus ojos grandes y tristes. Arrugó la nariz como un bebé y se echó a llorar.

–No te asustes, Johnnie –dijo su madre–, este chico es un amiguito que ha venido a jugar contigo.

Yo arrollé la cuerda a mi trompo y lo hice girar en el suelo. El chico quiso estirar el cuello para mirar. Entonces yo le di el trompo y traté de enseñarle a manejarlo. Pero el pobre estaba demasiado débil para jugar. Se echó a llorar otra vez y yo le tuve lástima. ¿Era éste uno de los temibles cristianos?

## XIV. BUFFALO BILL Y EL MESÍAS

### 1

¡QUÉ ABSURDA MESCOLANZA de razas y religiones había en mi calle! Cuando yo era niño oía hablar una porción de idiomas. Siempre había vivido entre nosotros, los judíos, unos cuantos de esos extranjeros: alemanes, polacos, rusos, armenios, irlandeses o chinos. Una vez, mi padre, radiante de orgullo, trajo a cenar a un negro.

–Katie, no te asustes –dijo–. Este negro es uno de los nuestros. Es un judío africano. Lo encontré en la sinagoga. ¡Imagínate que reza en hebreo, como todos nosotros!

El negro, alto, tieso, misterioso como la muerte, con su traje negro, besó el mezzuzah que teníamos sobre la puerta. Después hizo una zalema hasta tocar casi el suelo con la frente. Saludó a mi madre con mucha solemnidad:

–¡Sholem Aleichem! ¡La paz sea contigo!

–¡Aleiehem Sholem! ¡Contigo la paz!

Antes de sentarse a la mesa, el negro se lavó las manos piadosamente y murmuró una oración en hebreo. Antes de cada plato recitaba la bendición apropiada. ¡Qué judío tan piadoso! Mi madre estaba admirada de semejante ortodoxia en un negro. Hizo una escapada entre la sopa y el pescado para informar a los vecinos. Reb Samuel y otros vinieron para cerciorarse del milagro.

Después de la cena interrogaron al invitado. Resultó que era tártaro, y antes de que la velada terminase se había peleado con todo el mundo. Con tanta aspereza como insistencia pretendía ser mejor judío que cualquiera de los presentes. Era un judío abisinio, descendiente del rey Salomón y de la reina de Saba. Nosotros, los que habíamos errado entre gentiles, dijo, estábamos corrompidos; en cambio su pueblo había mantenido pura la fe. Nosotros, por ejemplo, rezábamos solamente por la mañana y por la noche. Su congregación rezaba cuatro veces al día. Nosotros dábamos siete vueltas a la cinta de las filacterias. Ellos nueve. Y así sucesivamente. Era muy dogmático. Hacía callar a todos. Reb Samuel estaba confundido. Mi padre bajaba la cabeza avergonzado. Al fin, el negro se marchó con paso arrogante, besando otra vez el mezzuzah. Por sus modales pudimos comprender que nos despreciaba a todos como apóstatas, como meros pretendientes al honroso título de judíos.

## 2

Cierto invierno acamparon unos gitanos en una tienda desalquilada de nuestra calle. Doce, entre hombres y mujeres, más una veintena de chiquillos sucios y robustos, que dieron al barrio una nota de alegría. Yo veía, desde las ventanas posteriores de nuestra casa, como vivía aquella gente. No tenían muebles. Para comer se sentaban en cuclillas, formando tres círculos alrededor de los periódicos extendidos que les servían de platos. Los hombres se sentaban en primera fila, las mujeres detrás de ellos, y luego los chicos. Estos andaban alrededor, ojo alerta, arrebatando como perros los bocados que les arrojaban. Todos gritaban, reían y se peleaban, robando tajadas de la escudilla común.

Los gitanos produjeron la mar de trastornos en nuestra calle. Entraban en las carnicerías y en las tiendas de comestibles.

Mientras una de las gitanas hipnotizaba al propietario contándole las cosas más disparatadas, los otros se llevaban algo. Los gitanos soldaban cacerolas y cazuelas. Las mujeres decían la buenaventura y leían el porvenir en la palma de la mano. Varias personas que fueron a visitar la tienda de los gitanos perdieron allí sus relojes; una vieja perdió su portamonedas. Todos empezaron a tenerles miedo y, sin embargo, les sonreían afectuosamente cuando pasaban con sus alegres y chillones vestidos. ¡Ay, era como en Europa! Mi madre, al verlos, sentía nostalgia de su país; los había conocido en Hungría y sabía unas cuantas palabras gitanas.

Una noche, ya tarde, las lámparas de la tienda de los gitanos permanecían encendidas. Yo me asomé y vi que estaban de fiesta. En el centro bailaba una gitana envuelta en un mantón rojo. Los chiquillos, arrimados a la pared, palmoteaban a compás.

Mi madre, como todas las madres de la calle, me advirtió que no jugara con los gitanillos.

-Ten cuidado; están llenos de piojos.

Pero ella misma, según me confesó, había jugado también con los gitanos en Hungría.

Llegó un día de primavera, lánguido y caluroso. Ante la tienda paró un carromato. Los gitanos se metieron en él, con todas sus cacerolas, sus colchones y su suciedad. Y se alejaron entre los adioses afables de la multitud.

### 3

El barrio chino estaba cerca del nuestro. De cuando en cuando vivía algún chino en nuestra casa. Una vez, un grupo de quince camareros chinos se mudaron a uno de los pisos. Desde el principio fueron un estorbo. Parecía que no dormían nunca. Toda la noche se la pasaban tocando el gramófono y escandalizando. Sostenían largas y explosivas conversaciones hasta la madrugada. Se peleaban, jugaban a las cartas, guisaban

platos extraños que infestaban la casa de olores dulces y nauseabundos. Un fumadero de opio, decían algunos de los vecinos. Una casa de juego, decían otros. Cierta mañana se oyó un estampido. Después llegó la policía y encontró el piso destrozado. Los chinos habían desaparecido. El cuerpo desnudo de una muchacha blanca yacía en el suelo. Le habían dado un veneno para matar ratas.

#### 4

Negros, chinos, gitanos, turcos, alemanes, irlandeses, judíos... y hasta una americana había en nuestra calle.

Se llamaba Mary Sugar Bum. Procedía de Boston. Era una vieja vagabunda que a veces fregaba los suelos de las oficinas, pero que la mayor parte de los días se dedicaba a emborracharse y a armar escándalo.

Mary dormía en un pesebre vacío de la cochera. Vassa, el vigilante nocturno, era un viejo polaco, bondadoso y picado de viruelas, que no tenía más que un ojo; el otro se lo había sacado de una coz un caballo que tiraba de un coche fúnebre. Él se encargaba de que Mary tuviera siempre paja limpia en su pesebre y una manta en invierno.

Varios de los borrachos más perdidos hacían el amor a Mary. Le compraban, por cinco centavos, un frasco de amílico, y se la llevaban a un callejón sin oír los insultos de ella, que les pedía

más whisky. Este frecuente drama era para nosotros, los chicos, una diversión.

Todo el mundo conocía a Mary. Con su gorro echado sobre los ojos, las greñas al aire, la falda enredándosele en los pies deformes y ridículos, aparecía gritando en nuestra calle, convertida en prima donna para toda la tarde. Inmediatamente se formaba un auditorio. Por las ventanas de las casas de vecindad asomaban cabezas curiosas; en la calle se congregaba una multitud. Todo el mundo reía.

Con una voz horripilante, chillona como la de un gato, Mary cantaba antiguas baladas. Hacía piruetas, encogiéndose las faldas delicadamente. A veces alzaba la pierna como una corista, enseñando sus grotescas prendas interiores. Todo el mundo soltaba la carcajada. Después se desplomaba en el barro y no podía levantarse. Estaba demasiado borracha. Y nosotros, los chicos, formando coro a su alrededor, la hacíamos rabiarse cantando alegremente:

Mary Sugar, holgazana no te levantas hasta mañana.

Esto la ponía furiosa. Salía corriendo tras de nosotros, cayéndose a cada paso, como un pájaro con las alas rotas, toda la cara salpicada de barro, los ojos echando chispas, la rosa de su sombrero temblequeando cómicamente.

—¿Dónde está tu traje de boda, Mary? —le gritábamos nosotros.

—¿Dónde está tu marido, Mary?

Mary se ponía como loca. Cuando estaba serena, le gustaba hablar de su primer marido y del elegante traje de boda que él le regaló cuando se casaron. Tenía entonces ella dieciséis años. Este matrimonio era la poesía de su vida. Todo el mundo lo sabía, hasta los chicos. La peor burla de todas era recordárselo. Se ponía fuera de sí.

En sus arrebatos más frenéticos sacaba el cuchillo y gritaba:

–¡Les voy a sacar el corazón a todos los malditos hombres del mundo!

Entonces cinco cocheros tenían que agarrarla y llevársela a la cuadra, donde la tendían en el pesebre a dormir la mona.

## 5

En otro tiempo habitaron el East Side los pieles rojas; después vinieron los holandeses, los ingleses, los irlandeses, los alemanes, los italianos y los judíos. Cada pueblo dejó su sedimento, como ocurre en geología.

En la Segunda Avenida, esquina Calle Cinco, quedaba una huella alemana entre los judíos. Era una iglesia luterana, un edificio de ladrillo con un pórtico de estilo anticuado. Una mañana de verano presencié allí una curiosa escena. Enfrente de la iglesia, se había reunido un grupo de gente que reía y silbaba. Entre los alborotadores había unos cuantos venerables

judíos de barbas blancas, que se reían como chiquillos. Lo que divertía a la multitud era algo casi demasiado metafísico para expresarlo con palabras.

El sacristán, que tenía cara de búho, estaba lavando en el pórtico, con agua y jabón, una imagen de Jesús tallada en madera.

–¡Jesús está tomando un baño! –gritaban los espectadores.

–¡Su ídolo está sucio, necesita un baño!

Los judíos ancianos eran los más cínicos.

–Por este pedazo de madera nos han asesinado en Europa –decía un viejo barbicano a otro.

La muchedumbre crecía por momentos. Al fin, llegó un policía y la dispersó. De no ser así quizás hubiera sucedido algún incidente desagradable: una pedrea, un motín. No sería la primera vez.

En cierta ocasión, un grupo de jóvenes judíos ateos desfilaban por delante de las sinagogas en Yom Kippur. Es éste un día de ayuno, la fiesta más sagrada del año. Los ateos iban comiendo bocadillos de jamón y gritando blasfemias provocadoras. Seis de ellos fueron llevados al hospital con heridas graves.

Otra vez, una chusma de judíos religiosos atacó el entierro de una muchacha judía que se había casado con un italiano, convirtiéndose. La llevaban a enterrar en el cementerio católico. Capitaneada por el perturbado padre, la multitud trató de

capturar el cadáver para evitar la profanación. Fueron puestos en fuga por la policía. La religión era una cuestión seria en el East Side. Toda raza perseguida se convierte en una raza de fanáticos.

## 6

El hermano mayor de mi madre, Max, era muy fanático. Cuando mis padres se casaron, trató durante meses de persuadir a mi madre para que se afeitara la cabeza y se pusiera la peluca ortodoxa de las mujeres casadas. Mi padre luchó contra esta idea. Prefería el pelo natural de mi madre. Mi madre no quiso contrariarlo, y, como consecuencia, perdió la amistad de su hermano para toda la vida.

Sin embargo, mi madre era también muy piadosa. Observaba todos los minuciosos e irritantes detalles de la ortodoxia judía, un ceremonial que afecta los actos más triviales de uno y complica la vida como una mala neurosis.

Mi madre leía las oraciones de la mañana y de la noche; pero mi padre no. Tampoco se ponía las filacterias ni iba a la sinagoga los sábados. Asistía solamente en las grandes solemnidades. Hasta fumaba en sábado y cometía otros pecados por el estilo. Era tan descuidado para la religión como para otras muchas cosas.

Una vez vino a casa un comité de su sinagoga. Sus miembros se sentaron, con los hongos encasquetados, en nuestra sala de

recibo, y uno de ellos increpó solemnemente a mi padre por no asistir a los servicios el sábado.

–Es un gran pecado, hermano –dijo–. Descuidar el sábado es un pecado.

–Ya lo sé –contestaba mi padre jovialmente–, pero creo que Dios me perdonará. Él sabe que tengo poderosas razones para no ir.

Y en seguida les contó una historia. Una vez un hombre muy rico le pidió a Dios un favor. Dios se lo concedió inmediatamente. Al día siguiente un pobre le pidió una cosa. Dios se la rehusó con la misma prontitud. Un ángel joven, que estaba al pie del trono, se quedó muy asombrado.

“¡Cómo! ¿Es eso hacer justicia?”, le preguntó a Dios. “Mirad: aquel hombre rico no necesita ayuda, pero le disteis lo que pidió.

Y al pobre lo habéis despedido. Señor, os lo pregunto con toda franqueza, ¿es esto justicia?”

“Sí”, dijo Dios sonriendo. “Ese pobre es una verdadera peste. Todos los días viene a pedirme algo. En cambio, el rico me pide sólo de tarde en tarde. De modo, pues, que se lleve lo que pide. No volverá a darme la lata hasta dentro de mucho tiempo.”

–Conque ya ven ustedes lo que son las cosas –dijo mi padre a los del comité para terminar–. Yo soy pobre y no quiero marear a Dios demasiado a menudo con mis plegarias. ¿Por qué he de aburrirle?

A esta broma, los del comité se acariciaron las barbas un tanto perplejos, y se marcharon de nuestra casa llenos de negras sospechas. A pesar de los pesares, mi padre era un buen judío. En nuestra casa se observaban todos los tabús de la ley mosaica. Había un mezzuzah sobre la puerta, y mi padre lo besaba todas las mañanas antes de irse al trabajo. Ayunaba el Día de la Expiación, se daba golpes de pecho y gemía a coro con su congregación. Las dos noches de Pascua se ponía una túnica blanca y presidía los banquetes sagrados.

## 7

El viejo Barney, uno de los caracteres más extravagantes de nuestra calle, era un judío setentón que trabajaba en una fábrica de camas de bronce, donde estaba de servicio en el sótano. Tanto en invierno como en verano se vestía de una forma fantástica, con un gabán verdoso, que había sido negro, relleno de trapos; y ni aun en el rigor del verano se desprendía de uno solo de ellos. Cuando tenía que cargar con las pesadas armaduras de las camas, sudaba espantosamente, pero seguía fiel a sus andrajos.

Siempre había curiosos mirando a Barney cuando trabajaba o cuando se sentaba a descansar en los escalones, con su largo cayado de peregrino en la mano. Algunos murmuraban que era un avaro y que llevaba dinero oculto entre sus trapos. Otros decían que estaba loco. Seguros de que ellos estaban en su sano juicio, discutían con él extensamente, para probarle que no era

normal llevar a cuestras quince libras de trapos en verano. Pero el viejo Barney nunca discutía; seguía fiel a sus trapos. Los cocheros trataban de irritarle; le decían bromas asquerosas. Barney les miraba de hito en hito con sus melancólicos ojos, y los confundía con su majestuoso silencio. La gente se reía de él; sin embargo, había algo que inspiraba respeto en la cara de aquel viejo chiflado, con su paciencia, su resistencia, su soledad.

Una sola pregunta lo hacía hablar. Los chiquillos, riendo y saltando, nos acercábamos a él y le preguntábamos:

–¿Qué esperas ahí, Barney?

Los ojos extraviados y solemnes se volvían hacia nosotros, y el viejo respondía lentamente:

–Estoy esperando al Mesías, hijos míos.

–¿Y qué te va a traer el Mesías, Barney?

–Un vaso de soda con un helado –decía él.

Nosotros soltábamos la carcajada y echábamos a correr. El viejo no se ofendía por nuestras risas y seguía allí esperando. Yo le hacía a veces otras preguntas, porque creía también que el Mesías iba a venir. Este era uno de los puntos de la religión judaica que yo comprendía claramente. No teníamos a un San Nicolás, pero teníamos un Mesías.

Las fiestas judías eran fascinantes para la gente menuda. Era como tener una docena de Navidades durante el año. Yo me entusiasmaba con el festival del Hanukah y con la alegría del

Año Nuevo judío. Y lo mismo con la romántica fiesta del Succoth, cuando se levantaban primitivas chozas con tejados de junco en los patios de las casas, para que los judíos del East Side comieran allí durante ocho días en memoria de sus andanzas por el desierto de Arabia.

Los servicios de la sinagoga eran a veces tan divertidos como el teatro. El rabino tocaba un cuerno, y un centenar de hombres barbudos, envueltos en largos mantos, se agitaban en convulsiones de agonía. Gruñían, sollozaban, se daban golpes de pecho y salmodiaban extrañas melodías orientales, que datan de dos mil años y conmueven todavía el corazón de los judíos.

Los niños se quedaban aterrados con esta escena. Pero la mayor parte de los asistentes canturreaban horas y horas frases hebreas sin sentido. La sinagoga apestaba; las ventanas estaban siempre cerradas. La gente chismorreaba, bostezaba, eructaba, tomaba rapé, hablaba de negocios y escupía en el suelo. Hasta las personas mayores se aburrían. No es extraño que un chico se escabullera del lado de su padre y se pusiera a jugar botones a los dados en el portal, con otros chicos no menos aburridos.

Yo empecé a interesarme por el Mesías un día de verano. Mi pandilla se había ido de pesca a uno de los muelles del río, y yo no había llegado a tiempo. Estaba solo en la calle, sin saber qué

hacer. Bajé andando hacia Bowery; allí siempre ocurría algo interesante.

Me paré ante las puertas de las tabernas. Dentro se oían gritos de hombres y la musiquilla de los pianos mecánicos. Luego me aventuré a seguir un poco más allá, hasta los hospedajes, donde se pagan diez o veinte centavos por dormir una noche. Mocetones con camisa de lana azul haraganeaban por los alrededores; uno de ellos me lanzó una mirada fulminante, y yo

eché a correr. Llegué a las agencias de empleos. A la entrada había varios hombres encargados de pescar a los jornaleros que miraban distraídos los anuncios. Les metían dentro, medio a la fuerza, para mandarlos inmediatamente a trabajar a cualquier sitio.

Me entretuve en descifrar los carteles escritos con tizas: “Se necesitan 60 hombres para aserrar madera; se necesitan peones camineros.” Estaba yo pensando cómo sería un peón caminero, cuando vi a dos borrachos dándose de puñetazos. Uno de ellos resbaló. El otro le pateó la cara hasta convertirla en una masa sanguinolenta. Un guardia los detuvo. Minutos después, los dos borrachos fueron lanzados, como dos leños, al interior de un coche celular que se acercó a la acera repiqueteando. La muchedumbre que se había agolpado los despidió con risas y silbidos.

Yo tenía dos peniques. Decidí ir al barrio chino para comprarme un trozo de caña de azúcar. Esto sería una gran aventura. Ya veríamos si era valiente o no. Bajaría por Mulberry Street. Esta era la tierra del enemigo: los italianos vivían allí.

Podían matarme. Pero Buffalo Bill hubiera ido por Mulberry Street. Yo tenía que ser tan valiente como Buffalo Bill. Por aquel tiempo leía yo los folletos de tapas chillonas que contaban sus aventuras. Era mi héroe.

Bajé por Hester Street hacia Mulberry. Sí, aquello era lo mismo que el Oeste. Bajo un sol de fuego, Buffalo Bill y yo perseguíamos a los búfalos por las vastas llanuras. Caían a centenares. Luego recibíamos un mensaje secreto de una hermosa doncella blanca. Estaba prisionera en el campamento de los indios. Los crueles pieles rojas se disponían a torturarla. Buffalo Bill y yo partíamos a galope. Llegábamos a salvarla en el momento crítico. Doscientos pieles rojas mordieron el polvo ante nuestros certeros rifles. Nosotros agarrábamos a la muchacha blanca y escapábamos con ella al galope.

¿Por qué, pues, había yo de tener miedo a estos granujillas italianos? De pronto vi a dos de ellos rodando un aro de hierro. Me temblaron las rodillas. Traté de convencerme a mí mismo de que yo era un espía, y seguí andando como en cumplimiento de una obligación. Eché a mi alrededor una mirada distraída y vi los carritos de los verduleros ambulantes; estaban colmados de extrañas hortalizas que yo no había visto nunca. Vi también a un italiano viejo con pendientes. Vi a unos cristianos comiendo ostras y almejas en un puestecillo; yo había oído decir que lo hacían, pero no lo había creído. Vi una cabeza de cerdo en el escaparate de una carnicería; otra cosa inmunda, aunque fascinante, que comían los cristianos.

¡Pum! Me habían dado un porrazo en la cabeza. Di un salto de sorpresa y me volví para ver quién me había pegado. ¡Estaba en

manos del enemigo! Ocho mozalbetes italianos, armados con palos, me rodeaban, gritando como indios. Tenían una expresión feroz. Sus ojos echaban chispas. Lo que yo más temía había sucedido.

El cabecilla, un chico grandote y fuerte, me agarró por el cuello de la chaqueta y me preguntó amenazante:

-¿De qué calle?

Yo, todo confuso, cometí un gran error táctico. Dije la verdad.

-De Chrystie Street.

-¡Hurra, un judío, un judío! -gritó con la cara iluminada por cruel alegría.

Empezó a vapulearme. Los otros, dando gritos, le imitaron. Caí en la acera. Luego, con grandes esfuerzos, conseguí levantarme y eché a correr. Me persiguieron por Mulberry Street tirándome piedras, ladrillos y hortalizas.

-¡Asesino de Cristo! -gritó uno.

Los demás recogieron el grito legendario. La chusma aumentó; ahora debían de ser cincuenta los chicos que me perseguían. Una piedra me dio en la sien y sentí en mis labios el sabor de la sangre. Un ladrillo me hizo una cortadura en la canilla derecha. Llevaba mis pobres costillas magulladas por los palos, la camisa toda manchada de excrementos y de verduras podridas. No podía respirar; sentía pinchazos en los pulmones como si me clavaran agujas.

Las personas mayores se alineaban al borde de la acera y contemplaban la persecución sin gran interés. Algunas se reían de la tragedia infantil. Yo sollozaba y corría. Me sentía desfallecer. Por fin, llegué a Bowery y crucé como pude a mi patria judía.

Los italianos tuvieron miedo de seguirme a través de Bowery; los de mi pandilla podían atacarlos a ellos aquí. Se quedaron en sus dominios y me volvieron a gritar por última vez: “¡Asesino de Cristo!”, mientras yo me ponía a salvo.

## 9

Sentado en las rodillas de mi madre, yo sollozaba mientras ella me lavaba la sangre y la suciedad. Me reñía, me besaba, e insultaba a los malos cristianos autores de aquel desaguisado.

–¿Quién es Cristo, mamá?

–¡Es un falso Mesías! –dijo mi madre amargamente.

–¡Pero yo no lo he matado! ¿Por qué dicen que lo he matado yo?

–Claro que tú no lo has matado, rico. No llores así. Lo mataron los cristianos, y ahora nos echan a nosotros la culpa.

–¿Pero quién era Cristo, mamá?

–Era un mago, que quiso hacerse pasar por Mesías y no pudo. Como nosotros, los judíos, nos reímos de él, nos tomó odio, traicionándonos con los gentiles.

–¿Y no era realmente el Mesías?

–Claro que no. Cuando el Mesías venga, salvará el mundo. Hará que todo marche bien. Ese falso Mesías no hizo más que empeorar las cosas. Ya ves cómo andamos: embusteros y ladrones por todas partes, guerras, asesinatos y niños atropellados por los tranvías. Cuando el verdadero Mesías llegue, hará que cambie todo esto.

–¿Y cuándo vendrá, mamá?

–No sé. Pregunta a Reb Samuel; quizás él pueda decírtelo.

La idea me atormentaba. Aquella tarde fui a la paragüería de Reb Samuel y le pregunté. Me dijo que el Mesías quizá no viniera en muchos años. Llegaría montado en un caballo blanco y confundiría a todos los enemigos de los judíos.

–¿Se parecerá a Buffalo Bill? –pregunté yo.

–No. Será pálido, joven y pacífico. No matará a tiros a las personas, las vencerá con amor.

Esto me desilusionó. Yo necesitaba un Mesías como Buffalo Bill, que pudiera aniquilar a nuestros enemigos. Acerca de esto hablé varias veces con Reb Samuel.

## XV. EL SANTO DE LA PARAGÜERÍA

### 1

SIN DEJAR SU TRABAJO de máquina, Reb Samuel tarareaba himnos chasídicos. Trataba de olvidarse de América. ¿Pero quién puede lograrlo? América rugía en la calle, luchaba contra él en los labios de sus propios hijos. Hasta se metía en la sinagoga para atacar a su Dios.

Y América acabó por vencerle; como no podía humillarlo, lo hizo pedazos.

Alto, frágil, austero, tenía Reb Samuel una dignidad que lo hacía respetable a todo el mundo. Su cara, blanca como la nieve de Siberia, era tan solemne y pura como la de un niño, y su barba tan blanca como su cara. Tenía la tez transparente, como si no comiera nunca. Sus ojos, grandes y azules, miraban con la calma del que no sufre dudas espirituales. Y estaba todo él envuelto en ese aire de majestad que rodea a tantos judíos piadosos. El mundo ya no los puede conmover; lo han visto todo y lo han sufrido todo.

Reb Samuel nunca tenía prisa, nunca se enfadaba. Andaba entre el caos y la porquería de nuestra calle, apoyado en un báculo como un príncipe de Sión en el destierro. En su conversación ordinaria intercalaba citas del Talmud. Cuando uno de sus pequeños rompía a llorar, él lo acallaba con frases de los grandes rabinos. Hasta cuando estaba en su miserable tienda, cosiendo paraguas, una dignidad eterna lo envolvía.

Le gustaba que yo fuese a la tienda y le diese conversación mientras trabajaba. El padre de mi madre había sido chasid, como Reb Samuel. El viejo me recordaba esto y me incitaba a que fuese fiel a la tradición de mi familia.

El chasidismo es una secta que se rebeló hace unos trescientos años contra el seco formalismo en que el judaísmo había caído. Eran místicos, cuya exaltación rayaba en la histeria. Todavía hoy en sus sinagogas, saltan, cantan y bailan, buscando el *dveikuss*, o sea el éxtasis, en el cual el hombre se une con Dios.

El chasidismo desprecia a los judíos ortodoxos y les llama *misnagdem*, los mundanos, los intrusos. Y éstos, a su vez, escarnecen a los partidarios del chasidismo, llamándolos locos y borrachos.

–Pero no somos borrachos –decía Reb Samuel con toda su calma–. Es verdad que usamos vino y comida para mostrar nuestra alegría en Dios. La comida es santa; el vino es santo; Dios está en todas partes, hasta entre estos paraguas que estoy cosiendo. ¿Comprendes, Mechel?

–Sí, Reb Samuel.

–Tienes que aprender a ser bueno, porque cada cosa buena que se hace adelanta la llegada del Mesías. Tú quieres que se parezca a Buffalo Bill. Te diré: Él no se parecerá a nadie ni matará a nadie. Vendrá a salvar el mundo, no a destruirlo, como el falso Mesías de los cristianos. Primero redimirá a los judíos, después a las otras naciones. Por eso tenemos que sufrir nosotros ahora más que el resto de la Humanidad. Por eso el chasidismo se goza en el sufrimiento. Nosotros, los judíos, hemos sido los elegidos; somos afortunados. ¿Comprendes lo que te estoy enseñando, hijo mío?

–Sí, Reb Samuel.

–Y ahora repite conmigo estas palabras: Creo...

–Creo –salmodié yo vocalizando mucho.

–En la venida del Mesías...

–En la venida del Mesías...

–Y aunque Él tarde, esperaré todos los días su venida.

–Y aunque Él tarde, esperaré todos los días su venida –repetí yo con monótono sonsonete.

Reb Samuel me dio una palmadita en la cabeza.

–Bueno –dijo–. Tú serás mejor judío que los testarudos de mis hijos. Tú tienes corazón judío. Mañana te enseñaré el resto del Credo.

Reb Samuel era el director espiritual de una pequeña congregación chasídica. Venían a menudo a su casa para hablar y cantar; yo, sentado en un rincón, les escuchaba sin decir palabra.

Me fascinaban. Eran tan misteriosos como los personajes de los cuentos de hadas de mi padre. No eran carpinteros, ni sastres ni vendedores ambulantes, sino brujos o espíritus. Bebían vasitos de aguardiente y bailaban en corro, palmoteando. Sus barbas flotaban, sus ojos se cerraban con éxtasis, las gruesas venas de sus cuellos se hinchaban al cantar las hipnóticas melodías del desierto. Todo esto era fantasmagórico, y algo, en lo más profundo de mi ser, se conmovía.

## 2

Reb Samuel había tratado al principio de dirigir el negocio de los paraguas. Pero no tenía cabeza para los números; creía en la honradez de todo el mundo, estaba por encima de las pequeñeces. El negocio se hundía y su mujer tuvo que encargarse de él. Reb Samuel continuó trabajando en la máquina,

encantado de este arreglo, que dejaba a su espíritu en libertad para entregarse a la religión.

Pero esto era muy duro para la diminuta señora de Ashkenazi, su esposa. Era una mujer menuda, de cabello gris, que no

pesaría más de noventa libras y que, por el exceso de trabajo, estaba más seca que un arenque. Tenía los párpados hinchados del poco dormir. Trabajaba como una negra desde el alba hasta media noche, guisando y limpiando la casa primero, después ayudando en la tienda. A los cuarenta años estaba arrugada como una mujer de setenta. Siempre se encontraba cansada, pero, alma dulce y bondadosa, no se quejaba nunca, adoraba a su familia y reverenciaba a su nada práctico marido.

La tienda era un agujero lóbrego. Apestaba, como una cloaca, a cola, a tinturas, a tela húmeda y a cuerpo humano. Tres muchachas trabajaban en las máquinas al lado de Reb Samuel, cosiendo paraguas. Su hija mayor, Raquel, taladraba agujeros en los puños con otra máquina. Su microscópica mujer ajustaba la tela a las varillas y zambullía los paraguas en una gran caldera de cobre.

Las máquinas repiqueteaban; el vapor silbaba; las muchachas charlaban o tosían; buhoneros y parroquianos entraban y salían, discutían, regateaban. Aquello era una Babel a todas horas, un escenario de tragedia mezquina, de esclavitud mezquina; otro de los infinitos negociuchos de poca monta que hay desparramados por el East Side y que no tienen más que una razón de ser: mantener a una familia.

En los días lluviosos, los buhoneros entraban sin cesar. Se llevaban, a crédito, montones de paraguas para venderlos en las estaciones del elevado y en las esquinas de las calles. La mujer de Reb Samuel tenía que llevar la cuenta de los paraguas que

entraban y salían. Los vendedores eran jóvenes judíos semivagabundos, fanfarrones y mentirosos, que tomaban a gracia engañarla. Y así la tímida mujercita había aprendido a discutir con descaro, a luchar, a defender valientemente a su familia.

Reb Samuel permanecía tranquilo en medio de este galimatías. No intervenía nunca en las negociaciones de su mujer. Nunca se preocupaba cuando pasaba una semana sin llover. Todo esto eran cosas del mundo, de las cuales se encargaba su mujer. Reb Samuel tenía preocupaciones más serias.

### 3

Su congregación chasídica no tenía sinagoga para celebrar el culto. Se reunían en casa de alguno de los prosélitos, y los días de fiesta alquilaban un salón de baile o una logia para los servicios. Y no tenían rabino.

–¡Ay, todo se está ya hundiendo poco a poco! –suspiraba Reb Samuel.

Sucedían cosas que nunca se habían visto entre los judíos. América lo conquistaba todo, hasta el chasidismo. La última fortaleza de Dios en este país se rendía al enemigo.

Reb Samuel soportaba a América con paciencia. Se sometía a ella como en otro tiempo se había sometido al pogrom. Veía a los judíos trabajar en sábado, comer cerdo y cometer otras abominaciones por el estilo. Había aprendido a callar y a encogerse de hombros.

Pero un miembro de su propia secta llegó a afeitarse la barba ortodoxa, porque en América las barbas hacen reír. Esto ya era demasiado. El soñador Reb Samuel se creyó en la obligación de protestar.

Pidió que el criminal fuese expulsado de la congregación chasídica. El acusado, astuto, comerciante de telas, tuvo la audacia de levantarse en medio de la reunión y de exponer los siguientes argumentos:

–Hermanos –dijo–, yo no he violado la ley mosaica por cortarme la barba, y puedo probarlo. ¿Qué dice la ley respecto a este punto, hermanos? Dice claramente: “No te afeitarás la barba ni te la recortarás”. ¿Qué significa esto? ¿Con qué se recorta uno la barba, con qué se la afeita? Pues con unas tijeras o con una navaja. Nuestro santo legislador Moisés tuvo esto en su mente cuando formuló tal mandato. Pero, hermanos, ¿uso yo tijeras o navaja para quitarme la barba? No; uso unos polvos blancos. En América se han inventado unos polvos que destruyen la barba sin cortarla ni afeitarla. Estos son los polvos que yo uso. Un famoso rabino del Bronx los usa. Muchos judíos piadosos los usan. No está prohibido, hermanos. ¡Tan buen chasid soy yo como Reb Samuel! ¡Que Dios castigue a mis hijos si uso navaja o tijeras!

Esta audaz y plausible defensa hizo gran impresión en la congregación de místicos. Varios de ellos sabían, por experiencia, que en América era un estorbo la larga barba ortodoxa, y se sentían secretamente atraídos por cualquier medio legal de quitársela. El comerciante de telas no fue expulsado. Y una semana después otros dos miembros de la congregación aparecieron sin barba. También ellos usaban el depilatorio. El alma de Reb Samuel fue profundamente sacudida. El ferviente y sencillo viejo no podía dormir de pena por las noches.

Discutió el asunto con otros faccionarios archiortodoxos. Llegaron a la conclusión de que necesitaban inmediatamente una sinagoga y un rabino, un jefe, un general en la guerra contra América. De modo que, durante los cinco años siguientes, estos pobres carpinteros, paragüeros y jornaleros explotados privaron de alimentos a sus hijos y se privaron ellos mismos, para poder arrendar una sinagoga permanente y traer de Europa un rabino, un verdadero rabino, no uno de esos americanos que andan siempre de componendas.

Eligieron al tataranieto de un Zaddik que había alcanzado gran fama en Polonia, Lituania y Rusia.

Estos Zaddiks pasaban por descendientes de los treinta y seis Sabios de Israel, últimos restos de las Tribus Perdidas. Desconocidos, sin heraldos, llenos de harapos y de humildad, erraban por el mundo para aparecer en los momentos decisivos, cuando la nación judía más los necesitaba.

El famoso Zaddik había hecho sus milagros hacia el año 1810. Tal virtud se considera hereditaria, y sus descendientes habían vivido en la misma región durante dos siglos haciendo los mismos milagros. Reb Samuel y sus correligionarios supieron que el presente heredero de las virtudes del famoso Zaddik estaba deseando venir a América. Los tiempos estaban malos; su congregación se moría de hambre, y él no estaba tampoco muy rozagante.

Le mandaron un pasaje y algún dinero, y le esperaron como al Mesías.

–¡Ah, cuando el Rabí Schmarya llegue, cómo va a cambiar todo! –decía Reb Samuel.

#### 4

Al fin, el sueño se realizó. Era una mañana de verano. Por nuestra calle bajaba una extraña cabalgata medieval. El nuevo rabino se dirigía, escoltado, a la nueva sinagoga.

He visto fotografías de procesiones en la India: teatrales, exóticas, bárbaras. Me recuerdan aquella cabalgata veraniega que pasó por mi calle. Un centenar de judíos barbudos, envueltos como beduinos en blancos mantos, desfilaban lentamente. Las ventanas de las casas de vecindad y las aceras se llenaron de espectadores. Los chasídicos estaban locos de santa alegría. Saltaban como chiquillos, cantaban, palmoteaban,

se besaban unos a otros en éxtasis. Reb Samuel presidía la mística multitud de barbudos. Iba pálido de emoción y llevaba el Tora de la sinagoga en sus brazos. El inmenso rollo de pergamino, vestido de seda y oro, como el hijo de un rey, pesaba; pero era la Santa Ley, y el viejo lo estrechaba tiernamente en sus brazos, cantando en voz alta y temblorosa.

¡Al fin, al fin! La esperanza había llegado al East Side. ¡Dios se dignaba mirar hacia Chrystie Street! Algunos de los chasídicos más viejos sollozaban. Hacían grotescas piruetas y daban gritos, indiferentes a las risas y a las burlas de los espectadores más cínicos. ¿Qué importaba ahora la dignidad? ¡Dios iba a hacer su morada en América!

En el centro de la procesión, reposando en los afelpados cojines de un birlocho tirado por cuatro caballos blancos, apareció el descendiente del milagroso Zaddik y de los treinta y seis Sabios, el Rabí Schmarya en persona.

Yo me llevé una desilusión. Contagiado por la exaltación de Reb Samuel, me había imaginado un rabino resplandeciente como un ángel, vestido de blanco y con una aureola de oro. Pero lo que vi fue un hombre gordo, de cara abotagada, vestido de levita y chistera. Se veía que iba muy orondo con su sombrero de copa, porque no dejaba de manosearlo. Su cara no reflejaba éxtasis de ninguna clase, sino estúpida afectación.

Iba recostado, con gesto de hastío, como un rey africano. Parpadeando constantemente, miraba sin ninguna emoción a las ramerías, a los vendedores ambulantes, a la gentuza de las tabernas, a los ancianos y a todos los judíos, hombres y mujeres,

que le rodeaban lloriqueando. Estos eran sus súbditos y no era difícil suponer cómo iba a gobernarlos. Su augusta calma sólo era interrumpida por los escandalosos chiquillos, que se abrían paso entre la multitud para estrecharle la mano. Él los rechazaba, dando ridículos chillidos. A uno, más atrevido que el resto, le atizó una bofetada. Sin duda, al rabino no le gustaban los niños.

Yo seguí la procesión hasta la sinagoga, que estaba en Forsythe Street, en el bajo de una casa de vecindad. Allí observé, con cruel inteligencia infantil, al rabino en medio de su rebaño.

Los chasídicos seguían charlando, riendo y besándose los unos a los otros. Algunos lloraban de emoción. Otros, formando círculo en un extremo de la sinagoga, bailaban un rondó sagrado al son de sus propios cánticos. De cuando en cuando, levantaban los brazos al techo y lanzaban un alarido de alegría y dolor; luego reanudaban la danza y llegaban al delirio.

Pero el nuevo rabino no se abandonaba a aquel furor sagrado. Estaba muy ocupado comiendo. Se había sentado inmediatamente a la mesa de refrescos y se atiborraba de arenques, bizcochadas, apfelstrudel, gefulte fish y pasas. De tanto atracarse parecía que se le iban a saltar los ojos, y el sudor le cubría la cara.

Su glotonería me inquietaba, no por razones estéticas ni religiosas, sino porque yo esperaba participar del banquete. Aguardé, en compañía de otros chicos, a que las ceremonias terminasen y los refrescos fueran servidos. Pero el rabino parecía definitivamente dispuesto a acabar con todo.

Encontré a Reb Samuel brincando solemnemente con un grupo de místicos, y le tiré de la túnica.

–Reb Samuel –le dije alarmado–, el nuevo rabino se está zampando toda la comida. ¡No va a quedar nada!

Reb Samuel salió de su éxtasis y me dirigió una mirada fulminante. Me hizo retroceder hasta un rincón silencioso y me amenazó con un dedo, mientras la cara se le contraía de indignación. Nunca había visto a Reb Samuel tan enfadado.

–¡Vete a casa! –dijo–. Es un pecado hablar tan estúpidamente de nuestro Rabí Schmarya. ¡En castigo te vas ahora mismo a tu casa!

–Pero Reb Samuel –supliqué–, yo no quise decir nada malo.

–¡A casa! –repitió él, y se alejó majestuosamente.

Yo me llevé un disgusto. Quería demasiado a Reb Samuel para enojarlo a propósito; lo había hecho sin intención. Pero no me hacía gracia irme sin pellizcar los montones de nueces, pasas, manzanas y pasteles que se alzaban en las mesas. ¿Y qué disculpa podía yo dar a Reb Samuel? ¿No era verdad que el rabino se lo estaba zampando todo?

Me quedé unos minutos al borde de la muchedumbre. Reb Samuel me descubrió de nuevo. Me hizo señas para que me fuera. Y no tuve más remedio que marcharme, furioso con el nuevo rabino que me había dejado sin probar bocado.

## 5

¡Ay de Reb Samuel! Las sinceras impresiones de un niño debían haberle puesto en guardia. Yo tenía razón en mi juicio sobre el nuevo rabino, y él estaba equivocado.

Aquel rabino que había sido tan santo y tan milagrero en Europa, cambió por completo en la atmósfera eléctrica de América.

En primer lugar, su plan de vida subió a saltos. Siempre estaba haciendo peticiones a su pequeña congregación. Reb Samuel descuidó su paraguiería por completo, y dedicó semanas y meses a sacar de aquí y de allá dinero para comprarle al rabino una casa en Brooklyn. El rabino pidió que le trajeran a su mujer y a sus chicos, que vivían en Europa. Fue necesario encontrar más dinero. La familia del rabino necesitaba una criada. Más dinero aún.

Reb Samuel no regateaba al rabino estos lujos: se le debían al gran hombre. Lo que hacía a Reb Samuel palidecer, adelgazar y entristecerse a medida que pasaban los meses era que el rabino no tomase en serio la herejía de las barbas. Era demasiado leal para comentarlo, pero otros chasídicos murmuraban que el nuevo rabino veía con buenos ojos a la facción partidaria del depilatorio. Era el grupo más rico de la sinagoga, y él parecía inclinarse a los ricos.

Un año después de su llegada, el rabino abandonó a su rebaño. Una congregación del Bronx, no chasídica, pero rica, le había

ofrecido un puesto mejor pagado. Escribió una breve comunicación a sus fieles y no volvió a aparecer.

El golpe anonadó a mi maestro. Apenas hablaba en casa y en la tienda. Pasaba el tiempo cavilando. Sus ojos perdieron la calma, su rostro no reflejaba ya la eternidad. Se convirtió en un judío cansado, aturdido, solitario e insociable.

Una noche, al volver de una de las reuniones de la congregación, donde ahora los diferentes bandos no hacían más que pelearse, abrió la puerta de su casa y se quedó parado en el umbral. Su cara estaba lívida de angustia. La mujer, levantando la vista del fogón, le miró con sorpresa. Esperó que entrara.

Pero él permaneció inmóvil. Después, un gesto de inexplicable sorpresa se reflejó en su cara. Su báculo cayó al suelo. Se echó las manos al corazón y con extraña voz gritó:

–¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa?

Se desplomó antes de que su mujer pudiera acudir en su auxilio. Quiso hablar, pero se le trabó la lengua y lanzó unos gritos extraños, horribles, como aullidos de animal. Haciendo vanos esfuerzos para comunicarse con su mujer, sollozaba lastimeramente. No podía levantarse del suelo. No podía mover los brazos ni las piernas.

El doctor Axelrod, después de reconocerle, dijo que Reb Samuel tenía una parálisis y necesitaba un largo descanso.

## 6

Durante diez años, mientras yo me hacía hombre, Reb Samuel se vio forzado a guardar cama y a descansar. No podía moverse, no podía hablar más que en voz casi imperceptible. Vivía de galletas y leche, y fue poco a poco quedándose blanco y convirtiéndose en esqueleto.

Su diminuta mujer tenía ahora que levantarse una hora más temprano, para lavarlo con una esponja, para darle alimentos con una cuchara como a un niño, para ponerle el orinal. Luego se iba a trabajar a la paragüería y volvía a mediodía para cuidar de él otra vez.

Reb Samuel tenía la cama junto a la ventana. Mi padre colocó tres espejos, de tal modo que en uno de ellos, colgado del techo, se reflejaba cuanto pasaba en la calle. Sin volver la cabeza, Reb Samuel lo veía todo. Espectador de una comedia interminable, era un fantasma, que contemplaba nuestro loco mundo.

Todavía conservaba su dulzura. “¡América! ¿Quién entiende a América?” Todas las noches su mujer le hablaba de sus hijos y de los problemas de la paragüería. Él la confortaba y le daba consejos.

Cuando murió, todos los vecinos de la calle fueron al entierro.

–¡Ay –decían sacudiendo la cabeza–, Reb Samuel era un hombre tan bueno y tan piadoso! ¡Se ganaba la vida haciendo paraguas, pero era un santo!



## XVI. CÓMO SE LLEGA A MILLONARIO

### 1

Mi PADRE ESTABA en uno de aquellos periodos en que se sentía un fracasado y renegaba, gruñía, bebía, fumaba y ardía en ambiciones.

–¿Qué he hecho yo? –preguntaba, golpeándose el pecho mientras cenábamos–. Llevo quince años en este país y todavía no soy más que pintor de brocha gorda. Pero cada día Nathan Schiff se hace más rico, y el retrato de Baruch Goldfarb aparece en los periódicos.

–¿Y qué? –decía mi madre lacónicamente–. Tómate la sopa.

–¿Qué es sopa? –dijo trágicamente mi padre– ¡La sopa no satisface mis ambiciones! ¡Soy un esclavo!

–¡Malditas sean tus preocupaciones! –gritó mi madre–. Estoy harta. ¿Qué es lo que quieres? No somos ricos, pero el pan no nos falta. Ni un techo para cobijarnos. Los chicos están saludables, vivimos todos, a Dios gracias. ¿Qué más quieres?

-¡Quiero ser patrón! -dijo mi padre-. Una mujer no comprende esas cosas.

-¿Se enojó hoy tu patrón otra vez? -preguntó mi madre benévolamente.

-¡Qué tipo canalla! ¡Se puso tan pesado que le hubiera aplastado de buena gana! -dijo mi padre, mordiendo con rabia un pepinillo-. ¡Si lo hubieras visto! ¡Herman -dice- gasta usted demasiada pintura! ¡Herman, va usted demasiado a menudo al cuarto de baño! ¡Herman, pierde usted demasiado

tiempo fumando la pipa! ¿No comprende usted -gimotea-, que me está perjudicando, pobre de mí? ¡Caray con el patrón!

-Busca otro -dijo mi madre con toda su calma-. No será la primera vez que cambias de amo.

-¡No quiero más amos, te he dicho! -gritó mi padre-. ¡No quiero que nadie me mande! ¡Voy a ver a Baruch Gold- farb esta noche! Quizá me preste trescientos dólares para abrir de nuevo mi fábrica de tirantes. ¡Si he de seguir dependiendo de alguien me volveré loco!

-Ya lo estás ahora -dijo mi madre desdeñosamente-. Y ese Baruch Goldfarb te ayudará como la otra vez: te hará otro agujero en la cabeza.

-Ya lo veremos -dijo mi padre.

## 2

Mi madre no simpatizaba con Baruch Goldfarb ni se fiaba de él. Era una de las figuras más prestigiosas del East Side, cacique del Tammany Hall, jefe sionista y propietario de un gran almacén de telas.

En Rumania había sido un pobrete como mi padre. Emigraron los dos casi al mismo tiempo, y por eso mi padre consideraba a Baruch como un amigo.

Recuerdo que una vez Baruch vino a nuestra casa y persuadió a mi padre de que votara en las elecciones.

–Es muy fácil –le dijo–. Mañana te haré ciudadano, y, al día siguiente, votarás. ¿Puede haber nada más sencillo?

–Sí que lo parece –respondió mi padre fascinado.

–¡Naturalmente! –continuó el gran hombre dándole una palmada en la espalda–. No tienes más que marcar una cruz

debajo de la estrella. ¡Debajo de la estrella, no te olvides! Te ganas tres dólares y eres demócrata. Es una gran cosa ser demócrata en América, Herman. Esto le trae a uno dinero y amigos.

De modo que mi padre fue a votar. Mi madre se opuso al experimento, pero ¿quién podía disuadir a mi padre cuando se entusiasmaba? Uno de los agentes de Baruch le llevó a votar en

tres sitios diferentes. En el tercer sitio, una barbería, un hombre le dio un estacazo a otro. Mi padre se dispuso a salir de allí precipitadamente, pero en la puerta le dieron a él también un estacazo, nunca supo por qué.

Le hicieron un agujero en la cabeza y hubo que llamar a una ambulancia, y volvió a casa envuelto en vendas, desilusionado para siempre de las elecciones.

–Tenías razón, Katie –gruñó–; eso de votar está bien para los irlandeses, que son unos gandules. En mi vida volveré a hacer semejante cosa.

Pero Baruch Goldfarb vino otra vez a casa y dio una fácil explicación de lo que él llamaba “el accidente”. Mi padre siguió fiándose de él; pero mi madre, no.

### 3

Aquella noche yo fui con mi padre a visitar a Baruch Goldfarb. El gran hombre nos hizo una calurosa acogida en el despacho de su almacén.

–¡Qué chico más guapo tienes! –dijo–. ¡Allí va un nickel, cómprate un helado! Y para ti un buen puro, Herman. ¿Qué te trae por aquí?

Mi padre se fue derecho al grano y contó la historia de su vida, su fábrica de tirantes, sus tribulaciones como pintor de brocha gorda, sus deseos de ser patrón. ¿Le prestaría Baruch trescientos dólares?

Baruch tardó en contestar. Se quedó cavilando, y las sombras de su pensamiento oscurecieron su cara roja y mofletuda. Al fin, sacudiendo la ceniza de su cigarro en la salivadera, dijo:

–¡Lo haré! ¡Puedes contar con ese dinero, Herman! No esta semana quizás, ni la siguiente, pero pronto. Mi situación es, precisamente en este momento, algo apurada... Tengo muchas cosas que pagar. ¿No hemos sido compinches en Rumania, cuando chicos? ¿No hemos ido juntos a robar manzanas y ciruelas a los huertos, y a bañarnos en el Danubio? Estas cosas no se olvidan nunca. ¡Yo te ayudaré, amigo mío!

Después Baruch aprovechó el entusiasmo de mi padre para persuadirle a entrar en una logia que él acababa de organizar. Se llamaba “Sociedad Benéfica de Socorros, Fiestas y Entierros”. Costaba sólo diez dólares al año, más los impuestos, explicó Baruch. Los beneficios eran muchos.

Cuando uno de los socios estaba enfermo, recibía ocho dólares a la semana, y un comité de cofrades le visitaba. Cuando moría, era escoltado, no por un simple comité, sino por la sociedad en masa, y enterrado en el cementerio de la logia, en sepultura privada. Cada socio tenía asegurado un solemne funeral. La viuda recibía quinientos dólares, que se sacaban de los impuestos. La logia daría bailes y votaría a los demócratas en todas las elecciones. Y, lo mejor de todo, los socios se

comprometían solemnemente a ayudarse unos a otros en materia de negocios.

Mi padre, naturalmente, ingresó en la logia. ¿Cómo podría haberse resistido a entrar en un sitio tan beneficioso? Semanas después nos llevó un domingo a visitar el cementerio. Lleno de orgullo mostró a mi madre la sepultura que le habían asignado. Pretendió convencerla de que entrara en la Sucursal Femenina de la logia, para que le reservaran una sepultura al lado de la suya.

–Sí –dijo mi madre calmosamente–, quiero que me entierren a tu lado, Herman. Es un buen cementerio, además. Pero veamos primero si ese Baruch Goldfarb te ayuda en los negocios. Si lo hace, creeré en él y entraré en la logia.

Mi padre no tenía semejantes dudas ni vacilaciones. Baruch Goldfarb se convirtió en su ídolo, y la logia en su obsesión. A mi padre le entusiasmaba el ritual de las reuniones de la logia, las contraseñas secretas, las fajas de oro y púrpura, los guantes blancos, las ceremonias teatrales. El oficio de pintor era aburrido, pero por la noche había reunión en la logia. Después de innumerables sesiones fue a los cafés de la Segunda Avenida, con Baruch y los funcionarios más importantes. Esto le llenaba de orgullo.

–¡Son grandes! –decía a mi madre lleno de júbilo–. Todos tienen un negocio propio. Es muy conveniente codearse con tales personas; uno aprende a hacer dinero. ¡Y cuánto saben! ¿Sabes tú lo que es un regidor, Katie?

–No, ni me importa.

–¡Debía importarte! ¡Es la política! Esta noche me han dicho lo que es un regidor y cuánto gana. Otra cosa me han explicado también. Solamente una persona nacida en América puede llegar a Presidente. Yo no podré ser nunca Presidente, Katie, pero nuestro pequeño Mike, sí. ¿Te das cuenta?

–Me doy cuenta –dijo mi madre.

–Ese Baruch –continuó mi padre muy excitado–, no sólo es negociante y presidente de nuestra logia, sino también secretario de un club sionista y síndico de una sinagoga. Esto, dice él, le ayuda en política. Dice también que hay que creer en Dios. Y que los judíos no tienen país. Y que los terrenos de Brownsville van a subir mucho de precio. ¡En materia de inmuebles, ese Baruch es un lince! Dice que va a vender un magnífico solar.

–¡Buena nos ha caído! –exclamó mi madre–. Dime ¿ha hecho Baruch algo para ayudarte a abrir la fábrica?

–Todavía no –contestó mi padre muy optimista–; pero dice que no se le olvida.

Baruch nunca lo ayudó. Le hacía solemnes promesas y las olvidaba solemnemente. Pero otras cosas sucedieron a mi padre.

## 4

Mi padre trabó conocimiento en la logia con un maestro pintor llamado Zacarías Cohen. Este individuo le tomó afecto.

Contrató a mi padre, y, por ser compañero de logia, le pidió que vigilara a los otros jornaleros y le dijese en secreto si holgazaneaban. Mi padre aceptó este oficio de espía con mucho gusto.

–Zacarías tiene confianza en mí –decía con jactancia–. Pronto despedirá a ese Abe Tuchman para nombrarme capataz. Figúrate, Katie, voy camino del éxito. ¡Todo es posible en América!

Tuchman, el capataz, era un hombre de unos cuarenta años, bajito, calvo, débil, que sufría, como mi padre, la enfermedad del oficio. Llevaba más de diez años trabajando para Zacarías.

–Dice Zacarías –explicaba mi padre– que trata demasiado familiarmente a los obreros. Un capataz así le cuesta dinero al patrón, dice Zacarías. Y es muy calmoso, y siempre está enfermo. Ya verás, dentro de poco seré capataz.

Una noche, mi padre entró como una tromba en la cocina y besó a mi madre con vehemencia triunfal.

–¡Al fin, soy capataz! –exclamó–. ¡Zacarías me ha nombrado capataz hoy!

–Enhorabuena –dijo mi madre mirándole de hito en hito–. Y a ese pobre hombre, ¿lo han despedido?

–¿Qué pobre hombre? ¿Has descubierto otra persona a quien ayudar?

–Ya sabes tú a quien me refiero –dijo mi madre–. Ese Abe Tuchman.

–Claro que lo han despedido –dijo mi padre impaciente–. Era demasiado calmoso.

Mi madre le volvió la espalda.

–¿Qué te pasa? –pregunto mi padre.

–Te lo diré –contestó mi madre–. No es justo que, después de trabajar diez años, despidan a un hombre enfermo y con familia.

–¡Mujer –estalló mi padre–, atiende a tu cocina! ¡No eres más que una mujer!

–Sí –dijo mi madre, y no volvió a hablar del asunto.

## 5

Nunca puso nadie tal pasión en su trabajo como mi padre en los meses que siguieron. Ya no pensaba en la fábrica de tirantes. Desaparecieron los días de melancolía en los que se llamaba a sí

mismo “un hombre caído en la trampa”. Saltaba de la cama por la mañana, metía la cabeza debajo del agua fría y se marchaba, silbando, al trabajo. Parecía atareadísimo siempre. Ya no tenía tiempo, por las noches, de contarnos historias rumanas; estaba demasiado ocupado con sus grandes proyectos.

Mi madre no compartía su alegría. Él la acusaba de ser una cobarde, una pesimista; ella se encogía de hombros. Estaba realmente asustada de verle tan ambicioso. Mi madre tenía ese oscuro instinto proletario que destruye todo cuanto se relaciona con hacer dinero.

Mi padre era más infantil. Se contoneaba, declamaba, se sentía alegre como un chico con zapatos nuevos. ¡Ajajá, estaba en el camino del éxito! ¡Había encontrado la llave secreta de Nathan Schiff y de Otto Kahn! Nadie edificó nunca tales castillos sobre cimientos tan frágiles como mi padre. Yo estoy seguro ahora de que había nacido para actor. Fumaba muchos cigarros, bebía vino y se ponía su traje negro todas las noches después del trabajo.

Había olvidado a Baruch Goldfarb; ahora rendía culto a aquella espléndida e inteligente figura de Zacarías Cohen, el más grande de todos los maestros pintores. Repetía los chistes y nos contaba las estratagemas y los estupendos negocios de su patrón.

La población del East Side se renueva cada diez años. En cuanto una generación hace algún dinero, se muda a un barrio mejor de la ciudad. Por aquella época, los judíos que contaban con un poco de dinero se trasladaban al Bronx y a ciertas secciones de Brooklyn. Aquellos terrenos estaban en alza.

Zacarías Cohen, como muchos otros, se había metido en el negocio de casas con ánimo de lucro. Sus intereses estaban en una sección de Brooklyn llamada Borough Park.

–Vamos a mudarnos del East Side –anunció una noche mi padre–. Mi patrón me aconseja que nos marchemos a Borough Park, donde vive él. Está dispuesto a vendernos una casa para pagar a plazos. Dice que un hombre con porvenir no debe vivir en el East Side.

–Pero todos mis amigos viven aquí –dijo mi madre–. Los voy a echar de menos. En Borough Park sólo vive la gente que tiene dinero.

–Y eso ¿qué importa? –dijo mi padre–. Yo también seré pronto rico.

Un domingo fuimos todos a Borough Park para ver la casa y solar que Zacarías quería hacer comprar a mi padre.

Era un seco día de otoño. En el suburbio, formado por esqueletos de casas a medio construir, se veían montones y montones de maderas aserradas y ladrillos. Las calles ya pavimentadas corrían entre campos vacíos, donde solamente crecía la maleza. Por todas partes se veían carteles clavados en el suelo. En un basurero, lleno de latas roñosas, se alzaba un anuncio que decía: “Se Vende Este Hermoso Solar, Ideal para Hotel”. En otro, plantado en un charco cenagoso, donde chapoteaban unos patos, se leía: “¿Por Qué Pagar Alquiler? Edificad Vuestra Propia Casa”.

Después de andar una milla por aquellos andurriales, llegamos a una triste barriada, donde había unas cuantas tiendas.

Mi madre estaba lúgubre, pero mi padre charlaba y discurseaba animadamente:

–¿No es éste buen sitio? –preguntó–. Dice Zacarías que, dentro de diez años, todos los que compren terreno aquí serán ricos.

Por fin, llegamos a la casa de Zacarías. Era una casa grande y verde, con miradores y pretenciosas cúpulas. Mi padre tocó el timbre, y nos quedamos esperando en el vestíbulo. Zacarías abrió la puerta y nos saludó cordialmente. Era un hombre rechoncho y achaparrado, de piernas cortas, que se movía dificultosamente, como un bulldog asmático. Tenía unos ojillos

perspicaces de mongol y una nariz puntiaguda, agujereada como un queso por las viruelas.

–¡Bienvenido! –exclamó, sacudiendo la mano de mi padre–. ¡Con que, por fin, ha venido usted, Herman!

–Sí –dijo mi padre, envanecido por este cordial recibimiento–. Mi mujer y mis hijos.

El patrón nos dio unas palmaditas de tolerancia.

–Son unos chicos guapos –dijo–. Pasad, pasad, no tengáis vergüenza. La entrada es gratis.

Al entrar, oímos una voz petulante de mujer:

–¿Se han restregado los pies, Zacarías? Que no pasen con los zapatos llenos de barro.

El patrón echó una mirada recelosa a nuestros zapatos.

–¡Mi señora es tan exigente para algunas cosas! –murmuró–. Sí –añadió jovialmente en voz alta–, se han restregado los pies, Sara. La familia de mi capataz es tan limpia como nosotros, ¿verdad, Herman?

Zacarías le dio con el codo a mi padre, y mi padre, ante esta familiaridad, se puso radiante. Entramos en una sala de mal gusto, empapelada de rojo chillón y atestada de mesas, sillas, sofás, aparadores y rinconeras como el escaparate de una tienda de muebles.

## 8

La señora de Cohen, mujer gruesa y de edad madura, estaba tendida en un sofá, toda ella resplandeciente como la vitrina de una joyería. Sus piernas carnudas descansaban en un almohadón rojo. Su cabeza rubicunda, constelada de panecillos, descansaba en un almohadón verde.

Vestía una blusa de seda morada, archiadornada de cintas y encajes. Llevaba en las orejas pendientes de diamantes y sortijas de diamantes en cada dedo. Tenía aspecto de prostituta ordinaria y pretenciosa, pero era simplemente la mujer típica de un judío *nouveau riche*.

Con la cabeza envuelta en una toalla, su gesto compungido resultaba cómico. Nos miró con abierta hostilidad.

–A mi señora le duele la cabeza –explicó Zacarías–, por eso no me atrevo a decirles que se queden.

–Se pueden quedar –suspiró la mujer–, pero que no hagan ruido los chicos, porque dice el doctor que yo soy de una naturaleza nerviosísima.

Mi padre se levantó de un salto.

–No, no queremos molestarla, señora –dijo–. Nos marcharemos enseguida. Vinimos únicamente a ver la casa que voy a comprar a Zacarías.

–¡No faltaba más, se quedan ustedes! –dijo Zacarías en tono cordial–. Primero, beberemos un poco de brandy; después, le enseñaré las habitaciones de mi casa, y, después, iremos a ver la de usted.

¡Ajajá! Sí, quiero que vea usted mis espléndidos muebles, mis cuadros pintados a mano, mi watercloset, que es de última moda; en fin, todo. Cuando usted sea rico como yo, Herman, tendrá todas estas cosas también.

Apuraron un vasito de aguardiente. Luego mi padre siguió al patrón, que le enseñó toda la casa. Nosotros nos quedamos con la señora de Cohen, la cual, apretándose la toalla contra la frente y suspirando como una mártir, dijo:

–¡Uf, qué dolor de cabeza! ¡Cuánto me hacen sufrir estas jaquecas! El doctor dice que es porque como demasiado, pero yo no como más que mis amigos. Será que anoche tomé en casa Lorber un cubierto de diez platos, que costó tres dólares cincuenta. No debería comer en restaurantes. La comida de mi cocinera me sienta mejor; yo soy de una naturaleza nerviosísima. Esta que tenemos ahora es una buena cocinera; le pagamos ochenta dólares mensuales, y la cuenta de la tienda de comestibles y de la carnicería sube casi a ciento cincuenta al mes. En una buena casa una tiene que tener una buena cocinera. Edificar esta casa le costó a mi marido veinte mil dólares: es la

más cara de Borough Park. ¿Cuánto le ha costado a usted esa blusa?

–Dos dólares –tartamudeó mi madre.

–¡Ya me lo figuraba yo! –dijo la aristócrata–. Por tan poco dinero no se pueden comprar más que pingos. Mis blusas nunca me cuestan menos de treinta o cuarenta dólares y mis zapatos doce, y mis sombreros de cincuenta para arriba. La gente de nuestra posición tiene que vestir bien. Y, como yo le digo a mi marido, a la larga, lo mejor sale más barato. ¿No cree usted?

–Sí –dijo mi madre tímidamente.

Mi padre volvió haciéndose lenguas del mobiliario de Zacarías. Bebieron los dos otro poco de aguardiente, y luego dejamos a la señora de Cohen en su sofá de mártir a solas con su dolor de cabeza y sus estúpidas fantasías de mujer adinerada.

## 9

Echamos a andar por un barrizal lleno de maleza, bajo el cielo húmedo. A los veinte minutos llegamos a una manzana formada por ocho casas de madera, todas exactamente iguales y a cuál más fea. Zacarías se frotó las manos con satisfacción y dijo pomposamente:

–¡Aquí está! Mire, Herman, la mejor propiedad de Brooklyn. ¡Dentro de cinco años valdrá el doble de lo que vale! Sólo porque es usted mi capataz y porque quiero hacerle hombre, le brindo esta ocasión. Todos los comerciantes judíos de cierta distinción se están mudando aquí. Irving Shineman ha comprado una de estas casas. Es propietario de esa gran camisería que está en Rivington Street. Hay otros como él que se vienen aquí también.

Abrió la puerta de una de las casas e invitó a mi padre a pasar. Mi madre no quiso entrar. Se quedó, como una mendiga, a la entrada, mirando con turbados ojos el suburbio, los solares cubiertos de maleza, las ocho vulgares casas.

Yo entré detrás de mi padre a la casa nueva, que olía a barniz y a virutas.

–¡Suelos de madera, Herman! –oí decir al patrón–. ¡Una cocina de primera, gratis! ¡Luz eléctrica! ¡Un wáter moderno! ¡Uy, qué wáter! ¡Sólo en América los hay así! ¿Ha visto usted jamás en Europa servicios semejantes?

Mi padre, que mostraba la misma exuberancia que el patrón, preguntó las condiciones de venta.

–Tiene fácil arreglo –dijo el patrón–. Le descontaré la mitad de su sueldo durante los cuatro meses próximos, y con ello paga usted el primer plazo, que son trescientos dólares. Después le descontaré solamente diez dólares a la semana. Dentro de nueve años, es usted dueño de la casa. He echado todas las cuentas por usted.

Mi padre le dio las gracias efusivamente.

Camino de casa, mi padre preguntó a mi madre:

–Bueno, ¿qué te parece, Katie?

–No me gusta –dijo mi madre.

–¿Por qué no? –preguntó mi padre indignado–. ¿Tan enamorada estás de esa cloaca del East Side?

–No –dijo mi madre–. Pero voy a encontrarme muy sola ahí. Estoy acostumbrada a tratar con personas sencillas, echaré de menos a los vecinos de Chrystie Street.

–Pero aquí también tendrás vecinos –dijo mi padre.

–Herman, no me obligues a mudarme –suplicó mi madre–. No puedo hacerlo, Herman. Se me encoge el corazón sólo de pensarlo.

–¡Bobadas!–exclamó mi padre mordiendo su cigarro–. ¡Nos mudaremos! ¡No debes ponerme trabas! ¡No me resigno a ser toda mi vida un mendigo del East Side! ¿Lo oyes?

Mi madre volvió la cara y se puso a mirar la maleza, el barro, los flamantes carteles del Borough Park.

## 10

Pasaron dos meses. Un viernes, por la noche, mi madre, cubriéndose la cabeza con un pañuelo, encendió las velas del Sábado y las bendijo. En nuestra casa, limpia y silenciosa, se percibía la doméstica santidad del Sábado, que los judíos reciben como a una novia. La cena humeaba en el fogón. Los chicos estábamos hambrientos. Mi padre no había vuelto todavía del trabajo. Para ser la noche de un viernes, se estaba retardando mucho.

Mi madre colocó las velas en la mesa. Puso los platos y después se sentó a esperar. Llamaron a la puerta con los nudillos. Mi madre dijo: “Adelante”. Entró un judío barbudo y macilento, con el traje manchado de pintura. Miró a mi madre con angustia.

–Buenas noches tenga usted –tartamudeó.

–Buenas noches –dijo mi madre, con la cara pálida de presentimientos.

–Soy uno de los pintores de su marido –dijo el hombre, humedeciéndose los labios con la lengua.

–¿Ha ocurrido algo? –preguntó mi madre, retorciéndose el delantal nerviosamente.

–Está herido –dijo el pintor.

–¿Herido? –balbuceó ella.

-Él y otros dos se han caído a la calle. Un andamio que se rompió. Aquí traigo su traje y su camisa. Está en el hospital Monte Sión. Me han enviado aquí para que se lo diga.

-¡Muerto! -gimió mi madre.

-¡No, no, Dios no lo quiera; eso no! -dijo el pintor tranquilizándola-. El doctor dice que vivirá. Se ha roto los pies nada más.

Mi madre se sentó en una silla y dijo con voz desfallecida:

-Tráigame un poco de agua.

El pintor corrió a la fuente y le trajo un vaso. Mi madre lo apuró y luego empezó a sollozar, enjugándose las lágrimas con la punta del delantal.

-¡Mi pobre Hermán! ¡Mi pobre Hermán!

El pintor trataba de consolarla. Se secó el sudor con un pañuelo azul, se sonó y dijo:

-¿Qué se le va a hacer? A todos los pintores les pasa lo mismo. Quizá ahora me toque a mí caerme, y también tengo mujer y chicos. Así es el mundo, tenemos que aceptar lo que nos da.

El pintor me mandó a buscar a los vecinos. Cuando vinieron se marchó, ofreciendo todavía sus torpes palabras de consuelo. Los vecinos se quedaron con mi madre toda la noche.

Al cabo de un mes trajeron a mi padre del hospital. Sus dos piernas estaban enyesadas. Había caído perpendicularmente, y en los pies no le quedó hueso sano.

Estuvo en cama un año entero. Durante los tres primeros meses, la logia de Baruch Goldfarb pagó a mi madre un socorro de ocho dólares semanales. Cuando este ingreso cesó, empezamos a pasar apuros. Zacarías Cohen nos hizo una visita, y después nos olvidó. Baruch Goldfarb nos visitó una vez, y después nos olvidó. No teníamos a quién acudir. Los plazos que habíamos pagado por la casa de Borough Park se perdieron para siempre. También se perdieron las ilusiones de mi padre.

Mi madre se puso a trabajar en un restaurante de Broadway. Yo me dediqué a vender periódicos después de la escuela. De la noche a la mañana, me hice hombre; discutía con mi madre los asuntos financieros de la familia, me preocupaba nuestra pobreza.

## XVII. DOS DOCTORES

### 1

EN NUESTRA CALLE había dos médicos: el joven y melancólico doctor Isidoro Solow y el doctor Marcus J. Axelrod, regordete, jovial y maduro. Ambos anduvieron muy ocupados aquel invierno. Fue un año de buena cosecha para médicos, boticarios y empresarios de pompas fúnebres.

El East Side ha sido siempre terreno fructífero para la gente profesional. ¡Cuántas carreras brillantes se han hecho a costa de la miseria de ese millón de judíos!

Pobreza en invierno. ¿Quién puede describir, ni siquiera imaginar, el sufrimiento colectivo de cien mil casas de vecindad? Miles de tuberculosos y parálíticos, mucha anemia y mucha hambre, un mundo enfermizo de estómagos, hígados y pulmones medio podridos. Los niños gritando y muriéndose a millares: insomnio, angustia.

La pulmonía, la tifoidea y la influenza subían y bajaban por los helados corredores de las casas, haciendo travesuras mortales, como colegiales en día de asueto.

Gritos, histerismo, enfermedades nerviosas. Los coches fúnebres rodaban por las calles tan a menudo como los carros de la basura. El doctor Solow se quedó más delgado aquel invierno, los pantalones le quedaban anchos y tenía los ojos hundidos por falta de sueño. Pero el doctor Marcus Axelrod seguía tan grueso y tan alegre; florecía como una rosa.

En su patria, los judíos adoraban a los rabinos. En este país, el médico era un ídolo de la comunidad. Yo he visto a las mujeres seguir por la calle a un médico joven del East Side, besarle humildemente la mano, sollozar y pedir a gritos que cayeran sobre él todas las bendiciones del cielo, como si el médico fuera un Salvador.

En todas las familias judías pobres la ilusión de la madre era que uno de sus hijos se hiciera doctor, así como en las familias irlandesas la ilusión era tener un hijo cura.

El doctor Marcus J. Axelrod tenía todas las condiciones que los judíos exigen de un médico. Era barrigón y autoritario, tenía unas formidables cejas peludas y usaba lentes. Su cara de luna llena era solemne. De su barbilla colgaba una espesa perilla que lo consagraba.

Mientras tuvimos dinero le llamamos para asistir a mi padre enfermo. Recuerdo un oscuro día de diciembre. El doctor Axelrod entró como un rey en su reino. Se quitó el hongo, dejó su maletín en el suelo y se sentó al lado de la cama de mi padre. Le

miró fijamente, después le ordenó con aspereza que sacara la lengua y que dijera “Ah”.

Luego se acarició la perilla con aire de importancia. Pidió agua caliente y una toalla. Se lavó en silencio sus manos blancas y regordetas. Se dio unos paseítos por la habitación. Refunfuñó, arrugó la frente. Nosotros le contemplábamos reverentemente y esperábamos.

Por fin, el gran hombre salió de sus cavilaciones. Se sentó a la mesa de la cocina, se sonó ruidosamente y volvió a acariciarse su apreciable perilla.

–Que me traigan pluma y tintero –ordenó.

Se lo trajimos. Extendió una receta. Sería, como de costumbre, para alguna medicina roja, verde o amarilla, muy coloreada y amarga como la hiel. El doctor Axelrod conocía a su público. Nadie en el East Side respetaba una medicina que no produjera náuseas.

–Esta vez sí que me ha dado una buena medicina –decía mi padre con satisfacción, esforzándose en tragar alguno de aquellos repelentes compuestos.

A veces, el doctor Axelrod pedía a mi madre que le hiciera té. En todas las demás casas el doctor se largaba en cuanto terminaba su visita profesional. Pero con nosotros condescendía hasta la familiaridad. Esto era porque mi padre y el doctor Axelrod habían sido compañeros de colegio en Rumania.

–Sí –dijo una vez el doctor–, nunca olvidaré los tiempos en que íbamos juntos a la escuela, Herman. Pero reconoce que tú no tenías juicio.

–Es verdad –contestó mi padre sonriendo–. Siempre fui un atolondrado.

–Peor –exclamó el otro–. ¡Eras un borrico! Podías haberte hecho médico también, y ya ves lo que eres.

–Verdad, herr doctor –dijo mi padre mordiéndose el bigote y suspirando.

El doctor revolvió en su té la jalea de membrillo y las almendras y chupó ruidosamente la cucharilla.

–Hasta de chico –dijo– me daba yo cuenta de lo que era el mundo. Pero Herman no. Una vez se negó a besarle la mano al sacerdote.

–Sí, así fue –murmuró mi padre–; no quise besarle la mano.

–Era un sacerdote vil que odiaba a los judíos –continuó el doctor–. Venía a nuestra escuela todas las mañanas y nos hablaba de religión. Después los chicos teníamos que desfilar por delante de él y besarle la mano. Era obligatorio, todos teníamos que hacerlo, incluso los judíos. Pero una mañana Herman se negó. ¿Por qué?

–No lo sé –dijo mi padre.

–Porque eras una mula –dijo el doctor severamente–. Todos los demás muchachos judíos lo hacíamos. Teníamos que hacerlo. Tu propio padre quería que lo hicieras. Pero a ti no te dio la gana. Y, claro, te echaron de la escuela. ¿Por qué te obstinaste de aquel modo, Herman?

–No sé –dijo mi padre–. Simplemente, no podía.

–¡Pues ya ves lo caro que te ha salido! –dijo el doctor con ademán triunfante. Eres un pintor de brocha gorda, enfermo y sin colocación. Tu mujer trabaja en un restaurante, y tus chicos pasan hambre. Ya te dije que te arrepentirías.

–Sí, herr doctor, ahora estoy arrepentido –dijo mi padre– pero cuando era joven tenía el demonio en el cuerpo.

El doctor, al notar que mi padre se entristecía, cambió de conversación. Le recordó los tiempos felices en que iban a bañarse en el Danubio y a robar en los huertos ciruelas y manzanas.

–Qué buenos ratos pasábamos, ¿verdad, Herman?

–Sí, herr doctor –dijo mi padre humildemente.

## 2

Mi padre no acababa de ponerse bueno. Sus pies estaban ya curados y, aunque cojeando, podían andar de un lado para otro.

Pero el estómago, los nervios y los pulmones seguían mal, a causa del envenenamiento producido por la pintura. La amarga medicina del doctor Axelrod no le servía de nada.

Una mañana mi padre saltó de la cama y dijo a mi madre:

–¡Al demonio con la enfermedad! ¡Estoy harto! Voy a salir en busca de trabajo esta misma mañana. ¡Maldita sea, no podemos seguir así!

Mi madre trató de persuadirle de que esperase un poco más. Él se negó rotundamente. Todo aquel día y el siguiente anduvo buscando trabajo. Al tercero encontró colocación. Se sintió feliz cuando salió a trabajar a la mañana siguiente. Pero a mediodía tuvo que volverse a casa. Cuando mi madre llegó del restaurante lo encontró tendido en la cama.

Él empezó a sollozar y a retorcerse las manos en cuanto la vio.

–¡Katie –dijo–, ya no puedo trabajar más! ¡Soy hombre perdido! ¡Me voy a matar!

Mi madre corrió hacia él y le tomó las manos.

–¡Calla! –dijo calmándole–. Dime qué ha ocurrido.

–Subí al andamio –gimoteó mi padre– y empecé a trabajar. Todo marchaba bien hasta que miré a la calle. Entonces perdí el valor, Katie. Las rodillas me temblaron y estuve a punto de caer otra vez. El otro pintor vio que me ponía enfermo, aunque traté de disimular. Continué trabajando. De pronto me desmayé, Katie. No me caí gracias a que el otro llegó a tiempo.

–No llores tanto, Herman –suplicó mi madre.

Pero no había modo de consolarle.

–Ya no podré trabajar en un andamio nunca jamás –decía–. Me falta valor. Dios mío, ¿qué voy a hacer ahora? No tengo oficio, ni dinero, ni valor para nada. ¡Me voy a matar, Katie! ¡Soy una carga para vosotros!

–¡Calla, calla! –dijo mi madre dulcemente–. Ten paciencia.

–¿De dónde podría yo sacar trescientos dólares? –dijo mi padre desesperadamente–. ¡Ah, si tuviera trescientos dólares podría abrir de nuevo mi fábrica! Saldría de este cochino oficio de pintor. Pero soy un hombre caído en una trampa.

–Calla –repetía mi madre–, no te apures, Herman. Vamos a tomar juntos un poco de té. Nos dará ánimos.

## 4

El doctor Axelrod vino otra vez, pero no pudo hacer nada.

–Es el susto –dijo gravemente–. No se le ha pasado todavía.

Le recetó una medicina fuerte y amarga. No sirvió de nada.

El doctor frunció el ceño al ver que no le pagaban la visita. Por segunda vez, mi madre confesó que no podía pagarle. Se marchó bufando. No le gustaba visitar a los enfermos que no tenían dinero. Así se lo dijo francamente a mi madre en su tercera y última visita gratis. Nos espetó un discurso.

–¿Es que un médico va a morir de hambre? –preguntó, extendiendo sus manos regordetas–. ¿No sería esto absurdo? En mi opinión, sí. Dios sabe lo difícil que es para un médico ganar dinero. No tiene más que dos manos para trabajar. No es como el hombre de negocios, dueño de una fábrica, donde otras cincuenta manos trabajan para él. Yo, amigos míos, necesito que se me pague cada visita. Me rebelo a morirme de hambre.

El doctor Axelrod no volvió más. Desde entonces nuestro médico fue el doctor Solow. Nadie tenía fe en el doctor Solow: era demasiado joven, no gastaba barba, hablaba con la gente con tono sencillo y familiar, sin la pomposidad que nosotros esperábamos de un doctor. Esa era la razón de que no tuviese tantos pacientes como el hinchado doctor Axelrod.

## 5

El doctor Isidoro Solow era soltero, joven, desaliñado y triste. Ninguna mujer le había dicho cómo debía vestirse. Llevaba siempre la camisa sucia y un sombrero flexible muy cómico. Su traje negro y arrugado flotaba sobre su esqueleto como el dominó de un clown.

Era alto y subido de hombros. Completamente distraído, miraba de hito en hito a las personas hasta azorarlas. Tenía unos ojos melancólicos y hundidos. Flaco y de cara pálida, parecía un actor trágico de la vieja escuela.

Era un excéntrico. Aparecía y desaparecería como un fantasma, dejándose olvidado el paraguas, el maletín, el sombrero, el reloj. Una vez hasta se olvidó los zapatos. Esto le sucedió cierta noche de verano, durante un parto. Se había descalzado para estar más cómodo mientras llegaba la hora del alumbramiento. Cuando todo acabó se marchó a escape, sin ponerse los zapatos.

Era impulsivo y decía sin cuidado todo lo que se le ocurría. Llamaba idiotas a los que dormían con las ventanas cerradas. Ellos se horrorizaban. Nadie había dormido nunca con las ventanas abiertas, decían.

–¡Cómo! ¿Abrir las ventanas cuando fuera hace un frío que pela? –exclamaban.

–Naturalmente –decía el doctor Solow con impaciencia–. Así gastarán menos en médico. Pero ya veo que son ustedes idiotas y quieren estar enfermos. Hagan ustedes lo que les dé la gana.

Una vez le dijo a un hombre que tosía mucho la cosa más extraordinaria:

–Amigo, ninguna medicina puede curarle. Lo que usted necesita es entrar en un gremio.

–¿En un gremio?

–Sí, señor, en un gremio. A usted le hacen trabajar demasiadas horas en esa cochina fábrica, donde le explotan; tiene usted un jornal miserable; necesita usted comer y descansar, amigo. ¡Este es el mal que usted padece! Entre en un gremio.

En casa, cuando conocimos mejor a este joven médico, todos le tomamos cariño. Se quedaba a menudo en nuestra cocina bebiendo té. A nosotros, los chicos, nos traía caramelos y juguetes. Ensalzaba mucho a mi madre, y decía que le recordaba a la suya, muerta ya.

Cuando hablaba de su madre, los ojos se le llenaban de lágrimas.

–¡Ah –suspiraba juntando las manos–, era una santa! No pensaba más que en mí. Durante diez años vivió en un sótano húmedo alimentándose de pan y té. Vendía huevos por las calles, ¡y lo que tuvo que luchar para que yo me hiciera médico! Era algo terrible. ¡Cuántas veces, harto ya de aquello, quise tirarlo todo por la ventana! Tales sacrificios me parecían inútiles. Después de todo, ¿qué más da ser médico o no? ¿No vale más la vida de una madre? Pero ella me hizo continuar. ¡Qué madres estas madres judías! Se esclavizan, sufren, nunca pierden la esperanza. Por fin me hice médico.

Y ella se murió. Ahora hace cinco años. ¡Pobre madre mía! ¿Valía la pena?

–Claro que valía la pena –dijo mi propia madre resueltamente–. En su tumba está orgullosa de ver a su hijo doctor.

–Sí –dijo el doctor Solow tristemente–, yo sé que lo está. Eso es lo peor de todo. Pero yo no estoy orgulloso de ser doctor. Aun ahora me gustaría echarlo todo a rodar. Sufro mucho. El East Side es demasiado grande para que un médico lo cure. ¡Me siento tan impotente!

–Tiene usted un corazón demasiado blando –dijo mi madre.

–Lo sé –dijo el doctor–. ¿Pero qué le voy a hacer? A mí me gustaría ser labrador, eso sí. Debía haber más judíos labradores.

Mi padre, asombrado de esto, rompió a hablar.

–¿Cómo? ¿Un médico trabajando con las manos como un campesino? Permítame decirle, doctor Solow, que semejantes ideas son casi ateas. Lo que usted necesita es casarse y tener chicos. Y también dejarse la barba; eso le ayudaría a hacer dinero, como al doctor Axelrod.

–¡Una barba, una mujer, dinero! –suspiró humorísticamente el joven doctor, alzando las manos–. Amigos míos, cuando por el East Side corra leche y miel, en vez de grasa y basura, entonces tendré yo barba, mujer y dinero.

A mis padres les era difícil entender a este doctor tan poco orgulloso de sí mismo. Necesitaban reverenciar a los doctores.

## 6

Fue un invierno cuando mi tía Lena apareció una noche con una maleta. Pálida y cansada, se dejó caer en una silla.

–Estoy en huelga, Katie –dijo–. ¿Puedo quedarme aquí, con vosotros?

–Desde luego –respondió mi madre–. Nosotros andamos muy mal, pero tú siempre puedes quedarte aquí.

–Al menos tendré donde dormir –dijo mi tía.

Engulló la cena que mi madre le puso delante. Mi madre, al verla comer con tal ansia, le dijo, en tono de reproche:

–Has pasado hambre, Lena.

Mi tía se encogió de hombros.

–¿Por qué no? –dijo–. La mayor parte de nosotros pasamos hambre. Eso es lo que una huelga significa. Pero la unión es antes que todo.

Mi padre, aquel pobre tan recto y tan conservador, dio un salto y se puso en acción inmediatamente.

–¿Una unión? –gritó–. ¡Malditas sean las uniones! Yo no creo en semejantes majaderías. ¡En América cada cual debe hacer su fortuna, sin ayuda de nadie!

–¿Has hecho tú la tuya? –preguntó mi tía tranquilamente.

–¡No! –bramó mi padre, dando un golpe en la mesa con el tenedor–. ¡Todavía no! Todo lo que yo necesito son trescientos dólares, para montar de nuevo mi fábrica de tirantes. ¡Lo has de ver, Lena!

–¡Ojalá! –murmuró mi tía.

–Pues bien, imaginemos –continuó mi padre impetuosamente– que yo he hallado los trescientos dólares y he abierto mi fábrica. ¡All right! Imaginemos que, trabajando de firme durante diez años he hecho mi fortuna. ¡All right! Imaginemos que después uno de esos vagos de la unión, un socialista, un librepensador, viene a mí y me dice: Mr. Gold, usted es un hombre rico, deme la mitad de su fortuna. Entonces, ¿qué? ¿Crees tú que yo se la iba a dar?

–No –respondió mi tía sonriendo–, debes guardártela. ¿Se van a morir de hambre los millonarios? Tenéis también vuestros derechos.

–Cierto –exclamó muy indignado el pobretón de mi padre.

Luego se dio cuenta de que mi tía le estaba tomando el pelo, y, malhumorado, no volvió a abrir el pico durante el resto de la comida. Pero a la noche siguiente se armó entre los dos una

discusión feroz, que continuó todas las noches mientras mi tía vivió con nosotros.

¡Con qué descaro y con qué vehemencia contestaba a mi padre! Ya no era la tímida emigrante de antes. La explotación en las fábricas la había endurecido. Su rostro había perdido su ingenua belleza. La falta de salud le había puesto la tez amarillenta, áspera y tirante.

Estaba más delgada, tenía arrugas. Los talleres avejentan a las personas prematuramente. Pero su inteligencia se había desarrollado en la lucha. Nos dejaba asombrados a todos con su elocuencia, su valor y su dignidad. Y sus ojos eran todavía hermosos.

Mi tía se levantaba a las cinco todas las mañanas, y se iba a la calle sin desayunar. La huelga la tenía ocupada hasta bien entrada la noche. Nunca dormía más de cuatro o cinco horas. Una noche volvió a casa con la cabeza vendada. Los bandidos italianos y un policía irlandés, pagados por los patronos judíos, la habían atacado.

–¡Pero cómo les arañamos la cara! –decía riendo–. ¡Se van a acordar de nosotras!

Mi madre se quedó horrorizada. Suplicó a mi tía que no se metiera más en jaleos. Pero mi tía sonrió.

–Es la guerra –decía–, y siguió, como de costumbre, saliendo todas las mañanas.

¡Cuántas noches se alegraba la vida porque el doctor Solow entraba precisamente a la hora de cenar con las manos llenas de paquetes!

Nos decía que los abriésemos, y, ¡uy!, allí encontrábamos rosbif, y pepinillos, y salchichón, y torta de queso y muchas otras cosas ricas. Y teníamos una fiesta.

A su manera, el doctor Solow se enamoró de mi tía Lena. Quería casarse con ella. Ninguno de nosotros lo sabía, ni siquiera mi tía, hasta cierta noche en que el doctor cenó con nosotros. Habíamos llegado al té, cuando, de pronto, dejó de hablar y fijó los ojos en mi tía. Se quedó mirándola largo rato. Ella se cohibió, pero hizo como que no se daba cuenta. Los demás no lo interrumpimos. Le conocíamos bien: era una de sus frecuentes distracciones. Estaba mi padre en medio de una frase, cuando el doctor Solow salió de su ofuscación tan repentinamente como había caído.

–Lena –dijo, tratando de alcanzar la mano de mi tía a través de la mesa–. ¿Quiere usted casarse conmigo?

Mi tía se quedó atónita ante esta inesperada salida. Y lo mismo todos nosotros.

–¿Cómo? ¿Casarme con usted? –repitió mi tía, retirando la mano.

–Sí –dijo el doctor tranquilamente–; es ridículo que yo continúe soltero. Usted, Lena, es la primera mujer a quien creo amar.

Mis padres no cabían en sí de gozo. Pero mi tía se ruborizó y balbuceó:

–No.

–¿Por qué no? –insistió el doctor, mirándola con sus ojos penetrantes y distraídos. ¿Es que no le gusta, Lena?

–Sí que me gusta –dijo mi tía calmosamente–. Es usted un hombre bueno. Todo el mundo lo quiere y le respeta. Pero yo no puedo casarme con usted.

–Deme usted una razón al menos –insistió el doctor.

–No puedo casarme con usted –repitió mi tía.

Mi padre apuró su taza de té con evidente disgusto.

–¿Para qué ha de dar una razón? –preguntó sarcásticamente–. Es una princesa real, sabe usted, y, todas las semanas, cientos de doctores, abogados, profesores y millonarios, le hacen proposiciones matrimoniales, y ella las rechaza.

–Cállate –dijo mi madre.

Mi tía se levantó de la mesa con los ojos llenos de lágrimas.

–¿Tengo que decírselo a todos? –balbuceó.

El doctor Solow se puso en pie de un salto.

–¡No, claro que no! –exclamó–. ¡Yo soy un tonto, un tonto!  
¡Me estoy dando cuenta de lo torpe y de lo tonto que soy, Lena!

¡Declararme a usted durante la cena! ¡Estas distracciones mías!  
¡Perdóneme usted, Lena!

Después, el doctor se golpeó la frente con los puños y, encasquetándose el sombrero, se dispuso a salir de la habitación.

–¡Soy tan torpe para todo! –exclamó.

Mi tía Lena lo detuvo.

–Siéntese –le dijo afectuosamente–. No se avergüence, doctor Solow; lo que sucede es que peca usted de honrado. Le diré las razones para no casarme con usted. No tengo nada que ocultar. Estoy enamorada de otro hombre. Es uno de los directores de la huelga. Ahora está en la cárcel.

–¡Vivan las uniones! ¡Abajo los explotadores! –gritó súbitamente el doctor.

Y, después, nos espetó un discurso. Se olvidó de que estaba enamorado. Mi padre se quedó apabullado al principio; luego, se animó. Defendió los derechos de los millonarios, en contra del entusiasta doctor. Mi madre, mi tía, Mendel Bum y alguno de los vecinos metieron baza, y hasta yo tomé parte en la calurosa discusión, que duró hasta las tres de la mañana.

## XVIII. EL ALMA DE UN CASERO

### 1

EN EL EAST SIDE la gente compraba los comestibles en cantidades mínimas: tres centavos de azúcar, cinco centavos de mantequilla, tantos centavos de tal cosa. El buen pan moreno, cuyo olor evoca la mies, se parte en dos rebanadas, que se venden a centavo. Pero aquel invierno hasta los centavos escaseaban.

En Wall Street reinaba el pánico. Había multitud de obreros sin trabajo, huelgas, suicidios y motines de hambrientos. Las prostitutas vagaban por nuestra calle como lobas; jamás había habido tanta competencia entre ellas.

El mundo entero se helaba. El sol se desvanecía en el lívido cielo gris. Las calles chorreaban nieve y lodo. Había cientos de embargos. Yo bajaba por una calle, entre paredes húmedas. Llevaba los pies empapados. El viento me azotaba la cara. Divisé un montón de muebles ante la puerta de una casa de vecindad:

mesas, sillas, un barreño lleno de cacharros y ropas de cama, una escoba, un tocador, una lámpara.

La nieve lo cubría todo. La nieve caía también sobre una pobre familia, un judío pequeñín, su mujer y tres chicos, que formaban triste grupo junto a sus bienes. Habían colocado un platillo en una de las mesas. Una vieja, con la cesta de la compra al brazo, murmuró una plegaria al pasar y dejó un penique en el platillo. Otras personas hicieron lo mismo. Cada vez la familia desalojada bajaba los ojos con vergüenza. No eran mendigos sino personas “respetables”. Pero si caían en el platillo bastantes peniques quizá pudieran alquilar otro piso. Esta era la única esperanza que les quedaba.

Invierno. Construyendo una mañana un fuerte de nieve, nosotros, los chicos desenterramos una camada de gatitos que, con su madre, habían perecido helados. Los pequeños no habían abierto los ojos. Nacieron en este mundo, pero no llegaron a verlo.

Otros muchos perros y gatos se murieron de frío. También se encontraron muertos en los portales y en los muelles varios hombres y mujeres. Mary Sugar Bum acabó sus días en un callejón. La hallaron medio desnuda, apretando entre sus dedos azules una botella de whisky. Esta fue su última aventura “amorosa”.

Los caballos resbalaban en el pavimento helado, y allí se quedaban horas y horas con las patas rotas, hasta que llegaba un policía y les pegaba un tiro.

Los chicos hicimos un hombre de nieve. Los ojos eran dos carbones, la nariz una patata. Le pusimos un sombrero viejo y un zuro de maíz a guisa de pipa. Tenía los brazos en cruz, y en uno sostenía una escoba, en otro un periódico. Este monigote, con sus ojos de asombro y su mueca de idiota, nos divirtió toda una tarde. A la mañana siguiente le encontramos extrañamente alterado. Le habían arrancado los ojos y la nariz. Tenía la cara destrozada como una víctima de la guerra. ¿Quién había hecho esta mala pasada? El viento del invierno.

## 2

La viuda de Rosenbaum tenía una tienda de comestibles en nuestra calle. Era viuda y vivía con sus cuatro chicos en dos habitaciones que había detrás de la tienda. Trabajaba desde el alba hasta media noche esta mujerona desaliñada, que no se peinaba nunca y que siempre estaba gruñendo, refunfuñando y quejándose de sus achaques. A veces se ponía nerviosa y chillaba a sus chicos y les pegaba. Pero tenía muy buen corazón, y aquel invierno sufrió mucho. Todo el mundo estaba pobre y ella era demasiado buena para no dar los comestibles a crédito.

–¡Es una locura hacer esto! –refunfuñaba en su helada tienda–. ¡Soy una tonta! Pero cuando viene una chica por pan, y yo tengo pan y sé que su familia se está muriendo de hambre, ¿cómo voy a negárselo? ¡Y, sin embargo, debo pensar en mis hijos! ¡Me estoy arruinando! ¡La tienda se está quedando vacía! ¡No puedo pagar las cuentas!

Era muy buena. La bondad es una forma de suicidio en un mundo basado en la ley de la competencia. Un día vimos los resultados de la bondad. Las autoridades embargaron la tienda de la viuda de Rosenbaum. Desmontaron los estantes y las lámparas, se llevaron cubos de manteca, latas de petróleo, sacos de arroz, de harina y de patatas.

La viuda de Rosenbaum se quedó allí contemplando su propio funeral. Tenía toda la cara hinchada de llorar a gritos, como si le dolieran las muelas. El aturdimiento la hacía parpadear. Sus hijos, agarrados a sus faldas, se desgañitaban llorando. La nieve seguía cayendo; de la turba de curiosos salían murmullos de compasión; un policía daba vueltas a su bastón.

No sé lo que luego le sucedería a aquella pobre mujer. Quizá la ayudaron las sociedades benéficas, quizá murió. ¡Oh, dispéptico y dorado Dios de América, estabas de mal talante aquel invierno! Éramos pobres y tú nos castigaste duramente por este pecado, que es el peor de todos.

Mi padre estaba en cama otra vez. Todos los huesos de los pies le hacían daño. Su enfermedad crónica recrudeció. Tenía dolores en los riñones y en el pecho.

Siempre estaba deprimido. Su única distracción era leer los periódicos judíos y hablar por la noche de los suicidios, de los robos, de los crímenes y de las catástrofes que contaban los periódicos.

–¡Esto se acaba! –decía mi padre–. ¡Los hombres se vuelven lobos! ¡Pronto se comerán los unos a los otros! ¡Demolerán las ciudades y destruirán el mundo a sangre y fuego!

–¡Bébetete el té! –decía mi madre–. Dios está todavía en el mundo. Tú te pondrás mejor y trabajarás y te divertirás. No hay que perder los ánimos.

Mi padre, con el temor del inválido, se irritaba y se ponía nervioso por todo.

–¿Y si nos desalojan, Katie?

–No nos desalojarán mientras yo tenga dos manos para trabajar –decía mi madre.

–¡Pero yo no quiero que trabajes! –gritaba mi padre–. ¡Esto deshace nuestro hogar!

–¡No lo deshace! –decía mi madre–. Tengo tiempo y fuerzas para todo.

## 4

Al principio, mi madre había tenido miedo de trabajar en un restaurante entre cristianos. Pero a los pocos días se había amoldado fácilmente a la vida de la poliglota cocina, y aprendió a regañar y a tratar como hijos a los polacos, alemanes, italianos, irlandeses y negros que trabajaban allí. Todos la querían, y pronto empezaron a llamarle “mami”, lo cual la llenaba de orgullo.

–Teníais que haber oído a Joe, un negrazo que lava platos, que viene a mí y me dice: “Mami, me voy a marchar. Todos están contra mí porque soy negro”, dice. “El mundo entero está contra nosotros, los negros”. Entonces yo le dije: “Joe, yo no estoy contra usted. No sea tonto, no se vaya usted a vagabundear por ahí otra vez. Lo que pasa es que usted es un gandul. Si trabajase más, los otros lo querrían también”. Entonces me dijo: “Bueno, mami, me quedaré”. Esto es lo que pasa en el restaurante. Todos me llaman mami, hasta los negros.

Era un restaurante grande y caro, para hombres de negocios, situado en la parte baja de Broadway. Mi madre, ayudante del primer cocinero, pelaba y limpiaba toneladas de vegetales. Ganaba siete dólares a la semana.

Se levantaba a las cinco, nos hacía el desayuno y, después, tenía que andar una milla para llegar al sitio donde trabajaba. Volvía a casa a las cinco y media; hacía la cena, limpiaba las habitaciones y no paraba un momento hasta la hora de acostarse. El ver a su mujer trabajando a sueldo hería el orgullo masculino de mi padre. Pero a mi madre le gustaba: le producía gran satisfacción ganar dinero y le gustaban las peleas del restaurante.

¡Qué madrecita de mi alma tan incansable! ¿Por qué tendría que andar siempre peleándose? ¿Por qué se empeñaba en dar a mi padre otra nueva variedad de jaqueca con los relatos de sus batallas por la “justicia” en el restaurante? El encargado era un sueco, rubio y gordo, con bigotes a lo Káiser y maneras a lo Mussolini. Todos los empleados temían a este tirano con cuello de toro; todos, excepto mi madre. Ella le ponía “los puntos sobre

las íes”. Cuando la carne estaba podrida, cuando los fregaderos estaban atorados y olían mal, cuando los pinches estaban reventados de trabajar, se lo decía claramente. Le reñía como si fuera su hijo, y él la escuchaba sumisamente. Los demás empleados tomaron la costumbre de dar sus quejas a mi madre, y ella se las trasladaba al encargado sueco.

–Es que me necesita –decía mi madre vanidosamente–. Por eso me tolera que le riña. Soy una de las que más trabajan; puede confiar en mí cuando hay prisas. Y él sabe que yo no soy como los otros; trabajan en la cocina un día o dos, y después se van; pero yo me quedo. Por eso tiene miedo de despedirme, y yo le canto claras las verdades.

Era uno de esos restaurantes postineros, con flores en las mesas, un cuarteto de cuerda a la hora del lunch, y otras virguerías. Pero a mi madre nada de esto le inspiraba respeto. Nunca probaba el lunch que servían allí a los empleados, y se llevaba de casa dos bocadillos de queso.

–La comida aquí es estiércol, buena para cerdos –le decía descaradamente al encargado.

Y una vez me hizo prometer que, cuando fuera grande, no comería nunca albondiguillas en un restaurante.

–¡Júramelo, Mike! –me dijo–. ¡Comer albondiguillas, nunca, nunca!

–Lo juro, mami.

–¡Es veneno! –continuó con vehemencia–. Les trae sin cuidado envenenar a la gente, con tal de sacar dinero. Lo he visto con mis propios ojos. Si pudiera escribir inglés, mandarí­a una carta a todos los periódicos.

–¡No te metas en camisa de once varas! –gruñó mi padre–. Deja a los americanos. Es su país, son sus albondiguillas.

Nuestra casa no era más que un montón de maderos podridos y de ladrillos. Era un barco viejo en su último viaje. Durante los temporales de invierno, todas sus grietas se abrían y el viento y la nieve entraban por ellas. El yeso andaba siempre cayéndose, las escaleras estaban rotas y sucias. Aquel invierno se helaron cinco veces las cañerías y, al reventar, el agua salía a chorros. En los techos había goteras. Nos quedábamos días y días sin agua. Las mujeres tenían que traerla de la calle. Subían y bajaban las escaleras gruñendo, cargadas de cubos llenos hasta el borde. En diciembre, cuando míster Zunzer, el casero, vino a cobrar el alquiler, algunos de los vecinos le dijeron que debía arreglar la cañería.

–La semana que viene –murmuró entre dientes.

–¡La semana que viene! –dijo mi madre con sarcasmo cuando se hubo marchado–. ¡Doce veces nos ha dicho lo mismo el muy canalla! ¡Así le coman los piojos la semana que viene! ¡Así se trague los dientes postizos la semana que viene y se ahogue!

Varios inquilinos quisieron mudarse, pero no encontraron piso. Los baratos estaban siempre alquilados, los mejores eran demasiado caros. Además, no era fácil mudarse: costaba dinero y significaba separarse de los antiguos vecinos.

–Las casas de vecindad son las mismas en todas partes, los caseros igualitos –decía una mujer–. Hoy he visto sitios donde ni una irlandesa querría vivir, y los alquileres más caros que aquí.

Hacia fines de enero, durante una racha catastrófica de nieve, hielo y escarcha, las cañerías reventaron otra vez, y

durante varias semanas todo el mundo sufrió la falta de agua: las criaturas, los viejos, los enfermos. Los vecinos estaban indignados. Se reunían en los pasillos y sostenían furiosas conversaciones. La señora de Cracauer propuso que se enviara una queja a la Dirección de Sanidad. La señora Schuman dijo que era inútil, pues la Dirección de Sanidad pertenecía a Tammany Hall y el casero tenía influencia allí.

La señora de Tannenbaum explotó, como una bomba, de emoción judía. Era más enredadora que mi madre, un hipopótamo pequeño, rechoncho e histérico, con una voz que rompía el tímpano.

–¡Vamos a mudarnos todos a la vez! –chillaba–. ¡Tomar las hachas, picar las paredes, romper las ventanas y, a largarse!

–No –decía mi madre–; yo sé un procedimiento mejor.

Entonces y ahora, en el East Side, ha habido huelgas de inquilinos contra los caseros. Los inquilinos del East Side, estoy seguro, han sido siempre los que han hecho pasar a los caseros más noches de insomnio. Mi madre propuso una huelga. Las vecinas aceptaron la idea con entusiasmo. Durante varias semanas no hablaron de otra cosa. Se decían la una a la otra cómo iban a insultar al casero cuando viniera a cobrar el alquiler.

–Yo le escupo en la cara –dijo la señora de Tannenbaum– y le digo que me bese el trasero. Y después le doy con la puerta en las narices. ¡Vaya si lo hago!

Por toda la casa de vecindad se sentía esa tensión febril que precede a una batalla. Se contaban los días que faltaban hasta el primero de febrero, fecha en que el amo vendría con el recibo. ¿Qué haría? ¿Qué diría?

La hora llegó. La señora de Tannenbaum, aquel hipopótamo de ojos feroces, fue la primera inquilina a cuya puerta llamó el casero. Ella abrió tímidamente, pagó el alquiler y no dijo palabra. Su marido le había prohibido armar escándalo. No quería la molestia de una mudanza. La siguiente inquilina, la señora de Schuman, que vivía en el cuarto de enfrente, se quedó tan asombrada de esta traición a la causa, que pagó la renta también. Todos los demás pagaron, excepto mi madre, que se encaró con el casero valientemente y le dijo con voz clara para que todo el mundo la oyese:

–Primero arregle usted las cañerías, Mr. Zunzer, y, después, yo le pagaré el alquiler.

Mr. Zunzer se quedó mirándola con sus ojos saltones. Durante un minuto no pudo hablar de rabia. Luego, tirándose de su estropajosa barba roja, dijo:

–¡La pondré a usted en la calle! ¡Enredadora! ¡Ya sé quién es usted! ¡La que ha tratado de hacer aquí una huelga de inquilinos!

–Sí –dijo mi madre fríamente–. Y usted ha asustado a los otros para que paguen, pero a mí no me asusta usted.

–¿Que no? –gritó el casero–. Ya lo veremos. ¡Mañana llamo a la autoridad y le pongo los muebles en la calle!

–¡No! –dijo mi madre–. Primero tiene usted que llevarme al Juzgado. ¡Sé cuáles son mis derechos!

–¡Bah, sus derechos! –dijo el casero–. Yo puedo hacer lo que me dé la gana en este distrito. Tengo influencia en Tam– many Hall.

Mi madre se puso en jarras y le preguntó tranquilamente:

–¿Pero con Dios tiene usted influencia, Mr. Zunzer?

Mr. Zunzer se quedó desconcertado por esta salida. Trató de contestar con altanería.

–No me hable usted de Dios –dijo–. Yo voy a la sinagoga más a menudo que usted y su marido juntos. Y doy doce veces más dinero.

–Todo el mundo sabe que tiene usted dinero –dijo mi madre sin alterarse–, hasta el Ángel de la Muerte. Algún día vendrá él por todo su dinero, Mr. Zunzer.

El casero palideció. Estaba temblando. Trató de hablar, pero las palabras se le atragantaban. Tomó un aspecto extraño, como si estuviera a punto de desmayarse. Luego se rehízo y se marchó. Mi madre dio un portazo y se echó a reír con todas sus

ganas. Corrió a la ventana del patio y llamó a la señora de Ashkenazi y a las demás vecinas, que habían estado escuchando la discusión desde sus casas.

–¿Han oído ustedes cómo le he leído la cartilla al casero? ¿No le he dado lo que se merece?

–¡Loca! –gritó mi padre desde la alcoba–. ¿Dónde nos vamos a ir cuando nos eche a la calle mañana?

–No nos echará –dijo mi madre confidencialmente–. Le he asustado, se lo conocí en los ojos.

Mi padre la miró despectivamente. ¿Quién había visto nunca un casero que tuviera miedo de sus inquilinos? Pero esta vez fue verdad; el casero no nos volvió a molestar. Compuso las cañerías. Después mandó un agente a cobrar. No las tenía todas consigo. Mi madre había estado acertada al hablarle del Ángel de la Muerte.

Mr. Zunzer era supersticioso. Su mayor miedo era que los ladrones entraran en su casa una noche y lo mataran para robarle su dinero. El doctor Solow nos contó la historia una noche.

## 6

–Cuando Mr. Zunzer vino a América –empezó el doctor Solow– andaba por las calles con una bandeja, vendiendo corbatas, cordones para los zapatos, botones para cuellos. Era muy pobre.

Dormía sobre un colchón en el húmedo sótano de un zapatero remendón y vivía de pan seco y arenques. Sufrió y pasó hambre durante cinco años. Y así se le puso esa cara amarilla que tiene... Cada penique que caía en sus manos lo guardaba como un avaro. Metía los nickels y los dimes en una bolsa que ocultaba en una hendidura, debajo de su colchón. No vivía tranquilo. Las ratas corrían por su cara mientras dormía. No le molestaban tanto como los temores de perder su dinero... ¡Qué sagrado era para él! Era dinero para traer de Europa a su mujer y a sus hijos. Pasaba hambre por ellos. Lloraba de noche pensando en ellos. El dinero no era dinero: era su familia, su paz, su felicidad, su vida y su muerte... Una noche le robaron este dinero de debajo del colchón. Eran los ahorros de tres años. Mr. Zunzer estuvo a punto de volverse loco. Pasó meses enfermo en un hospital. Se negaba a comer. Quería morir. Pero sacó fuerzas de flaqueza y comenzó a ahorrar otra vez. A los dos años pudo traerse a su mujer y a sus hijos... La felicidad no vino con ellos. Mr. Zunzer se había acostumbrado a ahorrar dinero. Era un avaro. Escatimaba a su mujer y a sus hijos hasta lo más necesario. Les daba poco de comer. La mujer cayó enferma; él no quiso gastar en médico. La pobre murió. Luego se peleó con el dueño de la funeraria a causa del precio del entierro. Siempre estaba pensando en el dinero... Sus hijos llegaron a odiarle por su avaricia. Uno por uno lo fueron abandonando. El mayor se hizo ladrón. El segundo se alistó en el ejército. La chica desapareció... Mr. Zunzer se quedó solo. Ahora es rico, tiene una casa de empeños y varias de vecindad. Pero él sigue viviendo de arenques y pan seco y ahorra los centavos como un avaro. Es una enfermedad...

Le dan ataques –continuó el doctor Solow después de una pausa–. Cada tres o cuatro meses me llama para que vaya a

verlo. Le encuentro revolcándose por el suelo. Se golpea la cabeza contra los muebles, se corta la cara con los platos que caen. Grita que los ladrones le están matando para robarle su dinero. Yo le hablo tranquilamente para calmarle. Le doy una medicina. Enciendo el gas para demostrarle que allí no hay ladrones. Me quedo con él toda la noche, hablándole como si fuera un chico... Hace unos diez años, un trapero que él conocía fue asesinado y robado por unos ladrones. Desde entonces, Mr. Zunzer tiene miedo de que le suceda a él lo mismo. “Atienda”, le digo yo, “tiene usted que dejar de preocuparse del dinero. Se va a volver usted loco, míster Zunzer”. Él se retuerce las manos, solloza y me contesta: “Sí, doctor Solow, me voy a volver loco. Pero no lo puedo remediar, lo llevo en mi sangre, en mi corazón. ¿Puedo cortarme el vicio con un cuchillo?” Yo le digo que hay otros procedimientos. “¿Qué procedimientos?”, solloza Mr. Zunzer. “¿Voy a tirar mi dinero al río? ¿Voy a dárselo a la sinagoga? ¿De qué serviría? ¿Cómo es posible vivir sin dinero? Y si los demás luchan por el dinero, ¿no tiene uno que luchar también? El mundo entero padece esta enfermedad, doctor Solow, no soy el único...” Y yo no sé qué contestarle. Se morirá en uno de esos ataques. Su dinero desaparecerá por una alcantarilla. A veces, me da lástima; no es sólo culpa suya. Es una enfermedad del mundo. Hasta nosotros, los que no somos avaros, la padecemos. ¡Qué feliz sería el mundo si no existiera el dinero! Sin embargo, ¡qué se le va a hacer!

Mi madre, que durante la historia de la enfermedad de Mr. Zunzer había estado moviendo la cabeza con muestras de conmiseración, dijo:

–¡Pobre hombre! ¡Quizá necesite otra mujer!

¡Qué madre, la mía! Podía sentir lástima de cualquiera, incluso de un casero.

## 7

Sin embargo, aquel invierno se volvió a pelear con el casero. Se debía el alquiler, y, por una coincidencia, mi hermano, mi hermana, mi madre y yo necesitábamos zapatos. Teníamos los viejos hechos trizas y era imposible remendarlos más. Mi madre decidió empeñar la sortija de diamantes de la familia, la que mi padre había comprado en una época de prosperidad.

Fui con mi madre a la casa de empeño de Mr. Zunzer. Durante el verano tenía mamparas de mimbre como una taberna. Ahora entramos por unas puertas de pesadas cortinas que no dejaban pasar la luz del día.

Era un tenducho sucio y lleno de trastos, que olía a alcanfor. Había allí unas cuantas figuras melancólicas del East Side. Las paredes estaban cubiertas de extraños objetos: guitarras, palas, mantas, relojes, cortinas de encaje, ropa blanca y muletas, miserables trofeos de la derrota del pobre.

Mr. Zunzer aceptaba todo lo que valía más de veinticinco centavos, desde la dentadura postiza de un viejo hasta los pañales de una criatura. La gente estaba segura de desempeñar estos modestos objetos. Si hacía diez centavos en cada

transacción se quedaba satisfecho, porque allí los había a centenares. Al final de la semana hacían una respetable suma.

Se decía en la vecindad que también compraba cosas robadas por los rateros.

Nosotros esperábamos que nos tocara el turno. Un viejo jornalero irlandés, de ojos azules y cara sonrosada, trataba de empeñar unas herramientas. Estaba borracho y pedía que le diesen un dólar. Mr. Zunzer le dio solamente medio dólar y le dijo: “¡Largo de aquí!”. El irlandés salió riendo y cantando camino de la taberna.

Una mujer pequeña y sucia empeñó un coche de niño. Un judío barbicano empeñó su libro de rezos y una túnica. Una mujerona polaca, de cara hinchada y sudorosa, empeñó un acordeón. Una muchachita empeñó unas colchas. Luego llegó nuestro turno.

El casero vestía en la tienda de empeños gabán negro de alpaca y gorro. Estaba acurrucado en una banqueta detrás del mostrador. No veíamos más que su cara de ruin y sus ojos saltones; parecía una araña en acecho. Tomó la sortija que le entregó mi madre, se encajó un lente en un ojo y la estudió directamente a la luz del gas.

–Diez dólares –dijo bruscamente.

–Necesito quince –dijo mi madre.

–Diez dólares –dijo el casero.

–No, quince –dijo mi madre.

Levantó la cabeza irritada y se quedó mirándola con sus ojos miopes. La reconoció en la penumbra del tenducho.

–Es usted mi inquilina, ¿verdad? –preguntó–, la que me causó todo aquel trastorno.

–Sí –dijo mi madre–. ¿Y qué?

El casero sonrió amargamente.

–Nada –murmuró–, pero esté usted segura de que acabará mal.

–No peor que usted –dijo mi madre–. ¡Así se vea comido de viruelas!

–¡No me insulte usted en mi propio establecimiento! La voy a mandar a la cárcel. ¿Qué quiere usted aquí?

–Ya se lo he dicho –replicó mi madre–. Quiero quince dólares por esta sortija.

–Vale sólo diez –dijo el casero.

–A mí me tiene usted que dar quince –dijo mi madre descaradamente.

El casero palideció. Miró a mi madre lleno de temor. Ella conocía su secreto. Mi madre le desconcertaba y le alarmaba con su osadía. Estaba acostumbrado a gentes que se sometían.

Extendió una papeleta por la sortija y le dio a mi madre los quince dólares. Volvió a casa jactándose de su victoria. Al día siguiente compró zapatos para mi hermano, para mi hermana Esther y para mí. Se le olvidó comprar los suyos. Así arreglaba ella las cosas, generalmente.

## XIX. LOS JÓVENES VENGADORES

### 1

INVIERNO. Ropas de abrigo, zapatos fuertes, carbón, comida, tantas necesidades costosas.

Invierno. Un mendigo ciego en el patio, la cara levantada hacia el cielo nevoso, cantando las indecencias de los music-halls judíos. Es un viejo ronco y paciente. La gente le tira peniques o mendrugos de pan envueltos en periódicos.

Invierno. Chicos, viejos y mujeres luchan como perros hambrientos junto a un edificio a medio acabar. Dan de balde la madera sobrante. Una vieja flaca arrastra un pequeño trineo atestado de leña, tropieza, cae y se pone en pie trabajosamente. Se suena la nariz con el chal, luego toma otra vez la cuerda y sigue arrastrando el trineo.

Invierno. Vagabundos durmiendo en hileras, como peces muertos, sobre los suelos de las tabernas. Es de madrugada. En el sótano de una trapería cinco judíos viejos, sentados junto a

una lámpara, clasifican trapos. Uno de ellos está comiendo un bocadillo.

Invierno. En un hogar irlandés, sobre la mesa de la cocina, yace un niño muerto envuelto en una toalla. El padre y la madre, sentados al lado, se pelean y vacían una botella de whisky.

Invierno. Una niña italiana está en cama con fiebre. Tiene los ojos hinchados y un pañuelo húmedo atado alrededor de la frente. Pero hay que ganarse la vida. Sentada en la cama hace flores artificiales: lirios, rosas, crisantemos.

Invierno. Demasiados muertos que enterrar en el cementerio Potter. El municipio se ve obligado a colocarlos de tres en tres, uno encima de otro, para “ahorrar tiempo y espacio”, dicen los periódicos.

Invierno. ¡Batallas de nieve! Los chicos bombardeamos a los señores de hongo, serios y obesos, para ver cómo se ponen furiosos. Patinamos por las cuestas, encendemos hogueras en la calle y asamos patatas, hasta que el guardia llega y apaga el fuego.

## 2

Nigger, nuestro cabecilla, organizó una liga secreta titulada “Los Jóvenes Vengadores de Chrystie Street”. Pishtepel, Jake Gottlieb, yo y otros dos éramos, con Nigger, los miembros

principales de la sociedad. Nuestro objeto era vengar cualquier desaguisado que se hiciera a uno de los socios, celebrar reuniones y asar patatas.

Edificamos una casa, con maderas y trastos viejos, en uno de los solares vacíos de Delancey Street, y nos reuníamos allí por las noches.

Entrábamos por un túnel secreto. En la casa, que tenía una chimenea hecha con latas de tomate, había dos sillas, un colchón y una linterna.

Las paredes estaban empapeladas con fotografías de boxeadores y jugadores de baseball, nuestros héroes.

Tomábamos el juramento indio. Nos pinchábamos los pulgares y untábamos el papel con sangre. Luego, con un palo ardiendo, marcábamos en nuestros brazos la estrella mística.

Yo fui el primer miembro a quien hubo que vengar. Un mocetón irlandés que vendía periódicos en Houston Street, esquina de Bowery, me había zurrado varias veces y me había roto los periódicos.

–Chico, si vuelves a pregonar por aquí –me dijo– te asesino.

Los Jóvenes Vengadores me siguieron la pista una tarde. El irlandés, como de costumbre, me acometió como un bulldog. Pero cinco de nosotros caímos sobre él, dando alaridos, y le aporreamos con saña. Le derrotamos. Fue la primera victoria de los Jóvenes Vengadores. Siguiéron otras.

### 3

La familia de Nigger era una de las más pobres de nuestra calle. A Nigger, bajo su torvo gesto de indio, se le veía preocupado. Pero nunca se quejaba; su dolor y su orgullo se manifestaban en una agresividad anormal.

El padre de Nigger trabajaba de sastre. Cosía a mano los trajes más primorosos para las tiendas elegantes de la Quinta Avenida. Esta labor no la podían hacer las grandes fábricas de ropa dedicadas a la producción en serie. Era necesaria la habilidad de un artesano. Pero la ganancia era menor que la paga de una muchacha en un taller de trajes mecánico. Estos artífices no estaban sindicados. Eran pobres emigrantes que trabajaban en sus casas.

Nunca olvidaré la casa de Nigger, aquel lugar donde se manufacturaban tantos trajes caros para jueces, banqueros y grandes industriales americanos.

Nigger sentía vergüenza y no permitía que ninguno de los chicos fuéramos a visitarle. Pero un día mi madre trajo del restaurante una caja de huevos. Se hubiera indignado si alguien hubiera dicho que los había robado. Los había, simplemente, tomado. El restaurante era rico, tenía carretadas de huevos. ¿Cómo iban a echar de menos una docena o dos? Así que me mandó llevar la mitad de la caja a la familia de Nigger.

Entré en una habitación sucia, alumbrada por gas. Vi dos cuartos más pequeños contiguos a éste, dos cuchitriles grises

lentos de telarañas. Allí no se podía dar un paso. Había camas por todas partes. En aquel piso vivía una familia de siete personas.

En un rincón, tendido sobre una colchoneta, lloriqueaba un niño enfermo. Junto a su cara había un orinal. La temperatura de aquella casa era insoportable. Nigger estaba echando en la estufa unas maderas que acababa de traer de la calle.

Esparcidos por los suelos se veían juguetes, periódicos, pedazos de tela y adornos de pasamanería. En las paredes, de un verde venenoso, colgaban tres calendarios. Uno era un cromó, que representaba a Teddy Roosevelt atacando la colina de San Juan, la obra de arte más popularizada por aquella época. Había también una ampliación fotográfica con un marco dorado, todo manchado por las moscas. Representaba a los padres de Nigger el día de su boda: ella en pie, con su blanco velo de desposada y su ramo de flores; él vestido de negro y sentado en actitud solemne junto a una mesa.

La fotografía había sido tomada durante su primer año de residencia en América. Las caras eran jóvenes, ingenuas, caras de campesinos europeos.

La cara que el padre de Nigger volvió hacia mí representaba quince años más. Era una calavera, de pómulos puntiagudos y de nariz descarnada como la de una momia. Sus ojos eran grandes y extraños. Me recordaban los de un perro que yo había visto agonizando en la calle.

–¿Qué quieres? –preguntó el padre de Nigger con voz áspera.

Estaba sentado sobre una mesa, con las piernas cruzadas, en la postura característica de los sastres. Cosía, a la luz de un mechero de gas, un costoso abrigo. Tenía un trapo sucio atado al cuello y una toalla arrollada a la frente. Dios le había dado un cáncer. El tenue y enfermizo olor a violetas que despedía se mezclaba en la habitación con la peste a suciedad, madera vieja, orinales, sábanas, platos grasientos y desesperación.

Los ojos del sastre y su voz ronca me aterraban. Creí que se había enojado. Yo no podía respirar en aquel cuarto tan caliente. Me sentía oprimido sin saber por qué. Quería marcharme.

El sastre me sonrió, moviendo bondadosamente la cabeza.

–¿El gato te ha comido la lengua? –preguntó–. ¿Qué hay, pequeño?

La aguja entraba y salía rápidamente, cosiendo un gabán de millonario y perfumándolo con el aroma de un cáncer de pobre.

Yo seguía mudo. Nigger avanzó hacia mí con los puños apretados, como si quisiera pegarme. En su mirada se leía que le molestaba mi visita.

–¿Qué diablos quieres tú aquí? –dijo–. Desembucha.

Al fin, recuperé mi voz. Le di los huevos a Nigger y tartamudeé:

–Mi madre les manda estos huevos.

Se armó un alboroto. Una mujer pequeña y regordeta salió en kimono del cuarto contiguo, volcando sillas y platos con la

precipitación. Era la madre de Nigger. Me echó los brazos al cuello.

–¡Gracias, querido, gracias! –exclamó asfixiándome con sus besos histéricos–. ¡Ojalá lleguen mejores tiempos para todos nosotros! ¡Ojalá un fuego abraza a nuestros enemigos! ¡No me dejan dormir por la noche, pero yo les escupo a la cara! ¡Les escupo a la cara!

Estas maldiciones me dejaron espantado y aturdido.

–Malka –dijo el sastre a su mujer con dulzura–, estás asustando al chico. Abie, da a tu madre un vaso de agua. Está otra vez excitada.

La mujer se sentó y se enjugó la cara con el delantal. Bebió agua y se quedó jadeando. Nosotros la mirábamos con curiosidad. Por fin, alargó la mano y tomó los huevos. Su voz se había dulcificado.

–¡Qué mujer tan buena es tu madre! –dijo, acariciándome el pelo–. Dile que estamos muy agradecidos. Y tú también eres un buen chico por traernos los huevos. Gracias, rico.

Salí de aquella pequeña casa estremecido hasta lo más hondo de mi alma. Nunca olvidaré aquella escena. Pero para Nigger era lo de todos los días. Su madre hacía, a menudo, cosas raras, que eran la comidilla del vecindario. Estaba medio loca; envenenada por la miseria, se ponía demasiado furiosa. Sólo los resignados son “cuerdos”.

## 4

Lily tenía cinco años más que su hermano Nigger. Era una muchacha atractiva, de tez aceitunada y ojos grandes. La habían sacado muy pronto de la escuela para que hilvanara chaquetas con su madre y otra hermana.

Dos adultos y tres menores trabajaban sin cesar en aquella familia y, entre todos juntos, no sacaban más de doce dólares semanales, por término medio.

Lily odiaba las largas y monótonas horas de trabajo. Solamente se divertía cuando la mandaban a la tienda de la Quinta Avenida para devolver los trajes terminados o para traer los materiales.

Dejaba su fardo en la acera y se ponía a bailar ante cada organillo que encontraba. No podía resistir la tentación. Una vez, su madre la encontró bailando alegremente y la agarró por el pelo.

–¡Monstruo! ¡Conque así pasas el tiempo! ¡Toma y toma!

–¡Pero mamá, yo tengo que jugar alguna vez! ¡Necesito jugar un poco!

–¡Jugar, jugar –chilló la madre–, mientras en casa nos morimos de hambre! ¿Cómo vamos a trabajar si tú, en vez de llevarnos los trajes, te quedas en la calle bailando?

Se puso a pegar a la chica. Lily no quería dejar el organillo. Hubo una escena frenética y desagradable entre la madre y la hija. Por fin, la madre logró someterla, y la chica dijo:

–Bueno, me iré a casa.

Cuando fueron a recoger el lío de ropa que Lily llevaba, vieron que había desaparecido. Un ratero de Bowery, aprovechando el revuelo, se lo había llevado. Probablemente lo vendería por un dólar en alguna casa de empeños. La madre de Nigger perdió la cabeza. Estuvo histérica varios meses. Pero hasta en su delirio trabajaba y hacía a los otros trabajar más aprisa. Era necesario pagar el paquete perdido.

Después de ocurrir esto fue Nigger el encargado de ir a las tiendas. Lily no inspiraba ya confianza. A lo mejor se ponía a jugar otra vez. Pasó años metida en casa, hilvanando chaquetas.

A los quince se rebeló. Se colocó en una fábrica de cajas de cartón. Empezó a usar vestidos largos y se recogió el pelo. Flirteaba con los muchachos en los portales, iba a los bailes y no volvía a casa hasta altas horas de la noche.

Sus padres la regañaban, pero ella replicaba: estaba ganando un jornal, era libre al fin.

Una noche, después de una espantosa trifulca en la que la madre trató de pegar a su hija, Lily tomó la puerta y no volvió más. La madre la buscó por todas partes, pero no la pudo encontrar. Pasaron semanas; Lily no aparecía.

Luego alguien la vio por la calle Catorce, paseando con Luis el Tuerto. Iba empolvada y pintada; balanceando un portamonedas de prostituta. Su nombre no volvió a pronunciarse en casa de Nigger.

Nigger no dijo nada. Pero una noche, durante un mitin de los Jóvenes Vengadores, estando todos sentados alrededor de nuestra fogata, se levantó y dijo:

–Seguidme, compañeros.

Obedecimos. Nigger nos llevó al tejado de la casa donde Luis el Tuerto guardaba sus palomas.

Una vez allí, nos acercamos arrastrando al palomar y rompimos el picaporte.

Degollamos cincuenta palomas.

Batían las alas cuando les cortábamos el cuello, y luego caían silenciosas y sangrientas.

La densa nieve brillaba en el tejado. Los rascacielos parpadeaban en la lejanía. Un gato negro rondaba por la nieve.

Nosotros cuchicheábamos los unos con los otros y luego mirábamos a nuestro alrededor, buscando a Luis. Nuestras manos chorreaban sangre.

Luis el Tuerto debió sospechar que Nigger era el autor del crimen, pero nunca trató de castigarle. Sin embargo, cuando el

muchacho y el hombre se encontraban, se miraban como enemigos.

La hermana de Nigger fue a su casa para ver a los pequeños, a quienes adoraba. Los padres no le dirigieron la palabra.

El padre de Nigger se murió. Lily fue al entierro; pero su madre se negó a hablarle hasta en aquella ocasión.

Lily enviaba el dinero a su familia por correo, y, aunque lo gastaban, nunca respondían a sus cartas.

Una vez, Nigger y yo nos la encontramos en la calle. Ella se echó a reír y trató de hablarnos. Nigger se alejó. Lily murió en un hospital, a la edad de diecinueve años, de lo que el East Side llamaba “la sífilis negra”.

Siete años después, cuando Nigger se hizo hombre, una de sus primeras hazañas de bandido fue matar a Luis el Tuerto.

## XX. EL PRECIO DE LA SANGRE

### 1

EN LA COCHERA de alquiler, la vida y la muerte andaban de la mano. Allí se guardaban coches para bodas y carrozas fúnebres; allí estaba la central del Callahan y Transfer Express.

Los empleados de esta Compañía eran jóvenes irlandeses de tez curtida; los cocheros eran jóvenes judíos de tez curtida.

Entre servicio y servicio, los ciudadanos de estas dos naciones errantes y perseguidas holgazaneaban sentados al sol en un banco. Regañaban, filosofaban y bebían cubos de cerveza.

Su banco estaba a la puerta de la cochera. Siempre había diez o doce cocheros sentados allí, y, por lo menos, una mujer de vida alegre además de una cabra o un perro.

La cochera era un antiguo edificio de ladrillo de cinco pisos, contiguo a mi casa. En verano apestaba, era una dinamo que generaba malos olores. Añadía a las ya pestíferas emanaciones de mi calle el raro hedor del estiércol en fermentación. Esto

hacía la delicia de millones de moscas, pero a mí me emponzoñaba el sueño. Las moscas engordaban en el establo, luego venían de visita a mi casa.

## 2

En las selvas de Sudamérica crecen orquídeas gigantes. Yo las he visto: algunas pesan libras. Su fragancia a estiércol las convierte en imán de millones de moscas. Los indios temen a estas orquídeas, porque las moscas caen a veces sobre un hombre dormido y lo matan. En nuestro establo hacían también sus víctimas, pero nadie se daba cuenta, excepto el joven doctor Solow, que odiaba a las moscas y nos informaba sobre su peligro.

A mí me gustaba ir a los entierros con los cocheros judíos. Era una de las cosas más divertidas en verano. Nathan era un judío grande como un buey, con una cara dura y roja que parecía un pedazo de hierro mohoso. Sus fanfarronadas le habían costado a veces un cardenal o una brecha en la cara.

Era una mañana calurosa y resplandeciente. Tres coches bajaron la rampa de la cochera, camino de un funeral. Luego apareció Nathan, insultando a sus caballos. Yo le pedí que me dejase ir con él. Nathan traía cara de mal humor, pero acertó la marcha. Yo me encaramé en lo alto del pescante, a su lado.

Tres coches y una carroza fúnebre. El entierro de un pobre. Fuimos traqueteando por las calles del bullicioso East Side. Los

tres cocheros bromeaban de coche a coche. Los caballos brincaban y resbalaban. Nathan los maldecía.

–¡Eh, tú, so zorra –gritó en yiddish a su yegua blanca–: estate quieta, o te pego una patada en el vientre!

Tiró de la rienda hasta hacerle sangrar la boca. Pero la yegua estaba nerviosa. Los animales tienen también su genio.

Llegamos a la casa del muerto. Costó muchos insultos echar a los carritos de los vendedores ambulantes. Junto a la puerta se había agolpado la muchedumbre. Los entierros, las bodas, la reparación de las alcantarillas, los accidentes, los incendios y los crímenes pasionales son siempre cebo para la chusma.

Bajaron el ataúd cuatro hombres pálidos con barbas negras. Luego, vestidos de luto, salieron la mujer y los chicos, sollozando tímidamente. Eran tan pobres que no tenían la audacia de llorar a lágrima viva.

Pero algunos de los vecinos lo hacían. Era para ellos un placer. Armaban un griterío espantoso, que se le metía a uno hasta los tuétanos. En sus extrañas lamentaciones, las mujeres del East Side cantan a voz en cuello las virtudes del muerto y la pena de la familia. Se tiran al suelo en una orgía de dolor. Esto desahoga sus corazones, pero es un infierno para los circunstantes.

Luego, el paso del puente de Brooklyn, con el increíble tráfico de Nueva York bajo nuestros pies. El río estaba atestado, era una calle por donde circulaban remolcadores. Gigantescos rascacielos se recortaban en el cielo. El humo de las fábricas tiznaba el aire límpido y azul. Las bocinas bramaban y gemían. Brooklyn, bajo y tranquilo, yacía en el horizonte.

–Es una locura vivir en Brooklyn –dijo Nathan, apuntando con su látigo hacia aquel lado–. ¡Dios!, está más muerto que un cementerio; no hay animación, ni nada. Mira, Mike, ahí abajo. Es el arsenal. Donde tienen los barcos de guerra. Los marineros son un atajo de vagos irlandeses. Yo una vez me peleé con un marinero, y le eché las muelas fuera. Me había llamado judío.

–¿Y no eres judío? –pregunté yo tímidamente, mientras mis ojos voraces se hundían en el panorama.

–Claro que soy judío –dijo Nathan con su ronco vozarrón de hierro–. Y a mucha honra, pero ningún cochino irlandés tiene que ponerme nombres ni llamarme judío.

–¿Por qué? –pregunté.

Yo era muy lógico cuando tenía siete años.

–¿Por qué? –remedó Nathan con desprecio–. ¿Por qué? Le dices a un mocoso cualquier cosa y te pregunta por qué. Los chicos me dan dolor de cabeza.

Nathan escupió su asco al río. El gargajo cayó a media milla.

## 4

Bajaron el ataúd a la sepultura. El viejo rabino, con su chistera reluciente, cantó un largo y sonoro poema hebreo, una plegaria por los judíos muertos. Lloraba a gritos una mujer, la mujer del difunto. Quería tirarse a la fosa. Sus amigas la sujetaron. Los árboles del cementerio se mecían misteriosamente. El sol del cementerio era misterioso. Los enterradores echaron paletadas de tierra a la sepultura. Yo me sentía solo y desconcertado. De buena gana hubiera llorado como los demás, pero me daba vergüenza de Nathan.

Cuando la ceremonia terminó, fuimos todos a un restaurante que había a la entrada del cementerio y comimos requesón, crema agria y pan negro, la comida típica del funeral judío. Hasta la viuda comió. Nathan me dio la mitad de su ración. Después volvimos a casa por el puente.

Me agradó sentir al East Side tragarse nuestro coche otra vez. En la barahúnda de mi calle perdí mi fúnebre tristeza. En los escalones de mi casa estaban sentadas dos amigas: mi hermana Esther y Leah, la hermana pequeña de Nigger. A la luz dorada y purpúrea del ocaso, leían un libro de cuentos, y, al mismo tiempo, comían pan con mantequilla. Estaban muy tranquilas y satisfechas. Pero yo les di envidia.

–Nathan me ha llevado a otro funeral –grité–, y he visto enterrar a otro hombre.

Las chicas se morían de envidia. Los cocheros no las llevaban nunca a estas excursiones. Mi hermana Esther siempre quería ir, pero no podía. Me echaba la culpa y aseguraba que yo decía a los cocheros que no la llevaran. Se echó a llorar, y yo la hacía rabiar describiéndole lo maravillosa que había resultado mi aventura. Estaba celosísima de mi buena suerte. ¡Pobre hermanita mía, qué pronto iba ella a hacer aquel fúnebre viaje, y no, como yo, para volver y darme pisto!

## 5

En aquel aciago invierno que había caído sobre nosotros, mi hermana Esther hacía la mayor parte del trabajo de la casa, mientras mi madre estaba en el restaurante. Ella compraba los comestibles, cocinaba, fregaba los suelos y cuidaba a nuestro hermano pequeño. Era también la enfermera de mi padre. Recuerdo que una vez, estando al lado de su cama, Esther, como una mujercita hecha y derecha, le decía, acariciándole cariñosamente la cabeza:

–¡Papá, tengo mucha pena de que estés enfermo! ¡Lo que daría yo porque nadie en el mundo estuviese enfermo nunca! Pero tú vas a ponerte pronto bueno; no te apures, papaíto.

Mi padre la estrechó entre sus brazos, la besó en los ojos, en la boca y en las manos y le dedicó todo el repertorio judío de nombres cariñosos: su luna, su tesoro, su madrecita, su rosa, su palomita, su corazón.

¡Había tanta energía en aquel cuerpecillo de largas piernas temblorosas! ¡Había tanta ternura en sus grandes ojos aterciopelados! A Esther no la obligaron a hacer el trabajo de la casa: ella misma comprendió la necesidad de hacerlo, y lo hizo con alegría. Quería ayudar a mi madre. Quería ayudar a todo el mundo. Era precozmente buena.

Esther era también muy soñadora; leía todos los cuentos de hadas que caían en sus manos, y se los creía. Siempre estaba inventando juegos nuevos y caracteres místicos. Después de terminar un libro, se lo repetía detalladamente a mi padre, que se entusiasmaba con cualquier historia. Yo tenía solamente un año más, pero me sentía un hombre al lado de Esther. Cuando le contaba las cosas que yo sabía de nuestra calle, se echaba a llorar y decía que le estaba mintiendo. Yo despreciaba su debilidad. ¿Por qué estaría yo siempre peleándome con mi hermana? ¿Por qué me negaba yo a hacer las tareas domésticas y la obligaba a cargar con todas?

Recuerdo una noche que, al volver yo de vender periódicos, mi padre me dijo que saliera otra vez a buscar un poco de leña para la estufa. Yo no quise ir, e hice una escena. Dije que era Esther la que debía hacerlo. Yo la insulté y me enfurruñé con ella. Esther, ante mi testarudez, se encogió de hombros y salió a buscar la leña.

Estas fáciles victorias las obtenía yo siempre.

## 6

Una vez, mi hermanita estaba sentada en los escalones de la puerta de casa leyendo un libro titulado Cuentos azules. Este libro era su tesoro. Era una edición preciosa, con láminas de colores, que Harry le había regalado. Esther había copiado con sus lápices muchas de estas láminas y se sabía de memoria todos los cuentos del libro. Pero le gustaba releerlos, moviendo los labios, soñadoramente, como si estuviera cantando para sí. Ahora

estaba leyendo en los escalones, mientras sobre las casas de vecindad el sol de Nueva York ardía en rayos de púrpura, ámbar y rosa.

Esther estaba en su verdadero mundo. La calle giraba y retumbaba a su alrededor. Pasaban solemnes judíos, viejos y canosos; comadres charlatanas, bandidos, carretillas y estruendosos camiones. Un perro tiñoso escarbaba con sus patas delanteras una lata de la basura. Tres matones haraganeaban no lejos de allí, disputando y escupiendo tabaco. Las tabernas estaban llenas; las prostitutas, ocupadas. Toda la vileza y la chabacanería de los barrios bajos triunfaban. Pero Esther, ausente de todo eso, seguía leyendo su libro. La luz del crepúsculo caía en las blancas páginas e iluminaba su cara.

Al acercarme yo, levantó la vista. Todavía veo su carita sonrosada, sus pómulos judíos, su boca ardiente y sus ojos grandes. Me miró y no me vio. Estaba perdida en el país de las hadas y de los gigantes, donde los niños hablan familiarmente

con cisnes y leones y buscan castillos encantados tras montañas de cristal.

Yo, que era un diablo, la saqué violentamente de aquel hermoso país de magia. Le arranqué el libro de las manos y eché a correr con él, escupiéndole insultos. Quería torturarla. Quería hacerla llorar.

Perdóname ahora, Esther.

Otra vez le pegué hasta hacerla sangrar por las narices. Me había seguido hasta la fortaleza de los Jóvenes Vengadores y me había avergonzado delante de mis camaradas, diciéndome que mamá me necesitaba en casa.

Otra vez me apoderé de la fruta y de los caramelos que el doctor Solow nos había traído, y me zampé la parte que a ella le tocaba, además de la mía. Esther lloró de verme tan egoísta y tan glotón: ella no era glotona.

## 7

Aquel invierno, el más tétrico de todos los inviernos, avanzaba lentamente. Mi padre andaba medio atontado por la casa, siempre fumando; mi madre seguía trabajando en el restaurante; yo vendía periódicos después de la escuela, y la pequeña Esther se ocupaba del avío de la casa.

Mi tía no vivía ya con nosotros. El doctor Solow estaba muy ocupado y no venía tan a menudo a tomar té por las noches.

Nada cambiaba. Nada ocurría.

Hasta un atardecer de invierno.

## 8

El mundo estaba sombrío. La nieve cubría la ciudad, las calles y las casas.

El día parecía haber sido suplantado por una media noche ártica. Era extraño ver tantas lámparas encendidas a mediodía. En la escuela no apagaban las luces. En las calles, las tiendas y los rascacielos estaban iluminados. Y en el Bowery, cuando yo salía a vender periódicos, encontraba las tabernas resplandecientes de gas y de electricidad.

La nieve nunca cesaba de caer en esta intempestiva oscuridad. Era horroroso salir a la calle. No podía uno ver nada, excepto las fantásticas siluetas de caballos y de hombres que embestían a la nieve con la cabeza baja. A eso de las cinco, me sentí tan cansado que decidí volver a casa. No había vendido ni la mitad de los periódicos, pero estaba medio helado y medio ciego.

Cuando llegué a casa me encontré a mi madre ya allí. El restaurante había cerrado temprano. Mi madre estaba

extenuada de cansancio por la media milla que había tenido que andar desde el tranvía. Se había quitado los zapatos mojados y estaba secándose las medias en la estufa.

–¿Dónde está Esther? –preguntó al entrar yo.

–No sé –dije–. No la he visto en todo el día.

–Herman, ¿dónde está Esther? –volvió a preguntar mi madre en voz alta.

–Ha salido a buscar leña para la estufa –contestó mi padre desde su alcoba.

Mi madre movió la cabeza tristemente.

–Lo siento –dijo–. Hace un tiempo del demonio.

La cacerola de la sopa hervía en el fogón, puesta allí por mi hermana Esther. Junto a ella, una olla de ciruelas cocidas y la marmita del té. La mesa estaba puesta para cenar. Las habitaciones, tibias. Esther había dejado hecho todo el trabajo de la casa antes de salir por leña.

–¡Pst, pobre chica, lleva una chaqueta tan fina! –dijo mi madre–. Siento que haya salido.

Yo me quité los zapatos y colgué mis medias a secar. Después conté el dinero: había ganado solamente diecinueve centavos en aquel calamitoso día de plomo. Me senté a leer un cuento antes de cenar. Ya haría después los deberes del colegio. Mi

madre entró en la alcoba para mirar al pequeño y hablar con mi padre.

Yo, absorto en mi libro, me olvidé de todo. Era la historia de Ricardo Corazón de León. Luego mi madre interrumpió el cuento maravilloso. Se inclinó sobre mi hombro y me preguntó nerviosamente:

–Bueno, ¿dónde está Esther? ¿No ha venido todavía?

–No, mamá.

–¡Pst! Empiezo a preocuparme. ¡Hace tan mal día! Creo que debería ir a buscarla. A lo mejor, necesita ayuda para traer la leña, pobre paloma mía.

Mi madre empezó a meterse las medias. Luego se puso los zapatos y dio una vuelta por la cocina antes de envolverse en su chal. Lo tenía ya en la mano cuando sonaron tres golpes en la puerta, tan violentos que mi madre y yo nos sobresaltamos.

–Adelante –dijo mi madre, sintiéndose traspasada.

La puerta se abrió bruscamente. Nos quedamos asombrados de ver en el pasillo un grupo de personas desconocidas. A la luz del gas parecían seres fantásticos, con sus caras blancas y sus ojos espantados. Tenían los gabanes y los sombreros cubiertos de nieve. Un hombre alto y fornido, de bigote negro, lloraba a lágrima viva. Los otros, tiesos e inmóviles, parecían espectros.

Mi madre se llevó las manos al corazón.

–Pronto, ¿qué ha pasado? –preguntó.

Una mujer del grupo lanzó un grito. Los demás rebulleron un poco, pero continuaron mudos. Un hombrecillo de lentes, algo cargado de espaldas, dio un paso adelante y murmuró:

–No se apure, señora; el doctor llegará en seguida.

–¿Qué doctor? ¿Qué ha ocurrido? ¡Díganme! –suplicó mi madre.

Pero la gente cubierta de nieve la miraba y no podía hablar. Tenían los labios cosidos, como en una pesadilla. Nos miraban extrañamente. Luego se apartaron para dejar paso a un hombre todo pálido y sudoroso, vestido con un mandil de tendero de comestibles. Parpadeaba nerviosamente. En sus brazos llevaba el cuerpo de una niña bañado en sangre. Las manos y el delantal del tendero estaban manchados de salpicaduras.

–¡Esther! –gimió mi madre–. ¡Esther!

Toda la gente se echó a llorar. Algunos volvían la cara, otros se tapaban los ojos. El tendero tendió a Esther encima de la mesa. Su cabeza cayó hacia atrás. Tenía los ojos cerrados, la cara aplastada y toda llena de sangre.

–Amor mío, flor mía, ¿qué te han hecho? –gimoteó mi madre.

Quiso arrojarse sobre Esther. Una vieja la sujetó suavemente por los hombros.

Mi madre humedeció una toalla y limpió la sangre que cubría la cara de su hija. La carita estaba mutilada por heridas profundas, como hechas por la cuchilla de un carnicero. Mi madre la cubrió de besos. Mi padre salió de la alcoba y aulló como un animal. Cayó de rodillas y se puso a frotar las manos frías de Esther.

Mi madre se paseaba como loca, retorciéndose los dedos.

–¿Cómo ha ocurrido? ¿Qué pasó?

Se alzó para decírselo un murmullo de voces lacrimosas. Esther iba arrastrando su trineo con la carga de leña. La niebla era tan espesa que no se veía nada, y, al cruzar la calle, por la esquina de nuestra casa, un camión del Adams Express la atropelló. Cayó entre los caballos, y las pesadas ruedas pasaron por encima de su cuerpo.

–¡Hija mía, tesoro! –sollozaba mi madre.

–¡Esther, habla! ¡Abre los ojos y mira a papá! ¡Mira, tengo caramelos para ti, Esther, y un libro de estampas nuevo!  
–imploraba mi padre de rodillas.

–¿Dónde está el médico? –gritaba mi madre frenéticamente.

–Ahora viene. Le han telefoneado –murmuró una mujer del grupo.

El conductor del camión apareció. Era un joven alemán americano, rubio y corpulento, que llevaba un enorme gabán con el cuello abrochado por un alfiler imperdible. Se quitó su

gorro de piel, y la nieve que lo cubría cayó al suelo. Miró a su alrededor con ojos de espanto. Su cara anchota y roja de frío se contrajo grotescamente, como la de un rorro que va a llorar.

–¡Palabra –dijo–, con toda esa nieve no pude verla! Cuando me di cuenta, estaba debajo de las ruedas.

Mi padre se levantó de un salto y agarró al desgraciado conductor por la garganta.

–¡Asesino! –gritó.

El conductor no intentó defenderse y se echó a llorar.

–¡Palabra! ¡Yo también soy padre y tengo dos chicos, señor, y no pude verla con toda esta nieve, así Cristo me salve!

Separaron a mi padre del conductor. Todo el mundo comprendía que el pobre hombre no tenía la culpa. La gente continuaba lavando la cara a Esther y tratando de hablarle. Pero ella no respondía. Un chico, todo asustado, entró el trineo con la leña que ella había recogido. Hacía en el cuarto un calor sofocante; la gente cuchicheaba y gemía; la llama del gas fluctuaba.

–¡Hija mía, hija mía! –lloraba mi madre, golpeándose el pecho como loca.

Mi padre seguía sentado al lado de Esther, inmóvil, como en estado cataléptico.

Después apareció un doctor joven, de pantalón blanco, y se llevó a Esther, en su ambulancia, al hospital. Allí murió aquella misma noche, sin haber pronunciado una palabra.

Durante tres noches, Esther estuvo expuesta en su ataúd sobre la mesa de la “sala”. En la cocina, unos viejos contratados en la sinagoga leían hasta el alba plegarias hebreas a la luz de unas velas. Yo me despertaba en medio de la noche y veía sus inmensas sombras oscilando en la pared del patio. Y oía el murmullo de sus voces, y a mis padres llorando medio en sueños, y la vida me oprimía con su misterio y su terror.

Mi hermanita estaba muerta. Un chico no sabe lo que significa esta palabra, pero comprende la solemnidad y el horror que embarga a las personas mayores que le rodean. Yo nunca había visto a mi madre tan desesperada.

Cuando enterraron a mi hermanita, mi madre se quiso arrojar en la sepultura recién abierta. Mi padre la contuvo. Todo el mundo lloraba cuando el rabino entonó la larga oración fúnebre por la muerta. Yo lloré también, porque empezaba a comprender por qué lloraba la gente en los funerales, aunque después comiera pan negro y requesón en el restaurante del cementerio.

Mis padres guardaron los siete días reglamentarios de luto. Sentados en el suelo, sin zapatos, según estaba prescrito, leían el ritual hebreo balanceándose de un lado a otro. Los vecinos entraban y salían, nos hacían la comida, cuidaban de nosotros.

La alegría y el dolor tenían carácter social en una casa de vecindad. Los vecinos entraban, uno por uno, y nos hacían

compañía durante el Sheva. En la penumbra de los cuartos se veían grupos fúnebres, grupos todo el día.

Ofrecían a mi madre el más triste consuelo. ¿Por qué habrá tanta comprensión para lo trágico en el corazón del pobre?

–Mi hermana perdió un niño de la misma manera –dijo la señora de Lipoff, mujer de un vendedor de pepinillos–. Pobrecillo Morris, un chico tan mono, tendría siete años ahora; pero un tranvía tenía que matarlo. ¿Y qué puede una hacer? Todos los días está pasando.

–Sí –murmuró mi madre.

La portera, con su cara bonachona llena de mugre y lágrimas, dijo amargamente:

–Yo conozco una familia de Galicia, que vive en Columbia Street. Este año ha perdido una niña de la edad de Esther. La madre lo vio. Estaba en la ventana, mirando jugar a su hija en la calle. Llegó un camión y la atropelló. La madre se arrancó el pelo con la desesperación. ¡Es una vergüenza para América! ¡En Rusia no podíamos vivir a causa de los pogroms, pero aquí nos matan a los hijos!

–Sí –dijo mi madre.

La diminuta mujer de Reb Samuel inclinó la cabeza y, con la punta de su delantal, se enjugó los párpados granujientos. Luego, con su voz tenue y bondadosa, dijo:

–¿Y qué va una a hacer? Los chicos tienen que jugar en alguna parte.

–Sí –respondió mi madre.

Mi madre respondía solamente sí y no a la gente: estaba atontada, parecía no sentir nada. Sentada en el suelo, balanceando de un lado a otro el cuerpo, apretaba contra su nariz un pañuelo empapado en vinagre.

Esther estaba muerta.

Un desconocido se presentó un día durante el Sheva. Era un hombre fornido y muy moreno, con cara soez, ojos de langosta y piernas cortas y torcidas. Parecía un gorila, pero vestía bien y era excesivamente suave. Se quitó el gabán, lo colocó cuidadosamente sobre el respaldo de una silla y se ajustó en la corbata su herradura de brillantes. Luego estrechó la mano a mi padre y a mi madre.

–Mi más sincero pésame por el accidente –dijo con la suelta y fácil emoción de un empresario de pompas fúnebres–. Es horrible perder a un hijo, especialmente para una madre. Yo soy padre también, comprendo cómo estarán ustedes.

Se metió las manos en los bolsillos y, después de rebuscar un poco, alargó una tarjeta a mi padre y otra a mi madre. Ambos se quedaron mirando las tarjetas estúpidamente. El desconocido parecía subyugarles.

–Como ustedes verán –continuó volublemente–, yo soy Mr. Jonás Schlessel, el conocido procurador. Soy también amigo

íntimo de míster Baruch Goldfarb, el jefe político del barrio, el cual me ha dicho que es usted también amigo suyo. ¡Un gran hombre, ¿eh?, un gran hombre! Pues bien, amigos míos, les diré sin rodeos que, después de estudiar detenidamente el accidente, he llegado a la conclusión de que pueden ustedes sacar una buena indemnización al Adams Express. ¡Por lo menos, mil dólares! Yo tendré sumo gusto en representarles, por ser amigos de Mr. Goldfarb. No tienen ustedes que pagarme nada adelantado; sólo después de ganar el pleito. Todo lo que tienen que hacer ahora es firmar este papel. De modo que a firmar y yo

empiezo inmediatamente los trámites. ¡Son mil dólares seguros, amigos míos!

Extendió un documento legal delante de mi padre, que estaba como estupefacto. Mi padre tomó el papel y la estilográfica que le alargó el abogado y parecía dispuesto a firmar como un autómata.

Pero mi madre rompió a llorar.

–¡Largo de aquí! –dijo al abogado–. No lo quiero a usted en mi casa.

Mr. Schlessel la miró sorprendido.

–¿Qué es esto? –preguntó, extendiendo las manos.

–¡No quiero ese dinero! –gritó mi madre llorando– ¡Es el precio de la sangre!

El abogado se ofendió mucho.

–¿El precio de la sangre? –repitió–. ¿Cómo el precio de la sangre? ¡Es una indemnización por el accidente! Tengo cientos de casos como éste todos los años.

Trató de discutir con mi madre, pero a ésta le dio un ataque de histerismo y empezó a ultrajarle. Entonces él, ofendidísimo, tomó su gabán y abrió la puerta.

–Con ignorantes nunca discuto –dijo altivamente al marcharse.

Mi padre se quedó sentado, presa del mismo estupor que se había apoderado de él cuando entró el desconocido.

–No sé, Katie –dijo lentamente–. Quizá debiéramos aceptar ese dinero. Bien sabe Dios que lo necesitamos. Con él podría abrir mi fábrica. Ella se ha ido, y que hagamos esto o lo otro, para nuestra pobre paloma es igual. De modo y manera que...

–¡Silencio! –dijo mi madre–. ¡Son mis sentimientos!

Mi padre estaba demasiado aturdido y abrumado para contestarle nada. Tenía además muy bien sabido, de otras veces, que por algunos de sus “sentimientos” mi madre era capaz de llegar al colmo del sacrificio. Esta era, evidentemente, una de las veces. Esther había muerto.

## XXI. PLÁTANOS

### 1

ESTHER HABÍA MUERTO. Mi madre lo había sufrido todo en la vida, pero esto no lo podía sufrir. Le asustaba a uno ver lo tranquila que se había vuelto. Ya no era activa, ni alegre, ni disputadora. Se pasaba el día sentada junto a la ventana, leyendo su libro de oraciones. Mientras murmuraba las interminables plegarias hebreas, las lágrimas rodaban silenciosas por sus mejillas. No hablaba, pero sabíamos por qué lloraba. Esther había muerto.

Estuvo meses sumida en este estupor. Se olvidaba de guisar y de barrer. Mi padre y yo teníamos que hacerlo todo. Tenía miedo de que a mí también me matase un camión, y no me dejaba salir a vender periódicos. A mi hermanito y a mí nos comía a besos y nos tenía a su lado horas y horas. Pasaba tardes enteras meditando tristemente junto a la ventana. Mi padre la observaba con angustia.

–Katie, ¿qué te pasa? –preguntaba suplicante–. Katie, ¿en qué estás pensando?

–Nada –respondía melancólicamente–. Estoy mirando los chicos que juegan en la calle.

–¡No debes! –exclamaba mi padre–. ¡Te recuerdan a Esther! ¡Vas a ponerte enferma, Katie!

–¡Que me ponga! –decía ella–. Cuanto más pronto me vaya de este mundo, mejor. Quiere una a un hijo años y años, luego viene un camión y lo mata.

Mi padre sacudía la cabeza tristemente. ¿Qué podía decir para consolarla? Esther había muerto. Las palabras eran fútiles.

Hace veinte años que murió Esther, pero mi madre sigue inconsolable. Va al cementerio, una vez al mes, a dejar flores sobre la tumba de Esther. Todavía llora por su hija. Es como si Esther hubiera muerto ayer: mi madre nunca se consolará.

## 2

El estado de mi madre obligó a mi padre a dejar la cama y salir en busca de trabajo. Pero no encontró nada. Preguntaba aquí y allá en tono pusilánime. No servía. Estaba enfermo, desanimado, y no podía hablar inglés. No sabía más oficio que el de pintor, y su miedo obsesionante de subir a un andamio le

cerraba esa salida. No era fácil encontrar trabajo, y vagaba por las calles lúgubrementemente.

Es difícil decir cómo vivimos el año siguiente. De cada diez americanos, uno es un pobre que solicita ayuda de la caridad organizada. Hay otro demasiado orgulloso para rebajarse a esta pordiosería. Nosotros éramos de éstos.

No puedo contar cómo nos arreglamos para vivir. ¿Recuerda el superviviente todo lo que le ocurre desde que el barco zozobra hasta que lo sacan a la playa? Todo lo que yo sé es que seguimos viviendo.

Los vecinos nos ayudaron. Nos traían algo de su cena y cartuchos de azúcar, café, judías y harina. Jake Wolf, el dueño de la taberna, nos pagó el alquiler varios meses sin decir nada. También otras personas fueron buenas para nosotros. Una vez, Rosie, la prostituta, me puso en la mano un billete arrugado de cinco dólares.

–Dale esto a tu madre –me dijo–. Dile que te lo has encontrado en la calle.

Yo traté de colocarle este embuste a mi madre, pero no pude resistir su interrogatorio. Mi madre suspiró.

–Dale a Rosie mis más cordiales gracias –dijo–. Dile que algún día se lo pagaremos. Pero, a tu padre, ni una palabra; es demasiado orgulloso.

Tim Sullivan, uno de los que mangoneaban en Tammany Hall nos envió en Thanksgiving Day una cesta llena de nueces, caramelos, arándanos, apio y un enorme pavo.

–¿Qué clase de fiesta es este Thanksgiving? –preguntó mi madre.

Yo, el sabio de la familia, le dije que era el día en que los Peregrinos habían dado gracias a Dios por América.

–De modo que es una fiesta para los americanos –dijo mi madre–, y no para los judíos.

El pavo era un ave hermosísima; pero, desgraciadamente, de origen pagano. No era kosher, y, por consiguiente, nos estaba prohibido. Nosotros lo mirábamos con ansia, pero mi padre vendió el pavo a uno de los dependientes irlandeses de la taberna de Jake.

### 3

–¡Tengo que hacer algo! ¡Tengo que encontrar trabajo! ¡Nos estamos muriendo de hambre! –gemía mi padre, golpeándose desesperadamente el pecho con los puños.

Los vecinos procuraban ayudarnos, pero también ellos eran pobres. Algún bienintencionado envió en secreto una tarjeta postal a la Junta de Caridad, contando nuestra situación.

Un día se presentó un desconocido. Era un jovencito cristiano, delgado, rubio, de ademanes decididos, que lucía un cuello y una corbata de última moda. Dejó su paraguas apoyado contra la pared y barajó un montón de papeles. Tenía un fuerte catarro y no hacía más que sonarse estrepitosamente.

–¿Vive aquí Herman Gold? –preguntó, sorbiéndose los mocos.

–Sí, señor –dijo mi madre.

Ella estuvo muy respetuosa porque, sin duda alguna, éste era uno de los dispuestos jóvenes mandados por la Dirección de Sanidad, o por la Escuela Pública, o por las Misiones Cristianas. Hacían muchas preguntas, y había que contestarlas todas o ir a la cárcel.

–Yo soy de la Unión Benéfica –dijo el joven–, y alguien nos ha escrito acerca de su situación. Nosotros la ayudaremos si contesta usted a unas cuantas preguntas. ¿Cuántos chicos tiene usted?

–Dos –dijo mi madre.

–¿Edad?

–Uno tiene seis años, el otro, diez.

–El marido, ¿enfermo?

–Sí, señor.

–¿Médico particular o clínica gratis?

–Particular.

–¿De dónde saca usted el dinero para pagarle?

–Nosotros, nosotros... –empezó mi madre.

El joven investigador iba tomando rápidas notas en una papeleta. Mientras hablaba recorría el cuarto con los ojos, como si estuviera evaluando todas las cacerolas, sartenes, trapos de cocina y patas de los muebles que había en nuestra casa.

–¿De modo que su marido se encuentra sin trabajo? –dijo, interrumpiendo a mi madre en su larga explicación de nuestras relaciones con el doctor Solow. ¿Es bueno con usted? ¿Bebe? ¿Qué jornal suele ganar cuando trabaja? ¿Fuma? ¿Ha tratado de colocarse recientemente? ¿No le pega a usted nunca? ¿Cuánto le da de su jornal cuando está trabajando? ¿Cuánto pagan de alquiler? ¿Cuánto gasta usted en comestibles cada semana?

Mi madre, aturdida por este Niágara de preguntas, se sentía ofendida por la presencia de este intruso, que le hacía preguntas personales con tal aire de autoridad. Pero era un funcionario. Carraspeó, disponiéndose a contestar a sus preguntas, cuando apareció mi padre.

Se había echado a dormir un rato y salió a medio vestir. La cara pálida, temblando de rabia, miró al joven preguntador y le gritó:

–¡Fuera de aquí, míster! En esta casa no tiene usted nada que hacer. Es verdad que somos pobres, pero esto no le da derecho a insultarnos.

–Yo no les insulto a ustedes –dijo el joven investigador, sonándose y barajando las papeletas nerviosamente–. Yo hago estas preguntas en más de cincuenta casas todos los días. Esto es lo corriente, y nada más.

Mi padre se irguió altivamente.

–Corriente o no corriente, yo me cisco en ello –dijo–. No necesitamos limosnas; podemos vivir sin ellas, míster.

–Muy bien –dijo el joven, recogiendo su paraguas, su gabán, sus papeletas y dirigiéndose a la puerta más que de prisa–. Repetiré lo que usted acaba de decirme.

Se detuvo un momento para garrapatear unas cuantas notas más; luego, sonándose estrepitosamente por última vez, se escabulló por el pasillo. Lo que él apuntó en sus papeletas nunca lo supimos, pero nos libramos del oprobio de ser nuevamente visitados por la Unión Benéfica. Todos los vecinos del East Side odiaban y temían a esta cruel máquina, que no ayudaba a nadie sin primero degradarle sistemáticamente y despojarle de todos los derechos humanos. Los vecinos eran mejores. Tammany Hall era mejor. El hambre era mejor. Había miles de familias como la nuestra, que preferían la muerte a dejarse tomar las impresiones digitales por los insensibles policías de las Sociedades caritativas.

Los vecinos hablaban de nosotros. Estaban preocupados. Cada cual sabía lo que tenían de cena en el piso de al lado. Cada cual conocía también las cuitas que ensombrecían los corazones de los demás inquilinos.

Cierta noche se presentó uno de ellos. Besó la mezzuzah de la puerta y se restregó los pies en la esterilla. Después entró tímidamente en nuestra cocina, como un intruso.

–Buenas noches, Mr. Lipzin –dijo mi madre–. Tome asiento.

–Buenas noches –balbuceó, sentándose–. Como hoy llovía, no he vendido muchos plátanos, y le he traído unos cuantos. A sus chicos les gustarán los plátanos.

Alargó a mi madre un racimo, y ella lo tomó, diciendo:

–Gracias, Mr. Lipzin.

El viejecillo barrigudo se acarició tímidamente la barba. Había venido con un propósito, pero estaba tan turbado que no acertaba a hablar. Su cara bonachona, que el sol y el viento habían curtido, se cubrió de sudor. El pobre vendedor de plátanos se rascó la cabeza y nos miró con penoso silencio. Pasaron varios minutos.

–¿Cómo anda usted de salud, Mr. Lipzin? –preguntó mi madre.

–Estoy más fuerte, gracias a Dios –contestó él avergonzado–. Fue el reuma otra vez.

–Vaya, menos mal. ¿Y cómo está su pequeño, Mr. Lipzin?

–Gracias a Dios, está fuerte como un tigre –dijo.

Volvió a caer en su mutismo y empezó a golpearse nerviosamente las rodillas con los dedos y a retorcer los hombros. Tenía fama de hombre silencioso en la casa. En los diez años que llevábamos allí, ésta era la primera vez que nos visitaba.

Mi padre se rebullía inquieto. Ya iba a decir algo para salir de aquella violenta situación en que estábamos, cuando a Mr. Lipzin se le destrabó la lengua.

–Perdonen ustedes, pero mi mujer se empeñó en que viniera aquí –tartamudeó–. Se preocupa mucho de ustedes. Perdónenme, pero dice que lleva usted mucho tiempo sin trabajo y que no puede encontrar nada, míster Gold.

–Sí, Mr. Lipzin, ¿para qué ocultarlo? –dijo mi padre–. La vida es ahora muy negra para nosotros.

–Pues sí –dijo el viejecillo, secándose la frente–, por eso mismo me ha hecho venir aquí mi mujer. A falta de otra cosa, con los plátanos se puede ir tirando. Yo, con la ayuda de Dios, hace muchos años que los vendo. Es duro, pero da para vivir... Sí –continuó con un sonsonete lúgubre y vacilante–, por unos dólares se compra uno un surtido de plátanos en los almacenes de Attornery Street. Luego por diez centavos diarios alquila uno una carretilla en Orchard Street. Luego se pone uno en una esquina, y la gente pasa y compra los plátanos.

–¿Y qué? –preguntó mi padre con mirada hostil.

El vendedor de plátanos, asustado, volvió a su incoherencia.

–Perdón. Con ayuda de Dios, se gana para vivir.

Mi padre se puso en pie y se cruzó de brazos soberbiamente.

–¿Conque usted insinúa, Mr. Lipzin, que también yo debo salir por ahí a vender plátanos? –preguntó.

Mr. Lipzin, de puro turbado, sudaba como un corredor. Se levantó y avanzó de lado hacia la puerta, dispuesto a escapar.

–No, no. Dios no lo quiera –tartamudeó–. Dispensen, ha sido mi mujer que se empeñó en que viniera. ¡No, no, Mr. Gold! Buenas noches a todos; queden con Dios.

Salió enjugándose el sudor con un pañuelo. Mi padre le siguió con la mirada, los brazos todavía cruzados en actitud de desafío.

–¡Vaya descaró! ¡Qué vecinos más entrometidos tenemos! ¡Hay que ver, venir a decirme a mí que debo ponerme a vender los malditos plátanos! ¡Después de quince años en América, como si fuera un palurdo! ¡Yo que tuve una vez una fábrica de tirantes y he sido capataz en mi oficio! ¿Qué te parece semejante descaró, Katie?

–No sé –dijo mi madre tranquilamente–. No es ninguna vergüenza ganarse la vida honradamente vendiendo plátanos.

–¿Estás de acuerdo con él? –gritó mi padre.

–No –dijo mi madre–; pero Mr. Lipzin es un buen hombre. Vino aquí para ayudarte, y tú le has insultado.

–¿De modo que te parece bien su idea? –tronó mi padre.

Se metió muy indignado en su cuarto, se tiró en la cama y se puso a dar furiosas chupadas a su pipa. Mi madre suspiró. Luego ella, mi hermano y yo nos comimos los plátanos.

¡Qué orgulloso mi padre! Rabió, renegó, se enfadó, sostuvo apasionadas discusiones con mi madre.

–¿Me voy a poner yo a vender plátanos por la calle, Katie? Yo no puedo; la vergüenza me mataría.

–Pues no lo hagas –contestaba mi madre dulcemente–. Podemos seguir viviendo así.

–¿Pero dónde voy a encontrar trabajo? –se preguntaba gimiendo–. ¡Todas las puertas se me cierran! ¡Soy un hombre caído en una trampa!

–Ya saldrá algo. Dios no nos ha olvidado –decía mi madre.

–¡Me mataré! ¡No puedo soportar esto más! ¡Voy a meterme la goma del gas en la nariz! ¡Me niego a ser un vendedor ambulante!

–¡Chis!, los chicos te van a oír –decía mi madre.

Yo les oía machacar el asunto todas las noches en su alcoba. Hablaban de ello durante la cena. Las lúgubres tardes de

invierno se las pasaban al lado de la estufa, habla que te habla. Mi padre estaba obsesionado con los plátanos. Llegaron a ser para él un símbolo de derrota, de máxima desesperanza. Y cuando mi madre le aseguraba que no era necesario que se hiciera vendedor ambulante, se volvía contra ella y decía que era la única salida. Padecía una curiosa fiebre de emociones contradictorias.

Dos semanas después de la visita de Mr. Lipzin estaba en la calle con una carretilla vendiendo los malditos plátanos.

La primera noche volvió con un billete de un dólar y algunas monedas de plata que dio a mi madre. Su cara estaba gris: parecía diez años más viejo; un hombre que se había hundido

por completo. Mi madre trataba de consolarle; pero durante muchos días permaneció silencioso, como quien ha sido aplastado por una calamidad. La esperanza murió en él; pasaron meses, pasó un año; mi padre seguía vendiendo plátanos.

Recuerdo un día que le encontré con su carretilla. Yo había logrado vender todos mis periódicos y me volvía a casa. Nevaba. Era esa portentosa hora de Nueva York en que los trabajadores vuelven a sus casas. Yo marchaba entre miles de hombres y mujeres cansados, a quienes los pitos de las fábricas habían puesto en libertad. Por los distritos fabriles primero, luego por las avenidas, fluían ríos de gente hacia el East Side.

Me encontré con mi padre cerca de la Cooper Union. Le reconocí de lejos. Estaba encorvado, tiritando de frío, junto a su carretilla. Llevaba un gabán astroso. Tenía un aspecto tan apenado que se me saltaron las lágrimas. El me vio también, y

su cara se iluminó con su triste y melancólica sonrisa –la sonrisa de Charlie Chaplin.

–Ah, es Mickey –dijo–. ¡Conque has vendido todos los periódicos! ¡Ven y cómete un plátano!

Me ofreció uno. Yo no lo acepté. Tenía once años; pero estaba envenenado por un mórbido sentido proletario de la responsabilidad. Me parecía mal que mi padre vendiera sus plátanos y me los regalase. Él creyó que era timidez, y después de gastarme unas bromas, tanto insistió, que me hizo comer el plátano. Oía a paja húmeda y a nieve.

–No has vendido muchos plátanos hoy, papá –dije yo con ansiedad.

Él se encogió de hombros.

–¿Qué le vamos a hacer? Parece que nadie los quiere.

Era la verdad. Los trabajadores pasaban por la acera malhumorados, empujándose unos a otros. El cielo rojizo se oscurecía sobre los edificios de Nueva York; los altos faroles se encendieron; innumerables camiones, tranvías, trenes elevados pasaban retumbando. Nadie ni nada se paraba en la inmensa ciudad por los plátanos de mi padre.

–Yo debería pregonar a gritos –dijo mi padre tristemente–. Debería armar ruido como los otros vendedores, pero me hace daño a la garganta. Además, me da vergüenza pregonar, me siento en ridículo.

Yo me había comido uno de los plátanos. Mi conciencia me decía que debía pagar por él de alguna forma. Tenía que quedarme allí y ayudar a mi padre.

–Yo pregonaré por ti, papá.

–No, no –dijo–, vete a casa. Ya has trabajado bastante hoy. Dile a mamá que llegaré tarde.

Pero yo me puse a pregonar. Mi padre, en pie a mi lado, me jaleaba diciéndome que pregonaba muy bien. Tampoco nadie se fijaba en mí. Los obreros pasaban sin cesar por delante de nosotros, cansados, indiferentes; un ejército derrotado envuelto en sueños hogareños. Los trenes elevados retumbaban; el reloj de la Cooper Union ardía en lo alto; el cielo se puso negro; el viento soplaba desapacible; el fango calaba los zapatos. Miles de figuras extrañas, desconocidas, circulaban por las aceras cubiertas de nieve. Ninguna se paraba a comprar plátanos. Yo gritaba y gritaba. Nadie oía.

Mi padre no quiso que continuara pregonando.

–Bueno –dijo sonriendo para consolarme–, lo has hecho muy bien, Mickey. ¡Pero está visto que hoy tenemos mala suerte! Vamos a casa.

Yo estaba frenético y a punto de llorar. Me empeñaba en continuar mis desesperados gritos. Pero al fin mi padre me persuadió de que me marchara con él.

Era ya de noche. Cubrimos los plátanos con un hule y fuimos a guardar la carretilla. Bajamos el uno junto al otro por la Segunda

Avenida. Durante un buen rato mi padre fue pensativo. Luego, moviendo la cabeza, suspiró:

–Ya ves lo que pasa, Mickey. Hasta como vendedor de plátanos soy un fracaso. ¿Por qué? Los plátanos son buenos, los precios buenos. Conque está claro: yo soy un hombre sin suerte.

Hizo una pausa para encender su pipa, y, mientras, yo empujé la carretilla. Después la tomó él otra vez y siguió sus meditaciones.

–Fíjate –dijo–. Veinte años en América, y más pobre que cuando llegué. Una fábrica de tirantes tuve y me la robó un villano. Llegué a capataz, cuando era pintor, y me caí de un andamio. Ahora vendo plátanos, y hasta en esto fracaso. Todo es cuestión de suerte. (Suspiró y dio una chupada a su pipa.) ¡Dios, qué país tan rico es América! ¡Qué fácil hacer aquí una fortuna! ¡Mira cuántos judíos ricos hay! ¿Por qué ha sido tan fácil para ellos y tan difícil para mí? Yo no soy más que un pobrecillo judío sin dinero.

–Papá, hay la mar de judíos que no tienen dinero –le dije para consolarlo.

–Ya lo sé, hijo mío –dijo–; pero no seas uno de ellos. En este país es mejor morirse que no tener dinero. ¡Prométeme que serás rico cuando seas grande, Mickey!

–Sí, papá.

–¡Ay –dijo él cariñosamente–, ésta es ahora mi única esperanza! ¡Lo que puede hacerme feliz! ¡Yo soy un paleta, pero

tú eres un americano! Lo encontrarás todo más fácil que yo y tendrás suerte en América.

–Sí, papá –dije yo tratando de sonreír.

Pero me sentía más viejo que él; no podía compartir su ingenuo optimismo; mi corazón desfallecía cuando recordaba el pasado y pensaba en el futuro.

## XXII. BUSCANDO TRABAJO

### 1

A LOS DOCE AÑOS yo llevaba en mi mente una morbosa carga de responsabilidad.

Había sido un niño precoz en la escuela pública, donde había ganado honores, no por estudiar, sino por una especie de intuición. Me gradué un año antes que la mayoría de los muchachos. Fui encargado del discurso de despedida.

Mis padres estaban, naturalmente, muy orgullosos. Querían que hiciera el bachillerato como otros “chicos listos”. Todavía pensaban que sería médico.

Pero yo no tenía ya ilusiones y era más sensato que mis padres. Ya entonces comprendía yo que la educación es un lujo reservado para la gente acomodada. Me negué a ir al instituto. Más de la mitad de los chicos que se graduaron conmigo pensaban ponerse a trabajar. Yo decidí ser uno de ellos.

Era lo que me correspondía. Se lo expliqué con números a mis padres. Cuatro años de instituto, luego seis de universidad, hasta llegar a obtener el título de doctor. En total, diez años de estudio y miles de dólares para libros, matrículas y demás.

Éramos cuatro en nuestra familia. Mi madre no podía ya trabajar. ¿Iba mi padre a sostenernos a todos vendiendo plátanos durante los diez años que durara mi carrera?

Claro que no. Mis padres lloraron y pretendieron persuadirme; pero yo me obstiné agriamente en no ir al instituto.

Miss Barry, la profesora de inglés, trató de persuadirme también. Me había tomado afecto. Me miró con sus ojos azules y pensativos, con su seriedad de solterona, y me dijo:

–Es lástima que te pongas a trabajar en una fábrica. Nunca he visto mejores composiciones de inglés que las tuyas, Michael.

–Tengo que trabajar, miss Barry –dije.

–Espera –dijo seriamente–, quiero que me prometas que estudiarás por las noches. Te daré una lista de las lecturas que exigen en el instituto. Así podrás completar tus estudios. ¿Lo harás?

–Sí, miss Barry –le mentí malhumorado.

Yo trataba de ser inflexible. Durante años y años mi ego se había alimentado con las alabanzas que todo el mundo hacía de mi precocidad. Siempre me habían gustado los libros; me volvía

loco por los libros, deseaba ardientemente ir al instituto y a la universidad. Puesto que no podía, despreciaba todas esas tonterías.

–Será difícil estudiar por la noche –dijo miss Barry con su voz temblorosa–; pero Abraham Lincoln lo hizo, y otros grandes americanos.

–Sí, miss Barry –murmuré yo.

Me hizo un regalo de despedida. Era un volumen de los Ensayos de Emerson, con su nombre y el mío y la fecha escritos en la pasta. Le di las gracias por el libro, y lo tiré debajo de la cama en cuanto llegué a casa.

Nunca leí una página de él ni de ningún otro libro en los cinco años siguientes. Odiaba los libros; estaban llenos de mentiras, no tenían nada que ver con la vida.

No me fue fácil encontrar empleo. Buscando trabajo corrí de acá para allá un verano neoyorquino de nieblas sofocantes.

Compraba *The World* todas las mañanas y miraba las ofertas en la columna de avisos:

Agentes a sueldo... Anunciantes a sueldo... Barberos a sueldo... Carniceros... Carpinteros... Cerrajeros.

Aquella fatal página de avisos traía cada mañana noticias de vida o muerte a cientos de miles de personas. ¡Cuántas veces la he leído yo con el corazón angustiado! Hasta el día de hoy, verla me renueva el dolor y la desesperanza de mi juventud.

Siempre había un enjambre de mozos empujándose y ladrando como perros vagabundos a la puerta de cada taller. Yo competía con ellos. Andábamos a la pesca y esperábamos con servilismo lacayuno las decisiones del patrón.

Nadie puede sufrir la vergüenza y la humillación de buscar trabajo sin quedar marcado para toda la vida. A mí me ha repugnado siempre, desde la primera vez. No puede haber libertad en el mundo mientras los hombres tengan que mendigar trabajo.

Yo me levantaba todas las mañanas a las seis y media, y a las siete estaba en la calle. Siempre había centenares de empleos, pero miles de aspirantes. La ciudad era un hormiguero de hombres despistados, aturcidos, y tan hambrientos de trabajo como yo lo estaba.

Me coloqué de recadero en una tienda de sedas. Pero por poco tiempo. La misma mañana que entré, el gerente, un nórdico muy refinado, se dio cuenta de que yo era judío. Me despidió muy cortésmente. No quería judíos. En esta ciudad de un millón de judíos, había gran antisemitismo en las casas comerciales. Muchos de los anuncios decían: “No se admiten judíos”. Hasta las firmas judías estaban en contra de los judíos. ¡Cuántas veces me han hecho recordar que pertenecía a la raza maldita, a la raza cuya mayor desgracia es haber producido un Cristo!

Por fin encontré trabajo en una fábrica, donde hacían caperuzas de gasa incandescente para luces de gas; un sombrío

local situado bajo los trenes elevados del Bowery, cerca de Chantan Square.

Era una cámara infernal, envenenada por cientos de llamas de gas. La peste de los productos químicos era sofocante.

Empecé a sudar inmediatamente. Y, lo que era peor, no podía respirar. Aquel lugar me daba horror. El patrono se acercó a mí y dijo que me quitara la chaqueta. Era un hombre pequeño y torvo, redondo como un tonel, que llevaba una camisa rosa muy chillona.

Estaba mordiendo un cigarro. Tenía una cara morbosa y dura, como la de un bandido judío.

–Oye, Caramono –llamó–, enséñale a este chico lo que tiene que hacer.

Un muchacho italiano, grandote, con unos pantalones y una camiseta empapados en sudor, se acercó a mí. Su nariz hundida, su hocico de simio, sus ojillos maliciosos le habían granjeado su bien puesto apodo.

–Ven aquí, chaval –dijo.

Yo le seguí a través del local. Treinta infortunados seres humanos trabajaban sentados alrededor de una mesa, probando las caperuzas. Sus caras inmóviles y blancas eran máscaras de muerte. Grandes lentes azules protegían sus ojos. Muchachitas judías e italianas sumergían bastidores de caperuzas en una solución química. Los hombres permanecían en pie delante de una serie de hornillos en los cuales ardían

sesenta chorros de gas. Allí metían los bastidores para quemar los productos químicos.

Todos chorreaban sudor, todos tenían cara de sufrimiento.

–¿Dónde has trabajado antes? –gruñó Caramono.

–Este es mi primer empleo. Acabo de salir de la escuela.

–Ah, ¿sí? –dijo burlonamente–. Conque acabas de salir de la escuela, ¿eh? Bueno, pues sí que has caído en buen sitio, te va a salir pelo en el pecho. Toma, agarra esto.

Yo tomé el bastidor de hierro que me alargó y lo solté inmediatamente. Me había abrasado la mano. Caramono se reía de la broma.

–¡Hijo de puta! –dije–. ¡Cómo quema!

Él pegó su cara de simio a la mía.

–¡Oye, tú, que te voy a arrancar la nariz de un mordisco si te pones tonto! ¡Aquí mando yo, para que lo sepas!

Se alejó. Yo me puse a trabajar. Me traían bastidores y bastidores, y yo los metía en un hornillo. El infierno llameaba y hedía a mi alrededor. A mediodía el patrón tocó un pito. Nos sentamos media hora en unos bancos para almorzar. Yo no podía comer de asco. Necesitaba aire, aire; pero no había tiempo para tomar el aire.

No había tiempo nada más que para trabajar, en aquel infernal agujero. Allí sudé durante seis meses. Caramono me torturaba. Perdí quince libras de peso. Cuando dormía tenía pesadillas espantosas. Me olvidé de mis sueños universitarios, me olvidé de todo menos de las caperuzas incombustibles.

Mi madre me veía lo delgado que me estaba quedando. Me obligó a dejar aquella colocación. Yo mismo estaba asombrado de haber resistido. Luego estuve otro mes leyendo las ofertas de trabajo en los periódicos. Encontré un empleo en una imprentilla de la Segunda Avenida, que era un tugurio maloliente. Allí

trabajé otros cinco meses, hasta que me lastimé una mano con una prensa.

Después otra temporadita buscando trabajo. Luego un breve intervalo en una fábrica de matzoh. De allí a una compañía de transportes. De allí a un almacén; de allí a una tienda de telas.

Empleos, empleos. Yo pasaba de uno a otro sin plan, sin esperanza. Yo era uno de muchos. Yo estaba atrapado como mi padre en la trampa de la pobreza. Yo no era nada ni llevaba rumbo ninguno.

A veces pensé seriamente en cortarme el cuello. Otras veces soñaba con irme al Oeste. El sexo empezó a torturarme. Sufrí una crisis de locura religiosa. En la azotea de mi casa, a la luz de la luna, rezaba al Mesías judío que iba a redimir al mundo. Volví a juntarme con Nigger. Me pasaba las noches en un billar infame. Necesitaba estimulantes; estaba dispuesto a todo. A los

quince años empecé a beber y a putañar con la pandilla de Nigger.

Y trabajaba. Y mis padres fueron envejeciendo. Así seguimos años. No quiero recordar los de mi adolescencia. Al fin y al cabo yo era uno entre un millón.

Una noche un orador callejero, subido a un cajón, proclamaba que de la desesperación, de la melancolía y del dolor de millones de hombres había surgido un movimiento mundial para abolir la pobreza.

Yo lo escuchaba...

¡Oh, Revolución de los trabajadores, me has traído la esperanza, a mí, muchacho tétrico y suicida! ¡Tú eres el verdadero Mesías! Tú destruirás a East Side cuando vengas y construirás allí un jardín para el espíritu. ¡Oh, Revolución, que me obligó a pensar, a luchar y a vivir! ¡Oh, gran Despertar!